



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

SEMINARIO DE GRADO MOVIMIENTOS POPULARES (SIGLOS XIX-XX):

GABRIEL SALAZAR Y LA “NUEVA HISTORIA”
ELEMENTOS PARA UNA POLÉMICA DESDE EL MARXISMO
CLÁSICO
(Exposición y Debate)

Informe de Seminario de Grado para optar al Grado de Licenciado en Historia

Alumno:

Miguel Antonio Fuentes Muñoz.

Profesor Guía:

Dr. Sergio Grez Toso.

Santiago

2007

Versión Corregida

Índice

	<u>Pág.</u>
I. Prólogo.....	7
II. Presentación.....	15
III. Introducción.....	21
IV. Exposición.....	25
Capítulo 1:	
Breves consideraciones acerca de la situación mundial durante los años 80 y 90..... 25	
1. La década de 1980. El giro conservador de la situación mundial.....	27
Capítulo 2	
Breves consideraciones acerca de la crisis internacional del pensamiento y de la práctica marxista..... 30	
1. La crisis teórica y política del Marxismo en la arena internacional.....	30
2. Algunos aspectos de la crítica de Thompson y de Kossik al Marxismo clásico.....	33
Capítulo 3	
Breves consideraciones acerca de la situación nacional durante los años 80 y 90..... 40	
1. Dictadura, protestas populares y transición democrática.....	41
Capítulo 4	
Breves consideraciones acerca de la escuela historiográfica marxista en Chile..... 49	
1. El cuestionamiento de la historiografía marxista en Chile.....	49
2. La escuela historiográfica marxista entre las décadas 50 y 70.....	50
3. Un pequeño balance: Los aportes de la escuela historiográfica marxista.....	53
4. Un pequeño balance: Los límites de la escuela historiográfica marxista y su crisis terminal.....	55
Capítulo 5	
La corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social”..... 58	

1. Nacimiento y consolidación de la “Nueva Historia Social”.....	58
1.1. La “Asociación de Historiadores” y la revista <i>Nueva Historia</i> (Inglaterra).....	59
1.2. Campos de investigación y primeras elaboraciones historiográficas (Inglaterra).....	63
1.3. El grupo “ECO” y el “Encuentro de Historiadores Jóvenes” (Chile).....	67
1.4. La “Generación de 1985”.....	70
1.5. La propuesta historiográfica de la “Nueva Historia”.....	73
1.6. “Nueva Historia” y proyecto político.....	76
2. La “Nueva Historia” durante la década de los 90.....	79
3. Algunos aspectos de la producción historiográfica de la “Nueva Historia” en la década de los 90. Su nacimiento como escuela historiográfica.....	83
V. Debate.....	87
Capítulo 6	
Gabriel Salazar: Sus Aportes.....	87
1. Modo de producción colonial y transición capitalista (Siglos XVI-XIX).....	89
2. Dialéctica de la modernización mercantil (Siglo XIX).....	95
3. Empresarialidad e industrialización popular (Siglo XIX).....	99
4. El proceso de campesinización y descampesinización (Siglos XVIII – XIX).....	103
Capítulo 7	
Gabriel Salazar: Elementos para una crítica.....	107
1. Elementos para un debate teórico.....	108
1.1. Acerca de la crítica de Sergio Grez al libro <i>Labradores, Peones y Proletarios</i>	108
1.2. La Política <i>en</i> lo Social. Una concepción autonomista y foucaultiana de la política y del poder.....	111
1.3. Una concepción subjetivista, culturalista y espontaneísta de la identidad, la memoria y la cultura popular como bases de la acción política.....	125
1.4. Sujeto social y “Ciencia popular”. O Vaciando a la política de su contenido histórico de clases con <i>fantasías populistas y/o elucubraciones academicistas</i>	137

1.5. Volviendo a Rousseau y al Liberalismo radical...después de tres siglos.....	155
2. Elementos para un debate historiográfico.....	162
2.1. El “Paradigma de lo local” y los conceptos de “popular” y “bajo pueblo” en Salazar y en algunos exponentes de la “Nueva Historia”.....	162
2.2. Industrialización <i>popular</i> como proyecto histórico alternativo (Siglo XIX).....	166
2.3. Balance historiográfico de los procesos de lucha y organización obrera y popular durante los años 70 y 80.....	172
2.4. La superioridad de las categorías marxistas como elementos de análisis e interpretación historiográfica.....	182
VI. Conclusiones.....	186
1. El nacimiento, la consolidación y la evolución de “Nueva Historia”.....	186
2. Elementos para un balance crítico de la obra de Gabriel Salazar.....	199
3. Una comparación necesaria: La “Nueva Historia” y la escuela historiográfica marxista.....	204
4. El desarrollo actual de la “Nueva Historia” y algunas proyecciones.....	210
VII. Anexos.....	213
1. Salazar. Contrapunto entre su programa político liberal-popular y las recientes luchas obreras en Chile. Una aproximación preliminar.....	213
2. ¿Cuestión obrera o cuestión ciudadana?.....	218
VIII. Bibliografía.....	222
1. Libros.....	222
2. Artículos.....	224
3. Referencias Internet.....	227

Agradecimientos a:
Mi Familia
Carol Casanueva
la guía y gran ayuda del Prof. Sergio Grez Toso

Dedicado a:
Luís Vitale, intelectual orgánico de la clase obrera chilena
Nicolás Miranda y Natalia Cruces, “Clase Contra Clase”
La reconstrucción de un Partido Revolucionario Trotskysta en Chile

"La Historia es objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino el que está lleno de "tiempo del ahora". Así, para Robespierre, la antigua Roma era un pasado cargado de "tiempo del ahora", que él hacía saltar del continuum de la historia. La Revolución Francesa se entendía a sí misma como un retomo a Roma. Citaba a la antigua Roma tal como la moda a veces cita a un atuendo de otros tiempos. La moda tiene un olfato para lo actual, donde quiera que lo actual de señas de estar en la espesura de lo de antaño. La moda es un salto de tigre al pasado. Sólo que tiene lugar en una arena en donde manda la clase dominante. El mismo salto, bajo el cielo libre de la historia, es ese salto dialéctico que es la revolución, como la comprendía Marx [...] La conciencia de hacer saltar el continuum de la historia es propia de las clases revolucionarias en el instante de su acción".

(Walter Benjamin, "Tesis Sobre el Concepto de Historia").

"[...]El nuevo rasgo es que el pueblo, después del primer levantamiento, no se ha desarmado, ni ha dejado su poder en manos de los charlatanes republicanos de las clases dirigentes, sino que, constituyendo la Comuna, ha tomado en sus manos la dirección de su revolución, y ha encontrado al mismo tiempo, en el caso de tener éxito, los medios de mantenerla bajo el mando del pueblo mismo, desplazando la maquinaria estatal, la maquinaria gubernamental de las clases dirigentes, con una maquinaria gubernamental propia"

(Karl Marx, *Guerra Civil en Francia*)

I. Prólogo

La figura del intelectual orgánico. Con la reivindicación de la figura del intelectual orgánico de la clase obrera, que el autor de la presente tesina realiza y despliega a lo largo de su trabajo, se anudan una serie de categorías duramente impugnadas: la del Marxismo como movimiento social revolucionario de la clase obrera; es decir, como unidad de teoría y práctica; la del partido revolucionario de la clase trabajadora y la militancia. Se reivindica con ello la tradición de Lenin y Trotsky, y las revoluciones obreras y procesos revolucionarios que jalonaron la historia del s. XX. Replanteando de este modo en forma teórica la necesidad de la unidad de la teoría y la práctica, la que tan fecunda resultó para el Marxismo en el pasado (comenzando por los mismos Marx y Engels), esta tesina representa un aporte a la discusión política y teórica actual, poniendo sobre el tapete una serie de debates que mantienen vigor y vigencia para la elaboración teórica y la práctica política.

La Escuela Historiográfica de la Nueva Historia. Con amplitud de miras, se desarrollan los principales núcleos teóricos e historiográficos de la “Nueva Historia” y de Gabriel Salazar, dejando sentados sus alcances y límites, reivindicando lo que se considera algunos de sus aportes –como, por ejemplo, “el estudio del proceso dialéctico de transición capitalista durante el s. XIX”-, sin dejar por esto de plantearse una crítica de “Nueva Historia” como escuela historiográfica y de Gabriel Salazar como su principal exponente.

Algunas de las principales categorías de esta escuela, como las de “memoria, identidad y cultura”, “lo popular”, “el paradigma de lo local” y la llamada “Ciencia popular”, son sometidas a la crítica marxista. Algunas de sus principales elaboraciones historiográficas, incluyendo no sólo la investigación misma, sino también las categorías desde las que se investigan y las categorías que se extraen como conclusión (como, por ejemplo, el proceso de “industrialización popular”, o los procesos comparados de los ’70s y los ’80s) también se someten a la perspectiva marxista del autor. De igual modo, sus concepciones directamente políticas; las del Autonomismo y el programa político “Liberal-popular”, son sometidas a polémica.

El resultado es múltiple, y beneficioso. El lector podrá decir con seguridad que no sale tal como entró después de su lectura. Sale con un mayor conocimiento del tema en cuestión, y sale mejor pertrechado para ejercer la crítica marxista, teórica y práctica.

La operación de inversión de la Nueva Historia. Esta corriente historiográfica, lejos de avanzar a una superación de las concepciones marxistas como proclamaría al impugnarlas, se limita estrechamente a realizar una inversión de los conceptos que critica, y que decreta como característicos del Marxismo: a su supuesto estructuralismo, le contrapone un análisis de los sujetos “en sí”; a su supuesto reduccionismo, un análisis meramente culturalista. El “análisis concreto de una situación concreta” que funde en un todo el movimiento de las clases sociales, concentrando el despliegue de la economía, la política y la lucha de clases (qué mejores ejemplos de aquello que “El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte”, “La lucha de clases en Francia”, de Marx, o “Historia de la Revolución Rusa”, de Trotsky, para mencionar sólo a los clásicos del Marxismo) es puesto de cabeza, y en un afán polémico que caricaturiza al Marxismo, desemboca en el callejón sin salida de la mera inversión de aquellos conceptos “supuestamente” impugnados. ¿Pero no representa un empobrecimiento del pensamiento humano la inversión idealista que realiza esta concepción de la historia, basada en la experiencia, en las vivencias, en las motivaciones de “los sujetos”, esta vez no centrada en las clases dominantes, sino que en el “bajo pueblo”, al abandonar la investigación de sus determinaciones? Se trata claramente de un análisis mecánico. Y es que no sólo hay mecanicismo en las deformaciones del Marxismo, lo hay también en la definición misma de las diversas vertientes, como ésta, de una especie de nuevo Idealismo kantiano. Efectivamente, la categoría “pueblo”, carente de sus determinaciones materiales concretas, representa un empobrecimiento del análisis científico. Ya en su momento, y refiriéndose al método, Marx lo dejaba planteado:

“parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por el supuesto efectivo; así, por ejemplo, en la economía, por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se examina con mayor atención, este se revela como falso. La población es una abstracción si de lado, por ejemplo, las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra huera si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos suponen el cambio,

la división del trabajo, los precios, etc. El capital, por ejemplo, no es nada sin trabajo asalariado, sin valor, sin dinero, precios, etc. Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto, y precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado a este punto, habría que reemprender el viaje de retorno, hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez no tendría una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples determinaciones y relaciones [...] Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso”¹.

El callejón sin salida de la inversión idealista. El empobrecimiento que produce esta inversión idealista, le conduce a un callejón sin salida. Este callejón sin salida es la superposición de prejuicios idealistas y clichés sobre el Marxismo, a investigaciones que permiten avances del conocimiento historiográfico, limitándolas. La fractura total con el Marxismo, por tanto, obliga a buscar soluciones que dan la apariencia de una reconciliación, que no es tal. Una apariencia de reconciliación que se traduce en el intento de armonizar la oposición Materialismo – Idealismo, la cual recorre en sus fundamentos teóricos más generales la discusión entre corrientes historiográficas, y otras disciplinas científicas, extendiéndose a un debate entre concepciones teóricas, y políticas, y que se suele condensar en la pretensión de armonización entre las categorías estructura – sujeto, sin determinar aparentemente jerarquías entre estas categorías, o mejor, entre estos niveles de la realidad.

En la Sociología, Bourdieu dio este paso, constituyendo la categorías de *campo* y de *habitus*, sus más logradas elaboraciones en este sentido. El resultado fue el contrario:

“la atención prestada a la dimensión simbólica de las prácticas, lejos de representar una huida idealista hacia las etéreas esferas de la superestructura, constituye la condición sine qua non y no sólo en este caso, de una verdadera comprensión (que cabe calificar, si se desea, de materialista) de los fenómenos de dominación. Pero la oposición entre la infraestructura y la

¹ Marx, Karl, Grundrisse, p. 21.

superestructura o entre los económico y los simbólico no es más que la más zafia de las oposiciones”².

¿Oposición zafia? Veamos otra de los planteos en esta misma obra:

“el mundo social es, por una parte, representación y voluntad; porque la representación que los grupos tienen de sí mismos y de los otros grupos contribuye en gran medida a hacer que los grupos sean lo que son y hagan lo que hacen (...) las categorías sociales de percepción y de representación del mundo natural o social, en las que puede fundamentarse la realidad misma de este mundo”³.

Como se puede observar, la conclusión del intento de armonizar la oposición Idealismo – Materialismo, reside en un intento de dar nueva vida a las concepciones idealistas –y en este caso, se trata de lo que podríamos llamar un solipsismo sociológico.

En la historiografía, podría ser la incursión en la Historia económica y social. El resultado es el mismo: una sobre-posición de prejuicios idealistas y clichés sobre el Marxismo a investigaciones que permiten avances del conocimiento historiográfico, limitándolas. Puede verse en varios de los trabajos. El autor de la presente tesina se refiere, por ejemplo y como dejamos mencionado más arriba, al proceso de industrialización popular. Puede extenderse incluso a una de las principales obras de esta escuela historiográfica, tal vez la principal: “Labradores, peones y proletarios”. En esta obra se describe la imposibilidad material del desarrollo, con la rápida hegemonía del Capitalismo -impuesta por las armas y por su superioridad económica-, de la “industrialización popular”, del “desarrollo independiente de los productores de base”, y sin embargo... se concluye lo contrario, se exalta una supuesta “empresarialidad popular” (no nos vamos a referir aquí el tributo que se rinde así a la ideología neo-liberal del empresariado). Veamos tan sólo un pasaje de esta obra:

“un minero normal estaba obligado, o bien a trabajar las minas que descubría de un modo superficial y por corto tiempo (esto es, al modo pirquinero), o bien a depender comercial y

² Bourdieu, Pierre, “El baile de los solteros”, Editorial Anagrama, p. 244.

³ Ídem, pág 249 y 253.

financieramente de los mercaderes-hacendados. Salvo excepciones, lo primero sólo le permitía sobrevivir, con altibajos, lo que determinaba un estancamiento de la minería como conjunto. Lo segundo, le significaba un ciclo de prosperidad inicial, seguido de una fase corta de endeudamiento y bancarrota, lo que a su vez, determinaba la expansión acumulativa de capital de los mercaderes mineros, pero no necesariamente de la minería”⁴.

El punto de vista de clase. El debate Materialismo - Idealismo se reaviva. Pero los debates y polémicas en curso en los últimos años, se superponen hasta volver a ahogarlo. Huyendo del viejo Materialismo mecanicista, en forma correcta, se definen los fundamentos teóricos del Marxismo como un Materialismo histórico y dialéctico. En forma correcta, sí, pero insuficiente. Implica, desde el punto de vista teórico, un punto de vista de clase. Y este punto de vista de clase, inherente a la concepción teórica y política del Marxismo, la cual introdujo como categoría teórica (precisamente) a la praxis del sujeto revolucionario, el proletariado, hunde sus raíces en el análisis de las relaciones de producción y fuerzas productivas. La famosa “metáfora” tantas veces impugnada de “estructura – superestructura” (que, más que “metáfora”, podríamos llamar “fórmula algebraica”) es una toma de posición en aquel debate ahora reavivado entre Materialismo e Idealismo, y que llevada hasta el final, significa también una toma de partido asumiendo el punto de vista de clase del proletariado revolucionario. En términos de investigación histórica, da origen a la categoría de formaciones económico-sociales.

El motor de la historia. El interés científico de Marx, en sus diversas investigaciones, es el de la Revolución. Por el contrario, la concepción de la naturalidad del “bajo pueblo”, de la experiencia de la subjetividad, de su memoria e identidad, constituyentes de sí mismas por sí mismas, evade esta preocupación científica, aún declamando lo contrario. Con relación a esto, es Hobsbawm quien clarifica el significado profundo de la categoría de las formaciones económico-sociales:

“Marx se propone aquí establecer el mecanismo general de todos los cambios sociales: la formación de relaciones sociales de producción que corresponden a una etapa definida del desarrollo de las fuerzas materiales de producción; el desarrollo periódico de conflictos entre

⁴ Salazar, Gabriel, “Labradores, Peones y Proletarios”, p. 184.

las fuerzas productivas y las relaciones de producción; las ‘épocas de revolución social’ en las cuales las relaciones vuelven a adaptarse al nivel de las fuerzas”⁵.

Determinar así la mecánica general del cambio social permite a Marx la famosa afirmación que debe orientar la labor de la investigación historiográfica y de la acción política, y que concentra toda su concepción, planteada en el *Manifiesto Comunista*: “La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”.

El sujeto abstracto del Idealismo, y el sujeto concreto del Marxismo. Afirmamos: proletariado revolucionario. El prejuicio anti-marxista califica inmediatamente de “esencialismo”. Es una imputación nuevamente hija del Idealismo. Al revés que la imputación rousseauiana de una naturaleza liberadora del pueblo bajo (o los ciudadanos), el carácter de sujeto revolucionario del proletariado nace del análisis concreto de una situación concreta, necesario cada vez. En este caso, de la investigación del Capitalismo como modo de producción y formación económico-social (necesario cada vez), que determina un lugar objetivo al proletariado como clase revolucionaria –determinación que motoriza el lado activo (contrario a una supuesta implicación de pasivización por la estructura) del sujeto revolucionario impelido a actuar. La negación de este resultado de la investigación, que conduce a la exaltación del pueblo, conduce también a callejones sin salida. También a soluciones que nada remedian. En el mejor de los casos, surgen marxistas que arrojan el agua sucia con el niño, y que ejecutan una impugnación de la sobre-determinación material de la acción del proletariado, la que deviene en uno más de los sujetos que constituyen el movimiento social, el llamado “bajo pueblo”, dando paso a una concepción voluntarista y subjetivista del Marxismo, la teoría y la política –fue la vieja escuela de la lucha de clases, es la actual “moda” de la categoría del acontecimiento. Por último, conduce también a desarmar políticamente: la centralidad del proletariado como sujeto revolucionario, impele a la acción para avanzar a la alianza de clases revolucionaria, lo contrario, la liquida. La primera opción, dio origen a la categoría de hegemonía, fórmula activa que despliega en la acción la de totalidad, y que permite superar la fragmentación ideologizada del antagonismo entre un (supuesto) bajo pueblo liberado y una (supuesta)

⁵ Hobsbawm, Eric, “Prólogo” a “Formaciones económicas precapitalistas” de Marx, p. 8.

clase trabajadora que sería parte orgánica de un juego de integración con su otro antagonista, la burguesía. Hegemonía, mediación, superación vs. antagonismo, son parte de las divergencias teórico-políticas implicadas.

Definir el objeto de investigación. La revitalización de este debate, debe conducir a la definición del objeto de investigación. El autor de esta tesina realiza un rápido repaso teórico a una visión comparada de los procesos de lucha de clases de los '70s y los '80s, alentando una necesaria investigación historiográfica que está pendiente. Indica así una dirección. Hay que avanzar aún más.

Construir una corriente de historiadores marxistas. El replanteo, a veces explícito a veces no, de categorías del Marxismo impugnadas tales como el Materialismo histórico y la dialéctica, el análisis de lo concreto, de la totalidad, de las clases, la de Imperialismo y revolución, la dialéctica entre estructura y sujeto, etc, es expresivo de su actualidad y vigencia. Vigencia que está dada, por un lado, por la permanencia de los fundamentos que le dieron origen, el Capitalismo, devenido en imperialista. También, por las elaboraciones de intelectuales y dirigentes políticos marxistas que, aún a contracorriente, han mantenido en diversos campos vitales sus categorías fundamentales, con elaboraciones y debates que han contribuido al conocimiento de la realidad social y a su propio desarrollo. Perry Anderson en la disciplina historiográfica, Alex Callinicos en la discusión con la corriente pos-moderna, Peter Burger en el debate estético, Ernest Mandel en la economía, Jendrich Zeleny en la filosofía, por nombrar sólo algunas destacadas personalidades en algunos terrenos. A nivel local, como plantea el autor de la tesina, la corriente historiográfica marxista, aún con sus límites, ha producido en el pasado “una verdadera revolución historiográfica”.

Historiografía, política, realidad. Otra vez, la figura del intelectual orgánico. Es cierto, como plantea el autor de la tesina:

“la evolución que tome el desarrollo de la “Nueva Historia”, y la hegemonía de Gabriel Salazar dentro de la misma, no depende tan solo de cómo esta enfrente sus debilidades

internas. Más importante que eso, dependerá de la evolución de la situación de la economía, la política y de la lucha de clases nacional y mundial lo que *debilitará* o *fortalecerá* (en última instancia) a esta corriente. Esta por verse, aún, si “Nueva Historia” podrá ser capaz de soportar un escenario nacional e internacional radicalmente distinto al de las décadas pasadas. Los 80 y los 90, años de derrota de la lucha de clases, del movimiento obrero y de la revolución, permitieron no solo un avance de la ideología neo-liberal, sino también el contrabando *hacia izquierda* (en este caso hacia historiadores como Salazar) de una gran variedad de postulados pos-modernos como el llamado *fin* de la clase obrera y la supuesta *caída* de las “grandes” ideologías y de los partidos. Pues bien, dependerá de si la realidad mundial y nacional plantea, o no, una recomposición de la clase obrera y de sus procesos de lucha, haciendo más posible el estallido de procesos revolucionarios *clásicos*, que la “Nueva Historia Social” se fortalezca como escuela o que se debilite. En el primer caso, deberá poder buscar las formas de revitalizar su discurso y su práctica. En el segundo, deberá soportar el enfrentamiento, en forma creciente, ¿porque no?.. de otras “Nuevas Historias”... ¿de una Nueva Historia Conservadora?, o bien, mejor que eso, que no podrá ser *más de lo mismo*... ¿de una Nueva Historia Marxista?

Esta posibilidad, y tarea planteada, será en su resultado dependiente de estos procesos sociales y políticos reales, pero la necesidad de llegar armados teóricamente y políticamente a un nuevo ascenso revolucionario de la clase obrera mundial, necesita tomar este desafío que el autor de la tesina deja planteado, de re-elaboración de una Nueva Historia Marxista y de volver a plantearse una posición como intelectuales orgánicos de la clase trabajadora.

Nicolás Miranda y Natalia Cruces,

24 de abril del 2007.

II. Presentación

Las secuelas de los años 80 y 90, décadas de derrota de la revolución, de la más completa desarticulación, desmoralización y humillación que el movimiento obrero y popular haya experimentado jamás en su historia, parecen comenzar a quedar atrás.

Las promesas del *fin de la historia* han quedado en nada. O bien, mejor dicho, se vienen trastocando en su contrario. Y es que la historia, retornando por sus fueros, *se tensa*. Producto de esa tensión, los símbolos *perpetuos, inmóviles e insolentes* del Capitalismo, las Torres Gemelas, han sido hechos añico. Producto de esa tensión, como cosechando lo que siembra, la seguidilla de mega atentados en varias de las capitales de las grandes potencias. Así también, los miles de soldados yanquis que han muerto a manos de la resistencia nacional en Irak (haciendo palpable el recuerdo de la heroica gesta de Vietnam), la verdadera lluvia de bombas que propinó Israel al Líbano destruyéndolo, la ocupación neo-colonial de Afganistán y los conflictos militares, sociales y políticos que cruzan Medio Oriente (zona *caliente* de la geopolítica mundial), son un indicativo de lo mismo. Es en este marco, de mayor turbulencia en la situación política, que una mayor *crispadura* de las relaciones internacionales (la actitud crecientemente *díscola* de Alemania, Francia, China y Rusia ante el hegemonismo norteamericano), el fortalecimiento de los Estados *bastardos* (como los de Irán, Cuba o Venezuela), y la precaria situación de la economía norteamericana, parecen apuntar en el sentido de una mayor presión a la inestabilidad y a un incipiente desorden mundial⁶.

Por el momento, sin embargo, todo aquello parece ser nada más que un *preanuncio*. Y es que aún prima la inercia de las décadas pasadas, creando un *efecto óptico* de sólida *Pax norteamericana* y de estabilidad. Aún así, lo que queda claro y de forma cada vez más patente, es que el discurso neoliberal post-moderno y el de aquellos que planteaban una supuesta *superación* de la fase imperialista del Capitalismo por un sistema de *Imperio*

⁶ Acerca de la situación de la política, la economía y de la lucha de clases mundial, ver la revista *Estrategia Internacional* en www.ft.org.ar.

*único*⁷, sin rivalidades y sin contradicciones inter-imperialistas, parecen quedar, tan solo algunos años después de su elaboración (demostrando con ello su inutilidad para dar cuenta de los profundos procesos de la historia contemporánea) inevitablemente añejos.

Más importante que todo lo anterior, la clase obrera parece comenzar, muy lentamente pero de manera sostenida, a salir de su letargo. Su importante protagonismo, junto al movimiento estudiantil y popular francés, en las vigorosas jornadas de protesta en contra del proyecto del “Contrato Primer Empleo”, haciendo palpable que la lucha de clases *nunca murió*, ha sido una de las muestras más evidentes de aquello. Igualmente, su relevante papel en una serie de importantes procesos de lucha en otros puntos de Europa como en la huelga de la FIAT (que hace algunos años convocó a millones de personas en las calles de Roma), o el que jugó en las movilizaciones de los portuarios en España, son otros ejemplos de lo anterior. Estos ponen de manifiesto, y de forma creciente, que la clase obrera *no había dejado de existir como sujeto histórico de cambio*, como nos repitió hasta el cansancio la intelectualidad burguesa, sino que estaba tan solo terriblemente derrotada. Pero que se fortalece, en una serie de países, siendo protagonista de una lenta pero decidida recomposición de sus organizaciones y de la lucha de clases a nivel internacional. Y es que el Capitalismo ya tuvo, ni siquiera su segunda, sino que su tercera y cuarta oportunidad (derrotando a los ascensos revolucionarios anteriores) para hacer algo *relativamente coherente* con los destinos de la humanidad, no haciendo más que lo que podía, porque le es inherente: la profundización de la explotación, la opresión y la miseria a escala planetaria, esta vez (desde la década de los 80) *en clave* neoliberal.

Es América Latina, sobre todo, una de las regiones en que la lucha de clases se comienza a desplegar más dinámicamente. La “izquierdización” de la superestructura política, que en las décadas pasadas se caracterizó por el llamado *consenso de Washington* (es decir, por la existencia de gobiernos totalmente adaptados a las políticas neoliberales que desplegaba Estados Unidos en la región), no hace sino expresar, distorsionadamente (ya que ninguno

⁷ Acerca de una polémica teórica con los postulados de Negri, Hardt, Holloway y con el Autonomismo, ver la revista *Lucha de Clases* en www.ips.org.ar.

de aquellos gobiernos *de izquierda*⁸ representan una verdadera opción política para las necesidades históricas de los sectores obreros y populares), una serie de profundas tendencias de recomposición y fortalecimiento de la lucha de la clase obrera y del movimiento popular en su conjunto. La caída de gobiernos *democráticos*, producto del embate de las masas, los estallidos populares, y el surgimiento de experiencias y formas de doble poder obrero y popular (hace poco la *Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca*, en México, o previamente, al calor de las jornadas revolucionarias en Bolivia, la *Federación de Juntas de Vecinos* en “El Alto”), son un ejemplo de aquello. Es en este contexto que el movimiento obrero latinoamericano, tan alicaído en décadas pasadas, comienza a ejercer un nuevo protagonismo. Aquello, en el importante proceso revolucionario que comienza a desarrollarse en Bolivia, o en los procesos de lucha de clases en Venezuela, Brasil o Argentina (donde se desarrolla, entre otros, el impresionante fenómeno del control obrero de la producción en la fábrica Zanon⁹). América Latina parece volver a *oler*, en algunas regiones, a Revolución.

En Chile, en el marco de una situación económica que se mantiene indecisa y de un mayor debilitamiento de la “Concertación”¹⁰ (que es el verdadero pilar de la estabilidad política de la democracia para ricos imperante), comienza también a manifestarse una embrionaria recomposición de la lucha de clases. Las importantes huelgas obreras en varios sectores estratégicos de la producción (en la minería del cobre, en la industria del salmón y en los puertos), la gran lucha del movimiento secundario y la que sostiene el movimiento poblacional con motivo de su justa reivindicación a una vivienda digna, comienzan a adquirir una mayor influencia, aunque escasa aún, sobre el conjunto de la situación política.

Todo aquello, la situación internacional, de manera más solapada, y una mayor actividad de la lucha de clases en Chile, como también un incipiente proceso de polarización social (del cual el surgimiento de grupos de extrema derecha es un ejemplo), comienza a filtrarse por entre las rendijas de la *esfera*, tan postmoderna en los 90, de la intelectualidad en Chile.

⁸ Acerca de una polémica con el programa de Chávez, Evo Morales y con otros exponentes del neonacionalismo burgués *de manos vacías* y del reformismo *light* actual, ver la página www.pts.org.ar.

⁹ Ver la página de los obreros de Zanon en www.obrerosdezanon.org.ar.

¹⁰ Acerca de la situación política nacional, ver el periódico de “Clase Contra Clase” en www.clasecontraclase.cl.

Recientemente, una mayor crítica a la obra del historiador Gabriel Salazar¹¹, que se ha convertido en uno de los más importantes teóricos, *a dos bandas*, tanto del discurso populista de izquierda como del ciudadano democrático *radical*, parece indicar una incipiente politización (tanto por derecha como por izquierda) de la *Academia* en Chile.

La disciplina historiográfica, como en el pasado, parece ser un sector de la intelectualidad influenciado por los procesos de politización que comienza a desplegar la situación nacional de conjunto (proceso que se manifiesta, aún, de manera preparatoria). La crítica del historiador Sergio Grez Toso a la obra de Gabriel Salazar *Labradores, Peones y Proletarios*, la que recibió también Salazar en el último encuentro de historiadores, realizado en la casa central de la Universidad de Chile a fines del 2006 (de parte del mismo Grez y de otros historiadores como Igor Goicovic), la respuesta de dicho historiador a Tomás Moulian y a otros intelectuales en el nuevo prefacio de su libro *Violencia política popular*, parecen indicar un fenómeno nacientemente sintomático.

Es en esta situación, de incipiente politización de la intelectualidad y la Academia, la cual se soporta (a su vez) en un proceso de mayor reflexión política en sectores más amplios de la sociedad (por ejemplo, en el movimiento estudiantil y, muy lentamente aún, en el movimiento obrero y popular), que la presente tesina, respetando las formalidades académicas del caso, se plantea en un sentido fundamentalmente político. Y no creemos que este *mal*, o que sea romper con el *rigor académico*. Al contrario, compartimos con Gabriel Salazar, con la corriente de la “Nueva Historia” y con la escuela historiográfica marxista anterior, la necesidad de poner el conocimiento científico al servicio de la transformación social. En ese sentido, una orientación política como la que tiene este trabajo, de fondo, no debería afectar al mismo. Aquello, entre otras cosas, porque la disciplina historiográfica en Chile no es ajena, por ejemplo en el caso de historiadores como Luis Vitale, Hernán Ramírez Necochea o Cesar Jobet, o al mismo Gabriel Salazar, a la búsqueda de una fusión entre el ámbito propiamente científico y el de la intervención política.

¹¹ Para una discusión inicial con Salazar y la “Nueva Historia” desde el Marxismo clásico, ver los números 8 y 9 de la revista universitaria de “Las Armas de la Crítica” en www.armasdelacritica.cl.

Efectivamente, lo que hay de fondo, en la discusión que queremos hacer con Gabriel Salazar, y desde ahí con el conjunto de la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social”, y así lo entendemos, es un debate de estrategias políticas. Porque sí, pensamos que él también, como los partidos que rechaza, propone una *estrategia*, un *programa político* (aunque de carácter eminentemente académico). Discutiendo algunos presupuestos epistemológicos, teóricos e historiográficos de la obra y del “programa” de este autor, hemos pretendido discutir (además) en contra de algunas de las bases de una estrategia política determinada: el Populismo y el Autonomismo. Expresiones *organizadas* (¿partidos?) de aquellas estrategias en Chile son, por mencionar algunas, los “Grupos de Acción Popular” (GAP), de carácter populista, o la “SurDa” y el “Frente de Estudiantes Libertarios” (FEL), de carácter autonomista.

Más importante que la reflexión teórico-historiográfica, que también está presente de manera central en este trabajo, lo que se pretende es (como hemos dicho) una discusión de carácter político. La estrategia de la conciliación de clases, vía *consenso cognoscitivo* de la “Ciencia popular”, por un lado, la política de la independencia de clases y la autoorganización obrera y popular, por otro. La política de la humanización... del Capitalismo, vía construcción de un *contrapoder* y una *democracia radical* “a lo Rousseau”... en los marcos del Capitalismo, por un lado, la política de la revolución obrera y socialista, por otro. Es importante decir, además, que no entendemos el debate como un mero *choque de ideas*. Las ideas, sobre todo las políticas, no existen *en el aire*, sino que se van haciendo carne, en tanto experiencia social, en instituciones y organizaciones (como las que mencionábamos más arriba, por ejemplo). Justamente, las ideas de Gabriel Salazar, y las de la “Nueva Historia”, nutren a aquellas concepciones y organizaciones políticas para quienes la clase obrera ha dejado de ser un elemento social y político de carácter estratégico para el cambio revolucionario. Para aquellas, la clase obrera (la que, tan solo como dato, es la que en Chile permite el funcionamiento las minas del cobre, de los puertos, de la importante industria del salmón, de la agroindustria, de los servicios) se ha convertido en una *referencia* del pasado. Así mismo, las ideas de Salazar, y las de su corriente historiográfica, nutren a todas aquellas organizaciones que *desechan*, con la pluma, la existencia y la necesidad de los partidos obreros revolucionarios en la historia (pasada,

presente y futura). Para ellos, los partidos políticos (esos mismos, patronales, que hoy gobiernan los destinos de Chile; esos mismos, obreros y populares, que en cada uno de los procesos revolucionarios han tendido a expresar y a organizar a los sectores más avanzados del movimiento popular en su conjunto), han pasado a ser, desde la visión de la “Nueva Historia”, *una molestia, una carga*, si en realidad nunca lo fueron. Finalmente, las ideas de Salazar y las de su escuela, son alimento de todas aquellas organizaciones que estiman que la rica experiencia de los procesos revolucionarios del pasado; la toma de fábricas y el control obrero de la producción, la constitución de organismos de doble poder (Soviets en la Rusia de 1917, Cordones Industriales en el Chile de 1973), son algo así como, ¡asumiendo el discurso de la post-modernidad!, nada más que *expresiones históricas inherentes a un modo de acumulación capitalista pasado*. Y que debe ser reemplazada, por eso, por la profundización de la *democracia ciudadana radical* (burguesa) y por el culto al movimiento espontáneo del *pueblo*.

Es contra esas ideas, que alimentan a esas organizaciones y a esos programas políticos, que encontramos justo hacer chocar estas *otras* ideas, buscando colaborar con la re-actualización de esos *otros* programas; los de la lucha de clases, el Marxismo revolucionario y el partido obrero, que esperamos puedan servir de alimento a esos *otras* organizaciones: las organizaciones marxistas, leninistas, trotskystas. Además, que puedan servir también en el sentido de la discusión de la necesidad de una nueva historiografía marxista clásica en Chile, una que apueste a la construcción de una intelectualidad orgánica al servicio de la clase obrera y de la revolución socialista.

III. Introducción

El presente trabajo de investigación ha sido denominado “Gabriel Salazar y la Nueva Historia. Elementos para una polémica desde el Marxismo clásico (Exposición y Debate)”. Esta tesina intentará, a partir de un balance crítico de algunos aspectos de la obra de Gabriel Salazar, elaborar una polémica hacia el conjunto de la escuela historiográfica de la que él es el primer exponente. Polemizando con Gabriel Salazar, el *corazón* de la “Nueva Historia Social”, polemizaremos con el *cuero* de la misma. O bien, por lo menos, con algunos de sus más importantes basamentos. Esto no solo porque dicho historiador ha sido el principal sistematizador de las bases teóricas e historiográficas de aquella corriente, sino porque (sin duda) ha sido también el más *militante* y el más reconocido de la misma.

Se debe constatar, desde ya y teniendo en cuenta el carácter en gran medida heterogéneo de esta Escuela y las múltiples discusiones que la han cruzado y que parecen (nuevamente) comenzar a resurgir en su seno, que identificamos por escuela historiográfica de la “Nueva Historia”, sobre todo, a su núcleo fundacional. Es decir, al grupo de historiadores que han venido desarrollando los distintos campos teóricos y de investigación característicos a esta corriente, y cuyo núcleo central lo forman sus grupos fundadores (el grupo de historiadores chilenos que en Inglaterra editó la revista *Nueva Historia*; compuesto por Leonardo León, Luis Ortega y Gabriel Salazar, y los grupos “ECO” y el “Encuentro de historiadores jóvenes”; en los cuales destacó la participación de Mario Garcés y de María Angélica Illanes). Agregamos a este grupo fundacional, por la importancia que han tenido en el desarrollo de esta corriente, a Julio Pinto y a Luis Alberto Romero. Así mismo, entendemos por “Nueva Historia” al grupo de historiadores que formados en los últimos años en la tradición teórica e historiográfica de los investigadores antes mencionados, han venido desplegando su labor investigativa dentro de los marcos más característicos de esta escuela (y de entre los que se pueden mencionar, entre varios y solo por mencionar algunos, a los historiadores jóvenes que colaboraron en la elaboración de los cinco tomos de *Historia Contemporánea de Chile*¹², y a algunos

¹² Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de la Historia de Chile*, Editorial LOM, Santiago, 2000.

investigadores como Pablo Artaza, Azún Candina y Alejandra Araya). Finalmente, identificamos a “Nueva Historia” con el amplio espectro de nuevos historiadores y profesores, formados en los últimos años, que vienen considerándose como simpatizantes de dicha escuela. Estos últimos, además, vienen elaborando una serie de tesinas, investigaciones académicas y publicaciones que pueden considerarse como afines a aquella corriente historiográfica.

Debemos decir, sin embargo, que las fronteras de la “Nueva Historia” (los marcos a partir de los cuales un historiador o una investigación se pueden considerar parte o no de esta corriente) se hacen muchas veces difusas. Los diversos posicionamientos epistemológicos, teóricos y políticos, ante un espectro variado de problemáticas, suelen ser usuales entre los historiadores que forman parte de la “Nueva Historia” o que simpatizan con ella. Sin embargo, muchas veces, aquellas diferencias constituyen tan solo una variante, más o menos acusada, de un mismo enfoque, compartiendo en realidad una matriz teórica e historiográfica común (la cual, generalmente, se identifica con algunas opciones epistemológicas básicas; por ejemplo, la centralidad del sujeto social en el análisis historiográfico, la crítica teórica del Estructuralismo, la utilización de nuevas metodologías del quehacer historiográfico como la historia oral, etc.). Hemos denominado a aquella matriz común como el *núcleo duro* del acervo teórico e historiográfico de esta Escuela. Y hemos identificado, en Gabriel Salazar, al principal exponente de aquel.

Ahora bien, existe una serie de otros historiadores como Sergio Grez, Jorge Rojas y (en los últimos años) Igor Goicovic, que si bien han sido identificados como miembros de esta escuela, han desarrollado una labor investigativa que por sus objetivos y problemáticas específicas han tendido a polemizar con algunos aspectos centrales de la elaboración teórica e historiográfica de la “Nueva Historia”. De hecho, la crítica que realizó Sergio Grez al libro *Labradores, Peones y Proletarios*¹³ en su artículo “Escribir la Historia de los

¹³ Gabriel Salazar, *Labradores, Peones y Proletarios. Formación y Crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, SUR Ediciones, Santiago, 1985 (Ediciones LOM, 2000).

sectores populares. ¿Con o sin la política incluida?”¹⁴, cuestiona (precisamente) algunos de los enfoques característicos de esta escuela en el campo de la historia social. Dicho artículo, por ejemplo, polemiza en contra de la concepción de “política” que maneja Gabriel Salazar en aquella obra. Así también, polemiza con la noción de “historia desde abajo” como objetivo de la investigación historiográfica, haciendo hincapié en la necesidad de una visión totalizadora del proceso histórico. Finalmente, el contenido de la obra historiográfica de este historiador se centra, más que en lo “específicamente social”, en el estudio de las organizaciones, los partidos y en la evolución política de los sectores populares, en un tipo de enfoque que podría denominarse como “Nueva Historia Política”. Este enfoque, entre otras cosas, se plantearía integrar, y no excluir, la dimensión social y económica en el análisis político (tal y como lo hace, entre otras partes, en su definición de la categoría de “Liberalismo-popular”, en su obra *De la “Regeneración del Pueblo” a la Huelga General*¹⁵). Esto último, a diferencia del enfoque característico que adopta una porción importante de historiadores de la “Nueva Historia”, más proclives a un análisis político de corte subjetivista y culturalista. Igualmente, tanto Jorge Rojas, en su artículo “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”¹⁶, como Igor Goicovic; por ejemplo, en las últimas Jornadas de Historia Social realizadas en la Casa Central de la Universidad de Chile (a fines de septiembre de 2006), han tendido a desarrollar una importante crítica hacia algunos de los aspectos más característicos de “Nueva Historia” como corriente historiográfica. De ahí que no consideremos a dichos historiadores (por estos y otros motivos) como miembros de lo que se denomina comúnmente como escuela historiográfica de la “Nueva Historia Social”, sino que los identifiquemos como historiadores que estarían desarrollando otros enfoques teóricos y otras problemáticas historiográficas, que pueden o no acercarse a los de aquella escuela, pero que tienden a polemizar con ella en algunas cuestiones centrales.

Identificando a “Nueva Historia” con el grupo de historiadores que hemos mencionado

¹⁴ Sergio Grez Toso, “Escribir la Historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, Siglo XIX)”. En Revista *Armas de la Crítica*, N°8, Editorial Armas de la Crítica, Santiago, primavera del 2006.

¹⁵ Sergio Grez Toso, *De la Regeneración del Pueblo” a la Huelga General. Génesis y Evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, DIBAM –RIL Editores, Santiago, 1998.

¹⁶ Jorge Rojas, “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, en *Revista de Economía y Trabajo*, número 10, PET, Santiago, 2000.

anteriormente, y sobre la base del estudio del proceso de gestación, nacimiento y consolidación de aquella corriente (tema que será tratado en una serie de capítulos), es que el presente trabajo, en primer lugar, intentará exponer algunos de los principales aspectos teóricos e historiográficos que la caracterizan. Lo anterior, como hemos dicho, desde la perspectiva de un balance crítico de la obra de Gabriel Salazar, su principal exponente. Será a partir de la elaboración de dicho balance, el cual deberá dar cuenta (desde una perspectiva marxista) de algunos de los aportes y deficiencias que se encuentran en su obra, que esta tesina se planteará en el sentido de un debate polémico con varios de los presupuestos más característicos de la corriente historiográfica que aquel representa.

Por otro lado, el objetivo de lo anterior tendrá como eje central la defensa de algunas categorías centrales del cuerpo teórico y político del Marxismo clásico en el análisis historiográfico. La comparación polémica de estas categorías, en una sección de debate teórico y otro de debate historiográfico, con algunas que son propias de la “Nueva Historia Social”, pretenderá constatar la superioridad del Materialismo histórico como método del análisis historiográfico. Así también, demostrar que la concepción de *praxis* política que manejan Salazar y la “Nueva Historia”, y que sintetizan en su propuesta de *Ciencia popular*, se haya muy por detrás de la concepción del Marxismo como ciencia *orgánica* de la clase obrera y de la revolución. Igualmente, muy inferior a la teoría marxista del intelectual orgánico y a la teoría leninista de partido revolucionario.

Finalmente, los objetivos anteriores (de carácter teórico e historiográfico) se supeditan a los objetivos políticos, más generales, que se han mencionado ya en la presentación del presente trabajo.

IV. Exposición

Capítulo 1

Breves consideraciones acerca de la situación mundial durante los años 80 y 90.

El nacimiento y desarrollo de la escuela historiográfica de la “Nueva Historia Social”, y el trabajo de su principal exponente, Gabriel Salazar, se nutre del importante debate teórico e ideológico internacional de la década de los 80. Dicho debate se caracterizó por una intensa crítica en contra de los pilares del pensamiento marxista clásico, del Estructuralismo, y de todos aquellos sistemas teóricos o filosóficos identificados como “totalizadores”. Así también, por la apertura de nuevos tópicos de la reflexión teórica y por el surgimiento de nuevos objetivos de la investigación académica. Además, por la irrupción y el avance del llamado postmodernismo (el que llegó a inundar, también, al conjunto de la reflexión social e historiográfica).

Aquel proceso de discusión y reflexión intelectual se alimentó, en un comienzo y más que de la reflexión puramente académica, de las importantes transformaciones que por aquellos años experimentó la situación mundial. Las decisivas transformaciones económicas, políticas y sociales de los años 80 y 90, de signo “conservador”, actuaron como un verdadero catalizador de una profunda controversia teórica.

Podemos decir, a grandes rasgos, que el replanteamiento de los pilares epistemológicos y metodológicos de las ciencias históricas, y la apuesta por un nuevo enfoque de producción de conocimiento historiográfico, se dio centralmente en Inglaterra. Será la elaboración del historiador inglés E.P. Thompson, como también en cierta medida la de otros investigadores como Eric Hobsbawm, Christopher Hill y otros, la que efectuará una de las críticas más acabadas en contra del Estructuralismo francés y de la tradición mecánico-

economicista del llamado Marxismo “ortodoxo”.

Aquellos investigadores, sobre todo Thompson y a partir de la influencia que ejercería sobre un grupo de historiadores chilenos exiliados en Inglaterra (los que constituirían la llamada “Asociación de historiadores chilenos”), marcarán con su sello la evolución particular de la corriente de la “Nueva Historia” en Chile. Las categorías de “experiencia” y “sujeto social”, entre otras, serán tomadas, discutidas y re elaboradas por aquellos historiadores chilenos en el exilio y por una serie de grupos de desarrollo historiográfico en nuestro país (fundamentalmente el grupo “ECO”, que centró su trabajo en la aplicación y desarrollo de la llamada “Educación popular”, y el llamado “Encuentro de Historiadores jóvenes”), sentando las bases para el nacimiento de lo que se ha denominado como “Nueva Historia Social”.

Dando cuenta de la conexión existente entre el nacimiento de la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social” con la escuela de Thompson, por un lado, y con el debate teórico internacional de los 80, por otro, y que además tanto el desarrollo de la escuela historiográfica inglesa como el de dicho debate tuvieron que ver, de manera sustancial, con la interpretación y reflexión de las importantes transformaciones internacionales de aquellos momentos, es que se hace necesaria una breve caracterización de los procesos que moldearon la situación mundial de por aquellos años. Y es que la situación de la política y la economía mundial, que influenció en gran medida el desenvolvimiento particular de la historia de nuestro país por aquellos años, fue el marco general, epocal, a partir de cual los fundadores de la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social” intentarían “repensar” a Chile y a su historia.

1. La década de 1980. El giro conservador de la situación mundial.

Los últimos años de la década de los sesenta marcan un punto de inflexión histórica. Esto, entre un período que se caracteriza por la existencia de un orden mundial de posguerra estable, bajo la égida indiscutible de los Estados Unidos y en el marco de su disputa con la URSS, y un período caracterizado por la crisis estructural, aunque no su caída, de los basamentos económicos, políticos y sociales de dicho orden (de hecho, aquel orden mundial, el de Yalta y Postdam, podría sobrevivir a aquella "primera crisis orgánica", siendo reimpulsado a partir del gobierno de Reagan).

El fracaso de la política de Estados Unidos en Irán, a diferencia de lo que había pasado en Vietnam, no significó una parálisis y una mayor dificultad de la política exterior norteamericana. Al contrario, el desafío iraní le permitió a Estados Unidos comenzar a salir del aletargamiento que le había provocado el llamado "síndrome de Vietnam" en la arena internacional, y retomar una ofensiva que no tenía desde la década de los 60. Esto pudo ser así porque, a diferencia de los últimos años 60 y 70, la realidad mundial había cambiado en favor de una serie de tendencias históricas conservadoras. Por un lado, el espectro de la revolución social había sido conjurado. La oleada revolucionaria mundial que se gestó al calor del mayo del 68 y de la primavera de Praga, y que se extendió hasta la revolución polaca de 1981, había sido derrotada a sangre y fuego en el tercer mundo y desviada en Europa. Así también, el ascenso del activismo radical en el mismo Estados Unidos había sido duramente reprimido (por ejemplo, la desarticulación del grupo de las "Panteras Negras"). Lo anterior, junto al estallido de la guerra entre Irán-Irak, que tendía a "distraer" y a "desangrar" al régimen "bastardo" de Irán, sumado a un acusado giro derechista del gobierno sandinista de Nicaragua, y sumado también a la cada vez más creciente debilidad económica de la URSS, significaron para Estados Unidos un cambio "de signo" de la realidad internacional en un sentido más favorable. Aquello, junto a las primeras reformas económicas neoliberales impulsadas en Estados Unidos e Inglaterra, las que tendieron a dinamizar, aunque cosechando nuevas contradicciones a futuro, la aletargada economía capitalista y junto a la implementación de las llamadas "nuevas tecnologías" en la estructura productiva mundial, constituyó el escenario en que Estados Unidos desplegó una

política internacional de marcado carácter agresivo y reaccionario.

La década de 1980 inauguraría, de acuerdo a lo anterior, una década norteamericana (que se extendería, también, durante la década siguiente). Sobre esa base, la de una realidad mundial que profundizaba su giro conservador y en el marco de la primera aplicación de los planes económicos neoliberales a escala global, es que se produjo la caída del muro de Berlín, el colapso de la URSS y el derrumbe de los países “socialistas” de Europa. Todo ello, junto al estallido de la “Primera Guerra del Golfo”, que mejoró aún más la situación del poderío norteamericano en la arena internacional, permitió el fortalecimiento (hasta por lo menos mediados de la década de los 90), de los principales procesos económicos, políticos y sociales que se venían desarrollando desde los últimos años de la década anterior.

Si bien la estabilidad mundial y la hegemonía norteamericana no pudieron alcanzar la fortaleza con que habían contado durante las décadas de los 50 y 60, y que el declive de su hegemonía, aunque “enlentecido”, se haya mantenido hasta hoy (cuando parece, nuevamente, comenzar a acelerarse¹⁷), se puede decir que la situación internacional, durante ese período, se fue haciendo cada vez más reaccionaria y conservadora. El clímax de dicho proceso sería, precisamente, durante los primeros años de la década de los 90. Durante esos años, la revolución, la clase obrera y la teoría y política marxista parecían irremediablemente muertos. Tan muertos como la URSS y el “Socialismo real”. Al mismo tiempo, triunfantes, los representantes del neo-liberalismo y de la filosofía postmoderna comenzaron a hablar del “fin del trabajo” y del “fin de la historia”.

Es en este marco internacional, en el ámbito de la discusión intelectual, que se desarrolló una de las principales controversias teóricas de aquel período: el ataque a la teoría y a la práctica política del Marxismo clásico. Dicha crítica se encuentra en la base de la producción intelectual de las más importantes corrientes de pensamiento de aquellos momentos. Entre otras, en la base de la escuela historiográfica de E.P. Thompson.

¹⁷ Para una discusión del estado actual del Imperialismo yanqui, ver el artículo “La debacle en Irak y la decadencia de la hegemonía norteamericana”, en el número 23 de la revista *Estrategia Internacional*.

La importancia que tuvo la crítica al Marxismo clásico en la consolidación de la obra historiográfica de Thompson, y la incidencia que tendría esta última en la gestación de la corriente de la “Nueva Historia Social” en Chile, hacen que sea necesario decir algo sobre la misma.

Capítulo 2

Breves consideraciones acerca de la crisis internacional del pensamiento y de la práctica marxista.

1. La crisis teórica y política del Marxismo en la arena internacional.

Hacia mediados de la década de los 90, como lo constata Daniel Bensaid:

“[...] el semanario *Newsweek* anunciaba solemnemente en tapa la muerte de Marx. Era tiempo de contrarreformas y restauraciones. Francis Fukuyama decretaba el fin de la historia. En *El pasado de una ilusión* François Furet pretendía archivar para siempre la cuestión del Comunismo: ¡inmovilizado en su eternidad mercantil, el Capitalismo pasaba a ser el horizonte insuperable de todos los tiempos! [...] Marx había pasado a ser, para el sentido común mediático, un “perro muerto”. Lo que de Marxismo sobrevivía estaba sitiado por todos lados. La relectura crítica de Marx representaba un acto de resistencia, rechazar la los vientos adversos y optar por pensar contra la corriente y a contrapelo”¹⁸.

A partir de la década de los 80 y los 90, en el contexto de un desprestigio general, y podría decirse “casi universal”, del Marxismo como estrategia y praxis política, es que se desarrolla, paralelamente, una importante crisis teórica del mismo. Dicha crisis, que se venía incubando desde los últimos años de la década del 70 (y que puede considerarse como la más aguda que dicha corriente ha experimentado en su historia), tendía a cuestionar los aspectos del “núcleo duro” del pensamiento y de la práctica marxista; es decir, a cuestionar aquellas categorías y definiciones centrales de lo que se ha denominado como “Marxismo clásico” (la teoría de la lucha de clases, la ley del valor, la revolución, etc).

En relación a lo anterior, dando bastante cuenta de la manera en que la corriente de la

¹⁸ Daniel Bensaid, *Marx Intempestivo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2003, pág. 9-10.

“Nueva Historia” tomó y *sintió* esta crisis, Gabriel Salazar nos comenta que:

“En todo caso, tampoco se puede eludir el problema de la llamada crisis del Marxismo contemporáneo, en tanto ésta afecta de varios modos al enfoque epistemológico y a las opciones metodológicas que han tipificado el Materialismo histórico”¹⁹.

Así también, refiriéndose a los primeros momentos de aquella crisis, el mismo autor nos señala que:

“Según varios autores, la crisis (teórica) del Marxismo se gestó lentamente, pero devino en un acontecimiento público en el Seminario Internacional realizado en Venecia entre el 11 y el 13 de noviembre de 1977. Allí, intelectuales de la talla de L. Althusser, R. Debray, R. Rossanda y P. Sweezy, entre otros, *concordaron* en que el Marxismo había desembocado para entonces en una grave crisis teórica, casi irreversible. La crisis –se dijo- estalló en tres niveles: a) en el plano de las prácticas políticas, donde se observó una diferenciación radical entre las distintas corrientes; b) en el plano del Socialismo “real”, que no podía ser ni explicado ni justificado en términos marxistas, y c) en el cuerpo clásico de la teoría marxista, donde se habían detectado déficits significativos. [...] Por eso, hacia 1980 o 1982, la conciencia de la crisis se había instalado profundamente entre los marxistas europeos, razón por la cual el grueso de la reflexión crítica y científica tomó un rumbo que podría llamarse “de búsqueda”, proceso en el que se perfilaron con cierta nitidez la filosofía “anarco-nietzscheana” de Foucault (que reconocía vagamente su origen marxista), la historia social inglesa (con E.P.Thompson a la cabeza), el nuevo “Materialismo histórico” aplicado a la historia de Hindess & First, y la emergente “escuela comprensiva” de Frankfurt (encabezada por J.Habermas)”²⁰.

En el aspecto político, la crisis del Marxismo fue entendida, no solo por la intelectualidad neoliberal sino por el “sentido común”, como la bancarrota de cualquier estrategia de cuestionamiento revolucionario de la sociedad capitalista. La llamada “crisis de los meta relatos” daba cuenta, de fondo, no tan solo de la crisis del Marxismo y del Estructuralismo, sino de la “caída” de cualquier teoría y sistema “totalizador” (del cual se pudiera desprender, por tanto, una crítica que llegara a cuestionar al sistema capitalista de

¹⁹ Gabriel Salazar, “Historiografía Chilena, 1955-1985: Balance y Perspectivas”, en *La Historia desde Abajo y desde Dentro*, Ediciones LOM, 2003, págs. 48-49.

²⁰ Ídem.

conjunto). Esto constituyó, y esto es quizás lo más importante a tener en cuenta en el sentido del contenido histórico de esta crisis, y lo que además explica la algarabía de la intelectualidad neoliberal ante la misma, el desprestigio creciente de la posibilidad misma de la revolución social. La crisis del pensamiento y de la política marxista internacional, el acorralamiento de los partidos y organizaciones revolucionarias, el desprestigio de la idea misma de la revolución, fue el “campo fértil” en que floreció y se fortaleció, en todos los niveles, el proyecto económico, político y social del neo-liberalismo a escala planetaria.

En el aspecto teórico, la crisis del Marxismo significó, por un lado, la crítica del “núcleo duro” del Marxismo clásico y su identificación con el Estructuralismo francés y la herencia mecánico-economicista del Marxismo stalinista. Por otro, con un profundo proceso de revisión teórica y metodológica. Además, por el impulsó de nuevos tópicos y objetivos de la reflexión teórica y académica, promovido por una serie de intelectuales “provenientes” del Marxismo, pero que tendieron a romper con este y a evolucionar en una dirección que sería denominada, más adelante, como “post-marxista”.

2. Algunos aspectos de la crítica de Thompson y de Kossik al Marxismo clásico.

A efectos de la repercusión que tuvo el pensamiento de Thompson en la obra de Gabriel Salazar y en el nacimiento de la “Nueva Historia”, es importante mencionar algunos de los planteamientos que este, y otros autores como Hobsbawm, Kossik, etc, realizaron en contra del pensamiento marxista estructuralista.

Para Thompson, la determinación mecánica de la superestructura cultural e ideológica a partir de su base socio-económica es una idea que tiende a dar fuerza a lo que él denomina una *cosificación* del pensamiento historiográfico. Esta *cosificación*, según Thompson, se habría convertido en una pesada carga, de sesgo positivista, en el desarrollo historiográfico del Marxismo clásico. En su obra *Miseria de la Teoría*, Thompson plantea una crítica en la que tiende a identificar los postulados del Marxismo estructuralista francés con algunos conceptos como el de “cientificidad” y “objetivación”. Con respecto a lo anterior, Thompson nos dice lo siguiente:

“su posición epistemológica -habla de Althusser- le impide comprender los diálogos con los cuales se constituye nuestro comportamiento: en primer lugar, el diálogo entre el ser social y la conciencia social que da origen a la experiencia; en segundo lugar, el diálogo entre la organización teórica (en toda su complejidad) de los datos empíricos, por una parte, y el carácter determinado de su objeto por otra. Como consecuencia del segundo fallo, no puede comprender -o debe desfigurar- el carácter de los procedimientos empíricos que se elabora, en distintas disciplinas, no solo para interrogar a los "hechos", sino para asegurar que responden no con la voz de quién les interroga sino con la suya propia. Como consecuencia del primer fallo, no puede comprender ni la génesis real, existencial, de la ideología ni los caminos por los cuales la praxis humana impugna esta posición ideológica que forcejea con sus límites”²¹.

Criticando el “acervo positivista” del estructuralismo marxista, es decir aquellas tendencias cosificantes de la interpretación de la realidad social, el mismo autor señala que:

²¹ E.P. Thompson, *Miseria de la Teoría*, Editorial Crítica, Barcelona, 1981, pág. 58.

“la razón por la cual Althusser puede usar categorías estáticas de esa manera es que están vacías de todo contenido social e histórico: todo contenido ha sido borrado, y sus "instancias" en rotación se parecen a otras tantas latas vacías”²².

Al contrario, Thompson pretendería *rescatar la voluntad del sujeto social por sobre las abstracciones mecanicistas del Estructuralismo*. Así, refiriéndose al desarrollo de la investigación historiográfica, nos dice que:

“hablamos de hombres y mujeres, en su vida material, en sus determinadas relaciones, en su experiencia de las mismas, y en la conciencia que tienen de esa experiencia". Pero aquellas manifestaciones individuales deben estar totalizadas por una misma experiencia unitaria o presión determinante, -de modo que todas estas historias distintas deben ser juntadas en el mismo proceso histórico real, el tiempo dentro del cual el proceso sucede-. Este proceso integral es el objeto último del proceso histórico, y esto es lo que Althusser se propone desintegrar”²³.

Thompson plantearía, para la interpretación histórica, lo que él denomina como una visión “dialéctica de conjunto”. Para Thompson, el pasado humano no es una agregación de historias discretas, sino:

“un conjunto unitario de comportamientos humanos, en los que cada aspecto se relaciona de determinadas maneras con los otros, análogamente a como los actores individuales entran entre sí en determinadas relaciones (mediante el mercado, mediante las relaciones de poder y subordinación, etc). En la medida en que estas acciones y relaciones dan origen a cambios, que se convierte en el objeto de la investigación racional, podemos definir a esta suma como un proceso histórico, es decir, de prácticas ordenadas y estructuradas de maneras racionales”²⁴.

Las categorías de *sujeto social*, *experiencia* y el estudio de la dimensión cultural de la realidad histórica, deberían transformarse, desde su concepción, en elementos claves del análisis e interpretación historiográfica. Estas ideas causarían un fuerte impacto en el grupo

²² Thompson, *op. cit.*, pág. 156.

²³ Thompson, *op. cit.*, pág. 159.

²⁴ Thompson, *op. cit.*, pág. 70.

de historiadores chilenos radicados en Inglaterra. Sería a partir de ellos, sobre todo, que dichas concepciones influenciarán al conjunto de la corriente historiográfica de la “Nueva Historia”.

Es importante decir que en Inglaterra existió, además, una serie de otras propuestas que constituyeron una importante renovación de la práctica y la metodología historiográfica. Estas también llegarían a influenciar la evolución posterior de la historiografía chilena. Las investigaciones y la obra teórica de Eric Hobsbawm, Christopher Hill y Rodney Milton son relevantes en ese sentido. Con respecto a estos trabajos podemos mencionar el que realizó Hobsbawm en *Rebeldes primitivos* y *Bandidos*.²⁵ En aquellas obras, este autor intentó investigar las formas arcaicas de constitución del movimiento social. Esta investigación, además, se conecta con la importante elaboración previa de la historia social inglesa. Esta última, ya en 1952 (a partir de la publicación de la revista *Past and Present* y con la constitución de la History Workshop), se planteaba la necesidad de una historia que fuera construida “desde abajo hacia arriba”. Los trabajos de Hobsbawm, como también los de Thompson y de otros historiadores, plantean la necesidad de enfocar la investigación económica y política desde el ámbito social cultural. Además, el de interpretar los procesos históricos *desde* la mirada de los sectores que habían sido *dejados de lado* por la historiografía tradicional; esto es, los *sectores populares*.

Compartiendo varios aspectos de la visión de Thompson, sobre todo su denuncia a la “cosificación” y “objetivización” inherente al estructuralismo marxista, Kossik intentó trabajar en su reflexión una serie de ideas “fundantes” para una re-interpretación y re-lectura crítica del Marxismo. Kossik, en *Dialéctica de lo concreto*²⁶, distingue entre lo que denomina como “representación” y el “concepto de las cosas”. Según él, ambas, la *representación* y el *concepto de las cosas*, son “formas” o “cualidades” de la praxis humana. Esto, ya que el hombre se aproxima a la realidad no como un “sujeto especulativo” sino como un “sujeto histórico”. Es decir, que se desenvuelve pragmáticamente. Al individuo se le presentaría la realidad, entonces, en la “inmediatez de

²⁵ Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1983.

²⁶ Karl Kossik, *Dialéctica de lo Concreto*, Ediciones Grijalbo, México, 1967.

su vida ordinaria”, y no como concepto elaborado filosóficamente. Ante esta situación, dicho individuo, es decir el sujeto histórico, sería capaz de crear su propia realidad sobre las cosas, estableciendo para lo anterior su propio concepto de las mismas. La realidad social, para Kossik, sería fruto de una construcción ínter-subjetiva. Esta sería posible a partir de la propiedad de cada individuo para “crear” o “construir” su propia realidad. No obstante, la existencia real y las formas fenoménicas de la realidad serían distintas y con frecuencia absolutamente contradictorias unas de otras. Sería la práctica humana, la *praxis*; es decir, la “experiencia”, la que permitiría a los hombres orientarse en la vida cotidiana y en el mundo, pero no la comprensión de las cosas y de la realidad.

Según este autor, el conjunto de la realidad cotidiana, que es asumida en la conciencia de los individuos y que toma un aspecto “realista” y “natural”, constituiría el mundo de la “pseudo concreción”. Aquel, el mundo de la pseudo concreción, tendría un doble sentido: el fenómeno mostraría su esencia y, al mismo tiempo, la ocultaría. La esencia se manifestaría en el fenómeno, pero de manera inadecuada, y solo parcialmente. Según Kossik:

“Si la esencia no se manifestase en absoluto en los fenómenos, el mundo de la realidad se distinguiría de modo radical y esencial del mundo fenoménico: en tal caso, el mundo de la realidad sería para el hombre “el otro mundo” (platonismo, cristianismo) y el único mundo al alcance del hombre sería el mundo de los fenómenos”²⁷.

Pues bien, para Kossik el fenómeno no sería distinto, de manera absoluta, de la esencia, y la esencia no sería una realidad de distinto contenido al del fenómeno. De ahí que: la realidad se constituiría en la unidad del fenómeno y su esencia. La función práctica del pensamiento, su *praxis*, sería la de aislar algunos aspectos de la realidad como necesarios para la acción, aislando a otros. La “doble faz” de la pseudo-concreción implicaría que la representación de “la cosa” se haría pasar, por un lado, por la cosa misma, creando una apariencia ideológica de la misma. De ahí que esta no sería un atributo natural de “la cosa” y de “la realidad”, sino la proyección de determinadas condiciones históricas petrificadas en la conciencia del sujeto.

²⁷ Kossik, *Dialéctica de lo Concreto*, op. cit., pág. 98.

De acuerdo a lo anterior, nos dice Kossic que:

“El mundo de la realidad no es una variante secularizada del paraíso, de un estado de cosas ya realizado y fuera del tiempo, sino que es un proceso en el curso del cual la humanidad y el individuo realizan su propia verdad; esto es, llevan a cabo la humanización del hombre”²⁸.

Kossik, así como otros intelectuales anti-estructuralistas, tienden a replantear algunas nociones clásicas del Marxismo en un sentido historicista subjetivista; por ejemplo, en este caso, reinterpretando el concepto de *praxis* abrevándose para ello en teorías y filosofías de cuño neo kantiano y en otras de corte dialéctica idealistas y subjetivistas.

Como ya se ha mencionado, estos intelectuales discuten en contra de las aspiraciones “objetivistas”, entonces “cosificadamente científicistas”, que estarían presente en la escuela de pensamiento del Marxismo clásico (sobre todo, dicen, presentes en la del Estructuralismo francés, identificando erróneamente y sin distinción a ambas corrientes). Para ellos, la relación problemática entre el presente y el pasado, y la que existe entre la realidad histórica y la praxis social de los sujetos y del historiador, sería fundamental. Así también, la relación entre los procesos históricos, la creación de identidad de los sujetos sociales, por un lado, y los procesos culturales y las relaciones inter-subjetivas, *constructoras* de realidad, que se encontrarían en la base de la realidad histórica. Todo aquello, y otras cuestiones de esta índole, serían algunas de las “claves” de una renovación teórica y científica profunda y necesaria. Ellas permitirían una superación de los marcos estructuralistas y positivistas en que el Marxismo clásico habría desarrollado, históricamente, su producción intelectual.

El método marxista clásico “en clave estructuralista”; es decir, el análisis de la realidad histórica a partir del estudio de los modos de producción y de las estructuras económicas y sociales que le sirven de base, y la investigación del devenir histórico de aquel modo de producción haciendo hincapié en el aspecto *estructural*, dejaría de lado el estudio de los sujetos sociales y de su posible voluntad histórica. Esto indicaría, según ellos, la presencia

²⁸ Kossic, *op. cit.*, pág. 98.

de una matriz positivista en el análisis historiográfico. Según ellos, los “parámetros” de la objetividad positivista serían trasladados, en el Marxismo clásico, hacia marcos sociológicos estructurales (modos de producción y clases sociales). Aquellos “marcos”, a la vez, se podrían encontrar de manera “a priori”, “axiomática”, por fuera de la investigación de los sujetos que lo componen. Dicho esquema plantearía la existencia de uno marco estructural “objetivo”, las “estructuras”, que provocaría la *objetivización* de las relaciones sociales; entonces, su cosificación. Estas estructuras, que el investigador debería “desentrañar” (en la lógica de la investigación histórica estructuralista), conllevaría una operación “típicamente positivista” de separación entre el sujeto y el objeto que se investiga. A partir de ahí, denuncian, los sujetos serían “aprisionados” en la dinámica de las estructuras económicas, políticas y sociales. Aquellas, incluso, tendrían una existencia independiente de los mismos sujetos que las constituyen. El sujeto social, y por tanto su identidad y su memoria, su praxis histórica, no tendría forma concreta; por tanto, sería inexistente. Este sujeto, de acuerdo al esquema del Marxismo estructuralista, no tendría posibilidades ni de discernimiento ni de acción autónoma. Por eso, el estudio de la construcción histórica de la subjetividad social, el afianzamiento de la identidad y de la praxis concreta de cada grupo social en un determinado momento histórico, su vida cotidiana, como reclama Thompson, serían “cercenadas” del análisis historiográfico. Dicha concepción opacaría, finalmente, el estudio específico de la vida social, liquidando la historicidad misma de los sujetos. La historia, finalmente, se *vaciaría* de su misma sustancia.

La propuesta de E. Thompson, que en sus aspectos centrales es tomada por los fundadores de la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social”, y de otras concepciones teóricas que también han influido en el pensamiento de dicha corriente, por ejemplo las de K. Kossic y otras (de corte cultural subjetivistas y neo kantianas), se plantean “disolver las estructuras” en el sujeto histórico. La conciencia humana, plantean, no podría ser reducida a una errática e involuntaria respuesta a las estructuras sociales (dotadas de voluntad y aún de conciencia propia, ajenas al propio hombre), sino que debería ser aprendida en su propia y concreta historicidad. El conocimiento historiográfico, como aparece claramente en Kossic, no sería un producto meramente objetivo, sino también una práctica subjetiva (impulsada,

de manera clave, por la propia *praxis* del historiador). A la vez, dicha práctica sería también inter-subjetiva (en tanto se relaciona con una realidad socialmente construida por sujetos y por sus diversas formas de entender el mundo y de relacionarse con él).

Como conclusión, podemos decir que varios exponentes de la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social”, sobre todo Gabriel Salazar, dejan en claro la importancia que tuvo la obra de Thompson en la elaboración de sus primeras reflexiones. Igualmente, reconocen el papel que en sus discusiones epistemológicas tuvo la crítica teórica internacional, anti estructuralista, que a fines de los 70 y durante los años 80 se realizó en contra del pensamiento marxista. Así mismo, reconocen el impacto que tuvo sobre su pensamiento, y sobre sus proyecciones políticas particulares, el colapso de la URSS, de los “Socialismos reales” y el fracaso de la revolución obrera en los 70. La mayoría de los exponentes de la “Nueva Historia Social” tenderían a identificar dichos fracasos (como igualmente hicieron en el terreno intelectual; asemejando al conjunto del pensamiento marxista con su vulgarización estalinista o su versión estructuralista francesa) con la bancarrota política total del proyecto marxista revolucionario. Las distintas estrategias y políticas marxistas, las que se basaban en la experiencia histórica, las derrotas y las enseñanzas de los procesos revolucionarios de los siglos anteriores, que planteaban la necesidad de la construcción de partidos y organizaciones revolucionarias, y que hacían de la lucha anti-imperialista y de la “tradicional” lucha de clases unos elementos centrales de la intervención política, serían fuertemente cuestionadas y rechazadas por aquellos.

Capítulo 3

Breves consideraciones acerca de la situación nacional durante los años 80 y 90.

Si la controversia teórica internacional y la situación mundial fueron reconocidas como influyentes en el surgimiento de la generación de historiadores “del 85”, lo fueron aún más la evolución de la situación política en el país y el debate académico nacional de aquellos años. Es necesario, por tanto, decir algo acerca de los principales procesos históricos que imprimieron su sello a la realidad nacional entre el golpe militar del 73 y la “transición democrática” de comienzos de los 90. El como interpretaría esta generación de historiadores su propia realidad, se constituiría en un factor clave del desarrollo futuro de la “Nueva Historia”. El análisis del período de las protestas populares en contra de la dictadura, junto a la elaboración epistemológica previa (en Inglaterra), sentaría las bases de la elaboración de algunos de los supuestos teóricos básicos a partir de los cuales esta corriente intentaría “repensar” tanto la historia de Chile como a la misma disciplina historiográfica.

Por otra parte, la crítica a la escuela historiográfica marxista chilena y a la teoría de la dependencia, como la polémica con algunos de los exponentes de la escuela conservadora (Gonzalo Vial, por ejemplo), será de vital importancia en el camino del nacimiento y consolidación de la “Nueva Historia” como corriente historiográfica. De ahí que, por tanto, sea importante también decir algo respecto al estado de la escuela marxista chilena a mediados de los 80. Así mismo, mencionar algunos aspectos del balance que la corriente de la “Nueva Historia Social” realizó con respecto de la misma.

1. Dictadura, protestas populares y transición democrática.

El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 significó la exterminación de lo mejor y más avanzado de la lucha y organización obrera y popular del período. El cierre sangriento, en favor del empresariado nacional y extranjero, de un ciclo ascendente de lucha revolucionaria. En este proceso, los trabajadores y el pueblo venían dando importantes pasos en su desarrollo político y en el cuestionamiento creciente de las bases fundamentales en que se sostiene el Capitalismo; la propiedad privada de los medios de producción y el Estado burgués.

La dictadura militar significó, para los patrones, no solo el poder “ahuyentar” el fantasma de la revolución social, la proscripción de los partidos obreros y populares de izquierda, la derrota del Marxismo. Significó, también, un gran beneficio económico.

“El grupo Matte incrementó su patrimonio en un 65% entre el 70 y el 83, el grupo Cruzat Larraín en un 165% y el grupo Angelini en un 183%. El capital extranjero también había conseguido grandes beneficios, mientras en 1980 sólo 2 de las 10 más grandes empresas del país estaban en las manos de capitales extranjeros, después de la crisis económica, en 1985, había cinco. Estas ganancias habían sido extraídas al salario de los trabajadores: en 1981 el salario continuaba siendo más bajo que 11 años antes”²⁹.

Es en aquellos momentos, entre el golpe de 1973 y el estallido de las grandes movilizaciones populares en el año 1983, en el contexto de la más completa desarticulación y debilidad de la lucha y del movimiento popular en Chile, que comenzaron a desarrollarse, de a poco y en forma creciente, las primeras manifestaciones de un nuevo ascenso de la lucha y la organización de los trabajadores y el pueblo en su conjunto. Esta vez, en contra de la Dictadura.

Los activistas por los derechos humanos, los familiares de los detenidos desaparecidos y los torturados, junto a un sector del movimiento obrero, principalmente los trabajadores del

²⁹ Patrick Guillardaut y Pierre Mouterde, *Los Movimiento Sociales en Chile 1973-1993*, Santiago, 1998, pág. 155.

cobre, comenzaron a desarrollar un movimiento social de crítica y de enfrentamiento coordinado en contra de algunos aspectos parciales del dominio dictatorial. Es así como se creó, el 7 de enero de 1977, la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), la que agrupaba a una serie de sindicatos, especialmente de la minería. Entre 1977 y 1983 se vivió una lenta y tortuosa recomposición de algunos sectores del movimiento obrero y popular chileno. Las huelgas de “El Teniente”, en 1977, de Chuquicamata y de la siderúrgica de Huachipato, en 1978, constituyen los “elementos visibles” de un proceso que, en el marco del período más feroz de la dictadura, tendía a recomponer los lazos de un movimiento obrero y popular social y políticamente desarticulado y derrotado.

La crisis económica mundial de 1981, que golpeó fuertemente a la economía chilena y que impulsó a la dictadura a llevar adelante un profundo proceso de reformas económicas neoliberales, fue un elemento “catalizador” del descontento y de la lucha anti dictatorial, ahora a un nivel de masas. En 1982, la magnitud de la crisis económica se hizo evidente. Se multiplicaron las quiebras de bancos y la bancarrota de empresas. Esto obligó a la dictadura a intervenir en defensa de las mismas, descargando el peso de la crisis en los hombros de los más desposeídos. La dictadura se dedicó, a partir de ahí, a aplicar una política sistemática de reducción de salarios a los sectores de menos ingresos. Junto con lo anterior, la inflación y el desempleo, que ascendió a más de un 30%, se dispararon.

Ante esta situación, en 1983, la CTC (Confederación de Trabajadores del Cobre), hace un llamado público a los trabajadores y al movimiento popular para la realización de una jornada de “expresión pública de descontento” (jornada que contemplaba, entre otras cosas, “cacerolazos” nocturnos, vuelta a casa antes de las dos de la tarde, no enviar a los hijos a la escuela, etc).

El 11 de mayo de 1983, acatando esta convocatoria, se realizó la primera de las protestas de carácter nacional en contra del régimen dictatorial y sus políticas. La protesta alcanzó un vasto poder de convocatoria, agrupando amplios sectores populares y de las capas medias. Esta fue la jornada de los primeros cacerolazos, las barricadas en las poblaciones, los enfrentamientos callejeros en contra de la policía y los militares. El régimen dictatorial

debió reaccionar desplegando una operación militar de represión masiva. (la mayor en magnitud desde 1973). Más de 600 arrestos, unas 10.000 personas requisadas en sus hogares y dos muertos fueron el saldo de la primera jornada nacional de protestas.

La potencia de aquella protesta abrió un nuevo ciclo de lucha y organización popular. Entre 1983 y los últimos meses de 1984 se contabilizaron más de 11 protestas que tuvieron un alcance nacional. Podemos decir que el período “de las protestas”, que tiene su punto de partida en 1983 y que se extiende hasta, más o menos, los años 1986 y 1987, se diferencia del período anterior, de “preparación”, que se ubica entre los años de 1977 y 1983 (y que tiene como eje la acción de los trabajadores mineros y organizaciones como la Confederación de Trabajadores del Cobre) por “trasladar” el eje de organización y lucha del sindicato y la huelga, a la organización popular y al enfrentamiento armado en las poblaciones. El poblador, más que el trabajador, y la población, más que el sindicato, serían los protagonistas del período “de las protestas” en contra de la dictadura.

Podemos decir que el estallido de las protestas se explica, por un lado, por los efectos de la crisis económica mundial que afectó duramente a la economía nacional y que se descargó, esencialmente, sobre los trabajadores y el pueblo de Chile. Igualmente, fue posible gracias al desarrollo de un período anterior de recomposición embrionaria del movimiento obrero y popular chileno. Período que se ubica, como hemos dicho, entre los años 1977 y 1983. Sin embargo, aparte de estos factores, que impulsaron el estallido de las movilizaciones y protestas populares anti-dictatoriales, también entraron a jugar otros elementos. Dentro de estos es importante mencionar, como un factor decisivo, la “ruptura del consenso” entre las elites y las capas medias (que eran la base social de la dictadura y que habían sido afectadas por la crisis) y la institucionalidad de Pinochet (que deseaba “legalizar” su poder por varios años más). Debilitado el flanco “interno”, las protestas populares alcanzaron una magnitud insospechada. Las organizaciones patronales, por ejemplo, tendieron a pelearse entre sí y a desmarcarse entre un apoyo “irrestricto”, “condicionado” o de “franca crítica” en contra de la dictadura. Así, por ejemplo, el presidente de la Asociación Nacional de Productores de Trigo, llegó a plantear cosas como:

“Hemos perdido toda fe en este gobierno, no podemos creerlo más. Toda apertura económica debe pasar por una apertura política”³⁰.

Todo lo anterior significó que el proceso de las protestas, primero de lucha espontánea y reivindicativa sectorial, fuera acompañado de un intenso debate político. La discusión política, que giraba en torno al como enfrentar las protestas y con que proyecto político seguir adelante, se dio tanto al interior de las elites económicas, políticas y sociales nacionales y extranjeras y en el seno del régimen dictatorial, como también entre los partidos democrático burgueses poscristos como la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Radical-PR (los cuales buscaban canalizar el proceso de protestas en pos de su estrategia de transición democrática institucional y pacífica). Así mismo, aquel debate se dio con fuerza al interior del movimiento popular, de sus partidos y de amplios sectores de los trabajadores y el pueblo. Esta discusión se centro en el problema de con que perspectiva política proyectar la fortaleza del ascenso popular de aquellos años.

Entre 1983 y 1984, uno de los momentos más altos de la lucha y organización popular del período, paralelamente al surgimiento de los diversos bloques políticos que pretendían encauzar y dirigir el sentido de las protestas, la dictadura desplegó una serie de políticas para contener, desviar y/o derrotar la creciente presión popular. Por un lado, esta desplegó el método de la represión política generalizada. Solo en un año, entre 1983 y 1984, pueden contarse más de 400 muertos. Durante esos años, se puede afirmar que:

“Entre el 11 de Marzo de 1981 y el 5 de Noviembre de 1984 hubo 231 muertes, 694 tentativas de homicidio, 25123 arrestos arbitrarios, 547 relegaciones administrativas, 835 personas torturadas, 2599 tratamientos inhumanos y degradantes, 610 casos de intimidación. Estos son sólo los casos debidamente empadronados y declarados por la Comisión de DDHH de Chile”³¹.

Por otro lado, con el apoyo financiero de los Estados Unidos y el FMI, la dictadura se decidió “a cerrar filas” entre sus partidarios. Mediante el apoyo económico y una promesa

³⁰ Guilladaut y Mouterde, *op. cit.*, pág. 155.

³¹ Guilladaut y Mouterde, *op. cit.*, pág. 160.

de “apertura política”, la dictadura buscó “reconquistar” la confianza de los sectores empresariales y políticos más críticos. Finalmente, la dictadura desplegó una serie de tácticas que buscaban “dividir al enemigo”. Guiñar el ojo a la “Alianza Democrática”, dirigida por la Democracia Cristiana y los sectores socialistas renovados, buscando aislar al “Movimiento Democrático Popular” (MDP), dirigido por el Partido Comunista (el cual, a todo esto, tampoco levantaba una estrategia política sustancialmente diferente a la de los sectores democráticos burgueses como la Democracia Cristiana). Con el apoyo de la Democracia Cristiana, que representaba a gran parte del movimiento sindical, la dictadura pudo evitar el estallido de huelgas masivas, las que junto con las protestas pudieran haber puesto en “riesgo mortal” no solo la continuidad del proyecto dictatorial sino, a la vez, el mismo proyecto democrático institucional que levantaba la Democracia Cristiana y los antiguos sectores democráticos. La dictadura, con la DC de comparsa y sin contar con la resistencia política de los sectores de izquierda, “volcados a la población”, logró “disciplinar” a la debilitada clase obrera, logrando aislar a los trabajadores y a los sindicatos de los cesantes, de los pobladores y de las poblaciones. El gobierno de Pinochet logró, a partir de entonces, boicotear el llamado de paro indefinido hecho, en 1983, por la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC). Respecto a aquello, se podría decir que:

“Quizás el período de “diálogo” es el de mayor distancia entre la protesta popular aún en alza en masividad y radicalidad y una oposición interesada en lograr un espacio político para una eventual “transición ordenada”. A modo de ejemplo, puede señalarse que mientras se desencadena la represión, la “Alianza Democrática” negocia un calendario de transición sin mencionar el punto en su diálogo con Jarpa”³².

En 1984, y después de la “desorientación” que causó en el régimen dictatorial la magnitud de la arremetida de las protestas, las políticas de la dictadura obtienen una primera victoria importante. Un préstamo de 1300 millones de dólares del FMI y de Estados Unidos comienza a poner “paños fríos” a la crisis económica. A la vez, junto al despliegue de una acción represiva en contra de las protestas, en aumento, se abrió un importante diálogo entre el gobierno dictatorial y la “Alianza Democrática”, diálogo del que fue excluido el

³² Gonzalo de la Maza y Mario Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta nacional, 1983-1984*. ECO, Santiago, 1985, pág. 62.

“Movimiento Democrático Popular”. Si bien el “diálogo” de 1984 fracasó, deslegitimando a la “Alianza Democrática” y a la DC ante los sectores populares y medios, potenciando el papel del “Movimiento Democrático Popular” en el seno de las protestas (sería el MDP el que convocaría a la realización de la sexta protesta nacional), y si bien el estallido popular y las protestas conocerían un nuevo ascenso posterior a 1984, más radical que el anterior, podemos decir que el año 1984 marca una antes y un después en el contenido de clases y la dinámica del período de las protestas en contra de la dictadura.

Por un lado, se terminó de “cerrar” la acción y el papel protagónico del movimiento obrero en el proceso. Dichos sectores, que venían jugando un importante rol en la recomposición de la lucha y organización popular desde 1977 hasta 1983, terminaron de ser “cohibidos”, “anulados” (por el importante rol que, en ello, le tocó jugar a las mismas organizaciones de izquierda, preocupadas más en el diálogo con la DC que en el impulso de la lucha anti-dictatorial). Entre 1983 y 1984, junto al éxito de las primeras protestas, como hemos dicho, se constató el fracaso de la convocatoria del primer paro nacional. Como dicen algunos autores:

“a pesar de que el gobierno no logra desactivar la movilización lograda obtiene un triunfo importante al cancelar por cerca de un año la posibilidad de un Paro Nacional e inhibir el rol preponderante del sindicalismo, especialmente el poderoso cobre, en la movilización popular”³³.

Es desde 1984 hasta 1986 y 1987 cuando se desarrolló, por denominarla de alguna manera, la “fase clásica” del período de las protestas. El eje de las mismas sería, claramente, las poblaciones y el movimiento poblacional. Los partidos políticos de izquierda, como el PC y el MIR, entendiéndolo así y sin la voluntad de disputar las direcciones del movimiento obrero a la DC, volcarían todas sus fuerzas “a la población”. La política de la “Rebelión Popular de Masas” y la creación del FPMR serían las muestras más evidentes de aquello.

Posteriormente, a partir del desgaste de las movilizaciones y de la organización popular

³³ De la Maza y Garcés, *op. cit.*, pág 63 y 64.

debido a la represión dictatorial y debido a la propia política de los partidos de izquierda que las dirigieron³⁴, incluyendo a aquellos que optaron por la vía armada “a la democracia” (como el FPMR desde 1987), fue que tomaron un rol político cada vez más dirigente aquellos sectores y organizaciones democrática burguesas que levantaban un proyecto de “transición institucional”. Estos sectores, liderados por la DC, levantarían con éxito un proyecto de transición democrática legalista y pactada con la misma Dictadura. Es este sector, sobre todo a partir de la elección del “Sí y el No”, el que tendría un rol político protagónico en el futuro.

Sobre esta situación; es decir, sobre la derrota de las movilizaciones populares, la represión a los aparatos armados de lucha antidictatorial y sobre la derrota de la izquierda “dura”, el gobierno militar, y los sectores políticos que más tarde habrían de conformar el llamado pacto “Concertación de Partidos por la Democracia”, lograron imponer, por arriba, un proceso de transición negociada a la democracia.

Los primeros años de la década de los noventa, bajo el gobierno de Patricio Aylwin, serían testigos de la consolidación de un régimen político democrático “a la medida de Pinochet”. A partir de esto, y con “la venia” de la Concertación, la obra económica y social del gobierno militar sería celosamente resguardada y profundizada. Durante la primera mitad de la década de los noventa, la implementación del modelo económico, político y social “pinochetista-concertacionista” en Chile se profundiza. El neo-liberalismo y la Constitución de 1980, por tanto, se fortalecen. Al mismo tiempo, el bullente movimiento popular de los 80, que se había mantenido en pie de lucha a pesar de la derrota de la clase obrera, retrocede, se desmoraliza, y se fragmenta.

Es precisamente durante este período, entre los primeros años de la década de los 80 y comienzos de la década de los 90, que la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social” nacerá y tomará cuerpo, adquiriendo en aquellos años sus características “fundacionales”. Posteriormente, durante la primera mitad de la década de los noventa,

³⁴ Ver las publicaciones y artículos relacionados con esto en “Ediciones Clase Contra Clase”, en la página www.clasecontraclase.cl.

dicha corriente historiográfica debió enfrentarse a la situación de una múltiple derrota histórica. A las derrotas, mundiales, de la Revolución social, de la clase obrera y del Marxismo, y a la gran derrota del 73 en Chile, se sumaba ahora, con menos costos para los sectores dominantes, la derrota del ascenso popular de los 80. La reflexión y los rumbos que tomaría la “Nueva Historia” en este “nuevo momento” de la realidad nacional, más adverso para ella que a mediados de los ochenta, complementaría el curso teórico e historiográfico ya definido previamente (desde principios de los 80), dando cuerpo a las principales características de esta escuela historiográfica en la actualidad.

Capítulo 4

Breves consideraciones acerca de la escuela historiográfica marxista en Chile.

1. El cuestionamiento de la historiografía marxista en Chile.

La derrota de 1973 sería interpretada en Chile, a tono con la reflexión política internacional de aquel entonces, no solo como el fracaso de la “vía chilena hacia el Socialismo” sino también, además, como la bancarrota histórica de la estrategia política del Marxismo. La propuesta reformista de la ideología marxista, y la revolucionaria, habían sido incapaces, según esa visión, de constituir un verdadero proyecto histórico de transformación social. Dichas posiciones decantarían a fines de los años 80, entre otras cosas, en la llamada “renovación socialista” y en el abandono que harían muchos dirigentes políticos de los partidos de izquierda en que habían militado. Estos, “arrepentidos” de su militancia “marxista” anterior, pasarían a formar parte de las organizaciones y partidos políticos “pro-concertacionistas” y del *establishment* gubernamental. Así también, esta crítica y “renovación” política alentó, en sus variantes *a izquierda*, el surgimiento de proyectos y estrategias políticas no marxistas, de carácter “popular” y “democrático-radical” (sobre todo durante el periodo de las protestas anti-dictatoriales). Aquello, junto a otros factores como el “peso de la derrota” del 73, el extremo agotamiento y la desmoralización de la clase obrera, gatillaron una importante crisis y debilidad de los partidos que seguían reconociéndose, aunque sea solo de palabras, como marxistas y obreros (el Partido Comunista, por ejemplo).

Esta crisis de la práctica política del Marxismo se vio acompañada, también en Chile, de una importante crisis teórica. Gran parte de la intelectualidad chilena se “desmarcó” del pensamiento marxista. Otros, intentaron rescatar algunos de sus aportes, “renovándolos”. Fue la crítica hacia la escuela historiográfica marxista, durante la década de los 80 y 90, la que reflejó, quizás y de manera más intensa, tal polémica.

2. La escuela historiográfica marxista entre los años 50 y 70.

Los historiadores Julio César Jobet, Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall, Jorge Barría, Fernando Ortiz y Luis Vitale, fueron los principales exponentes de la corriente historiográfica marxista en nuestro país.

La crítica a la historia narrativa-descriptiva y de eminente sesgo elitista, elaborada por liberales y conservadores durante el siglo XIX y comienzos del XX, fue ampliamente desarrollada por estos autores entre la década del 50 y comienzos de los años 70. Se combatía en aquella, entre otras cosas, el no buscar más fundamento histórico explicativo que la descripción de personalidades y de hechos políticos, como también su carácter funcional a los sectores dominantes y a las elites. Jobet, Segall y Necochea los más tempranos, y Barría, Ortiz y Vitale, los más tardíos, antepondrían a la tradición erudito-narrativa una interpretación de la historia que interrelacionara los aspectos políticos con los sociales y económicos. Se esperaba, con ello, sentar las bases para la elaboración de una historia “real”, contraria al discurso histórico que acerca de sí mismas difundían las elites dirigentes. La historia económica y social, como base estructural del proceso histórico, sería la clave desde donde poder intentar una reflexión interpretativa de ese tipo. La aplicación del Materialismo histórico, intentando explicar los procesos históricos a partir de su relación con un modo de producción determinado y con una específica estructura social de clases, sería entonces la base interpretativa del quehacer de esta corriente. J.C. Jobet, ya en 1949, planteando la necesidad de aplicar los métodos científicos al estudio de la historia:

“Reconoce que la acción del hombre, en general, tiende fundamentalmente a producir para tener la posibilidad de subsistir y que por ello la Historia tiene su base más vasta en las necesidades materiales, de tal modo que, a causa de lo expresado, es la masa laboriosa, el pueblo, la decisiva en el desarrollo de la sociedad (...) Y esta interpretación sencilla y objetiva del proceso de la sociedad y de la Historia es el Materialismo histórico”³⁵.

³⁵ Julio Cesar Jobet, “Notas sobre la historiografía chilena” en Revista *Atenea*, Concepción, 1948.

Podemos decir, por tanto, que la crítica a la escuela conservadora positivista, como así también la aplicación del Materialismo histórico en el análisis, fueron algunas de las características centrales que tuvo la labor historiográfica de esta escuela. De ahí que, como eje articulador, el estudio de la historia de la lucha de clases; que era el elemento motriz de los procesos históricos, tuviera una importancia fundamental. Lo anterior significó, en el campo de la investigación historiográfica propiamente tal, una atención particular a la historia de la clase obrera y del artesanado. Finalmente, otro de los elementos centrales que intentó desarrollar esta corriente fue la ruptura con el canon científico tradicional. Para la escuela marxista, la producción de conocimiento histórico, la mirada “hacia el pasado”, debía servir en la elaboración de los métodos que desde “el presente” se plantearan la necesidad de un cambio revolucionaria de la sociedad. Discutiendo acerca de esto, Jobet nos dice que junto con buscar una interpretación científica de los procesos históricos, el investigador debe:

“[...] emprender una acción sostenida y sistemática a favor de la transformación de Chile en sus bases económicas y sociales, hasta conseguir el funcionamiento de una verdadera democracia, en donde imperen la justicia económica, la igualdad social y la libertad que permitan un desarrollo histórico armonioso y fecundo”³⁶.

Puede decirse, además, que esta corriente historiográfica realizó una serie de innovaciones en el campo metodológico. Necochea, por ejemplo, en sus trabajos acerca del origen del Estado nacional, fue el primero en la utilización de técnicas cuantitativas y en la aplicación de métodos de historia comparada.

Dentro de esta tradición, es la obra del historiador Luis Vitale, más tardía que la de Jobet y Necochea, la que alcanza el mayor grado de complejidad y profundidad en cuanto al análisis historiográfico. Un estudio más acabado de los procesos históricos, y una interpretación más sofisticada e integradora de lo económico, lo político y lo social, como también de lo internacional y nacional, es una de las características de sus investigaciones. Como plantea Alejandro Montecinos:

³⁶ Jobet, *op. cit.*

“Es necesario señalar que Vitale se aleja enormemente de esta corriente, [refiriéndose a la obra de Necochea y de otros historiadores marxistas influenciados por el economicismo mecanicista], sobre todo en sus análisis del periodo colonial, donde propone una interpretación no mecánica, dando cuenta de las realidades transicionales, desiguales y combinadas de la realidad colonial y del proceso de tránsito a la estructura capitalista semicolonial”³⁷.

Finalmente, refiriéndose a la evolución de esta escuela, el historiador Sergio Grez Toso nos dice que:

“El estudio de los movimiento populares en Chile cobró fuerza a partir de los trabajos realizados durante las décadas de 1950, 1960 e inicios de la de 1970 por los historiadores – marxistas clásicos- Julio Cesar Jobet, Marcelo Segall, Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barría Serón, Fernando Ortiz Letelier, Luis Vitale y Enrique Reyes. [...] Todos ellos otorgaron un lugar central al proletariado minero e industrial, de acuerdo al postulado de Marx que veía en este sujeto social la única clase verdaderamente revolucionaria de la sociedad capitalista. Tal vez quién expresó con mayor fuerza (y rigidez) este planteamiento fue Hernán Ramírez Necochea, al sostener que –el proletariado es en Chile, lo mismo que en el Mundo, la clase a la que pertenece el provenir-. En consecuencia, el centro de atención de su *Historia del Movimiento Obrero en Chile* estuvo puesto en las condiciones estructurales (económicas) que posibilitaron el nacimiento y desarrollo del proletariado y en los factores – esencialmente ideológicos- que contribuyeron a la formación de su conciencia de clase. Poco antes que Ramírez, Julio Cesar Jobet en *Recabarren. Los orígenes del movimiento obrero y el Socialismo chileno*, se abocó a demostrar la progresiva maduración de la conciencia de los trabajadores hasta llegar a la –fórmula revolucionaria-; la conjunción entre el sindicato y el partido para alcanzar su propia emancipación”³⁸.

Sobre las bases teóricas ya mencionadas, los historiadores marxistas impulsaron durante estos años una de las más importantes y dinámicas escuelas del pensamiento historiográfico en Chile.

³⁷ Alejandro Montecinos, “Genética de la corriente de la Nueva Historia Social y de su ala liberal-popular, 1973-1985. (Primeras aproximaciones)”, en Revista *Armas de la Crítica*, Número 8, Editorial Armas de la Crítica, Santiago, 2006, pág. 58.

³⁸ Grez, “Escribir la Historia...”, *op. cit.*, págs. 82 y 83.

3. Un pequeño balance: Los aportes de la escuela historiográfica marxista.

Entre las décadas 50 y 70, la escuela historiográfica marxista desarrolló una serie de características que la identificaron como corriente y que le dieron su fortaleza. Esta corriente, que tomó cuerpo al calor de los importantes procesos de ascenso de la lucha obrera y popular del periodo, y que se gestó junto a una cada vez mayor influencia de los partidos y organizaciones marxistas en la realidad nacional, significó para la historiografía tradicional una serie de importantes rupturas.

Fue, entre otras cosas, la primera escuela en romper con los criterios de producción netamente académica, planteando la necesidad de la ligazón entre la generación de conocimiento historiográfico y la lucha por el cambio social. El modelo del historiador militante, recordemos que los tres principales exponentes de esta escuela fueron dirigentes de los partidos de izquierda más importantes de ese entonces (Necochea fue militante del PC, Jobet del PS, con inclinaciones trotskystas, y Vitale del POR y luego del MIR y del PSR), tendió a cuestionar la figura tradicional del historiador-académico.

Por otro lado, esta escuela introdujo una serie de tópicos y problemáticas que permitieron una reinterpretación historiográfica de los distintos periodos de la historia nacional. Una relectura marxista de la historia de Chile. Las categorías de “Imperialismo” y de “lucha de clases”, entre otras, sentaron las bases para la elaboración de un nuevo enfoque del período colonial, del proceso de independencia y del desarrollo económico nacional durante los siglos XIX y XX.

Así mismo, la escuela marxista alentó un interés creciente por el estudio de la historia del artesanado y del movimiento obrero, fundando en los hechos el primer desarrollo sistemático de la historia social en nuestro país. Podemos decir que la introducción de los estudios económico sociales, y la ligazón de estos con una interpretación totalizadora de los diversos aspectos de la realidad, permitieron una considerable expansión tanto de la reflexión historiográfica como de la metodología de la investigación histórica.

Podemos decir, finalmente, que más de tres décadas antes del nacimiento de “Nueva Historia”, gran parte de sus “propuestas” habían sido ya formuladas. El estudio de las “clases populares”, la identificación de un sujeto social revolucionario de cambio, la clase obrera, la ligazón de la investigación académica y la “praxis” histórica, el papel del intelectual-militante en el campo de la lucha de clases (intelectual orgánico), y la puesta en pie de una “ciencia de la revolución”, el Marxismo, son el precedente directo de algunos de los ejes más importantes de la reflexión historiográfica y política de la “Nueva Historia”. En ese sentido, la preocupación de varios investigadores de esta última corriente por la identificación y constitución de un “sujeto popular”, por la construcción de una “ciencia del pueblo”, y por el papel que le cabe a la práctica historiográfica en el cambio social, son todos elementos que “Nueva Historia” ha tomado, reinterpretándolos, de la tradición marxista anterior.

4. Un pequeño balance: Los límites de la escuela historiográfica marxista y su crisis terminal.

La obra *Interpretación marxista de la Historia de Chile*, de Luis Vitale, cerró el ciclo de producción historiográfica de la escuela marxista clásica en Chile. Hacia finales de la década del 70, la escuela marxista no solo había perdido el importante protagonismo que la había caracterizado anteriormente, sino que en tanto tal había dejado de existir.

El fin abrupto de esta escuela y de su producción se puede enfocar, al menos, desde tres ángulos diversos pero complementarios. Uno, el golpe militar de 1973 había significado la represión física de la misma. La expulsión de los historiadores marxistas de las Universidades y de los centros de investigación, la muerte y el exilio de muchos de ellos. Todo ello cortó, de cuajo, la posibilidad de un desarrollo relativamente normal para dicha corriente. Sin embargo, lo anterior no explica del todo porque dicha Escuela, en los años posteriores al 73, haya perdido su influencia, pereciendo algún tiempo más tarde. De hecho, otra corriente historiográfica, la “Nueva Historia”, nacerá y se desarrollará en condiciones también adversas, al calor del exilio y de las difíciles condiciones de la dictadura.

Un segundo factor que influyó en el debilitamiento y en la posterior extinción de esta escuela fueron sus propias debilidades teóricas internas. La aplicación, a menudo, de un enfoque mecánico economicista y de una óptica materialista vulgar, típica de la tradición marxista stalinista que reducía la interpretación histórica a la formulación de leyes históricas generales sin una mayor verificación empírica, fueron algunas de las debilidades principales que esta escuela manifestó en este campo. Igualmente, una escasa discusión epistemológica del quehacer de la historia como disciplina, una concepción estrecha de la interpretación historiográfica (en el sentido de una insuficiente aplicación de la interpretación dialéctica a la interrelación de los factores económicos y sociales con los políticos, ideológicos y culturales en el proceso histórico), y una visión a veces exclusivamente obrerista (dejando de lado el estudio del conjunto social de los sectores populares, por ejemplo el campesinado), son también algunos de los “vicios” que se hicieron presentes en el trabajo de esta escuela. Y es que el peso de la producción marxista de cuño stalinista, altamente dogmática y economicista, más que la influencia del

Marxismo estructuralista francés (cuya influencia sería más tardía, expresándose sobre todo, más que en la escuela marxista clásica, en la elaboración y en el desarrollo de la “teoría de la dependencia”), fue la que tendió a primar en gran parte de la elaboración teórica de esta corriente.³⁹ Esto se manifestó, de manera evidente, en la producción de H.R. Necochea, militante del PC. De hecho, es la obra de Luis Vitale, de tradición trotskysta, y por tanto más lejana al enfoque stalinista, la que demuestra una mayor flexibilidad y complejidad en el enfoque, una apertura en la mirada historiográfica a otros sujetos sociales, además de una mayor riqueza dialéctica en el análisis. El debate que sostuvo en contra de Necochea, discutiendo con él la tesis “feudalista” con que este caracterizó al régimen económico chileno durante la Colonia, es una muestra importante de lo anterior. El historiador Grez Toso, aunque reconociendo los aportes de los historiadores marxistas al desarrollo del pensamiento historiográfico, menciona algunos de los principales límites y falencias de los mismos. Aquel, refiriéndose a la obra de aquellos investigadores, nos dice que:

“Estos autores han sido objeto de muchas críticas, entre ellas: el carácter eminentemente ensayístico de varias de sus obras (Jobet, Segall y Ramírez); la poca profundidad de sus investigaciones; carencias metodológicas como la ausencia de referencias a las fuentes de las cuales tomaron sus informaciones (especialmente Segall); sus aprioris ideológicos que actuaban como camisas de fuerza haciendo entrar, de grado o de fuerza, las evidencias históricas en esquemas previamente establecidos (particularmente Ramírez); la substitución del análisis concreto de las situaciones concretas por juicios políticos (sobre todo Segall, Ramírez y Vitale), su visión teleológica y lineal de la historia (especialmente Ramírez Necochea y Barría)”⁴⁰.

Finalmente, otro de los factores que explican el debilitamiento y fin de esta escuela es la polémica que sobre aquella realizó la “Nueva Historia Social” (quién es, de hecho, su “sepulturera”). Aquella crítica fue elaborada a partir de la reflexión del grupo de historiadores chilenos exiliados en Inglaterra y de sus grupos historiográficos *afines*. Esta polémica logró, en efecto, influenciar a vastos sectores de la academia historiográfica en

³⁹ Ver el artículo de Alejandro Montecinos que ya hemos citado, “Genética de la Nueva Historia Social...”.

⁴⁰ Grez, “Escribir la Historia...” *op. cit.*, pág 83.

Chile, debilitando aún más la posición de la tradición marxista anterior. La fortaleza de aquella crítica, basaba en una serie de elementos a nuestro juicio correctos (como los que enumera Sergio Grez más arriba), y en el contexto de un panorama internacional y nacional muy adverso para el pensamiento y para la práctica marxista, imposibilitó cualquier “replanteamiento” que pudiera nacer al interior de dicha corriente. La polémica teórica que la “Nueva Historia” desarrolló en contra de la tradición marxista fue, en otras palabras, “el golpe de gracia” que se le propinó a dicha Escuela, posiblemente inexistente ya en Chile hacia comienzos de la década de los 80.

A partir de ese momento, “Nueva Historia” tomaría el lugar que antes le había correspondido a los historiadores marxistas. Los tiempos del historiador-militante habían terminado. Comenzaba, por aquellos años, un retorno generalizado al *claustró académico*. La “Nueva Historia”, pese a los *fuegos de artificio de su discurso*, no sería la excepción de ese retorno.

Capítulo 5

La corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social”.

1. Nacimiento y consolidación de la “Nueva Historia Social”.

Podemos decir que la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social” nació con la llamada “generación de 1985”. Esta denominación, más que responder a una “generación” determinada, define el momento de fundación de esta nueva corriente. El nacimiento de aquella podemos atribuirlo al encuentro de dos procesos, paralelos, de evolución previa. Uno, que se desarrolla a partir del trabajo de la “Asociación de historiadores chilenos” en Inglaterra y por la publicación de la revista *Nueva Historia*. Este proceso se caracterizó, a partir del trabajo que realizaron Leonardo León, Luis Ortega y Gabriel Salazar, por un fuerte trabajo de replanteamiento epistemológico y metodológico del quehacer historiográfico. Y el segundo, que se da a partir de la labor llevada a cabo por distintos grupos de investigación historiográfica en Chile a comienzos de los años 80. Destacó, entre ellos, el trabajo realizado por el grupo “ECO”, “SUR” y por el llamado “Encuentro de Historiadores Jóvenes” (en los que participaron Mario Garcés y María Angélica Illanes, entre otros).

Es en el año 1985, teniendo como marco el importante proceso de lucha y organización popular de masas en contra de la dictadura, en el que se encontraron dichos procesos de desarrollo previo, fusionándose y dando nacimiento a la corriente de la “Nueva Historia Social”.

El acervo de la discusión teórica y metodológica ya realizada, como la elaboración previa de importantes investigaciones en Inglaterra y en Chile, sirvió de base, hacia mediados de la década de los 80, para el desarrollo de un primer momento de evolución y consolidación de esta corriente. Por aquellos años, será a partir de la realización de una serie de encuentros y seminarios, publicaciones y talleres, de donde esta nueva corriente

comenzaría a consolidarse y proyectarse como tal.

Este primer momento, segundo en realidad si se tiene en cuenta la *prehistoria* de esta corriente (entre 1981 y 1985), y que se extendió entre mediados de aquella década hasta el año 1990 y el llamado retorno de la democracia, se vio marcado por una profunda discusión *de proyecto*. Al calor de las protestas populares, la “Nueva Historia” no se plantearía tan solo en un sentido “académico-investigativo”, como por ejemplo había hecho uno de sus grupos precedentes (el de Inglaterra). A la vez, intentaría asumir un sentido de clara proyección política. La búsqueda de un *sujeto popular* que hiciera carne el proyecto *popular*, identificando a aquel con el movimiento poblacional, motivaron una amplia politización en el seno de esta corriente. Esta evolución política, por lo demás, ya no sería *en clave* marxista. Por el contrario, sería de signo *democrático radical y popular*.

Es a partir del retorno de la democracia en Chile en el año 1990, y del fracaso del importante ascenso popular previo, que esta nueva corriente historiográfica se debería enfrentar a un nuevo momento en su desarrollo, más adverso para ella. A partir de aquel, la “Nueva Historia” adquirirá las características que mantiene hasta la actualidad, abandonando algunas de las cuales la habían identificado en años anteriores.

Veremos ahora, de una manera más detallada, la evolución particular de este primer momento de gestación, nacimiento y de consolidación de la “Nueva Historia”.

1.1 La “Asociación de Historiadores” y la revista *Nueva Historia* (Inglaterra).

El golpe militar de 1973 significó la represión sobre una significativa porción de la intelectualidad chilena. Algunos de estos sectores debieron dispersarse en el extranjero, continuando allí su formación intelectual y su actividad política (formando, para dicho efecto, una serie de agrupaciones, ya sea de carácter académico u otras de corte más político anti-dictatorial).

La historia, como disciplina científica, incitó un importante proceso colectivo de reflexión

intelectual y de recuperación de la memoria reciente. La Historia se convirtió en:

“un inesperado polo de convergencia intelectual y de reagrupación cultural, y al mismo tiempo, en una matriz de la cual surgieron diversos grupos de investigadores e instancias de reproducción común”⁴¹.

En Inglaterra aquello se tradujo, entre otras cosas, en el nacimiento de la llamada “Asociación de Historiadores”, la que estaba compuesta por una serie de investigadores chilenos exiliados. Aquel agrupamiento, y la publicación de la revista *Nueva Historia*, darían como resultado:

“la lenta aparición no sólo de una “nueva historia”, sino también de una particular generación de historiadores, cuya fecha identificatoria pareció ser el año 1985”⁴².

El trabajo de estos investigadores, que recibieron la influencia de las propuestas historiográficas de la historia social inglesa; esto es, la tradición de la “historia desde abajo” y de la obra de Thompson, comenzó a ser divulgado mediante la publicación de la revista *Nueva Historia*. El grupo editorial de aquella revista, patrocinada por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres, contó con la presencia de varios historiadores nacionales y extranjeros. Entre ellos, Leonardo León, el principal impulsor de dicho proyecto, Luis Ortega y Gabriel Salazar fueron los miembros fundadores. Así también, contó con la participación de otros historiadores como María Angélica Illanes, Julio Pinto, y otros. Es importante mencionar, además, el apoyo que recibió esta publicación de parte de algunos historiadores extranjeros como Simon Collier, Andrew Barnard, etc. Con respecto al nacimiento de *Nueva Historia*, Gabriel Salazar nos dice que:

“La iniciativa de esa revista y de gran parte de la gerencia la tuvo siempre Leonardo León, una persona muy dinámica, muy entusiasta. El comenzó a comunicarse con nosotros viendo la posibilidad de hacer una revista, y de inmediato tuvo gran acogida porque realmente teníamos mucho tiempo para pensar. Era como estar presos de otra manera, entonces había

⁴¹ Gabriel Salazar, “Historiografía y Dictadura en Chile: búsqueda, dispersión, identidad”, en *La Historia desde abajo y desde dentro*, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003, pág. 106.

⁴² Ídem.

mucho tiempo para pensar y discutir, y desde esa perspectiva uno tenía una visión crítica de la historiografía chilena y creímos que era bueno pensar en una revista. La idea era sacar una revista que representara el pensamiento nuestro en una versión científica, más acorde con lo que estábamos aprendiendo en Inglaterra. Esa idea la discutimos mucho con Leonardo y habían ciertas discrepancias entre nosotros, que fueron superadas y llegamos a un acuerdo: creamos un grupo de trabajo cuya alma fue siempre Leonardo León. Además, él estaba en Londres, yo estaba en Hull, en el norte como a trescientos kilómetros y la tercera persona, que era Lucho Ortega, estaba también en Londres. En gran parte la Revista la hicimos los tres, siempre con la iniciativa de Leonardo. Yo les hacía llegar mis colaboraciones a la distancia, observaciones críticas y hacíamos reuniones de vez en cuando en Londres. El grueso del trabajo lo hizo Leonardo y Luis Ortega, que también ayudaba por aquí y por allá para sacar la revista. Nosotros tres logramos crear un Comité Internacional con la colaboración de grandes historiadores ingleses especialistas, también estaba Armando de Ramón que estaba en Chile. Curiosamente, tuvo una amplia circulación internacional porque entraba fácilmente a Estados Unidos y a Europa, pero era difícil mandarla a Chile. Apareció en 1981 y aunque no fue fácil logramos ciertos contactos con algunos estudiantes chilenos de la Universidad Católica de Valparaíso, como Carlos Gómez y alguna otra gente más bien vinculada a la Vicaría y a Centros de Estudios. Aunque en poca cantidad, pocos números y sin suscriptores, igual logramos que llegara a Chile. La idea de la revista era vincular a los historiadores en el exilio, nunca perseguimos objetivos políticos de ninguna especie como no fuera darle cabida a una historiografía crítica y sobre todo de alto nivel académico. En ese sentido, era muy selectiva en la publicación de los artículos por lo que rechazamos un lote. Le dimos cabida a polémicas públicas de corte académico muy interesantes. Para los otros efectos había otras instancias, en Inglaterra el exilio estaba muy organizado, los ingleses tenían dos instancias importantes para el apoyo de los exiliados, donde una de ellas era el Chilean Solidarity Campaign y el otro era el BUS, que era más bien para los efectos universitarios. Entonces había como asociarse además de los partidos políticos, por lo que el trabajo nuestro era fundamentalmente académico. No recuerdo que hayamos tenido nunca en Londres una discusión política. Leonardo León era independiente, yo era del MIR, había gente de todos los colores políticos entre los historiadores”⁴³.

Esta revista, que se editó en diecisiete números entre los años 1981 y 1989, y que era el

⁴³ María Elisa Cárdenas, entrevista a Gabriel Salazar, en Revista electrónica de historiadores *Pensamiento crítico*, http://pensamientocritico.cl/upload/doc/doc_031115173323_15.pdf, pág. 10.

núcleo central de la actividad de la “Asociación de Historiadores”, sirvió además como polo aglutinador y de comunicación para un importante segmento de intelectuales nacionales y extranjeros. En relación al nombre de la revista, Gabriel Salazar comenta lo siguiente:

“dudábamos sobre ponerle “Nueva Historia”, que sonaba como muy académico y además era un poco pretencioso, pero de todas maneras el “Nueva” es porque era distinta a la historia tradicional, y también distinta a la marxista. En ese sentido, primó por mayoría ese título, aunque otro título alternativo que habíamos pensado era “Alamedas”, porque tenía mucho significado simbólico. Pero transamos y en la portada iba junto al título de la revista un logo que era la Alameda. En fin, la idea nuestra era diferenciarnos de la historia tradicional, del ensayismo, del Marxismo vulgar, que fuera una historia de origen social, muy fundamentada en la investigación empírica, apoyada en datos estadísticos, con análisis conceptual y crítico desde las ciencias sociales”⁴⁴.

Podemos decir que la labor que cumplió la revista *Nueva Historia* tuvo un carácter, como lo constatan sus mismos creadores, fundamentalmente académico. Refiriéndose al respecto, Salazar nos plantea que la idea de la revista era:

“vincular a los historiadores en el exilio. Nunca perseguimos objetivos políticos de ninguna especie como no fuera darle cabida a una historiografía crítica y sobre todo de alto nivel académico”⁴⁵.

Así también, que esta revista:

“se preocupó menos de echar las bases historiográficas de un posible retorno a corto plazo de la democracia (tradicional) y más de refundar la Historia de Chile sobre bases epistemológicas y metodologías más amplias y eficientes, con el fin de capacitarla mejor para producir proyectos históricos de largo plazo”⁴⁶.

⁴⁴ Ídem.

⁴⁵ Ídem.

⁴⁶ Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, *op. cit.*, pág. 112.

Debido a lo anterior, *Nueva Historia* centró su labor alrededor de objetivos esencialmente académicos. Esto, a diferencia de otras publicaciones y organizaciones de intelectuales chilenos en el exilio con un carácter más político. De hecho, es en el seno de esta publicación que se realizó una importante labor historiográfica. Refiriéndose a las investigaciones que impulsó el comité editorial de *Nueva Historia*, Gabriel Salazar comenta que:

“En el caso de Ortega [...] centró su tesis en la industrialización chilena con respecto a las casas comerciales [...] En mi caso, yo descubrí una mina de información que me permitió estudiar la estadística al revés, Francia con Chile, Alemania con Chile y reconstruir la balanza comercial entre 1917 y 1944. Eso fue un trabajo que me gustó mucho hacer porque me permitió sacar un lote de conclusiones [...]”⁴⁷.

La importancia de la revista *Nueva Historia*, en cuanto a la gestación de la corriente historiográfica que lleva su nombre, no se remitió tan solo a su influencia en el extranjero. Además, tuvo una repercusión en las nuevas generaciones de historiadores que en nuestro país, y en el contexto del régimen político dictatorial, comenzaban a reflexionar acerca del quehacer historiográfico y de sus proyecciones.

1.2 Campos de investigación y primeras elaboraciones historiográficas (Inglaterra).

Además de la publicación de *Nueva Historia*, sus creadores realizaron una serie de importantes investigaciones. La mayoría de aquellas tuvieron un carácter inicial, adquiriendo posteriormente un carácter “fundacional” para la gestación futura de esta corriente. La historia económica, social y étnica fueron algunos de los campos en que estos historiadores realizaron una primera elaboración historiográfica. En “Historiografía y Dictadura en Chile: Búsqueda, Dispersión, Identidad”⁴⁸, Gabriel Salazar sintetiza el carácter que tuvo esta elaboración del siguiente modo:

“[...] en el Reino Unido, un grupo de historiadores exiliados (encabezados por Leonardo

⁴⁷ Ídem.

⁴⁸ Ídem.

León, Luis Ortega y el que suscribe) intentaron, desde 1981, echar las bases de una “nueva historia”, que superara las limitaciones de la historiografía conservadora, marxista y academicista, tanto en lo que se refiere a su relación con los enfoques y métodos de las ciencias sociales, al modo de construir los conceptos y al enfoque teórico, a su inserción activa en los debates contemporáneos, como también a su capacidad de integrar las preguntas de la base social. Esta orientación permitió ensanchar el horizonte temático (se incluyó el problema del desarrollo industrial, el movimiento histórico de las etnias indígenas, la crítica histórica de las teorías del desarrollo y la dependencia, etc.), incorporar un panel más variado de metodologías, incrementar la capacidad crítica de la disciplina e incorporar numerosos científicos sociales de la comunidad internacional al trabajo de reconstrucción del pensamiento histórico y político latinoamericano”⁴⁹.

En el caso de Gabriel Salazar, este centró su trabajo en el campo de la historia social chilena durante siglo XIX. De acuerdo a esto, desarrolló una sistemática investigación de los sectores populares del periodo. Todo aquello fue la base de la elaboración de su tesis doctoral, la que llegó a transformarse posteriormente en su libro *Labradores, Peones y Proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*⁵⁰. Aquella obra, que realizó desde el enfoque de la investigación del “bajo pueblo”, y desde la perspectiva de la comprensión del proceso económico y social subyacente, constituyó un verdadero hito en la evolución de la historiografía social en nuestro país. Efectivamente, el estudio de los procesos de campesinización y de empresarialidad campesina y artesanal, por un lado, y de los procesos de descampesinización y peonización del “bajo pueblo” chileno, por otro, se han demostrado fundamentales al momento de la comprensión del proceso de proletarianización y modernización capitalista posterior. Así lo reconoce, aunque desde una óptica crítica, el historiador Sergio Grez cuando plantea que:

“*Labradores, peones y proletarios*, de Gabriel Salazar, tiene como actor central al peonaje decimonónico, un sujeto casi “invisible” en la historia de Chile hasta la aparición de este libro (1985). Esta obra, de referencia obligada de nuestra historiografía social, aborda una gran cantidad de aspectos de la vida de la sociedad popular chilena: su formación (desde la época colonial) y crisis durante el siglo XIX, los mecanismos mediante los cuales la clase dirigente

⁴⁹ Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, *op. cit.*, págs. 111 y 112.

⁵⁰ Salazar, *Labradores, Peones y Proletarios...*, *op.cit.*

aseguraba su dominación, la cotidianeidad, las diversiones y la mentalidad del “bajo pueblo”, algunos aspectos de sus condiciones de vida, las relaciones entre hombres y mujeres, etc. Salazar realiza una incursión por variados elementos económicos, culturales y psicológicos de la vida del “pueblo llano”. Su supuesto teórico y metodológico reposa en la convicción de que a la sociedad popular es preciso estudiarla tal como es “naturalmente”, en los espacios donde vive y se reproduce”⁵¹.

Más o menos durante el mismo período, aunque con algunos años de antelación, este autor elabora otro trabajo que ha tenido una importancia similar; *Historia de la acumulación capitalista en Chile (Apuntes de clase)*⁵². Aquella se ha convertido, como en el caso de *Labradores, Peones y Proletarios* en el ámbito de la historia social, en una investigación de fundamental importancia en el campo de la historia económica. En dicha publicación, el autor realiza una interpretación del proceso de transición entre un sistema económico colonial a uno industrial capitalista moderno. Para ello intenta dar cuenta de los trascendentales procesos económicos que se desarrollaron durante el siglo XIX (los que, para Salazar, son principalmente dos: 1- El auge y la decadencia final del modo de producción y acumulación colonial y 2- El proceso particular de transición capitalista en Chile). En la misma línea de investigación que la obra anterior, aunque centrando su mirada en un período de tiempo más acotado, Salazar elabora su artículo “Dialéctica de la modernización mercantil: Intercambio desigual, coacción, claudicación (Chile como West Coast, 1817-1843)”⁵³. En dicho artículo, Salazar investiga el proceso económico y social de modernización capitalista en Chile durante el siglo XIX. Aborda este fenómeno como un proceso complejo que, si bien en la superficie pudiera expresarse a modo de un proceso que avanza de manera unilateral y a través de una sola lógica de desarrollo, está compuesto, en realidad, de una serie variada de subprocesos que se desarrollan en todas direcciones:

⁵¹ Grez, “Escribir la Historia...”, *op. cit.*, pág. 83.

⁵² Gabriel Salazar, *Historia de la acumulación capitalista en Chile (apuntes de clases)*, LOM Ediciones, Santiago, 2003.

⁵³ Gabriel Salazar, “Dialéctica de la modernización mercantil: Intercambio desigual, coacción, claudicación (Chile como West Coast, 1817-1843)”, en Revista *Cuadernos de Historia*, N° 14. Santiago.

“algunos hacia delante, otros en pos del bajo fondo, y otros, simplemente retroandando lo recorrido [...] La modernización, como toda entidad histórica, se escinde en planos diversos, en caras y contracaras, en proyecciones constructivas y deslizamientos deconstructivos”⁵⁴.

En este artículo, entendiendo el fenómeno de la modernización mercantil como un proceso “desigual y combinado”, el autor intentará (como en el caso del concepto de “modo de producción colonial” en *Historia de la acumulación capitalista*) una interpretación dialéctica original y profunda de aquel fenómeno. Estos trabajos, entre otros del mismo autor, constituyeron una superación de la interpretación tradicional con respecto a una serie de problemáticas de la historia económica y social chilena.

Junto a las obras mencionadas, es necesario mencionar la investigación que Gabriel Salazar realizó, esta vez a partir de una discusión de carácter más teórico, acerca de la “Teoría de la dependencia en Chile”. Su artículo “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile: 1950 1975”⁵⁵, le sirvió para polemizar con la matriz estructuralista que se encontraba en la base de dicha teoría. En esta investigación, publicada en la revista *Nueva Historia*, Gabriel Salazar elabora un tratamiento polémico con respecto al concepto “desarrollo”. Además, una polémica con respecto a los presupuestos teóricos de las distintas teorías desarrollistas y de la dependencia elaboradas a partir de la década de 1950. Aquellas teorías, y de ahí la importancia de tal debate, como lo constata Salazar, habían llegado a tener una relevancia política fundamental en algunos de los principales procesos políticos de América Latina (sobre todo en las décadas de 1960 y 1970). El estructuralismo doctrinario que empapó a las teorías desarrollistas y de la dependencia, según Salazar, habría dificultado la comprensión de la “perspectiva interior” de los profundos procesos sociales y políticos que recorrieron a América Latina. Producto de aquello, estas teorías habrían provocado sin quererlo una “confusión” de los sectores dirigentes de los movimientos sociales, debilitándolos. De ahí que Salazar, sacando algunas conclusiones prácticas de lo anterior, planteara lo siguiente:

⁵⁴ Ídem., Pág. 25.

⁵⁵ Gabriel Salazar, “El Movimiento Teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile: 1950 1975”, en *Nueva Historia*, número 4, año 1982. Londres.

“Es evidente que la “teoría de la dependencia”, en la versión ofrecida por la “nueva izquierda”, ingresó en una situación particularmente crítica por su lentitud en bajar de las abstractas definiciones estructurales a las tensas concreciones que rodeaban por todas partes la práctica política. [...] esa lentitud determinó que la “teoría de la dependencia” perdiese gradualmente su funcionalidad real para los revolucionarios, y en sustitución se desarrolló el voluntarismo político”⁵⁶.

En síntesis, estas publicaciones forman parte de la elaboración historiográfica central de Gabriel Salazar durante este período. Aquellas obras llegarían a tener, en el proceso de nacimiento y consolidación de la “Nueva Historia”, el carácter de “fundacionales”.

Aunque de menor envergadura, destaca también durante este período la obra del historiador Luis Ortega acerca de la industrialización en Chile⁵⁷. Además, la de Leonardo León en el campo de la historia étnica⁵⁸.

1.3 El grupo “ECO” y el “Encuentro de Historiadores Jóvenes” (Chile).

Refiriéndose al estado de la discusión y reflexión intelectual en Chile después del golpe militar de 1973, Gabriel Salazar nos dice que:

“La violencia de la derrota político militar de 1973 erosionó todas las capas y articulaciones de los paradigmas ideológicos del 38 y del 68, terminando por descalabrar la misma identidad cultural y emocional de esas generaciones de militantes e intelectuales. Devueltos por la represión dictatorial a la vida cotidiana y al espacio privado –cuando no fueron perseguidos, encarcelados, torturados o eliminados- y por la crisis global a la necesidad de refugiarse en el pragmatismo de la supervivencia inmediata y en el dolor de la memoria, la mayoría de los militantes e intelectuales desplazados comenzaron a buscarse unos a otros, a intercambiar experiencias y a iniciar, desde aproximadamente 1978, un movimiento de recordación,

⁵⁶ Salazar, “El Movimiento Teórico...”, *op. cit.*, pág. 45.

⁵⁷ Luis Ortega, “Acerca de los orígenes de la industrialización en Chile, 1860-1879”, en *Nueva Historia*, número 1, 1981. Londres.

⁵⁸ No es posible decir acá algo más acerca de la producción historiográfica de los demás fundadores de la “Nueva Historia”. El hecho de centrarnos en Gabriel Salazar ya fue explicado (por lo demás) en la presentación e introducción del presente trabajo.

reflexión y búsqueda colectiva”⁵⁹.

Según este autor, entre el 73 y los primeros años de la década siguiente, tomaron fuerza dos impulsos intelectuales de reflexión en nuestro país. El primero consistió en el recuerdo del pasado reciente y de la UP, en un sentido de autocrítica política y de búsqueda de las razones de la derrota. Dicho impulso, plantea Salazar, evaluó negativamente el “sesgo” leninista de los partidos obreros y populares, cuestionando además las estrategias políticas tradicionales de la izquierda. Sin embargo, según Salazar, en estas reflexiones, de carácter eminentemente político, la consideración de la “cultura popular” como elemento clave de la perspectiva anti dictatorial fue dejada de lado, tomándose tan solo como un elemento “marginal”.

Fue al calor de las primeras protestas nacionales en contra de la dictadura cuando, según dicho autor:

“[...] se desarrolló un segundo impulso reflexivo e intelectual: el que exploró ya no en la historia de la Unidad Popular, sino en la memoria de todos y cada uno de los chilenos afectados por la crisis de 1973. Es decir: en el problema de la constitución y reconstitución de la *identidad* social, histórica y ciudadana. Hacia ese problema convergían no sólo la (dolorosa) reflexión retrospectiva e introspectiva de las generaciones derrotadas en 1973, sino también la (rabiosa) reflexión prospectiva de la generación emergente que nació y creció combatiendo a la dictadura en las calles durante cinco años consecutivos. Se hizo poco a poco evidente que el proyecto histórico del bajo pueblo chileno ya no podía seguir discutiéndose sólo según la politología practicada por los militantes del 38 y el 68, sino también según la experiencia que estaban acumulando los sujetos sociales que, a pulso y pecho descubierto, debieron enfrentar de diversos modos el terrorismo de Estado impuesto por la dictadura militar”⁶⁰.

Dicha reflexión se elaboró a partir de la discusión de los problemas de la “identidad” y la “memoria popular”, de la perspectiva del retorno a la democracia y de las posibles proyecciones institucionales de la “sociedad civil”. Estos problemas fueron abordados por

⁵⁹ Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, *op. cit.*, pág. 100.

⁶⁰ Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, *op. cit.*, págs. 101 y 102.

una serie de agrupaciones, ONG's y especialistas de la más distinta índole. Así, por ejemplo, el debate que se dio en el seno de FLACSO buscó sentar las bases de una "Nueva Ciencia Política". Esta debía apuntar a la generación de un análisis político del período y de sus posibles proyecciones, debiendo alentar, además, un proyecto institucional de transición democrática. En la misma línea, el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), ligado a sectores de la DC, se preocupó de confeccionar el "aparato teórico base" para el establecimiento de una nueva institucionalidad democrática en Chile.

Entre quienes estaban interesados en la temática de la "identidad" y la "memoria popular" cabe mencionar, entre otros, el trabajo realizado por "SUR Profesionales". Así también, el trabajo de la ONG "Educación y Comunicación" (ECO) y el que realizó el llamado "Encuentro de Historiadores Jóvenes". Podemos decir que tanto "ECO" como el "Encuentro" comenzaron prontamente a caminar en la misma dirección que el grupo de historiadores de la revista *Nueva Historia* de Inglaterra. La recuperación de la "identidad" y la "memoria", y el ejercicio de las prácticas de la llamada "Educación popular", fueron algunos de los principales ejes alrededor de los cuales estas organizaciones académicas desarrollaron su labor. Con respecto a "ECO", Salazar nos plantea que:

"Una línea de desarrollo diferente –pero en convergencia con la anterior- [refiriéndose a la labor del grupo de historiadores chilenos exiliados en Inglaterra] fue la que trabajaron los historiadores Mario Garcés, Pedro Milos y otros científicos sociales desde la ONG denominada -Educación y Comunicación- (ECO). Esta institución implementó un programa de educación y desarrollo socio-cultural de las organizaciones sociales populares, que incluyó a las por entonces activas Comunidades Cristianas de Base. La naturaleza de su programa condujo inevitablemente a unir sus métodos educativos (interacción y reflexión colectivas, con comunicación directa, cara a cara), con la memoria social inmediata de los sujetos populares, con la necesidad de definir un programa de acción social (de resistencia a la dictadura y más allá) y con la urgencia de incorporar, al desarrollo de este proceso, una visión popular de la historia social de Chile. Sin duda, el trabajo de este grupo constituyó un crisol en el que tendieron a fundirse todas las búsquedas políticas e identitarias que recurrían a la perspectiva histórica, con la salvedad de que esa fusión se trabajaba, en este caso, dentro de la memoria, la experiencia, contexto y reproyección de la identidad popular [...] Su producción

se canalizó a través de diversas publicaciones (revistas, cuadernos educativos, libros), siendo de especial importancia su revista *Cal y Canto*⁶¹.

Junto a “ECO”, el llamado “Encuentro de Historiadores Jóvenes”, organizado por María Angélica Illanes, tuvo la importancia de haber sido la instancia de formación del “estamento joven” de la llamada “generación historiográfica del 85”. Este se constituyó como:

“una reagrupación intelectual espontánea, no institucional, similar a las numerosas –redes- y organizaciones sociales que, con diversos fines, brotaron espontáneamente, por doquier, en los años 80. En rigor, fue un espacio libre de reflexión colectiva, en este caso, de historiadores jóvenes (de edad o de pensamiento), en presencia y compañía de los otrora sospechosos científicos sociales. Un espacio en cierto modo privado y, a la vez, público (o sea, comunitario); coloquial, pero, al mismo tiempo, científico; científico, pero, a la vez “partisano” (de resistencia a la dictadura). No hay duda que el “Encuentro”, que tenía una formalidad de seminario académico, se nutría de una fuerte motivación extra-académica, más auténtica y social que la propiamente académica-profesional”⁶².

El espacio en el que “ECO” y el “Encuentro de Historiadores Jóvenes” desplegaron su labor historiográfica y su influencia intelectual fue el que, algunos años más tarde, ocuparía la naciente corriente de la “Nueva Historia”. De hecho, sería la práctica de la educación popular por medio de la realización de talleres, la labor académica de los historiadores jóvenes y el posicionamiento político anti-dictatorial de estas agrupaciones, lo que daría a la “Nueva Historia”, hasta fines de los 80, su impronta específica.

1.4 La “Generación de 1985”.

El acervo de discusión teórica y metodológica, como también la labor historiográfica del grupo que editó la revista *Nueva Historia* en Inglaterra, por un lado, y la práctica de la Educación popular, de los estudios de “identidad” y la elaboración de un posicionamiento político democrático anti-dictatorial desarrollado por “ECO” y el “Encuentro”, terminaron

⁶¹ Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, op. cit., pág. 112-113.

⁶² Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, op. cit., pág. 109-110.

por confluir en el año 1985. La fusión de ambos procesos de acumulación teórica y metodológica previa dio por resultado la constitución de la llamada “generación de historiadores del 85”. Aquella sería reconocida más tarde como el grupo fundador de la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social”.

Refiriéndose al grado de homogeneidad y de consistencia teórica presente en esta nueva corriente, lo que permitiría hablar de ella o no como de una “escuela historiográfica”, Manuel Bastías plantea en su tesis lo siguiente:

“No existe, dentro de ésta corriente, la manifestación o la explicitación de lo que se desea alcanzar con la obra, es decir, la perspectiva teórica está en sumo grado velada. Esto plantea la dificultad de pensar esta corriente como una escuela historiográfica. A pesar de esta divergencia teórica, los historiadores de ésta generación, tendían, en su momento, a pensarse como una unidad, como grupo. Existe una “identidad” que los conforma, que más que quedar sentada sobre claros presupuestos teóricos, pareciera radicar en un “sentimiento” de pertenencia a dicho movimiento historiográfico”⁶³.

Será a partir de este momento, en el contexto de las movilizaciones populares en contra de la dictadura, cuando comenzará un importante trabajo de sistematización de la reflexión teórica y metodológica previa. Este proceso asentará las características básicas que tendría el quehacer historiográfico de la “Nueva Historia” al momento de su fundación. La publicación y difusión de algunas obras claves como *Labradores, Peones y Proletarios*, *El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile*, entre otras, la realización constante de seminarios y talleres interdisciplinarios, y la puesta en práctica de talleres de Educación popular, fueron algunas de las prácticas a partir de las cuales “Nueva Historia” comenzó a proyectarse como corriente historiográfica.

Refiriéndose al nacimiento de esta corriente, Sergio Grez nos dice que:

“El quiebre político e ideológico representado por el golpe de Estado de 1973 acarrió

⁶³ Ver Manuel Bastías, “Historiografía, hermenéutica y positivismo”. Informe de Seminario de Grado para obtener el grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2004.

consecuencias que han sido bastante analizadas en el campo de la historiografía nacional. Desde comienzos de la década de los 80, comenzó a emerger una nueva generación de historiadores sociales conocida como la “nueva historia” o la “historiografía social popular” que rompió con el Estructuralismo de los años 60 y 70 y apostó fuertemente por la reposición del sujeto (o de los sujetos colectivos) en la historia. Según lo observado por Jorge Rojas, la derrota política representada por el golpe militar, la efervescencia popular de los 80 y las transformaciones profundas que se consolidaron durante los 90, dejaron su huella en la producción historiográfica de las últimas décadas. “El escepticismo en torno al esencialismo revolucionario que se le atribuía a la clase trabajadora, o bien la desconfianza respecto de las posibilidades mismas o el carácter del cambio revolucionario han hecho variar los énfasis de la investigación”. También han influido en estos cambios la crítica a los reductivismos ideológicos, que atentaban contra el rigor científico de los estudios y las influencias que han ejercido diferentes escuelas historiográficas (especialmente europeas) sobre los investigadores nacionales”⁶⁴.

Es necesario recalcar algunas características centrales del quehacer historiográfico de esta corriente durante estos años. 1- Su labor académica se desarrolló “por fuera” de la Universidad, sobre todo bajo el alero de centros de investigación y de ONG’s. Estas últimas, que contaban con fondos internacionales, eran “simpatizantes” de la lucha anti dictatorial y financiaron gran parte de los estudios de “identidad” que se realizaron durante estos momentos. 2- Su práctica historiográfica, con fuertes ribetes de intervención política, se caracterizó por el impulso de la Educación popular. Durante estos años supervisó la organización de una cantidad importante de talleres populares de educación. Aquello, a partir del trabajo coordinado con “redes sociales” y con organizaciones populares de resistencia en contra de la dictadura. 3- Paralelamente a lo anterior, esta corriente realizó un primer esfuerzo de sistematización teórica y metodológica. Esta se encontrará sintetizada, de manera importante, en la obra de Gabriel Salazar. La realización de algunas importantes conferencias, como aquella que sirvió de base para el artículo “Historia Popular, Chile, Siglo XIX: Una experiencia teórica y metodológica”⁶⁵, y de varios seminarios, como aquel a partir del cual se elaboró “Historiografía Chilena, 1955-1985: Balance y Perspectivas

⁶⁴ Grez, “Escribir la Historia...”, *op cit.*, pág 83.

⁶⁵ Gabriel Salazar, “Historia Popular, Chile, Siglo XIX: Una experiencia teórica y metodológica”, en *Historia desde Abajo y desde Dentro*, Colección Teoría, Facultad de Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003, Capítulo I.

(Actas de un Seminario)”⁶⁶, trataron de llegar a un acuerdo con respecto al estado y a las perspectivas de la “Nueva Historia” durante aquellos años. Además, buscaron la elaboración de un balance y de una proyección común como corriente. Lo anterior, a partir de la evaluación del estado de la historiografía nacional y de las necesidades del proceso político.

Podemos decir que esta nueva corriente, sobre todo desde este momento, se plantearía a sí misma como una superación de la tradición historiográfica previa. En otras palabras, una superación de las escuelas conservadora, marxista y de la llamada teoría de la dependencia.

1.5 La propuesta historiográfica de la “Nueva Historia”.

Los principales exponentes de esta corriente, elaborando su propia concepción del quehacer historiográfico, criticaron la mecánica relación que la escuela marxista, y la estructuralista, había establecido entre la dimensión económico-social y la cultura. Para esta corriente, tanto el Marxismo como la llamada teoría de la dependencia (afín a la teoría estructuralista), habían dejado de lado el estudio de los “sujetos sociales”. O bien, los habían tratado como unos sujetos sin conciencia; es decir, “sin historia”. De ahí que “Nueva Historia”, por tanto, se planteara una ruptura epistemológica en el sentido de:

“pensar al sujeto popular como dotado de una capacidad dinámica propia, capaz de actuar social y políticamente, pero también cognitivamente. Esta generación lleva, entonces, gran parte de su impulso a “hacer hablar” a su sujeto [...] provocar un cambio de mirada, trasladar la observación desde una mirada de sujeto y objeto a una relación *entre* sujetos. Desterrar la dicotomía sujeto/objeto de conocimiento, romper la distancia que existía entre las personas que constituían la fuente de la historia, quienes efectivamente se movían en el terreno de la historicidad [...] Se trataba, en suma, de abandonar el paradigma de la filosofía de la conciencia para crear un paradigma intersubjetivo”⁶⁷.

La corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social” seguía en ese ámbito, bastante

⁶⁶ Salazar, “Historiografía Chilena, 1955-1985...”, *op.cit.*

⁶⁷ Bastias, *op.cit.*

fielmente, las “recomendaciones” de Thompson, que habría sido quien:

“dio cuenta del error y la insuficiencia de subestimar el papel de los factores culturales y la supremacía de la metáfora infraestructura-superestructura, destacando el papel de las intermediaciones culturales y morales, que constituyen las formas de cómo las experiencias materiales son procesadas en términos culturales”⁶⁸.

La “Nueva Historia” se plantearía, desde allí, una superación de la clásica “metáfora infraestructura-superestructura”. Esto, mediante la centralidad que le otorgaría al concepto de “praxis”. Con respecto a aquella categoría, los principales exponentes de esta corriente tendían a plantear que:

“Las representaciones del mundo social, según Roger Chartier, le son constituyentes; al igual que las relaciones sociales y económicas no son anteriores o determinantes de las culturales; son por sí mismas campos de praxis y producción cultural, y no pueden remitirse para su explicación a campos o dimensiones extraculturales de la experiencia”⁶⁹.

Junto con la reivindicación de algunas categorías como las de “praxis”, “experiencia social”, “identidad” y “sujeto popular”, los historiadores de esta corriente se manifestaron, en el campo del análisis historiográfico, en contra de:

“aquellos procesos de identificación mecánica entre pueblo, clase y movimiento obrero y, además, de éstos con ciertos partidos y organizaciones. -Además, en contra de- [...] una marcada interpretación ideológica dogmática y lineal del proceso histórico. [...] del metarelato de las centralidades estructuralistas de la historiografía marxista chilena [...] que ha buscado identificar y definir con rigor y urgencia un sujeto histórico del cambio”⁷⁰.

⁶⁸ Lynn Hunt, “Historia, Cultura y Texto”, en *Boletín de historiadores* N°2. Santiago, 1997. pág. 11. Traducción Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, tomo II., LOM Ediciones, Santiago, 2000, pág. 94.

⁶⁹ Roger Chartier, “Intellectual History or Sociocultural History?. The French Trajectories”, en Lynn Hunt, “Historia, Cultura y Texto”, *Boletín de historiadores* Núm.2, traducción de Julio Pinto, Santiago, 1997, pág. 11.

⁷⁰ Pedro Rosas, “Historia y memoria entre dos siglos. O el oficio del Amauta bajo fuego”, en Revista electrónica *Pensamiento crítico*, www.pensamientocritico.cl. Ponencia presentada en las Jornadas Inter-Universitarias: “El Chile de la Unidad Popular: a 30 años”. Santiago, 2003. Las ideas expuestas se encuentran respaldadas y ampliadas en P. Rosas, “Nueva historia social y memoria: Miradas, viejos y nuevos actores en los movimientos sociales populares”, (inédito) Sept. de 2003.

En su programa de desarrollo historiográfico, esta corriente buscaría “restaurar al conjunto de los sectores explotados y oprimidos” en el centro de la perspectiva historiográfica. Según ellos, estos debían ser “liberados” de la hegemonía de las estructuras y de los “aprioris” ideológicos. La “Nueva Historia”, planteándose la necesidad de una “historia desde abajo”, intentaría “ampliar” la visión del desarrollo histórico del movimiento popular en Chile, hasta ese momento “constreñida” casi exclusivamente al estudio del movimiento obrero y del artesanado. Para ello, se propondría cuestionar la concepción “clásica” de la hegemonía del obrero industrial como sujeto social de transformación histórica. Ahora, según esta corriente, campesinos, peones, mujeres, etnias y cuanto sujeto popular existiese, sería “reivindicados”, debiendo ser trasladado, desde el lugar de marginalidad académica a que habían sido confinados, hacia el centro de la reflexión historiográfica. De acuerdo con lo anterior, Salazar plantea, en una entrevista, lo siguiente:

“Desde siempre los protagonistas y los contenidos de la historia, provinieron exclusivamente del ámbito más visible de lo que los mismos discursos tradicionales han llamado “Estado”. La historia eran las decisiones y hazañas políticas, religiosas, económicas, militares; los protagonistas eran presidentes, ministros, autoridades marciales y eclesiásticas, héroes, caudillos y, en último caso, los grandes empresarios. Pero en forma acelerada, desde hace unos veinte años, se ha venido desarrollando en Chile una disciplina más abarcadora de la realidad. Es la Historia Social, también denominada Nueva Historia e incluso Historia Total, porque desde los tópicos de sociedad y cultura, necesariamente se abordan variadas dimensiones de la vida humana. Junto con posibilitar una mirada científica a los asuntos contemporáneos y asumir una metodología interdisciplinaria, la Historia Social incluye como objeto de estudio a los más desposeídos, a las mujeres, a los niños, a los jóvenes, a los trabajadores informales, a los inmigrantes, etc. Todos sujetos históricos que fueron por siglos aglutinados -política y estadísticamente-, como una masa uniforme y que sin embargo pueden generar movimientos y cambios sociales que, hoy en día, vale la pena tener en cuenta”⁷¹.

Así también, en aquella entrevista, dicho autor se refiere a que:

“El tomar como centro la historicidad de los sujetos vivos, amplía el campo historiográfico y

⁷¹ Elisa Cárdenas, Entrevista a Gabriel Salazar, *op. cit.*

permite el uso de nuevas técnicas, como las entrevistas, la historia oral, las historias de vida, entre otras. Centrarse en el presente ayuda a profundizar en la memoria de los sujetos, sus temores y sus proyecciones; y al mismo tiempo a analizar situaciones del estado general, las condiciones de vida en que estamos. Integrar al individuo-masa y transformarlo en sujeto histórico real, también ayuda a cambiar las condiciones de ciudadanía, un gran tema en estos tiempos”⁷².

La “Nueva Historia” tendía, por tanto, a realizar una profunda crítica de la visión historiográfica que se había desarrollado previamente. Según aquella:

“en lugar de la historia social del pueblo, como dice Gabriel Salazar en su obra *Labradores, Peones y Proletarios*, se ha enfatizado, -hasta ese momento-, la historia de sus enemigos estructurales, en vez de sus relaciones económicas, sociales culturales y políticas internas [...] de como se retrató “el nudo gordiano de los monopolios” y a cambio del tejido solidario que cobija su potencial histórico, se describió “el paisaje amurallado de la clase dominante”⁷³.

Se puede decir que muchas de estas y de otras concepciones teóricas, que constituyen algunos de los ejes de la propuesta historiográfica de esta corriente, ya habían comenzado a ser elaboradas previamente (entre los años 1981 y 1985). Sin embargo, es desde este momento que comienzan a ser sistematizadas en un cuerpo coherente de ideas, reflexiones y de proyecciones historiográficas. La consolidación de este cuerpo teórico y metodológico, y su difusión, formando intelectualmente a las nuevas capas de historiadores jóvenes, será una de las características más importantes de este momento de desarrollo de la “Nueva Historia”.

1.6 “Nueva Historia” y proyecto político.

Si las bases teóricas y metodológicas ya se venían desarrollando anteriormente, fueron sobre todo las definiciones políticas de esta corriente las que cristalizaron, a partir de 1985, en un proyecto político determinado. Para aquel, la producción de conocimiento no podía

⁷² Ídem.

⁷³ Rosas, “Historia y memoria...”, *op. cit.*

estar desligada del fortalecimiento de una determinada *propuesta política*. Por el contrario, debían ser una unidad. Las dos caras de una misma práctica. La producción misma de conocimiento sería, de acuerdo a esta concepción, un “acto político”. De ahí que, entonces, fuera necesario buscar una manera de conectar la investigación historiográfica y el desarrollo de una metodología particular de investigación, acorde a los objetivos políticos que se definieran.

Será la “Educación popular”, un proceso de fortalecimiento de la identidad y la memoria del movimiento popular, la metodología que deberá unificar, sobre todo en la propuesta de Gabriel Salazar, el campo propiamente historiográfico con las proyecciones políticas de esta corriente. Aquello, haría posible la construcción de una “Ciencia popular”, cuya praxis significaría, entre otras cosas, el afianzamiento de la memoria e identidad del pueblo, el desarrollo del conocimiento historiográfico y la construcción histórica de la realidad social. La “Ciencia popular” debería potenciar la memoria y la identidad popular “hasta el final”, haciendo posible la construcción, sobre las bases de la “solidaridad social”, de un “sujeto popular” dotado de historicidad propia. Este podría hacer carne no solo su propio proyecto, el proyecto político del pueblo, sino expandir las fronteras del mismo, permitiendo el despliegue de un proceso de “humanización total”.

Para algunos, como Miguel Valderrama, el contenido político de estas concepciones políticas (influenciadas por el llamado humanismo social), tendría relación con el proceso denominado como “renovación socialista”. Así, para Valderrama, el programa fundacional de la “Nueva Historia” estuvo:

“[...] íntimamente vinculada a la renovación y discusión de las tradiciones y prácticas principales del Socialismo [...] Mas allá de las adscripciones político-partidarias de los historiadores participantes de “la nueva escena”, el espacio social mayor que determinó y configuró las prácticas escriturales de la nueva historiografía crítica popular fue el de las prácticas políticas e intelectuales de la renovación socialista”⁷⁴.

⁷⁴ Miguel Valderrama, “Renovación socialista y renovación historiográfica”, Documento número 5, Comité Editorial, Programa de Estudios Desarrollo y Sociedad, Santiago, 2001.2001, pág. 38.

Refiriéndose acerca del acervo humanista social, presente en las concepciones y en la proyección política de esta corriente, Manuel Bastías nos señala que:

“[...] podría decirse que políticamente se inscribe [refiriéndose a la “Nueva Historia”] dentro de lo que Martín Hopenhayn llamó una sensibilidad humanista-crítica, que “intenta construir una relación de máxima coherencia entre una opción valórica y una opción epistemológica”. La opción valórica es la construcción de un orden exhaustivamente democrático, entendiendo por ‘exhaustivo’ que las relaciones susceptibles de ser democratizadas no son aquellas que median entre el Estado y la sociedad civil, sino al interior de todo tipo de instituciones (familias, municipios, escuelas, lugares de trabajo, instituciones sociales, servicios, etc.) y en todos los planos (político, social, cultural, tecnológico y económico)”⁷⁵.

El proyecto político de la “Nueva Historia”, rechazando la visión clásica de la estrategia marxista de clases, criticando el accionar de los partidos políticos y la “tradicional” dinámica de acción “masa-dirigente”, tendía a definirse, desde aquel enfoque, a partir de la necesidad de un proceso de afianzamiento de las redes sociales y de la organización popular en su conjunto. Lo anterior, en una perspectiva de poder *autónomo* del movimiento popular y sus organizaciones y de la búsqueda de la *humanización* de dichos espacios. Esto permitiría, según aquellas concepciones, la construcción de una *identidad* y de una *memoria popular*, claves para el impulso del proyecto del *bajo pueblo*. Desde allí, sería imposible la *instrumentalización* del movimiento popular por los partidos políticos (sean estos de izquierda o de derecha), pudiendo construir este su propio proceso histórico de emancipación social.

⁷⁵ Bastías, *op. cit.*

2. La “Nueva Historia” durante la década de los 90.

El desgaste y la derrota de las movilizaciones en contra de la Dictadura y el retroceso de la organización popular, la consolidación del régimen democrático, heredero de la obra de Pinochet, y la avanzada de la intelectualidad adicta al nuevo gobierno y del postmodernismo, significaron un verdadero “acorralamiento” de la actividad y del desarrollo de la “Nueva Historia”. Un escaso financiamiento, el cierre de la mayoría de los talleres de educación popular y la “retirada” de varios intelectuales del movimiento de la “Nueva Historia” y de la “Educación popular” (como lo constata Salazar en varios de sus artículos acerca de dicho periodo), quienes se integraron a las filas de la naciente “oficialidad” concertacionista, cuestionó la continuidad y la existencia misma de esta corriente historiográfica. Este “jaque” a la “Nueva Historia” motivó un proceso de replanteamiento y de adecuación a las nuevas circunstancias impuestas por la nueva situación política y social. Bastías señala, hablando acerca del “repliegue” de la “Nueva Historia” a principios de los años noventa, que:

“Esta generación comenzó a dispersarse con el retorno a la democracia. Quizá la fecha puede extenderse hasta 1995, pero con todo es una generación que se congregó como opositora a la dictadura y fue ahí donde recayó su vinculación más poderosa. [...] Por ello, tal como señala Salazar, existe un repliegue de este grupo hacia la década de los noventa. Salazar explica esta dispersión por la marginación que sufrió la historiografía social, en el ámbito de la reflexión política en el regreso a la democracia, frente a la Sociología. Podemos, sin embargo, agregar que este grupo al perder su elemento más explícito de aglutinación, la dictadura, no pudo suplirlo por otro que tuviera la misma fuerza convocante. La composición heterogénea y la escasa claridad epistemológica terminó por dispersar este movimiento”⁷⁶.

En general, las bases epistemológicas, teóricas y metodológicas que se habían asentado en el periodo 85-90, se mantuvieron y se siguieron desarrollando (aunque ahora en condiciones mucho más adversas, sobre todo durante la primera mitad de la década). Coincidente con lo anterior, el mismo Bastías señala que:

⁷⁶ Bastías, *op. cit.*

“Si bien el grupo se dispersó, y aunque algunos incluso dejaron la historia social para internarse en otros temas, la producción ha sido constante por gran parte de los investigadores que pertenecieron a este movimiento. En gran medida tampoco se abandonó la idea original, de situar al ‘bajo pueblo’ como sujeto dotado de historia y de voz. Finalmente, hacia mediados de la década de 1990, la reflexión epistemológica y teórica se había abandonado casi irremediabilmente. El díptico del coloquio *El Invierno de la Teoría*, realizado en 1995, incitaba nuevamente a reflexionar sobre los fundamentos de la labor historiográfica, “Pareciera ser que nuestra práctica ha regresado a la comodidad de recopilar y narrar, olvidándonos de algunas preguntas anteriores. Bien puede ser que la incapacidad de dar respuestas, nos ha obligado a olvidar las preguntas”⁷⁷.

Fue en el campo de la “propuesta política”, y en el “perfil” que había desarrollado esta corriente hasta estos momentos, en donde ocurrieron las más importantes transformaciones. Aún así, podemos decir que “el programa político” de la “Nueva Historia”, a pesar de estos cambios, se “mantuvo”; es decir, la búsqueda de un “proyecto” y una “ciencia del pueblo”, del fortalecimiento del “sujeto”, la “memoria” y la “identidad popular”, siguieron siendo algunos de los objetivos principales de su quehacer. Ahora bien, se hizo necesario, para enfrentar la nueva situación, una mayor proyección de otras ideas-fuerza como las de “ciudadanía”, “democracia participativa” y “humanización social”. Estas, a pesar de que ya estaban presentes en la batería conceptual de la “Nueva Historia”, comenzaron a tener una mayor resonancia en el trabajo de reflexión de esta corriente. Y es que el retroceso de la población, que dejaba *en el aire* la propuesta historiográfica-política de “Nueva Historia”, le obligó a buscar una mayor recepción en otros sectores sociales. Esta “sintonía” se buscó, sobre todo, en los sectores medios, más proclives a tomar parte de un proyecto político “ciudadano” y de “democracia participativa”. Así mismo, las dificultades económicas de la corriente y su acorralamiento social e institucional, le obligaron a abandonar su status “marginal”, “por fuera de la Universidad”, para buscar “refugio” en aquella. A partir de aquel momento, la “conquista” de sectores críticos en la Universidad, y de sectores intelectuales y estudiantiles, se volvió uno de los ejes “de acción” más importantes de la “Nueva Historia” (abandonando, de hecho, el trabajo práctico en el movimiento poblacional). Refiriéndose a aquello, Gabriel Salazar nos dice que:

⁷⁷ Bastías, *op. cit.*

“Cabe preguntarse, sin embargo, por la capacidad real de este tipo de instituciones y de los historiadores que trabajan en ellas [refiriéndose a las ONG’s y centros de investigación que habían desarrollado la investigación historiográfica y la práctica de la “Nueva Historia” en los años 80] para realizar con éxito en tiempos de democracia (neoliberal) lo que no pudo hacerse en tiempos de dictadura, esto es: construir desde las bases populares un proyecto histórico y social alternativo, basado en una percepción y sistematización directa de la experiencia y la memoria histórica de esas bases. Parece evidente que el apoyo institucional para realizar esa tarea es y será débil. Probablemente más débil de lo que fue en la década de los 80. Tanto más si el grueso de los científicos sociales que habían aprendido a caminar con la Historia se encuentran hoy emigrando a las oficinas del nuevo Estado, pasando a ser funcionarios del modelo neoliberal. Todo indica que no serán ni los *encuentros* espontáneos de historiadores jóvenes ni los grupos de trabajos de las ONG’s los que puedan realizar esta tarea, sino los que puedan contar con un apoyo institucional y financiero mínimo y seguro. La pregunta es: ¿podrán ser los historiadores de la universidad chilena actual? ¿Será posible llevar a cabo la democratización del trabajo universitario al punto de que esa tarea pueda ser retomada y completada? ¿Será posible llevar, reunir y reorganizar a todos los historiadores y científicos sociales que exploraron los caminos vírgenes de la identidad y la memoria sociales, bajo el techo de una institución académica? De momento, eso no parece probable, pero es una alternativa necesaria y, acaso, posible. Los Departamentos de Historia de las actuales universidades chilenas están, todavía, regidas por el cientificismo y el empirismo documentalistas propios del siglo XIX. [...] ¿Podrán los grupos historiográficos extra-universitarios descritos más arriba rectificar ese rumbo e instalar la “nueva historia” en los recintos académicos formales?”⁷⁸.

Puede decirse que el período que se extiende entre el retorno de la democracia hasta mediados de los noventa, por “la negativa” (es decir, en un momento adverso para la “Nueva Historia”), y el que va desde aquella fecha (1995-96) hasta hoy, en un sentido inverso (es decir, en un clima crecientemente favorable para la misma), es el momento de constitución de los rasgos actuales de esta corriente historiográfica.

Acorralada, la “Nueva Historia” debería desarrollar, en el periodo 1990-1995, una serie de rasgos de *supervivencia*; un discurso político ciudadano más “digerible” por los sectores

⁷⁸ Salazar, “Historiografía y Dictadura en Chile...”, *op. cit.*, págs. 141 y 142.

medios y una integración mayor a las estructuras “oficiales” de producción de conocimiento, las Universidades. Aquellos rasgos, de *supervivencia*, no serán anulados en el momento posterior, sino que profundizados. A grandes rasgos, esta corriente ha mantenido el acervo teórico, metodológico y político del período 1985-1990, pero desplegando un perfil más “ciudadano” (ya sea en su propuesta teórica como política) y experimentando, además, un fuerte proceso de academización progresiva que se mantiene hasta hoy (como veremos más detalladamente después).

3. Algunos aspectos de la producción historiográfica de la “Nueva Historia” en la década de los 90. Su nacimiento como escuela historiográfica.

En el transcurso de la década de los 90, la producción historiográfica de la “Nueva Historia” adquiere una mayor sistematización. El desarrollo historiográfico, parcelado en diversos períodos históricos y campos temáticos, tenderá a acumularse, a conectarse entre sí, y a permitir finalmente la elaboración de una perspectiva integral y alternativa de la historia de Chile. Precisamente, la publicación de los cinco tomos de *Historia Contemporánea de Chile*⁷⁹, de Gabriel Salazar y Julio Pinto, desarrolla una mirada de la historia nacional desde la óptica de la “ciudadanía” y del movimiento popular. Aquella obra fue uno de los productos más importantes de aquella sistematización. Esta, según sus autores, no esta:

“[...] diseñada para *contar* la historia de Chile. Ni está pensada sólo para describir los *hechos* más notables de nuestro pasado. No intenta ser tampoco un texto en que unos que *saben* asumen la pretensión de transmitir verdades objetivas a los que no saben o saben poco. Ni nos hemos propuesto escribir una historia general, que incluya *todo* acerca de los procesos que han determinado y determinan lo que hemos llegado a ser como sociedad”⁸⁰.

Al contrario, *Historia Contemporánea de Chile* intenta desarrollar una perspectiva:

“[...] desde abajo; pero no desde la *marginalidad*, porque el ciudadano, en una sociedad, no es ni puede ser periférico a nada que ocurra en ella. Pues tiene el máximo: la soberanía; que es el máximo derecho humano. [...] La mirada del ciudadano constituye el único estrato desde donde los hechos y procesos históricos no sólo se pueden “investigar” en su condición de verdad (tarea de los historiadores), sino también, legítimamente, *juzgar* y *utilizar*. No juzgar para condenar y/o glorificar, ni utilizar para ignorar su objetividad, sino para algo más trascendente e histórico: para producir y reproducir la vida social en un nivel *superior*. [...] Esta historia está escrita por historiadores, pero intenta, por lo dicho, situarse en la perspectiva reflexiva y *procesal* de los ciudadanos chilenos”⁸¹.

⁷⁹ Salazar y Pinto, *Historia Contemporánea...*, *op. cit.*

⁸⁰ Salazar y Pinto, *Historia Contemporánea...*, *op. cit.*, pág. 7.

⁸¹ Salazar y Julio Pinto, *op. cit.*, págs. 8 y 9.

Las problemáticas del “Estado” y la “ciudadanía”, de la composición y estructura económico social de Chile a lo largo de los dos últimos siglos, y el tratamiento de algunos aspectos sociales y culturales como la construcción de la “hombria y la feminidad” en los distintos períodos históricos, son parte de la reflexión historiográfica de esta obra.

En el campo de la sistematización de la reflexión teórica, aunque publicada ya a comienzos de la década siguiente, destaca la obra *La Historia desde Abajo y desde dentro*⁸². Salazar plantea, en el prólogo de aquella, que:

“En este libro se reúnen los diálogos, las reflexiones y las respuestas que nos correspondió hacer –generalmente en voz alta- frente a distintos grupos que necesitaban formular una pregunta para realizar una *acción histórica*. Grupos de chilenos (estudiantes, pobladores, funcionarios de municipio, jóvenes, jefas de hogar, sacerdotes, etc.), en su mayoría. Fue delante de ellos y con ellos que hicimos estas reflexiones, para después escribir estas líneas. Son parte, pues, de una reflexión social, contemporánea, urgente”⁸³.

Si bien esta obra se publicó en el 2003, constituye una recopilación de un conjunto de artículos, conferencias y seminarios que durante los 80 y 90, y durante los primeros años de la década siguiente, fueron elaborados como material de discusión teórica en el seno de esta corriente. Los artículos “Historiografía y Dictadura en Chile: Búsqueda, Dispersión, Identidad”⁸⁴, “La Historia como Ciencia popular: Despertando a los “*Weupifês*”⁸⁵ y “Descentralización administrativa versus sinergia social-comunitaria: ¿Qué papel para la ciencia histórica?”⁸⁶, publicados en el año 90, los dos primeros, y en el 96, el último, y que fueron integrados en *La Historia desde abajo y desde dentro*, constituyen una muestra de la importante reflexión y sistematización teórica de este período.

⁸² Gabriel Salazar, *La Historia desde abajo y desde dentro*, Colección Teoría, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003.

⁸³ Salazar, *La Historia desde abajo...*, *op. cit.*, pág. 8.

⁸⁴ Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, *op. cit.*

⁸⁵ Gabriel Salazar, “La Historia como Ciencia Popular: Despertando a los “*Weupifês*”, en *La Historia desde abajo y desde dentro*, Colección Teoría, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003, Capítulo IV.

⁸⁶ Gabriel Salazar, “Descentralización administrativa versus sinergia social-comunitaria: ¿Qué papel para la ciencia histórica?”, en *La Historia desde abajo y desde dentro*, Colección Teoría, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2004, Capítulo IV.

Podemos decir que la publicación de estas obras son un resultado del conjunto de la elaboración teórica e historiográfica de esta corriente. Estas obras indican, además, el nacimiento de la “Nueva Historia Social” como escuela del pensamiento historiográfico en Chile.

Dentro de la producción de Gabriel Salazar durante este período (la que tuvo un rol clave en el proceso de consolidación de la “Nueva Historia” como escuela historiográfica) destaca, entre otros, el artículo “Empresariado popular e industrialización: La guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)”⁸⁷ y *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*. *La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*⁸⁸. El artículo “La Guerrilla de los Mercaderes” propone la existencia de un proceso de industrialización “por abajo” a principios del siglo XIX en Chile, de carácter popular. Así mismo, describe su debilitamiento y destrucción por parte del ataque que sufrió a manos de la burguesía mercantil financiera nacional. Publicado a principios de la década de los 90, este artículo intenta dilucidar algunas de las causas económicas y sociales que explicarían el sentido profundo, y muchas veces oculto, de algunos de los procesos políticos más importante de la primera mitad del siglo XIX en nuestro país (las guerras civiles de la década del 50, entre otros). En la obra *Violencia política popular en las “grandes alamedas”*, el autor realiza un balance historiográfico de la tensión existente entre la legalidad institucional estatista, defendida por los sectores dominantes, y los diversos procesos de enfrentamiento violento que ha impulsado el movimiento popular en contra de aquella. La importancia de esta obra, para la escuela historiográfica de la “Nueva Historia”, no radica tan solo en la interpretación historiográfica del fenómeno de la violencia popular. Además, es relevante en el sentido de la legitimación teórica que el autor realiza, mediante las categorías de “sujeto social”, “identidad” y “memoria”, de los movimientos de resistencia violenta que el pueblo ha desarrollado en las últimas décadas. Esta investigación polemiza en contra del discurso falsamente “integrador” de la legalidad, denunciando el papel opresor de la “estabilidad” institucional para con las

⁸⁷ Gabriel Salazar, “Empresariado popular e industrialización: La guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885), en Revista *Proposiciones*, N° 20, Santiago, 1991.

⁸⁸ Gabriel Salazar, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*. *La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*, Ediciones LOM, Santiago, 2ª edición 2006.

grandes mayorías de la nación. Plantea, a la vez, la necesidad de una superación “orgánica” de los aspectos netamente “irracionales” de la violencia política popular, apostando a la construcción de un “Sujeto” y una “Ciencia popular” que le permitan al pueblo pasar desde el periódico “reventón” de la ira popular a un proyecto de transformación social más de fondo. Así también, esta publicación es importante en la medida en que significó una polémica teórica, desde la “Nueva Historia”, en contra del discurso “criminalizador” que se encargó de fundamentar la intelectualidad “renovada” (pro-concertacionista) con respecto al periodo de las protestas populares durante los 80. Dicha lectura, que enfoca el tema de la violencia política popular desde la perspectiva del “crimen”, la “anomia” y de la “pre-modernidad”, es contrarrestada en el libro de Salazar en el sentido de una “resistencia legítima”, expresión histórica de la “autonomía popular” y de la “voluntad de cambio” del pueblo.

Por otro lado, uno de los rasgos centrales del proceso de transformación de la “Nueva Historia” en escuela historiográfica, además de la sistematización teórica, fue la adopción, generalización y perfeccionamiento colectivo, sobre todo por parte de los nuevos historiadores, de los métodos y enfoques propios de esta corriente. Los llamados “historiadores jóvenes”, aquellos que habían formado parte de la “generación del 85”, y de entre los cuales destacó María Angélica Illanes, impulsaron durante estos años una importante labor historiográfica. Precisamente, la publicación de *La Revolución Solidaria*⁸⁹, “El Proyecto Comunal en Chile”⁹⁰ y la re-edición de “Azote, salario y Ley”⁹¹, que ya había visto la luz a mediados de los 80, son una muestra importante de aquel esfuerzo de investigación.

Finalmente, el florecimiento de proyectos, tesis de licenciatura y la apertura de cátedras y cursos de historia social y del bajo pueblo, desde mediados de los años 90, ha sido uno de los aspectos más visibles de la consolidación de esta escuela hasta hoy.

⁸⁹ María Angélica Illanes, *La Revolución Solidaria*. Editorial Prisma, Santiago, 1990.

⁹⁰ María Angélica Illanes, “El proyecto comunal en Chile. (Fragmentos) 1810-1891”, Revista *Historia*, número 27, PUC, Santiago, 1993.

⁹¹ María Angélica Illanes, “Azote, Salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama, 1817-1850”, en *Proposiciones*, Número 19, SUR. Santiago.

V. Debate

Capítulo 6

Gabriel Salazar: Sus aportes.

Más allá del juicio que se pueda tener con respecto a la “Nueva Historia”, es indudable que esta ha representado un importante replanteamiento de la práctica historiográfica en Chile. Este replanteamiento, como hemos visto, ha sido direccionado en múltiples campos: la discusión epistemológica del conocimiento y de la práctica historiográfica, la reflexión en torno a una serie de problemas teóricos de interpretación, el debate metodológico y la acción política. Podemos decir que “Nueva Historia”, en ciertos aspectos, ha constituido una clara superación de la tradición historiográfica marxista y conservadora anterior. Aquello, sobre todo en el ámbito de sus aportes a la comprensión de algunos importantes procesos de la historia nacional durante los siglos XIX y XX. Efectivamente, la apertura de la mirada historiográfica hacia nuevos sectores sociales (por ejemplo al peonaje y al campesinado), las nuevas perspectivas y metodologías de investigación en el campo de la historia social, el debate con respecto a una serie de afirmaciones historiográficas propias de la tradición conservadora (el comportamiento y la psicología de la oligarquía del siglo XIX, entre otras), son algunas de aquellas contribuciones al pensamiento histórico.

Es en la obra de Gabriel Salazar, entre otros, donde se pueden identificar varios de esos aportes historiográficos. La investigación del proceso dialéctico de transición capitalista durante el siglo XIX en Chile, a juicio de quién escribe, es el más importante de aquellos. Efectivamente, la investigación del proceso de transición entre un “modo de producción colonial” (que se extiende en nuestro país hasta la segunda mitad del siglo XIX) y la estructuración (contradictoria) del régimen capitalista semi-colonial moderno, ha sido uno de sus aportes más sustantivos al conocimiento histórico. En lo sucesivo, y sin pretender abordar la obra de este autor en su totalidad, trataremos de decir algo acerca de la

interpretación historiográfica que este historiador, en polémica con otras corrientes, realiza de aquellos procesos.

Demás esta decir, por último, que la identificación de las contribuciones que Salazar realiza al pensamiento histórico en Chile, obedece a un criterio arbitrario. Dicha elección, que implica desconocer y cuestionar el valor de otros aspectos de su elaboración, corresponde ya al campo de la apreciación crítica que quién escribe maneja respecto a la misma. La no inclusión de otros aspectos de su obra en esta sección, es ya un aspecto de polémica.

1. Modo de producción colonial y transición capitalista (Siglos XVI-XIX).

En su obra *Historia de la acumulación capitalista en Chile*, Gabriel Salazar plantea que la historiografía nacional, en especial la conservadora liberal, lejos de centrar su mirada en el estudio de los procesos reales y particulares del desarrollo económico chileno durante el siglo XIX:

“[...] se ha concentrado, sobre todo, en la descripción de coyunturas de crisis (inconvertibilidad del billete de banco en 1878, bloqueo comercial del salitre, desnacionalización del sector exportador, colapso del comercio exterior de 1929-30, espirales deflacionarias de la década de 1950, etc)”⁹².

Para Salazar existe entonces, y producto de lo anterior:

“un gran vacío cognitivo respecto al proceso a través de cual se produjo en Chile la *transformación de la economía colonial en economía industrial-capitalista*. Transformación estratégica que echó las bases no solo del modelo de acumulación nacional desarrollista del tramo 1938-1973, sino también del actual modelo liberal o imperial desarrollista”⁹³.

Según el autor de esta obra, la falta de una visión integral de los procesos económicos de la historia de Chile es total. Sobre aquello, este autor afirma que:

“los estudiosos que han examinado la historia económica del período indicado (1830-1938) son pocos y, desafortunadamente, su examen se basó sobre todo en los productos directivos del Estado (decretos, leyes) y solo en las estadísticas generales del comercio exterior y del presupuesto fiscal. A partir de esos precarios estudios [...] sin embargo, se acuñaron después de 1938 varias definiciones fundamentales, que fueron utilizadas como *premisas históricas* de los programas nacional-desarrollistas y anti-independentistas que implementaron los gobiernos democráticos hasta 1973”⁹⁴.

⁹² Salazar, *Historia de la acumulación capitalista...*, *op. cit.*, Introducción.

⁹³ Salazar, *op. cit.*, Introducción.

⁹⁴ Salazar, *op. cit.*, Introducción.

Por el contrario, Salazar propone para su investigación:

“[...] adentrarse en la *especificidad concreta* de los procesos económicos y sociales que han configurado la evolución del Capitalismo en Chile. Esto implica eludir también las redes mecánicas del puro comercio exterior y descender hasta las relaciones internas que determinan el desarrollo de los procesos de *producción* y, sobre todo, de *acumulación capitalista* en Chile. Es en este nivel de concreción donde los actores sociales –capitalistas, extranjeros, empresarios nacionales, políticos y trabajadores- juegan sus decisiones tácticas y estratégicas, sus proyecciones históricas y se posicionan social y políticamente frente a los conflictos o ante las crisis”⁹⁵.

Para dar cuenta de los principales procesos económicos que se desarrollan en Chile durante el siglo XIX (los que para Salazar son principalmente dos; 1- El auge y la decadencia del modo de producción y acumulación colonial y 2- El proceso de transición capitalista), es necesario entender lo que este autor denomina como “modo de producción y acumulación colonial” y cuales son sus características. Para Salazar, el modo de producción y acumulación colonial se establece en Chile a partir del siglo XVI y se desarrolla, hasta su crisis terminal, en la segunda mitad del siglo XIX. Este expresó, sobre todo en sus primeros momentos (siglos XVI, XVII y XVIII), la combinación entre un sistema capitalista mercantil mundial, con la existencia de una formación económico-social pre-capitalista en Chile. Esta combinación, característica del modo de producción colonial, delineó los rasgos básicos de la economía, la sociedad y de la política de nuestro país durante aquel periodo. Efectivamente, la existencia de un capital mercantil extranjero dominante, la temprana constitución de un bloque burgués mercantil-financiero nacional y la permanencia en el tiempo de relaciones sociales pre-capitalistas de producción⁹⁶, como también el escaso desarrollo de las fuerzas productivas, no solo fueron algunas de las consecuencias más importantes del desarrollo del modo de producción colonial imperante. A la vez, fueron algunos de los aspectos más característicos de la realidad nacional hasta bien entrado ya el siglo XIX.

⁹⁵ Salazar, *Historia de la acumulación capitalista...*, *op. cit.*, Introducción.

⁹⁶ Por ejemplo, la economía indígena en un primer momento, el peonaje y el inquilinaje después.

Según Salazar, el modo de producción colonial alcanza, precisamente en el siglo XIX (entre las décadas de 1830 y 1860), su ciclo de mayor auge y esplendor. La continua explosión en cadena de los mercados mundiales, la conquista de la hegemonía regional de la burguesía mercantil-financiera chilena por sobre la peruana, y el sometimiento de las masas mestizas y criollas a un sistema proto-esclavista de producción; es decir, a un sistema denominado como de “plusvalía máxima”, basado en la ultra explotación pre-capitalista de la fuerza laboral, habrían sido algunas de las principales características de este periodo. Así también, durante este momento *de auge*, la burguesía mercantil financiera habría desarrollado nuevas áreas exportadoras, por ejemplo la minería del cobre y la plata, permitiendo con ello la estabilidad y potencia del peso chileno de 48 peniques. Este periodo de evolución y desarrollo del modo de producción de colonial, durante la primera mitad del siglo XIX, habría sido característico de su período “dorado”. Según Salazar:

“Su edad de oro. La coronación definitiva de los viejos anhelos colonizadores. Y tanto los mercaderes como los patrones quedaron convencidos de que el período de 1830-1860 era la meta en que se producía la *equiparación* de la colonia con la vieja civilización imperial, la *comuna definitiva* en la gloria de lo que creyeron el mismo Capitalismo *compartido* [...] cuando bebieron, por fin, el elixir mágico de la plusvalía total, los mercaderes y los patrones fueron presa de una extraña embriaguez”⁹⁷.

Sin embargo, en el transcurso de tan solo algunas décadas, durante el mismo siglo que presenciara el máximo esplendor de este modo de producción y de las elites criollas, se desarrollaría su crisis definitiva. A fines del siglo XIX, efectivamente, no solo habrían caído en pedazos los fundamentos de la economía colonial; además, la oligarquía nacional habría perdido los resortes fundamentales de nuestra economía a manos del capital británico, precipitándose en una aguda decadencia histórica.

Desde una perspectiva liberal⁹⁸, Aníbal Pinto achaca las causas de lo anterior; es decir, las causas del descalabro económico y político de la segunda mitad del siglo XIX⁹⁹, a la “ineptitud” de los políticos liberales en el poder. Para este autor, a diferencia de lo

⁹⁷ Salazar, *Historia de la acumulación capitalista...op. cit.*, pág. 72.

⁹⁸ Es decir, desde una perspectiva historiográfica diametralmente opuesta a la propuesta por Salazar.

⁹⁹ Aníbal Pinto, *Chile: Un caso desarrollo económico frustrado*. Editorial Universitaria. Santiago, 1959.

propuesto por Salazar, la evolución económica de mediados del siglo XIX en Chile, habría significado la de un verdadero “cuasi take-off” capitalista. Es decir, un periodo en donde la economía nacional no solo había dejado atrás el “atraso colonial”, sino que además habría estado a las puertas de una dinámica de desarrollo equiparable al de las grandes potencias (por ejemplo, en aquel periodo, Inglaterra). Para Salazar, por el contrario, la evolución económica del periodo 1830-60 no solo estuvo lejos de constituir un “*take off*” capitalista, un *despegue*, sino que habría asentado las características pre-capitalistas, coloniales, de la economía nacional. Según este autor, este periodo mantuvo los principales pilares económico-sociales del modo de producción colonial imperante en Chile desde el siglo XVI. Así, el desarrollo económico que va entre las décadas del 30 y el 60 del siglo XIX se habría sustentado, por tanto, sobre la base de una estructura económica esencialmente pre-capitalista. Esta estructura se habría caracterizado, como hemos dicho y en pleno siglo XIX, por la existencia de una mano de obra no asalariada sino proto-esclavista, por el nulo desarrollo de las fuerzas productivas y por la utilización de mecanismos de acumulación primitiva de capital mercantil (dinero), como también por la existencia de un débil capital productivo y por la carencia de una estructura jurídica y financiera capitalista básica.

Como hemos visto, la interpretación de Salazar acerca de la evolución económica entre 1830 y 1860 es contraria a la liberal (Aníbal Pinto) y diferente a la marxista (H.R.Necochea o L.Vitale)¹⁰⁰, constituyendo una superación de ambas. Según este autor, el intenso

¹⁰⁰ De hecho, la interpretación que hacen los historiadores marxistas acerca de este tema es similar (a grandes rasgos) a la del enfoque liberal. Lo anterior, sobre todo (y paradójicamente), en el caso de Vitale. Si bien este historiador aclara que durante estos momentos no existe en Chile un desarrollo capitalista pleno, y que se mantienen relaciones sociales de producción pre-capitalistas, este caracteriza la evolución económica de aquellos años bajo la designación de *Capitalismo atrasado*. Podemos decir que aun cuando Vitale rechace correctamente algunos planteamientos de Necochea con respecto a esta problemática (quién postula que durante este periodo subsiste en nuestro país un sistema económico *feudal*), este historiador tampoco alcanza a tener con su definición una comprensión profunda del desarrollo económico de aquel entonces. Es decir, no llega a comprender (como si lo hace Salazar) la imbricación *particular* que se dio en aquellos años entre los aspectos *propriamente coloniales* de la estructura económica nacional, por un lado, y la creciente influencia internacional que ejerció sobre esta el sistema capitalista moderno, por otro. Justamente, debido a aquella incomprensión del proceso histórico, y mediante una *sobre-generalización* de la ley del desarrollo desigual y combinado de Trotsky, Vitale llega a una definición *incorrecta* de la realidad económica de nuestro país durante aquel momento (la de *Capitalismo atrasado*). En relación a esto último, es la definición que hace Gabriel Salazar de *modo de producción colonial* la que se basa, *de hecho*, en un análisis del carácter desigual y combinado de la evolución económica internacional y nacional durante aquel periodo. Esto, sin embargo, *desde* un análisis histórico *concreto*, y no a partir (como hace Vitale) de una categoría *general* que llega a ser, en este caso, abstracta. Finalmente, debemos decir que si Necochea se aleja más que Vitale de la caracterización que hace la historiografía liberal respecto al desarrollo económico “capitalista” de estas

“desarrollo hacia afuera” que experimentó la economía nacional a mediados del siglo XIX, y el fortalecimiento de las bases pre-capitalistas del modo de producción colonial, no solo abonaron el terreno para el colapso de la economía nacional unas décadas después, sino que también hicieron inevitable la crisis orgánica de la estructura política y social, y de la hegemonía de la oligarquía nacional sobre la misma¹⁰¹. Con respecto a aquello, Salazar nos plantea que:

“Por todo eso, el desarrollo del famoso “sistema de haciendas” y la no menos famosa “red de fundiciones” de cobre y plata –que configuraron el sector exportador del largo “desarrollo hacia fuera” y del supuesto “take off” capitalista que se “frustró” después – no fue sino un agitado estertor final. El canto de cisne de la vieja economía colonial. Pues el enriquecimiento de los *merchant-bankers* chilenos, que llegaba a su clima y simultáneamente a su fin, no había traído consigo ninguna revolución industrial y ningún real desarrollo capitalista. Porque, si bien –como se verá más adelante- pudieron durante algunas décadas convertir la plusvalía en dinero, no pudieron convertir ese dinero en un verdadero capital. No complementaron los ciclos. Y los ciclos se divorciaron”¹⁰².

décadas, no es porque este maneje una caracterización más correcta ni de este periodo ni del colonial. De hecho, Necochea lleva la misma operación de Vitale, el *encorsetamiento* de la realidad histórica en los marcos de una sobre-generalización, al extremo. Precisamente, Necochea define el periodo colonial, y al siglo XIX de conjunto, como *feudales*. Este historiador, aplicando *más* vulgarmente y *más* mecánicamente el método materialista histórico, se aleja más que Vitale de la interpretación liberal, pero *no* para superarla, como hace Salazar, sino que para *atrás*. Es decir, para *empantanarse* en una definición mucho más errónea de la que propone Vitale, la de *Feudalismo*. Efectivamente, si la definición de Vitale acerca de Capitalismo *atrasado* se puede aplicar *indiscriminadamente*, pudiendo incluso ser utilizada para describir la realidad económica de los primeros siglos del régimen colonial (diluyéndose entonces el contenido histórico de la definición de Capitalismo en una designación *general*), lo que hace Necochea es retrotraer dicho periodo histórico, sin la más mínima precaución historiográfica, nada menos que hasta el medioevo europeo.

¹⁰¹ El proceso de transición capitalista en Chile es *gatillado*, por tanto, a partir de la contradicción existente entre un modo de producción colonial *consolidado*, por un lado, y un *pujante* sistema capitalista internacional, por otro. Y es que la imbricación de ambas dimensiones; la nacional *colonial* y la mundial *industrial-capitalista*, no podían seguir subsistiendo ya de manera *pacífica*, tal y como había sucedido en nuestro país durante el periodo colonial (cuando el sistema capitalista *mercantil* internacional no debilitó, sino que alentó, el afianzamiento del modo de producción colonial en Chile). Justamente, las necesidades *internacionales* de la expansión capitalista *industrial* se hicieron incompatibles con las del desarrollo económico *colonial* chileno. Este último, *fortalecidamente-rígido*, no se pudo *amoldar* a las exigencias del capital internacional (como había hecho antes), sino que cayó en pedazos, llevando al sistema económico y social al *colapso*. O bien, mejor dicho, al *traumático* nacimiento del régimen semi-colonial capitalista en nuestro país. A la *sangrienta* imposición de las necesidades del capital imperialista en contra de los sectores populares, sometiendo más férreamente (*de paso*) a la burguesía nacional a sus designios. Es decir, al surgimiento de las condiciones históricas del desarrollo semi-colonial chileno desde las últimas décadas del siglo XIX hasta hoy.

¹⁰² Gabriel Salazar, *Historia de la acumulación capitalista...*, *op. cit.*

La lectura de este proceso económico, y la elaboración de la categoría “modo de producción colonial”¹⁰³, ha permitido la reinterpretación de uno de los más importantes procesos históricos del siglo XIX en Chile: la transición capitalista. Aquella, y de ahí la importancia de su estudio, sentó las bases de la constitución del régimen semi-colonial capitalista imperante en nuestro país hasta hoy. Precisamente, sobre la base del fortalecimiento final y crisis consecutiva del modo de producción colonial, se desarrollará uno de los procesos más característicos del proceso de transición capitalista en Chile; la llamada *modernización mercantil*. El estudio de aquel proceso, que veremos a continuación, constituye otro de los aportes de Salazar a la interpretación historiográfica del siglo XIX.

¹⁰³ Es precisamente en el enfoque y la perspectiva teórica que ocupa Salazar para llegar a tal definición, y en su interpretación historiográfica misma, donde vemos (*de hecho*) una aplicación ricamente dialéctica del Materialismo histórico. Dicha aplicación del método marxista se puede encontrar también, por ejemplo, en el análisis que realiza Trotsky en su obra *Resultados y Perspectivas*, estudiando las condiciones económicas y sociales de la Rusia zarista. Así mismo, en su formulación de la llamada *Ley del desarrollo desigual y combinado* y en la *Teoría de la Revolución Permanente*. El uso que hace Trotsky del Materialismo histórico, superior incluso al de Lenin durante la misma época, es una demostración (hace más de un siglo) de las enormes potencialidades que tiene el Marxismo como método de interpretación histórica. ¿Una deuda *no* reconocida de la obra de Salazar para con el pensamiento de Trotsky?

2. Dialéctica de la modernización mercantil (Siglo XIX).

La interpretación que realiza Salazar acerca del proceso de modernización mercantil durante el siglo XIX es, como en el caso anterior, opuesta a la visión que ha desarrollado la historiografía liberal sobre la misma. Así también, su enfoque profundiza el estrecho marco en que esta había sido comprendida por los historiadores marxistas¹⁰⁴. Por la importancia de aquel proceso, *contracara* y expresión de la transición capitalista en Chile, es importante decir algo acerca de cómo entiende Salazar¹⁰⁵ aquel fenómeno. Lo anterior, en contrapunto con la interpretación que hace el historiador Rector¹⁰⁶, exponente del enfoque liberal, acerca de la misma¹⁰⁷.

Basta solamente con observar el papel que uno y otro atribuyen a los diversos actores sociales del período, para percatarnos de la diferencia entre los dos enfoques. Por un lado, para Rector, la *sagacidad* y la *capacidad* de dirección de las elites criollas en nuestro país fue un “caso único” en América Latina. Aquellas se habrían caracterizado por su *tino* a la hora de saber aprovechar las oportunidades que iba ofreciendo el proceso de Independencia, en pos del desarrollo nacional. Según Rector, los ministros Portales y Rengifo habrían sido los máximos exponentes de aquella “capacidad” dirigente. Para Salazar, por el contrario, este sector social se habría caracterizado por su actitud tempranamente *claudicante* y *traidora* ante el capital extranjero, en desmedro de los “intereses nacionales”. Más aún, las elites nacionales no solo se habrían caracterizado por esta actitud servil ante los intereses británicos, sino que además por ser un sector social intensamente *desmoralizado*, *confundido* ante los procesos históricos que se desarrollaron “debajo de sus pies”. Esto, según Salazar, habría precipitando a la oligarquía chilena en el abismo de una aguda *decadencia histórica* que no alcanzó ni siquiera a vislumbrar. Es decir, si para Rector las elites se habrían caracterizado por tener una visión clara de sus

¹⁰⁴ Debido a la interpretación que realizaron estos historiadores con respecto al periodo colonial chileno, y a sus respectivas lecturas acerca del desarrollo económico nacional durante el siglo XIX. Efectivamente, debido a la definición de *supervivencias feudales*, en un caso, y de *Capitalismo atrasado*, en el otro, ninguno de estos pudo comprender el desarrollo *complejamente* dialéctico de los diversos procesos económicos, sociales y políticos de aquel momento.

¹⁰⁵ En “Dialéctica de la modernización mercantil...”

¹⁰⁶ En “El Caso de Chile”.

¹⁰⁷ Precisamente, los artículos “Dialéctica de la modernización mercantil” (de Salazar) y el “Caso de Chile” (de Rector) nos presentan una serie de enfoques diametralmente *opuestos* con respecto a dicho proceso.

objetivos históricos, una plena conciencia de sí; para Salazar, en cambio, estas habrían desarrollado una aguda alienación histórica con respecto a sí mismas. En definitiva, para Rector la *imagen* característica, el *símbolo* de la oligarquía nacional durante este periodo, fue la figura de Portales y su férrea dirección estatal. Para Salazar, en cambio, fue la de un sector que no supo más que “lloriquear” la “perdida de la moral nacional”, sin saber siquiera que la explicaba o que es lo que eso significaba.

Así también, Rector plantea que durante los primeros años de vida independiente se habría consolidado una *firme y estable* institucionalidad en Chile. Esta institucionalidad, otro “caso único” en América Latina, habría sido el mecanismo a través del cual las elites, alcanzando la anhelada estabilidad política, pudieron dirigir *eficazmente* los destinos de la nación, impulsando una serie de *exitosas* medidas de desarrollo económico. Para Salazar, en cambio, la “dialéctica de la modernización mercantil” habría tenido el efecto de un *Golpe de Estado*. Aquel, no tanto en contra de las mismas elites criollas, que en pocas décadas traicionaron los “intereses nacionales” en pos de la ganancia extranjera, sino que en contra de las mismas bases del Estado *en forma* portaliano. La institucionalidad del país, lejos de haberse “consolidado”, habría sido *debilitada, sobrepasada y corroída* por la acción del capital internacional (armada británica de por medio). Más aún, debilitada por la misma acción de las elites criollas y de los funcionarios estatales. Estos, serviles al capital inglés, habrían debido “pasar por encima” de la institucionalidad republicana, debilitándola y amoldándola a intereses foráneos¹⁰⁸. La corrupción, la arbitrariedad y la “anomia” política, la “desmoralización” de sus funcionarios, habrían sido, para Salazar, los pilares de la “estabilidad” nacional durante aquel periodo.

Por otro lado, Rector plantea que junto con la eficaz acción y aptitud de los sectores dirigentes criollos, además del desarrollo de una firme institucionalidad, base de la estabilidad política nacional, la aplicación de un programa económico de corte liberal habría traído las más *benéficas* consecuencias. Estas reformas, que demostraban el *espíritu*

¹⁰⁸ De aquí, precisamente, el surgimiento histórico de las bases políticas del régimen semi-colonial chileno. Es decir, la *génesis histórica* de la subordinación del Estado nacional a los intereses del capital imperialista; al británico en primer lugar, durante el siglo XIX, y al norteamericano posteriormente, desde el siglo XX hasta hoy.

emprendedor y modernizador de las elites, serían las responsables, hacia 1830, de un prolongado proceso de crecimiento y desarrollo. Al contrario, para Salazar, dichas reformas, que tenían por base el establecimiento de un *intercambio desigual entre las potencias europeas y Chile*¹⁰⁹, y que eran sostenidas a partir de la aplicación de una serie de métodos de coerción *extra económica* a favor del capital inglés, habrían beneficiado en mayor medida a los intereses extranjeros y no a los nacionales. Es más, habrían provocado una verdadera “involución dialéctica” del proceso de modernización capitalista en una serie de aspectos¹¹⁰. Los resultados de la penetración del capital británico: la enorme deuda externa y los déficit fiscales, la fuga de capital y de metales preciosos, la desmonetarización de la economía y su des-industrialización sostenida, la total subordinación del capital productivo al capital mercantil-financiero y el desarrollo descontrolado de la usura, habrían *asfixiado* las bases de un posible desarrollo económico sostenido en nuestro país. Esto preparó, según este autor, el hundimiento de la economía chilena en una feroz crisis (la que estalló durante la segunda mitad del siglo XIX¹¹¹). Para Salazar, el crecimiento económico de 1830-60, como decíamos anteriormente, fue nada más que un “canto de sirena”, una ilusión destinada a favorecer los principales mecanismos de la explotación económica colonial, antes al servicio del Imperio Español, y ahora al servicio del capital inglés. Es decir, todo lo contrario a un *incipiente* desarrollo económico nacional *moderno*¹¹².

¹⁰⁹ Esta constatación lleva a este historiador a una interpretación basada, *de hecho*, en una comprensión del desarrollo desigual y combinado del Capitalismo en su fase pre-imperialista, *en* la arena nacional. Las semejanzas que existen en la interpretación de este proceso con el realizado por Trotsky, en algunos de sus análisis, *se imponen* a Salazar *desde* la misma constatación del hecho histórico. Es decir, a partir de la constatación del intercambio desigual entre Inglaterra y Chile.

¹¹⁰ La cual, entre otras cosas, es una de las características *constitutivas* de las formaciones económico-sociales capitalistas en los países atrasados. Precisamente, la permanencia de relaciones sociales de producción y de formas económicas pre-capitalistas; por ejemplo, la supervivencia del inquilinaje y de la gran propiedad terrateniente que se mantuvo en Chile hasta la década del 1960, es uno de los rasgos más *característicos* de los países de Capitalismo atrasado o semi-colonial. El análisis de Salazar apunta, justamente, a la *génesis* histórica del desarrollo económico semi-colonial en nuestro país.

¹¹¹ De esta crisis surgirán, precisamente, algunas de las principales características del régimen semi-colonial chileno hasta hoy.

¹¹² De hecho, las bases para un desarrollo económico de este tipo recién comenzarían a asentarse en Chile (“en registro” semi-colonial) a partir del estallido de esta *crisis orgánica*. Son estas bases, *reconfiguradas* a lo largo del siglo pasado, las que han delineado los rasgos más característicos del sistema económico chileno hasta la actualidad. Aquello, incluso durante la llamada fase económica *desarrollista* (entre las décadas de 1930 y 1970), en la que se mantienen en nuestro país (a pesar de haber sido abolidas las más *evidentemente* arcaicas; por ejemplo, el inquilinaje) las principales características de la estructura económica semi-colonial heredada del siglo precedente.

Además de lo anterior, es importante mencionar que, según Rector, no solo el programa liberal significó las más benéficas consecuencias para el desarrollo económico del país. Así también, la acción del capital europeo es presentada como una fuerza que habría *galvanizado* y *motorizado* un intenso proceso de *desarrollo* nacional. Salazar, en cambio, aún cuando reconoce el papel que tuvo el capital extranjero en el impulso de la modernización capitalista¹¹³ en Chile, explica como aquel se convirtió al mismo tiempo, por contradicción dialéctica, en el principal *obstáculo* del desarrollo de las fuerzas productivas en el país¹¹⁴, en el “cuello de botella” de un posible proceso sostenido de “desarrollo”¹¹⁵.

Finalmente, en el análisis de Rector, no existen otros actores sociales que no sean las elites. No existen, o no importan, las masas peonales y asalariadas, el pueblo en su conjunto. En el de Salazar, en cambio, son los sectores populares¹¹⁶ los que podrán levantar, algunas décadas más tarde, una verdadera alternativa ante la profunda crisis económica, política y social de aquel periodo. Aquello, sobre todo a partir de la acción del movimiento artesanal a mediados del siglo XIX¹¹⁷. Efectivamente, quienes asumirán la lucha por un programa económico y político “alternativo”, durante la segunda mitad del siglo XIX, será el movimiento artesanal y obrero, y no las “sagaces” elites de cuño portaliano.

¹¹³ Aquello, sobre todo a partir del proceso de industrialización capitalista que impulsó el capital europeo (en algunas ramas de la economía) durante la segunda mitad del siglo XIX.

¹¹⁴ Nuevamente, otro de los rasgos *distintivos* de la acción del capital imperialista en el seno de los países atrasados. Dicho fenómeno, en el marco del modo de producción colonial, se constituyó en el *antecedente* histórico del papel que jugaría más tarde el capital imperialista en nuestro país.

¹¹⁵ En términos de Aníbal Pinto o John Rector. Es decir, tal y como entiende la perspectiva liberal el concepto de “desarrollo”.

¹¹⁶ ...aún cuando estos hayan sido los más afectados por el proceso de modernización capitalista en curso.

¹¹⁷ Y a partir, además, de la organización y de las experiencias de lucha del potente proletariado, algunas décadas más tarde.

3. Empresarialidad e industrialización popular (Siglo XIX).

En “Empresariado popular e industrialización: La guerrilla de los mercaderes”¹¹⁸, Salazar estudia uno de los procesos históricos que influenció la evolución del proceso de modernización capitalista en nuestro país. Este proceso, no investigado por la historiografía anterior, es el de la llamada *empresarialidad e industrialización popular*¹¹⁹. Esta habría tenido lugar, según este autor, en algunos sectores de la economía nacional ligados al impulso de la industria artesanal; la industria de los cigarreros y de las fraguas, por ejemplo. Sería a partir de la defensa de aquel proceso de desarrollo de la economía popular, que el artesanado¹²⁰, y otros sectores urbanos, habrían enfrentado el proyecto económico-social de las elites mercantil-financieras y del capital europeo, retardando su imposición durante décadas¹²¹.

Según Salazar, la “industrialización popular” significó un dinámico proceso de expansión económica en el seno de los sectores medios (fundamentalmente en el artesanado). Este proceso, que se desarrolló *por abajo*, habría incentivado además la “empresarialidad productivista” de un amplio sector popular urbano. El desarrollo de este proceso¹²², según este autor, tuvo importantes repercusiones en la realidad económica, política y social del periodo. Esto último, por ejemplo, en el proceso de asentamiento del llamado Estado “en

¹¹⁸ Salazar, “Empresariado popular e industrialización...”, *op. cit.*

¹¹⁹ Si bien la tradición marxista, y en mucho menor medida las demás tradiciones historiográficas, dieron cuenta de la actividad política del artesanado durante este periodo, estas *no* ahondaron en los procesos económico-sociales que se desplegaron *por la base* de dicha actividad. El estudio de la llamada industrialización *popular*, o bien, mejor dicho, del fenómeno de expansión pre-capitalista de la industria artesanal en nuestro país, así como su debilitamiento y crisis, es indispensable para poder conectar la evolución de la lucha de clases de estos años *con* la base económica y social en que esta hubo de desarrollarse. Se puede afirmar que la historiografía marxista debe ser complementada *necesariamente*, no solo con el estudio del proceso de afianzamiento y crisis de la llamada *industrialización popular* (la cual, además, fue uno de los *antecedentes* del proceso de proletarianización urbana), sino que también con la investigación de los procesos de campesinización y des-campesinización que afectaron a gran parte de las zonas rurales. Igualmente, *complementada* con el estudio del fenómeno de peonización y proletarianización de los años siguientes.

¹²⁰ El cual tuvo en Chile (a diferencia del que existió en otras partes) un carácter *eminente* popular.

¹²¹ Este enfrentamiento, además, fue uno de los *antecedentes* históricos para el nacimiento de las primeras formas de organización y de lucha independiente de los sectores populares.

¹²² ...no estudiado por las corrientes historiográficas previas.

forma” portaliano¹²³. Precisamente, aquel habría podido consolidar su institucionalidad, entre otras cosas, sobre la base del debilitamiento y de la represión del proceso de expansión económica de los sectores populares. Igualmente, el proceso de consolidación de la economía popular, habría influenciado el curso de desarrollo de la guerra civil durante la década del 50. Una actitud más favorable del artesanado para con la burguesía industrial-productivista¹²⁴, y una más hostil en relación de las elites mercantil-financieras, se habría debido a las posiciones que mantuvieron uno y otro sector burgués ante el desarrollo de la industria artesanal durante ese periodo. Efectivamente, el apoyo activo que algunos sectores del artesanado y del movimiento popular brindaron a la burguesía liberal, tendría directa relación con la cercanía de ciertas alas del Liberalismo¹²⁵ con un programa económico industrial-productivista que les favorecía. Así también, el proceso fortalecimiento de la empresarialidad popular habría alentado la irrupción, por primera vez en la historia de Chile, del movimiento popular en forma independiente¹²⁶.

Por otro lado, paralelamente al desarrollo de la llamada *industrialización popular*, Salazar constata la evolución de una progresiva penetración del capital mercantil financiero europeo en la economía nacional. Esta penetración, que contó con la complicidad de los sectores mercantil-nacionales hegemónicos, habría comenzado a *asfixiar* lentamente las fuerzas productivas del país (esencialmente artesanales). Con el tiempo, la presencia del capital extranjero habría *desincentivado* la consolidación del proceso de industrialización “por abajo”, llegando a *abortarlo*. Salazar da cuenta, en dicho artículo y en otros trabajos, de la evolución particular de aquellos procesos y de cómo se produjo el *enfrentamiento entre ambos*¹²⁷. Así también, de cómo este enfrentamiento fue el marco de fondo, como

¹²³ En gran medida, el asentamiento de la institucionalidad portaliana dependió de *cómo* las elites pudieron *contener, debilitar, acorralar*, y finalmente *acabar*, con el desarrollo de la industria artesano-popular en nuestro país. Esta última, según Salazar, habría llegado a *obstaculizar* (por varias décadas) la expansión monopolista del capital mercantil-financiero en varios sectores claves de nuestro sistema económico.

¹²⁴ Ligada al *incipiente* desarrollo capitalista (pre-industrial) del sector minero.

¹²⁵ Por un lado, aquellos sectores liberales ligados al impulso de la minería en el Norte Chico. Por otro, los que eran más proclives a un programa político de un tinte más democrático.

¹²⁶ Es decir, las experiencias de organización artesanal y popular, y de algunos sectores pre-obreros, peones en proceso de proletarianización principalmente, que surgieron por aquellas décadas al calor de las dos guerras civiles del periodo.

¹²⁷ Es el *choque* entre ambos procesos lo que *direcciona*, en gran medida, la *evolución* de la lucha de clases urbana y de la organización política del artesanado durante estos años. En este sentido, estos procesos históricos se encuentran en la *base* del nacimiento de la lucha de clases *moderna* en nuestro país.

hemos dicho, de un tumultuoso período de la historia social y política del país, caracterizado por el estallido de dos guerras civiles y por una aguda pugna entre las diversas clases de la nación.

Según Salazar, el proceso de consolidación política de la burguesía mercantil y de la institucionalidad estatal¹²⁸, sobre todo a partir del ministerio de Portales, el control más decidido del Estado sobre el conjunto del movimiento popular, y la alianza de este con los mercaderes extranjeros, significaron un verdadero *punto de inflexión* en el conflicto existente entre el proceso de industrialización popular, por un lado, y el progresivo avance del capital mercantil financiero, por otro. Efectivamente, durante los años 1830¹²⁹ y 1848¹³⁰, se habría producido el *cambio definitivo* de la correlación de fuerzas entre ambos procesos, cada vez más en desmedro de la industria popular y del bajo pueblo.

Desde aquel instante, como plantea este autor, la *guerrilla de los mercaderes*¹³¹ fue cada vez más ofensiva, conquistando posiciones y preparando la *crisis definitiva* de la economía popular. La expulsión y destrucción de fraguas y ranchos, la extorsión política-económica de las guardias civiles en contra del artesanado, y la imposición de políticas fiscales y de “salubridad” en desmedro del comercio y de la industria popular, fueron la tónica que marcó, a partir de entonces, el *agotamiento* y el *declive* sostenido del proceso de industrialización “por abajo”¹³². Serían la Guerra del Pacífico, que terminó de diluir el comercio exterior que mantenía activo a importantes sectores de la economía popular, y el proceso de industrialización parcial *por arriba*¹³³ que se dio posteriormente, lo que

Efectivamente, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, será la lucha del artesanado el eje articulador del movimiento popular durante estas décadas. Dicha experiencia se convertirá, algún tiempo más tarde, en uno de los *antecedentes* históricos más importantes para el surgimiento de las organizaciones y de las primeras experiencias de lucha de la clase obrera chilena.

¹²⁸ La cual se explica, como dijimos anteriormente, sobre la base de la *represión* de los sectores artesano-populares, como también a partir del *aborto* de su proceso de expansión económica.

¹²⁹ El año del ministerio de Portales.

¹³⁰ Momento en que se produce la derrota de algunos importantes bastiones de la economía popular.

¹³¹ Es decir, la burguesía mercantil-financiera nacional, aliada del capital extranjero.

¹³² El que había logrado alcanzar magnitudes insospechadas, *obstaculizando* la penetración de productos importados, y *evitando* así (parcialmente) la realización efectiva del monopolio comercial estatal, desarrollando incluso una incipiente industria de exportación artesanal a Perú y a otros países.

¹³³ Impulsada, durante la segunda mitad del siglo XIX, por las casas extranjeras importadoras de maquinarias y tecnología.

terminaría por acabar *definitivamente* con los últimos bastiones de comercio interno de la economía popular.

Podemos decir, finalmente, que el *resultado* del enfrentamiento entre ambos procesos¹³⁴, modeló algunas de las características de la estructura económico- social y del régimen político del periodo. Sobre aquel resultado, y en no menor medida, se asentó posteriormente el proceso de proletarización de las masas artesanales y de los sectores populares en las grandes ciudades¹³⁵. Precisamente, fue el fenómeno de proletarización masiva, junto al proceso de des-campesinización y peonización en el campo, lo que terminó de asentar los rasgos típicos del desarrollo de la *modernización* capitalista en Chile.

¹³⁴ Es decir, el afianzamiento y la crisis de la empresariedad y de la industrialización popular (por un lado) y el progresivo avance de los intereses mercantil-financieros nacionales y extranjeros (por otro).

¹³⁵ Este proceso, junto al fenómeno de la peonización y posterior proletarización en el campo y en los sectores mineros, terminará por consolidar las bases para el surgimiento de la clase obrera en Chile. Esto último, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Con respecto a lo anterior, si bien es posible encontrar algunos *bolsones* de composición obrera antes de las décadas de 1850 y 1870, principalmente en el sector minero del Norte Chico y en algunas zonas agrícolas, estos tenían un carácter más propiamente *peonal* que *específicamente* obrero. Aquella distinción se hace importante, no solo en un sentido historiográfico, sino que además porque los historiadores marxista tendieron a *confundir* a ambos sectores sociales (los cuales eran, de fondo, dos sujetos históricos distintos, *diferenciados* entre sí).

4. El proceso de campesinización y des-campesinización (Siglos XVIII – XIX).

Podemos decir que el estudio de los procesos de *campesinización* y de afianzamiento de la *empresarialidad campesina*, entre fines del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, y el proceso de *des-campesinización* posterior, base de la *peonización*¹³⁶ y de la proletarización masiva en Chile, ha sido uno de los aportes más significativos de Salazar al conocimiento historiográfico. El estudio de estos fenómenos, ha sido clave en la comprensión del periodo de *transición* entre un sistema económico y social *colonial* a uno capitalista semi-colonial *moderno*. Efectivamente, estos procesos son una de las caras más significativas del periodo de transición capitalista del que hemos venido hablando. La obra *Labradores, Peones y Proletarios*¹³⁷, desde la óptica del estudio de los sectores populares durante el siglo XIX, alumbra en gran medida dichos procesos.

Según Salazar, a fines del siglo XVII y en el transcurso del siguiente, la exportación de trigo al Perú se encargó de dinamizar al conjunto de la economía nacional. Según aquel, junto al fortalecimiento del sistema de “haciendas” y a la consolidación de la burguesía mercantil financiera¹³⁸, esta expansión económica impulsó un importante proceso de *campesinización* de amplios sectores del bajo pueblo. Este proceso significó un importante incentivo para que mestizos, criollos empobrecidos y sectores marginales buscaran integrarse¹³⁹, durante este periodo, en los procesos económicos del ciclo expansivo. La *campesinización*, según este historiador, habría significado el fortalecimiento de la pequeña industria campesina, de la economía local y de la pequeña producción. Así también, el desarrollo de un incipiente proceso de industrialización

¹³⁶ Estos procesos; el de *campesinización* y afianzamiento de la *empresarialidad campesina*, como también el de *des-campesinización* y *peonización* posterior, tampoco han sido investigados *en profundidad* por las demás tradiciones historiográficas. De hecho, la historiografía marxista ha tendido a realizar un análisis *confuso* del sector peonal durante el siglo XIX, dándole un tratamiento que *suele* ser similar al de los sectores obreros. Por el contrario, la investigación sistemática del peonaje y del proceso dialéctico de su *evolución obrera* ha sido, precisamente, uno de los grandes aportes de la “Nueva Historia Social” (en general) y de Gabriel Salazar (en particular) al conocimiento histórico. La obra *Labrados, Peones y Proletarios*, y otras como “Azote, Salario y Ley” y “Disciplinamiento de la mano de obra minera en una formación social en transición”, de María Angélica Illanes, son *algunos* de los trabajos claves en este ámbito. Podemos afirmar que cualquier intento de re-elaboración marxista respecto a dicho fenómeno; la evolución histórica de los sectores peonales *en clase obrera*, debe partir (*necesariamente*) de la base que nos aporta Salazar y su escuela historiográfica.

¹³⁷ Salazar, *Labradores, Peones y Proletarios...*, *op. cit.*

¹³⁸ La cual tendió a monopolizar el ciclo de exportación triguera de aquellos años.

¹³⁹ ...de manera directa o indirecta.

artesanal en el campo. Por otro lado, este proceso habría alentado las actividades económicas de los llamados labradores independientes. Aquellos, arrendando tierras o tomándolas de manera arbitraria, habrían orientado su producción agrícola en el abastecimiento de las ciudades, pueblos y grandes haciendas. Estos fenómenos, además de la aparición del inquilinaje¹⁴⁰, fueron algunos de los aspectos más relevantes del proceso de campesinización mencionado. Por otra parte, la pequeña industria campesina que se afianzó como producto del proceso de campesinización, habría sido la base de un embrionario proceso de acumulación económica artesanal. Así también, la base del fortalecimiento de una pujante y dinámica cultura campesina.

Ahora bien, de la mano del proceso por el cual el modo de producción colonial fue preparando su crisis final (antecedida, paradójicamente, de su momento de apogeo), es que comenzó a producirse, entrado ya el siglo XIX, una profunda crisis de la sociedad campesina. Es decir, una crisis del proceso de campesinización y del conjunto de la industria popular en el campo. Y es que la consolidación de la burguesía mercantil financiera nacional y su ligazón con el capital extranjero, la incipiente penetración del mismo y las necesidades de los llamados *patrones-productores*¹⁴¹ por aumentar sus ganancias, no fueron indiferentes ante el hecho de que la expansión económica campesina significaba un estorbo importante para sus intereses¹⁴². Según Salazar, estos sectores fueron los responsables de un agudo proceso de *des-campesinización* y *des-industrialización* sostenida de la economía campesina¹⁴³. La traba de la producción y el comercio artesanal, la aplicación de una serie de impuesto en contra de la economía popular en las zonas rurales, una paralización del flujo de la pequeña producción entre el campo y las ciudades, como también la aplicación de varias medidas de coerción extra-económica en contra de las expresiones culturales del bajo pueblo¹⁴⁴, comenzaron a *corroer* las bases de la pujante

¹⁴⁰ El que se componía, en un primer momento, de pequeños productores que mantenían (así como los labradores) una producción relativamente independiente de sus patrones.

¹⁴¹ Los cuales constituían un sector pequeño y mediano burgués ligado a procesos eminentemente productivos, siendo presionados constantemente por la burguesía mercantil-financiera en busca de mayores índices de producción.

¹⁴² Tal y como aconteció, por ejemplo, en el caso de la expansión económica pre-industrial que impulsó el artesanado urbano.

¹⁴³ Aquel proceso es investigado de manera sistemática, como ya hemos dicho, en la obra *Labradores, Peones y Proletarios*, de Salazar.

¹⁴⁴ La represión de las chinganas, por ejemplo.

economía popular campesina. Sería a partir de aquel momento que inquilinos, labradores, trabajadores independientes, vagabundos y sectores marginales, el pueblo en general, debería soportar un proceso de *peonización* generalizada.

Es a partir de aquel proceso de peonización, una vez *extinguida* la expansión de la pequeña empresa campesina¹⁴⁵, destruida y trastocada en fuente de mano de obra peonal, que se comenzará a desplegar un proceso de aguda *proletarización* de los sectores populares. Precisamente, la mayor resistencia de la masa peonal a su explotación y la necesidad de sustituir el trabajo semi-esclavo por nuevas relaciones sociales de explotación *modernas*¹⁴⁶, como también la inserción de Chile en la economía capitalista mundial y la caída de los precios de las exportaciones chilenas, habrían sido los factores *detonantes*¹⁴⁷ de la masiva transformación de la masa *peonal*, mayoritaria, en masa *proletaria*.

Es en la medida que los procesos de peonización y proletarización se van consolidando, que el movimiento popular comenzará a desarrollar sus *primeras* formas de organización política y de lucha¹⁴⁸. Efectivamente, el despliegue de los fenómenos de des-industrialización y des-campesinización, alentó la *resistencia* de un vasto sector del artesanado y del peonaje a su proletarización. Esta resistencia fue, de hecho, uno de los *impulsos* más importantes del desarrollo de la lucha de clases durante aquel periodo.

Podemos afirmar, finalmente, que las distintas perspectivas historiográficas ya descritas a lo largo de este capítulo, las que tienen que ver principalmente con procesos económicos y sociales acaecidos durante el siglo XIX, pero que tuvieron a la vez incidencia en los

¹⁴⁵ Como dice Salazar: “esa historia del campesinado frustrado”.

¹⁴⁶ Es decir, relaciones de producción y explotación *plenamente* capitalistas.

¹⁴⁷ ...como corolario final del proceso de peonización.

¹⁴⁸ Es en este ámbito en donde el análisis historiográfico de Salazar y de la “Nueva Historia” comienza a debilitarse. Una interpretación *superior* a la de Salazar (en el ámbito de la historia política del artesanado y en el de la evolución de las primeras formas de organización y lucha *específicamente* proletarias), se puede encontrar en la obra del historiador Grez Toso. Su trabajo *De la “regeneración del Pueblo” a la Huelga General. Génesis y Evolución histórica del movimiento popular en Chile*, nos ofrece una mirada de conjunto acerca de la historia política de los sectores populares, desde las primeras experiencias de lucha del artesanado hasta el surgimiento de las primeras organizaciones de la clase obrera, en los albores del siglo XX. Dicha obra, así como *Labradores, Peones y Proletarios*, en el campo de la historia social, e *Historia de la Acumulación Capitalista*, en el terreno de la historia económica, es de fundamental importancia para el estudio del desarrollo político de los sectores populares durante este periodo. Con relación a esto mismo, es también importante el trabajo del historiador Igor Goicovic en dicho terreno.

procesos políticos, culturales e ideológicas más significativos del momento, han servido para la elaboración de una importante re-interpretación de la historia de Chile durante aquel periodo.

Capítulo 7

Gabriel Salazar: Elementos para una crítica.

La siguiente polémica, que comprende aspectos teóricos, historiográficos, y además políticos, tiene la voluntad de un *ataque*. Sin embargo, por propia debilidad teórica e inexperiencia historiográfica de quién escribe, no llega a ser más que un *escarceo inicial*.

Es necesario señalar que la intención polémica de esta crítica, que se propone establecer algunos elementos *parciales* del posible debate con este autor, y a partir de ahí con el conjunto de la escuela historiográfica de la “Nueva Historia”, antes que responder a una “inquietud” netamente académica o teórica, responde a una *necesidad* política (la que ya hemos explicitado en la presentación e introducción de la presente tesina).

1. Elementos para un debate teórico.

En la siguiente sección se aborda una serie de elaboraciones epistemológicas y teóricas presentes en la obra de Gabriel Salazar. A juicio personal, aquellas requieren ser tomadas desde una perspectiva crítica.

1.1 Acerca de la crítica de Sergio Grez al libro *Labradores, Peones y Proletarios*.

Hace poco más de un año, el historiador Sergio Grez Toso publicó el artículo “Escribir la Historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, Siglo XIX)”¹⁴⁹. En ese texto, Grez polemiza con el enfoque utilizado en el libro *Labradores, Peones y Proletarios* para abordar el estudio de la historia social del siglo XIX. Si bien reconoce la importancia de esta obra, discute en contra de la perspectiva *unilateralmente* social que maneja Salazar en la misma. Es decir, en contra de una historia social, según Grez, *sin la política incluida*. Es ya en el prólogo de aquel libro, donde Gabriel Salazar realiza la siguiente afirmación:

“[...] no se hace ‘técnicamente’ necesario desgarrar al ‘pueblo’, definiéndolo por facetas, dividiéndolo entre un hombre doméstico y otro político, entre uno conciente y otro inconsciente, entre un pueblo organizado y otro desorganizado, entre un proletariado industrial y una masa marginal, o entre la vanguardia y la clase. La auto-liberación no requiere de una desintegración social, sino de lo contrario. La historicidad del pueblo no se acelera dividiendo las masas populares, sino sumándolas y, sobre todo, potenciándolas. Porque cuando el hombre de pueblo actúa históricamente, es decir, en línea directa hacia su humanización solidaria, no moviliza una sino todas las facetas de su ser social. La potenciación del sujeto histórico popular tiene lugar en el ámbito de su propia cotidianeidad, ya que la humanización de la sociedad está regida por la validación permanente de sus formas convivenciales de paz, aun dentro del campo marginal de las negaciones. Son esas las ideas generales que definen la orientación teórica de este estudio sobre la sociedad popular chilena del siglo XIX. Ellas explican por qué no está centrado ni en el proceso de explotación del trabajo, ni en la opresión institucional de los desposeídos, ni en la lucha revolucionaria del

¹⁴⁹ Grez, “Escribir la Historia...”, *op. cit.*, pág 83.

proletariado. Aunque esos problemas son examinados cuando corresponde, ello se hace en la perspectiva de la ‘sociedad’ popular en desarrollo. El esfuerzo se ha concentrado en la observación de los hechos y procesos ‘en tanto que tal’. No se intenta refutar las perspectivas que focalizan el ‘desarrollo del Capitalismo en Chile’ o los progresos revolucionarios del ‘movimiento obrero’. Más bien, lo que se pretende es trabajar una perspectiva complementaria que, al día de hoy, parece ser indispensable. En este libro no están las luchas políticas, económicas o ideológicas de “los de abajo”¹⁵⁰.

A propósito de este planteamiento, Grez afirma en su artículo que:

“[...] el autor ha prescindido de la dimensión política del accionar histórico del mundo popular: Conscientemente, Salazar dejó de lado la intervención popular en las elecciones, asambleas, guerras civiles, elecciones y partidos políticos, participación muy real en ese siglo (aunque a menudo subordinada a las elites). Tampoco mencionó las organizaciones, ni las ideologías y postulados políticos en que se apoyaron los trabajadores para construir sus proyectos y conquistar sus reivindicaciones; sólo tangencialmente aparecen algunas de sus peticiones colectivas frente a las autoridades y los patrones. La dimensión movimientista y política del “pueblo llano” no es considerada en *Labradores, peones y proletarios*”¹⁵¹.

Como explicación a esta perspectiva, Grez plantea que:

“[...] el ascendiente de los Anales se ha hecho sentir –de manera indirecta y sutil en la historiografía del “pueblo llano” bajo la forma de una historia con la política excluida. [...] una historia de los “de abajo” vaciada de su acción política. La puesta en relieve de otros sujetos históricos como el peonaje, los vagabundos y marginales de todo tipo ha redundado en la reconstrucción de historias predominantemente *culturalistas* en las que frecuentemente estos sujetos aparecen como objetos de las políticas de la elite, pero raramente como actores de la política porque en ciertos momentos históricos carecían de estas capacidades o porque, desde que su propia transformación social o cultural hizo de ellos hombres plenamente políticos, dejaron de ser atractivos para aquellos investigadores que valoraban su *ser natural*. De la apología al racionalismo, la modernidad, las ideologías de redención social, los

¹⁵⁰ Gabriel Salazar, *Labradores, Peones y Proletarios...op. cit.*, en Sergio Grez, “Escribir la historia...”, *op. cit.*, pág 83.

¹⁵¹ Grez, “Escribir la historia...”, *op. cit.*, pág. 83.

proyectos y vanguardias políticas, se ha pasado casi sin matices a la valorización de la *barbarie*, lo espontáneo, pre moderno, irracional y sensual”¹⁵².

Finalmente, el mismo autor argumenta en contra de la dicotomía *artificial* entre la dimensión social y la política. La importancia de la dimensión *propiamente política*, entendida como una práctica específica del quehacer social, la explica Grez cuando dice lo siguiente:

“[...] la política se relaciona estrechamente con lo social (lo económico) ya que los cambios en la adscripción política de los sectores populares aparecen vinculados a las mutaciones económicas (desarrollo del Capitalismo y de la industria), a la llegada de las ideologías de redención social (Socialismo y Anarquismo) y a la acumulación de experiencias sociales y políticas del mundo popular. La política no queda entonces relegada al “tiempo corto” ni a la lucha de partidos a la larga gestación de la cultura política de los trabajadores, producto no tanto de las ideologías aportadas “desde fuera” por las vanguardias sino de las experiencias de los actores sociales. [...] En un sentido amplio los sectores populares son, simultáneamente, objetos y sujetos de la política. [...] Desde esa perspectiva, la política lejos de ser algo despreciable (“historia superficial”), se convierte en un núcleo duro insustituible de la historia. Lo cual no significa que los ritmos de la historia social (estrictamente política) sean los mismos que los de la historia social (estrictamente social)”¹⁵³.

Creemos que la crítica que realiza Grez a la *tajante* separación entre “lo político” y “lo social”, separación que estaría presente en *Labradores*, es correcta y necesaria. Es correcta, decimos, pero en un sentido *relativo* y *parcial* (es decir, que no aborda sino tan solo una parte de la discusión que se pudiera *comenzar*¹⁵⁴ a hacer).

En definitiva, podemos intentar dos explicaciones de porqué Salazar, y con él un gran sector de la “Nueva Historia”, o bien “excluyen” la política (primera variante), o bien la entienden, incluyéndola entonces, *de otra forma* (segunda variante). La primera explicación es respondida por Grez en su artículo. Con respecto a la segunda, sobre la cual

¹⁵² *Ibíd.*

¹⁵³ Grez, “Escribir la Historia...”, *op. cit.*, pág. 83.

¹⁵⁴ Discusión que posiblemente pueda continuar Grez en el futuro, pero que debe ser también (*necesariamente*) una tarea que tomen *hoy* los futuros historiadores marxistas en Chile.

dicho historiador realiza ciertas afirmaciones, intentaremos decir algunas cuestiones.

1.2 La Política *en lo Social*. Una concepción *autonomista* y *foucaultiana* de la política y del poder.

En Salazar existiría un intento de “superación” del concepto *tradicional*¹⁵⁵ de política. Aquello, en el sentido de una *fusión* del ámbito político *en el social*¹⁵⁶. De ahí que, según su propia concepción, la “política” no se encuentre ausente de *Labradores*, sino que estaría comprendida de *otra forma* (la que, según aquel historiador, tendría un carácter más “profundo” que el de la definición *oficial* de la misma).

Podemos decir que, *en general*, la asimilación de lo político y lo social es correcto: ningún aspecto de la realidad social puede ser considerado “por fuera” del ámbito de la política. Esto, debido a que *lo social* existe en un marco de relaciones económicas, sociales y culturales, que tienen un claro contenido *político*. Ahora bien, a pesar de lo anterior, lo que existe en la obra de Salazar sería algo más “de fondo”. Aquel, y su corriente, tienden a asimilar no tan solo *lo político*, sino que *la política*¹⁵⁷, en tanto organización, conciencia y práctica *especializada* del quehacer humano, con lo que Grez ha denominado como lo *estrictamente social*. No solo en la obra *Labradores*, sino que en gran parte de su producción historiográfica, Salazar¹⁵⁸ comprende el quehacer político de los sectores populares, no desde una perspectiva *tradicional* del mismo, sino que desde el enfoque de la *identidad*, la *memoria* y la *cultura* del pueblo.

Este historiador utiliza, por un lado, una definición que podríamos denominar como de política *en sí*. Según esta, son la existencia y el fortalecimiento de la *cultura* y de la *identidad popular*, las *bases* de la acción política y del poder de los sectores populares. De ahí que la rebeldía peonal, incluso en su aspecto sensual, cotidiano, pueda ser también

¹⁵⁵ O bien, más que del enfoque “tradicional” *en general*, una superación de la teoría política marxista.

¹⁵⁶ Siendo esta, por lo demás, una idea *clásica* del pensamiento autonomista en la actualidad. Para revisar una polémica al respecto, leer el artículo “Nuevos argumentos para viejos reformismos. La lectura autonomista del legado de Lenin”, en el sexto número de la revista *Lucha de Clases*, en www.ips.org.ar.

¹⁵⁷ Tal y como Grez define, en su artículo de polémica con Salazar, dichos conceptos.

¹⁵⁸ ...junto a una parte importante de la escuela historiográfica que él representa.

entendida en el sentido de un acto *propia*mente político. Aquello, sin importar si los sectores peonales fueron o no conscientes de sus intereses¹⁵⁹, tuvieron o no organizaciones para su defensa, elaboraran o no un discurso con que plasmar sus más diversas aspiraciones. Ahora bien, por otro lado, Salazar estaría manejando una definición que podemos denominar como de política *para sí*. Aquella se caracterizaría, entre otras cosas, por ser una práctica histórica *consciente* de fortalecimiento de la *identidad* y de la *memoria* del pueblo. Es por esto que la educación popular, o las prácticas culturales que históricamente han tendido a *afirmar* la conciencia de aquella identidad, serian *fundamentales* para el desarrollo de la acción política y el poder de los sectores populares. Son estas prácticas, *identitarias*, las que deberían reemplazar, en el seno del movimiento popular, el papel y la acción de los partidos y de las organizaciones políticas *tradicionales*¹⁶⁰.

Podemos decir que en la base de estas concepciones, como profundizaremos luego, existe una perspectiva *autonomista* y *cultural* acerca de la acción política y del poder (esto, en clave *popular*¹⁶¹). Aquella se sostiene sobre la base de varios ejes teóricos principales. Por un lado, en una crítica al enfoque de clases *reduccionista* presente en la historiografía marxista previa¹⁶². Así también, en un rechazo, *en general*, a la teoría política del Marxismo¹⁶³. Finalmente, en la adopción de las categorías teóricas de *autonomía* y

¹⁵⁹ Así lo plantea Salazar, *explícitamente*, en varias de sus publicaciones.

¹⁶⁰ Para Marx, por el contrario, es la construcción de *su* propio partido, y la lucha por la conquista de un Estado obrero y popular; la Dictadura del Proletariado, la expresión *más avanzada* del desarrollo de la conciencia política del movimiento obrero.

¹⁶¹ Otra de las características *clásicas* del pensamiento y de la práctica autonomista hoy. Para una polémica con estas posiciones, el ya citado número de la revista *Lucha de Clases*, y los artículos de polémica con Negri y Hardt, entre otros, en la revista *Estrategia Internacional* (en www.ft.org.ar).

¹⁶² Esta crítica hace hincapié en la lectura *dogmática*, y muchas veces *estrecha*, que tuvo en nuestro país la historiografía marxista con respecto al análisis de clases. Así también, en la aplicación *estructuralista* (y *abstracta*) que hicieron del Materialismo histórico algunos intelectuales ligados a la CEPAL y a la llamada “Teoría de la dependencia y el desarrollo”. Esto último, aunque certero *parcialmente*, atañe más que nada a aquellos historiadores que fueron proclives a un análisis historiográfico de corte económico-reduccionista, y *no* al conjunto de los pensadores marxistas durante este periodo.

¹⁶³ Efectivamente, en este punto, la crítica que realiza Salazar a la tradición historiográfica marxista pasa de ser una reflexión *particular* (certera *parcialmente*) a un posicionamiento teórico de carácter *general* acerca de la acción política y el Estado. Es decir, a un rechazo *abierto* del Materialismo histórico, asumiendo así una perspectiva fundamentalmente *autonomista* y *foucaultiana*. Partiendo de un hecho *real*, la utilización doctrinaria y mecánica que hicieron del análisis de clases *algunos* intelectuales, este historiador pasa a definir al *conjunto* de la reflexión política marxista como *estructuralista*. Según Salazar, esta no tomaría en cuenta la posible evolución del sujeto social *como* sujeto histórico, sino que *delegaría* las capacidades de aquel en factores *netamente* estructurales, *ajenos* al sujeto mismo: los partidos, las estrategias y el Estado. Ahora bien,

contrapoder. Estas últimas, son utilizadas en la elaboración de una teoría *anti-estructuralista* y *subjetivista* de la acción política.

Dicha teoría rechaza, entre otras cosas, la concepción marxista de *sujeto* (como veremos en otro punto) a partir de una supuesta *disolución* de las estructuras sociales *en* este. Esto significa, en realidad, la *disolución* de la relación *orgánica* que existe entre el sujeto histórico y el sistema económico, político y socio-cultural en que aquel se desenvuelve. De ahí que, por tanto, aquella teoría desconozca la influencia que los factores *estructurales* (la economía, el Estado, etc.) puedan ejercer sobre la evolución política del mismo. De fondo, dicha *disolución* encubre un rechazo al análisis de clases como elemento básico de la acción y de la organización política. De hecho, justamente, es a partir de aquella *disolución*, que Salazar critica varios aspectos centrales de la teoría política del Marxismo clásico: por ejemplo, sus definiciones acerca del sujeto social y político de la Revolución; la *centralidad obrera* y el *partido*. Al desconocer el papel central que tiene la clase obrera como sujeto *social* del cambio revolucionario; es decir, al desechar la afirmación de Marx acerca de que esta es la *única* clase que puede jugar un rol *completamente* revolucionario en el Capitalismo moderno, Salazar descarta, además, la definición marxista acerca del sujeto *político* de la transformación revolucionaria; el partido obrero. Precisamente, *diluir* las estructuras *en* el sujeto, le permite a este historiador no solo desconocer la relación que *históricamente*¹⁶⁴ ha existido entre el lugar

esta afirmación no toma en cuenta, justamente, algunas de las más importantes conclusiones a las que pudieron llegar varios de los principales dirigentes marxistas en el pasado. En estos, la teoría del Estado y la Revolución aparece *fusionada* (de manera *orgánica*) a una *teoría general de la autoorganización de la clase obrera y el pueblo*. Precisamente, dicha teoría (basada en la construcción de organismos de doble poder sobre las bases de la Democracia directa) se encuentra presente en los más importantes representantes del Marxismo clásico a través de su historia. Esta se tradujo en una sistemática elaboración teórica y programática que estableció, desde hace más de un siglo, el papel *fundamental* del factor subjetivo en el desarrollo histórico; es decir, la *importancia* de los partidos y organizaciones políticas; de la clase obrera y sus más diversas formas de lucha y organización; de los individuos y su acción particular, en el devenir del proceso histórico. La reflexión teórica y programática de Marx y Engels acerca de las Revoluciones de 1848, en un primer momento, y sobre la Comuna de París, después; la de Lenin y Trotsky acerca de las revoluciones rusas de 1905 y 1917; la discusión en torno al problema de la relación entre la espontaneidad, las masas y el partido, en Rosa Luxemburgo, son (*justamente*) el ejemplo contrario, *contrapuesto*, a una supuesta perspectiva *estructuralista* y *reduccionista* de la historia. De hecho, el análisis que desplegó Marx en su obra *Lucha de Clases en Francia*, desde la perspectiva de la relación de los distintos *actores* políticos con el modo de producción y la estructura de clases imperante, es un ejemplo *maestro* (hace 150 años) de la utilización del método marxista *desde* la perspectiva de los mismos *sujetos históricos*. Es decir, desde la importancia del papel *subjetivo* en el devenir histórico. Igualmente, la importancia que atribuyeron Marx y Engels a la experiencia de la Comuna de París, es un ejemplo *evidente* del importante rol que dichos intelectuales

económico y social de los distintos sectores del movimiento popular y su rol en la lucha de clases (ósea, la influencia de los factores estructurales en el desarrollo político de los mismos). Así también, le permite la elaboración de su propia teoría acerca del sujeto revolucionario. Efectivamente, habiendo rechazado los supuestos centrales de la teoría política marxista; la centralidad obrera y el partido¹⁶⁵, Salazar los reemplaza por una serie

otorgaron a la *soberanía* obrera y popular en su teoría de la Dictadura del Proletariado. Finalmente, la perspectiva política que Lenin y Trotsky propugnaron para Rusia a principios del siglo XX, contraviniendo, ¡justamente!, los postulados teóricos mecánico-economicistas de la Socialdemocracia internacional, es uno de los ejemplos más claros de la aplicación *no*-estructuralista, sino que *ricamente dialéctica*, del Marxismo como método de interpretación y transformación histórica. Contrariamente a lo que planteaban dichos sectores; la imposibilidad de la Revolución obrera en Rusia por el atraso de los *factores objetivos*, y la necesidad de que la clase obrera buscara una alianza *atrás* de la burguesía, debido a la debilidad *estructural* del Capitalismo en ese país, estos dirigentes fueron capaces de impulsar uno de los procesos revolucionarios más importantes de los últimos siglos, dirigiendo al proletariado a la toma del poder y a la construcción del primer Estado obrero de la historia. Aquello es ya (entre varios otros casos) uno de los ejemplos más *rotundos* del papel central que el Marxismo clásico atribuye a los factores subjetivos; ósea, a la acción política y a la organización de los sectores obreros y populares en el desarrollo histórico, entendiendo a estos últimos como sujetos conscientes, *hacedores de su propia historia*. La teoría del *doble poder* en Lenin, y la importancia que este dio en su elaboración a la experiencia de autoorganización obrera y popular de los Soviets, como también la teoría de la *Revolución Permanente* y la *Ley del desarrollo desigual y combinado* de Trotsky, constituyen algunas de las *refutaciones* más significativas acerca del supuesto carácter *estructural-determinista* de la teoría política marxista. Y es que lejos de existir un predominio mecánico de *las estructuras*, lo que hay en el Materialismo histórico, en su versión más *profundamente dialéctica* (ósea, en su versión más *ortodoxa*, más *clásica*) es una integración *orgánica*, una imbricación *de fondo*, entre el modo de producción, el régimen político y la estructura de clases, por un lado, y la acción política del movimiento obrero y popular, sus experiencias de lucha y organización, su *historicidad*, por otro.

¹⁶⁴ La constatación que realiza el Marxismo clásico acerca de la relación existente entre los factores *estructurales* (por ejemplo, el modo de producción capitalista industrial) y los *subjetivos* (por ejemplo, el papel de la organización obrera y popular), como dijimos, no tiene que ver con una supuesta matriz teórica de tipo *estructuralista*. Más arriba, hemos mencionado algunos de los ejemplos más evidentes (entre otros) del tratamiento *dialéctico* que los principales teóricos del Marxismo clásico dieron al análisis de algunos importantes procesos históricos. Pretender que por el solo hecho de reconocer la *influencia* que tienen los factores estructurales en el desarrollo político de los sujetos sociales (en un sentido o en otro) sea caer en una concepción *estructuralista* de la historia, no significa otra cosa que vaciar a esos mismos sujetos de su propia *historicidad*. En otras palabras, convertirlos en entes *a-histórico*, no relacionados con las condiciones sociales en que estos se desarrollan. Ósea, ¡la misma operación que realiza el Estructuralismo con respecto al sujeto social!, solo que esta vez... *al revés*, ya no aplastándolo bajo el peso de las estructuras, sino que *volatilizando* su acción histórica por encima de aquellas, convirtiéndolo en un *fantasma*. O bien, más al estilo de Salazar, en una *idea* (esencial, permanente).

¹⁶⁵ Supuestos que (como dijimos) no tienen que ver con una relación determinista y mecánica entre el sujeto y “las estructuras”. La teoría de la centralidad obrera presente en Marx, como lo demuestra el conjunto de su obra, *no* se relaciona con la presencia de un enfoque estructuralista acerca de la acción política. Al contrario, esta se basa en una constatación *histórica*, en una investigación de fondo acerca de la *naturaleza* del modo de producción del Capitalismo moderno. Ciertamente, solo la clase obrera, por el lugar *estratégico* que ocupa en el corazón de la producción capitalista, por ser una clase nacional e internacional, entre otras características, es la *única* que ha sido capaz de amenazar *de muerte* (aliada de los sectores populares) la existencia misma de la propiedad privada y del Estado. En otro ámbito, la definición que realiza Trotsky acerca de la economía como el factor determinante *en última instancia*, lejos de sobre-dimensionar la importancia del factor económico, le confiere una relevancia de *primer orden* a los factores subjetivos en la historia. Finalmente, como hemos dicho, las concepciones políticas del Marxismo clásico acerca del Estado y la Revolución deben

de definiciones teóricas de corte *subjetivistas*¹⁶⁶ acerca de la acción política y del poder. Estas últimas se sostienen, como ya hemos dicho, sobre la base de la utilización de los conceptos de *autonomía* y *contrapoder*. Así también, sobre la base del reemplazo de la teoría de la centralidad obrera por una concepción *popular-amplia* acerca del sujeto revolucionario; la definición de sujeto *popular*¹⁶⁷.

Según Salazar, el sujeto *popular* sería capaz de fortalecer su propio poder *socio-cultural*, proyectándose así como sujeto *político*, y desplegando con ello su *voluntad* histórica. Esta voluntad, su *historicidad*, sería afianzada mediante el fortalecimiento de su *autonomía*¹⁶⁸. Esta se desarrollaría, como dijimos, sobre la base de la consolidación de la *identidad*, la *memoria* y la *cultura* del pueblo (ósea, a partir del desarrollo político *en sí* de los sectores populares). Lo anterior, y no los métodos *tradicionales* de la política, permitirían que el sujeto social desarrolle una acción política basada en su propia experiencia, en su propia condición *de sujeto*¹⁶⁹. De ahí, por tanto, más que la actuación de los partidos políticos y

ser entendidas (indisolublemente) *a la luz* de la teoría de la *autoorganización* obrera y popular que ya hemos mencionado.

¹⁶⁶ Ósea, por una teoría de la acción política basada *unilateralmente* en el sujeto social, *sin* tomar en cuenta la influencia que puedan ejercer sobre su evolución política las condiciones históricas en que este se desarrolla. Lo anterior es apreciable, como ya vimos, en el caso de las reflexiones que realiza Salazar acerca de la rebeldía peonal durante el siglo XIX. Como constata Grez, Salazar no toma en cuenta los límites *estructurales* que tuvo el peonaje para poder transformar su rebeldía social, sus estallidos periódicos de descontento, en un proyecto político *propio* (tal y como lo pudieron hacer, en el mismo periodo, el artesanado y la clase obrera). De ahí que Salazar, en el ámbito de la historia política, *vacíe* al sujeto social de su propia historicidad. Apartándolo de sus condiciones históricas concretas, lo que hace este historiador es *desligarlo* de sus proyecciones políticas *reales*. Ó bien, a veces, estudiarlo a partir de un enfoque esencialmente *poético* y no *rigurosamente* histórico, transformándolo entonces en un *mito*.

¹⁶⁷ Este concepto, así como la discusión de *sujeto* presente en Salazar, lo tocaremos más adelante.

¹⁶⁸ Después de *desligar* al sujeto político de su relación orgánica con el contexto histórico, Salazar no puede más que elaborar un concepto de *autonomía* que se aparta, ¡justamente!, de las experiencias *reales* en que se ha manifestado el llamado poder *popular* a través de la historia. Dichas experiencias han consistido, desde hace más de 150 años, en la constitución de organismos de poder independiente de la clase obrera y del pueblo. Aquellos organismos, desde la Comuna de París hasta los Cordones industriales, junto al papel dirigente de la clase obrera y de sus partidos, han sido la expresión más importante de *autonomía* obrera y popular hasta ahora conocida. Ha sido justamente la categoría marxista del *doble* poder, elaborada por Lenin, la cual ha sido capaz de plasmar, *en teoría*, la *experiencia* concreta en que se ha manifestado *históricamente* la autonomía de los sectores populares en los últimos siglos. Ósea, la que ha podido dar una expresión *programática* a la forma más elevada que ha alcanzado el desarrollo de la autonomía *política* de la clase obrera y del pueblo hasta hoy; esto es, precisamente, la construcción de organismos de doble poder y la lucha por la construcción de su propio Estado. La teoría autonomista de Salazar, por el contrario, basada en una crítica de las concepciones marxistas, no llega a ser más que una construcción *ideológica*, respondiendo más que nada a una elaboración meramente *discursiva*. Una construcción *argumental*, no relacionada con el desarrollo político *real* de las formas de poder obrero y popular que se han dado en los últimos siglos.

¹⁶⁹ Entendiendo lo que Salazar denomina como “su propia condición de sujeto” en un sentido “metafísico”; ósea, *desligando* al sujeto social de las condiciones históricas que influyen en su propio accionar político.

de sus estrategias, más que la acción de las distintas organizaciones y de sus programas, más que las actividades *profesionalmente políticas*¹⁷⁰ de los sectores populares, serían la *identidad* y la *memoria*; es decir, la *cultura* popular, la base del desarrollo político y del poder del pueblo. No sería la reforma o la destrucción del Estado, por tanto, una de las manifestaciones históricas del poder de los sectores populares, sino que el fortalecimiento de su identidad y memoria. No sería la construcción de un Estado propio, por ejemplo, una de las tareas finales de la lucha política del movimiento popular, sino que el fortalecimiento de su propia cultura. El poder popular no se consolidaría, por tanto, sobre la base de la política entendida como *arte*, sino que a partir del afianzamiento de la *identidad* de los sectores populares mismos. Ósea, la política y el poder entendidos, fundamentalmente, como *autonomía del pueblo*. Según Salazar, aquella *autonomía* (que la acción política debe buscar potenciar) se encontraría en:

“aquellos escondrijos insobornablemente humanos, a los cuales el sistema de dominación puede reprimir y arrinconar, pero no *controlar, porque son esencialmente diferentes de él*. Porque la vida que llena esos escondrijos es insobornablemente autónoma”¹⁷¹.

La *autonomía* popular estaría, por tanto, *más allá* de la influencia que cualquier estructura económica, política o social pudiera ejercer sobre aquella. Precisamente, habría sido el afianzamiento de dicho “espacio”¹⁷² (allí donde se origina la autonomía del pueblo), uno de los aspectos más importantes del desarrollo político de los sectores populares a través de su historia¹⁷³.

Según Salazar, el papel de la política popular (entendida como política *en sí*) no radicaría

¹⁷⁰ Las cuales han sido, quiéralo o no Salazar y la “Nueva Historia”, las formas en que se ha expresado el desarrollo político de los sectores populares en los periodos históricos de mayor lucha de clases.

¹⁷¹ Salazar, “Historia Popular...”, *op. cit.*, pág. 14.

¹⁷² ...algo así como un ¿lugar? de humanización *inviolable* que los sectores populares deben potenciar. ¡A este tipo de concepciones, ¿poéticas o místicas?, es adonde conducen a Salazar sus definiciones teóricas autonomistas!

¹⁷³ Por eso, más relevante que los partidos, la consolidación de la *identidad* (en general). Más importante que la conspiración insurreccional, la *espontaneidad* de la rebeldía. Finalmente, más “interesante” que la Historia *política* de los sectores populares, para entender el desarrollo político de los mismos, el devenir de su *sociedad* y de su *cultura*. De ahí que (entonces) lo “propiamente político”, aquello que Grez estudia en su obra *De la “Regeneración del Pueblo” a la Huelga General*, se transforme, desde esta perspectiva, en un mero “complemento”, en “un dato” (*prescindible*) de la política misma.

en el enfrentamiento de esta con los partidos, las instituciones y las estructuras de poder de sus clases enemigas¹⁷⁴. Por el contrario, el objetivo de esta residiría, en este ámbito, en la construcción de un *contrapoder* independiente de las estructuras de dominio tradicionales. Sería este *contrapoder*, a la vez social y a la vez político, a la vez cultural y a la vez *militante*, lo que permitiría a los sectores populares el impulso de un progresivo proceso de transformación social. Aquello, sin la necesidad de los partidos políticos, de la lucha por el poder o del enfrentamiento directo en contra del Estado¹⁷⁵. Refiriéndose a las

¹⁷⁴ Por ejemplo, buscando la destrucción del Estado burgués y de sus instituciones, luchando por la construcción de un Estado obrero, etc.

¹⁷⁵ Así como las definiciones autonomistas llegan, en su definición de sujeto, a conclusiones equivalentes a las del Estructuralismo; a la des-historización de aquel, a su anulación como sujeto histórico (*aplastándolo* bajo el peso de las estructuras, en un caso, y *volautilizándolo* por encima de estas, en el otro), ocurre lo mismo con las definiciones que tienen ambas corrientes acerca del Estado. Para la primera, el Estado sería una especie de “mole” institucional, la síntesis estructural del sistema social, estaría “en todas partes”. Para la segunda, este sería una especie de “cáscara”, un armazón mecánico debajo del cual se desarrollaría el “diálogo entre sujetos”, las relaciones sociales en su conjunto, la historicidad del pueblo. Ambas concepciones, al no nacer de un análisis de clases acerca del Estado, terminan haciendo de aquel una entidad “metafísica”; “todo-poderosa”, por un lado, mecánica y “des-humanizada”, por otro, entendiéndolo así a partir de una serie de definiciones igualmente *a-históricas* y *abstractas*. De ahí que (por tanto) terminen en una concepción de la acción política más o menos *similar*; en una subordinación, *de hecho*, al poder estatal y a sus instituciones. Para el Estructuralismo, esta subordinación se presenta en forma *explícita*. La clave de la acción política, si es que se la llega plantear, radicaría en la reforma *interna* del propio aparato estatal, siendo *imposible* cualquier cuestionamiento directo a su poder; por ejemplo, mediante la constitución de organismos de poder obrero y popular. Para el Autonomismo, por el contrario, esta subordinación al poder estatal se da en forma *encubierta*, mediante *rodeos*. Según sus concepciones, la acción política de los sectores populares debería “evitar”, *desde abajo*, la acción de la maquinaria estatal. Desarrollando su *autonomía*, el movimiento popular podría *amagar* la acción del Estado, *burlando* a sus instituciones y partidos. Así, una vez afianzadas la “autonomía” y el “contrapoder” del pueblo, no sería necesaria, por ejemplo, la insurrección y la toma del poder. El Estado, sin una base social a la cual dominar, caería *por su propio peso*. Ambas corrientes, por tanto, al manejar una concepción a-histórica del Estado como órgano de poder, *niegan* la necesidad de un enfrentamiento directo en contra de este, su *destrucción*. Unos, mediante reformas; otros, mediante *discursos* acerca del poder del “pueblo”. El Materialismo histórico, por el contrario, define la naturaleza del Estado a partir de una *definición de clases*. Según esta, aquel es la expresión *material* de una *relación social* específica; la explotación y opresión de una clase social sobre otra. Siendo la expresión *material* de esta relación social, la naturaleza del Estado se encuentra ligada, entonces, a las distintas formas en que esta relación social se ha expresado *históricamente*. Lejos de ser una *maquinaria automática*, el Estado ha sido, desde esta perspectiva, el más *perfecto, flexible y sensible* órgano de poder político de un sector social sobre otro. Las distintas *formas* que dicho órgano ha tomado a través del tiempo; es decir, los diferentes tipos de *regímenes* y *gobiernos* que se han dado a lo largo la historia, no solo le han conferido al poder político un determinado *carácter de clase*, sino que, además, han constituido las *formas particulares* en que este se ha expresado en los diversos periodos históricos, en el marco de los diferentes modos de producción existentes hasta hoy. A su vez, estas *formas*; los regímenes y gobiernos, han tendido a expresar (en distintas *combinaciones* institucionales) la fortaleza o la debilidad de las distintas clases dominantes, en relación de sus clases oprimidas. Así, por ejemplo, el *Estado burgués* durante la Alemania Nazi (entre 1933 y 1945) adoptó la forma de un *régimen fascista* y de un *gobierno personal-autoritario, dictatorial*, expresando con esto la más completa derrota de la clase obrera y del pueblo alemán. Por el contrario, el Estado que surgió en Rusia después de la Revolución de Febrero, tuvo también (como el de la Alemania fascista) un carácter de clase *burgués*, pero sobre la base de un *régimen político democrático*. Dicho régimen, por su parte, se mantuvo en pie a través de los diversos tipos de *gobiernos* que se dieron entre Febrero y Octubre de 1917: los de la burguesía rusa, en un primer momento (el

características de esta forma de poder, *identitario*, Salazar nos señala lo siguiente:

“El poder socio-cultural no es para gozarlo (fiesta de la identidad), sino para proyectarlo como trabajo *productor de realidad* [Salazar identifica, por tanto, lo que él denomina como poder *socio-cultural* con la consolidación de la *identidad* popular; ósea, con la consolidación del *contrapoder* del pueblo] [...] Trabajar el problema del *poder popular* [que sería construido sobre la base de la *identidad*] es tratar el problema de su transformación en *fuerza política*, y ésta, en un poder capaz de actuar sobre el Estado, el Mercado y sobre la misma Sociedad [nótese, “actuar” sobre el Estado *burgués* y sobre el mercado *capitalista*, sin buscar su destrucción, su superación]. Se trata de las implicancias macroscópicas de la soberanía popular y de la transformación de su metodología historiológica en una efectiva voluntad de futuro”¹⁷⁶.

gobierno de los Kadetes), y el de “Frente popular” y conciliación de clases de los partidos social-revolucionario y menchevique, más tarde. Esto último, en el marco del *progresivo* desarrollo de las diversas formas de poder obrero y popular que se dieron en Rusia hasta la Revolución de Octubre; es decir, hasta el momento en que se produjo el *quiebre* del carácter de clase del Estado, su *destrucción*, siendo reemplazado por uno de *nuevo* tipo. En el segundo caso, como vemos, las distintas *formas* del Estado burgués (los regímenes y gobiernos) se expresaron en un tipo de régimen político *particular* (el “Frente popular”) y a partir de la sucesión de los más *diferentes* tipos de gobierno (el de la burguesía rusa, primero, y el de social-revolucionarios y mencheviques, después). Pues bien, esta definición del Estado, basada en un *análisis de clases* y en el desarrollo *histórico* del mismo, ha sido capaz no solo de explicar el papel político *central* que este ha jugado desde su nacimiento hasta hoy. Así también, ha servido para explicar como aquel (entre otros ámbitos) se constituyó en uno de los mecanismos *fundamentales* del nacimiento de la sociedad de clases, permitiendo con esto la elaboración de una variada gama de teorías arqueológicas acerca del origen de la sociedad estatal (es el caso de aquellas que hablan, por ejemplo, acerca de la aparición del Estado Olmeca y Chavín en América, del surgimiento de las primeras civilizaciones históricas, etc). Es precisamente sobre esta base, una definición materialista e histórica de la naturaleza de clases del Estado, que Marx pudo proponer, *además*, una teoría acerca de su *superación*; la llamada Dictadura del Proletariado. Por el contrario, las concepciones políticas del Autonomismo acerca de este tema, no solo han sido *incapaces* de dar una mínima explicación con relación al nacimiento del Estado y acerca de su papel a través de la historia. Además, tampoco han podido decir *alguna* cuestión, históricamente coherente, con relación a su “muerte”. Ha sido la teoría marxista, desarrollada al calor de la lucha de clases durante los últimos siglos, la *única* que ha podido dar cuenta de los mecanismos mediante el cual los sectores populares podrían derrotar, y *aniquilar*, las bases del poder burgués. Efectivamente, no hay forma de enfrentar (y *derrotar*) el poder de las clases dominantes, las que poseen el control de los ejércitos, las fuerzas de represión y las palancas del poder político y económico, “despreciando” la conquista del poder estatal. Ciertamente, los más importantes procesos revolucionarios del siglo XX (por ejemplo, las Revoluciones triunfantes en Rusia, China y Cuba) han *necesitado* (irremediablemente) de la construcción de un Estado obrero y popular para poder derrotar la enconada resistencia de las clases poseedoras. Ahora bien, por otro lado (como ya hemos dicho), la teoría marxista del Estado se encuentra además *imbricada*, de manera *indivisible*, a una teoría de la auto-organización de los sectores populares en su conjunto. En efecto, dicha teoría, elaborada a partir de la experiencia de la Comuna de París y de los Soviets, ha constituido un aspecto *crucial* de la definición marxista acerca de la Dictadura del Proletariado, encontrándose asociada, por último, a una teoría acerca de su *extinción* como órgano de opresión política. Finalmente, si bien es cierto que el problema de la burocratización y degeneración de los Estados obreros no puede ser abordado en los marcos del presente trabajo, es necesario re-afirmar (como mencionamos anteriormente) que los más importantes logros del proletariado durante el siglo pasado, sus más importantes victorias, han sido totalmente *inconcebibles* si no es a partir de la

En definitiva, la consolidación de la autonomía y del contrapoder popular sería la manifestación más importante del desarrollo político de los sectores populares. Sobre aquella base, estos podrían articular una práctica más ambiciosa y radical de cambio social; la llamada *Ciencia popular*¹⁷⁷. Está última, una de las formas más *avanzadas* de la consolidación política (*para sí*) del movimiento popular, permitiría el impulso de un profundo proceso de humanización¹⁷⁸ de la sociedad en todas sus dimensiones.

Recapitulando, hemos dicho que Salazar comprende el concepto de *política*, en el caso del movimiento popular, como el afianzamiento de la *identidad*, la *cultura* y la *memoria* de este. Así mismo, que este autor concibe la categoría de *poder* como *autonomía* (rehuyendo de un análisis de clases supuestamente estructuralista)¹⁷⁹. La autonomía de los sectores populares, decíamos, se afianzaría consolidando la identidad *socio-cultural* de los mismos (ósea, consolidando su *poder*), y no mediante la lucha política tradicional (es decir, mediante la lucha de partidos y organizaciones políticas entre sí, a través del

conquista del poder estatal. De hecho, *cada una* de aquellas victorias; los espectaculares avances económicos y culturales en la URSS y en China, los grandes avances en salud y educación en Cuba, las más graves y humillantes derrotas militares del Imperialismo, por ejemplo la de Vietnam, *solo* pueden ser comprendidas a partir de la base del afianzamiento de un Estado obrero. En este punto, la crítica (superficial) que realiza Salazar a los procesos de burocratización que hemos mencionado, lejos de constituir un paso teórico y político hacia adelante, constituye una superación *hacia atrás*. Un paso, como veremos en otra sección, del Marxismo al ¡*Liberalismo*! Es decir, una *involución* política de Marx... a Rousseau. Y es que la necesidad de la conquista de un Estado obrero y popular sigue siendo, a pesar de las graves derrotas del siglo XX, una de las conquistas teóricas y políticas más importantes del movimiento obrero y popular en su historia. Pensamos, ciertamente, que un balance crítico acerca de la práctica política marxista durante el siglo pasado, como también una reflexión seria en torno a las causas históricas de las grandes derrotas de las últimas décadas, es una cuestión altamente *necesaria*. Así también, que a partir de aquel balance debe existir, en el seno de los partidos obreros, un *replanteamiento* de la relación existente entre el Estado y la Revolución en la actualidad. Sin embargo, dicho replanteamiento, a la luz de las principales experiencias revolucionarias del siglo anterior, deberá nacer de una *férrea* defensa de las principales conquistas teóricas y políticas que ha obtenido el proletariado en el pasado. Es decir, un replanteamiento del pensamiento y de la práctica marxista *al modo* del Marxismo clásico. En otras palabras, *re-pensar* a Marx en las condiciones actuales del sistema imperialista, *renovarlo*, pero tal y como hicieron Lenin y Trotsky a principios del siglo XX, *adecuando* el programa y las reflexiones de este a las nuevas condiciones históricas del Imperialismo.

¹⁷⁶ Salazar, "La Historia como Ciencia Popular"... , *op. cit.*, págs. 203 y 204.

¹⁷⁷ Acerca de la *Ciencia popular* nos referiremos más adelante. Podemos decir, por ahora, que aquella plantea una concepción esencialmente académica (y liberal) acerca del cambio revolucionario. Entre otras cosas, apela al entendimiento *epistemológico* entre opresores y oprimidos.

¹⁷⁸ Dicho proceso de *humanización*, como hemos mencionado, significaría la *preservación* del mercado capitalista y de las bases del poder burgués; el Estado y la propiedad privada. En otras palabras, un proceso de humanización... *en los marcos del Capitalismo*.

¹⁷⁹ Sería necesario, para profundizar en este punto, una comparación más detallada entre las concepciones teóricas de Salazar y las de algunos teóricos autonomistas. Para revisar una polémica con las ideas de los principales exponentes del Autonomismo hoy, revisar los artículos que sobre esta temática se encuentran en las siguientes páginas: www.ft.org.ar / www.ips.org.ar / www.ceip.org.ar.

enfrentamiento del movimiento popular en contra del Estado, buscando la reforma o destrucción¹⁸⁰ del mismo, etc.). Finalmente, que la máxima expresión del desarrollo político (*para sí*) del pueblo radicaría, por un lado, en el avance de su *contrapoder*. Por otro, en la articulación de la llamada *Ciencia popular*.

Se puede decir, además, que las concepciones que maneja este autor acerca de la política y del poder, no solo tienen que ver con una perspectiva autonomista, sino que también, y de manera central, con una matriz teórica “foucaultiana” clásica¹⁸¹. Esta, que en sus definiciones acerca del poder rechaza una perspectiva de clases, concibiéndolo como una relación meramente subjetiva y unilateral *entre sujetos* (microfísica del poder), ocupa un lugar importante en la elaboración teórica de este autor. Justamente, en uno de sus trabajos, Salazar nos señala lo siguiente:

“[...] Trabajar la idea de que *el poder* y el *sistema de dominación* no son entidades metafísicas o fuerzas etéreas que recorren el mundo alienando a los pobres e incautos (como sugiere M.Foucault) o tabúes legales o institucionales de la formalidad intocable (como presuponen la acápites de la “Ley de Seguridad Interior del Estado”) o elites superiores que estarán siempre por arriba de los postergados, *sino* acciones sociales y culturales históricamente exitosas de *otros* sujetos o actores sociales, tan sujetos y tan sociales como son los de identidad popular [en otras palabras, acciones sociales y culturales de sujetos que han *disuelto* las estructuras en sí mismos; o bien, dicho de otro modo, que han sido privados de su relación con el contexto histórico, transformándose en entidades a-históricas]. Además, que los factores y condiciones de éxito histórico no son privativos ni son privilegio de esos *otros* sujetos y actores, sino una capacidad social e histórica que todo sujeto y actor puede y debe desarrollar [si y solo si, entre otras cosas, se diluye el análisis de clases como base de la acción política de los mismos]. Producir realidad, levantar sistemas y legislar para todos es un

¹⁸⁰ Para una revisión de la teoría del Estado en el Marxismo clásico, los textos de Marx y Engels acerca de la Comuna de París. Así también, *El Estado y la Revolución*, de Lenin. Para una revisión de las posiciones de Lenin acerca de la burocratización en la URSS, la lectura de su “Manifiesto político”. En el caso de Trotsky, su obra *La Revolución Traicionada*. Igualmente, sobre esto mismo, la elaboración teórica de los principales pensadores trotskistas durante el siglo pasado. Una discusión actual acerca del proceso de burocratización de la URSS, en polémica con las posiciones liberal-burguesas del Autonomismo, se puede revisar en los artículos “La actualidad del análisis de Trotsky frente a las nuevas (y viejas) controversias sobre la transición al Socialismo” y “El destino de Rusia y sus consecuencias para el sistema capitalista mundial”, en el número 22 de la revista *Estrategia Internacional* (en www.ft.org.ar).

¹⁸¹ La cual ha tenido una importante repercusión, además, en el conjunto de la escuela historiográfica que aquel representa.

derecho de *todos*, que, por cierto, ningún sistema otorga o admite graciosamente, razón por la que cada cual debe *construirlo como poder* [si y solo si, como ya hemos dicho, se *desdeña*, académicamente, la necesidad de la insurrección, la toma del poder y la construcción de un Estado obrero... es decir, si se *desdeña* a la Revolución misma]”¹⁸².

Lo que tenemos hasta acá, entonces, es la aplicación de una *clásica* matriz teórica autonomista, y foucaultiana¹⁸³, al análisis historiográfico¹⁸⁴ (no solo en *Labradores*, sino que también en otras obras como *Violencia política popular*, *Historia Contemporánea de Chile*, etc.). Así también, por otra parte, la utilización de aquella matriz teórica como base

¹⁸² Salazar, “La Historia como Ciencia Popular”..., *op. cit.*, págs. 203 y 204.

¹⁸³ Para Salazar, la inclusión de Foucault en el análisis historiográfico constituye una innovación necesaria. Algo así como “pasar de las leyes *newtonianas*, generales, del fenómeno del poder, a las leyes *cuánticas* (particulares) de su desarrollo”. Dicho de otro modo, Salazar pasa *desde* el análisis de clases del poder político *hacia* una perspectiva eminentemente *subjetivista*, basada en la *relación* y el *diálogo* “entre sujetos”. Nuevamente, *por oposición*, Salazar llega a los mismos resultados que a los obtenidos por el Estructuralismo. Si esta corriente toma el fenómeno del poder desde una perspectiva *unilateralmente* estructural, no relacionada con el desarrollo político de los distintos sujetos históricos; Salazar lo toma (en cambio) desde la “vereda” opuesta. Es decir, desde un enfoque *unilateralmente* subjetivo, *desligando* al sujeto social de las condiciones históricas en que este se desenvuelve. El Marxismo clásico, por el contrario, ha podido dar cuenta de las diferentes formas en que se ha manifestado el fenómeno del poder a lo largo de la historia, *integrando* dichas formas en los diversos contextos económicos y sociales en que estas se han desarrollado. Ciertamente, salvo las corrientes mecánico-economicistas, es totalmente *falso* (por no decir *ridículo*) plantear que el conjunto de la reflexión marxista en torno a la cuestión del poder sea reduccionista. Y que no tome en cuenta, por tanto, las *otras* formas en que este se ha manifestado a través del tiempo, remitiéndose entonces casi *exclusivamente* al poder de clase. Ya a mediados del siglo XIX, en su obra *El surgimiento de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, Engels centra su investigación (entre otras cosas) en el estudio de las formas de poder asociadas al estatus y al género, en el contexto de sociedades primitivas (aquello, ¡antes del surgimiento de la Antropología!). Así mismo, algunas de las más importantes reflexiones teóricas de la Arqueología acerca de la Prehistoria; sobre todo las que tienen que ver con las formas de vida de las sociedades cazadora-recolectoras, han estado basadas, justamente, en varios aspectos de la teoría política marxista. Esto último, por ejemplo, en el caso de algunos arqueólogos como V.G.Childe (hace algunas décadas), como en el de T.C.Patterson, L.G.Lumbreras o L.F.Bate (más recientemente). Y es que cuando el Marxismo clásico constata el hecho de que, desde el nacimiento de la sociedad de clases hasta hoy, sea el *poder estatal* la manifestación central del poder político, no lo hace desde un enfoque *estructural-determinista* de la historia, *negando* así la existencia de *otras* formas del mismo; por ejemplo (como hemos dicho), las que provienen del ámbito de las relaciones de género o de status. Al contrario, aquello tiene que ver con un análisis *concreto* del devenir *histórico* y de la *naturaleza* de la sociedad de clases actual. Una muestra de esto último, entre otras, la podemos encontrar en el tratamiento teórico que ha dado el Marxismo clásico al problema del Patriarcado. Efectivamente, esta estructura *no-clasista* de poder, antecesora en decenas de miles de años al surgimiento de las clases sociales y al Estado, ha sido objeto de un profundo y rico debate (*imposible* de dar en el marco de una concepción reduccionista del fenómeno del poder) en el seno de la literatura marxista. Finalmente, podemos decir que el Marxismo no puede ser ajeno a los aportes, *parciales*, que puedan estar presentes en la obra de Foucault. Aquel, en contrapunto con los planteamientos estructuralistas en boga, fue capaz de ahondar teóricamente en una serie de *relaciones de poder* antes no estudiadas o sistematizadas científicamente. Sin embargo, la integración que se pueda hacer de dichos aportes no implica, *necesariamente*, un rechazo unilateral (como hace Salazar) de la teoría política marxista.

¹⁸⁴ Es desde estas concepciones que Salazar intenta *incluir* lo político *en* lo social. De ahí que, por tanto, sería correcto afirmar que “Labradores” *sí* incluye la dimensión “política” de la historia del “bajo pueblo”. Lo anterior (eso sí) *en registro* autonomista y foucaultiano, y no “tradicional”.

de una propuesta política particular; la *Ciencia popular*.

Se puede decir, por último, que estas concepciones no solo llevan a que Salazar desprecie la dimensión “especializadamente” política del movimiento popular (como plantea Grez). Además, le conducen a una valoración generalmente negativa, contraria al papel de los partidos políticos de la clase obrera y del pueblo en los procesos históricos. Es decir, le conducen a una concepción *a-partidista*¹⁸⁵ del desarrollo político de los sectores populares. De hecho, Salazar adopta en su elaboración teórica uno de los rasgos más característicos del programa de las principales corrientes (¿partidos?) autonomistas y populistas existentes en nuestro país¹⁸⁶: el ataque a los partidos de la clase obrera y del pueblo, el rechazo a las organizaciones marxistas. Precisamente, desarrollando aquellas concepciones a-partidistas en el campo de la reflexión historiográfica (en este caso, refiriéndose a la derrota que significó el golpe militar de 1973), Salazar nos dice lo siguiente:

“Dado que la credibilidad se había centrado en los *sistemas estructurales* (ideología, partido político, liderazgo, bloque soviético, etc.), más bien que en los sujetos sociales de carne y hueso, la desarticulación de aquellos provocó en éstos una virtual crisis de fe, e incluso de identidad, que terminó por desembocar en un *segundo* gran desbande [le preguntamos a este historiador, ¿Son realmente *factores estructurales* los partidos políticos y sus ideologías? ¿O bien, por el contrario, expresiones *organizadas* de la subjetividad obrera y popular?] [...] al ser derribada la premisa mecánica se produjo, como efecto inmediato, el desbande social, cultural y político de los *sujetos* revolucionarios [le preguntamos, nuevamente, ¿Dónde está la premisa mecánica, además de estar presente en *su* propia ideología burguesa anti-partido, en la realidad histórica? ¿Es mecánica la relación que existe entre los sectores populares, sus organizaciones y sus partidos, o es *extremadamente* compleja, dialéctica?]. Como si el proyecto revolucionario no hubiera estado internalizado en el *ser* social, cultural e histórico de esos sujetos, sino en los aparatos estructurales que los disciplinaban y dirigían. Como si esos sujetos, algo menos que sujetos, hubieran sido instrumentos de tales aparatos. Algo así

¹⁸⁵ Reemplazando a los partidos políticos de la clase obrera y del pueblo, entre otras cosas... ¡por la Academia!

¹⁸⁶ Por ejemplo, en su vertiente Pro-Concertación; la “Surda”, y en su vertiente *combativa*; el “GAP”. Para revisar una crítica a la práctica del Autonomismo y del Populismo en Chile, revisar las páginas www.clasecontraclase.cl / www.armasdelacritica.cl.

como alfiles y peones de *todo terreno*, movidos por la ciencia y el proyecto de los *reyes* que dirigían el ajedrez de la historia”¹⁸⁷.

Más adelante, refiriéndose a su balance sobre la lucha poblacional durante los 80, este historiador nos plantea que:

“Y ya a fines de la década de 1970 los adolescentes y jóvenes chilenos cantaban su rebeldía de *otro* modo, socializaban su exclusión con *otro* lenguaje, y se asociaban entre sí de modo *distinto*. Y no fue tan extraño, por tanto, que durante la década de 1980, frente a una dictadura enfurecida, dejaran constancia de que su rebeldía no sólo era de nuevo tipo, sino que era también, de algún modo, producto de una marca *indeleble*. [...] ¿No son también diferentes las flexibles *redes socio-culturales* de los rebeldes del 2000 respecto a las rígidas organizaciones leninistas de los rebeldes del 68 o de mediados de los 70? Cabe en este punto tomar en consideración que, durante el periodo 1880-1930, el modo *específico* de acumulación capitalista vigente en Chile marcó a los jóvenes y los trabajadores de ese tiempo con una experiencia histórica *también* específica. [...] Sin embargo, esos jóvenes y trabajadores no pudieron convertir (del todo) su experiencia histórica en un pensamiento crítico *específico*, porque, cuando estaban realizando esa conversión (entre 1910 y 1930), cayó sobre ellos, con no poco estrépito, la gran estructura teórica del pensamiento crítico internacional [¿Cayó sobre ellos? ¿Quién se las impuso? ¿Con qué poder? ¿O bien, mejor dicho, la adoptaron, tal y como la clase obrera *mundial* adoptó el pensamiento y la práctica marxista en el último siglo, justamente porque ha sido la expresión *teórica* de sus propios intereses?]. El cual [refiriéndose al Marxismo], desde el principio, pensó *por* ellos [¿Y donde queda entonces el pensamiento y la acción de Luis Emilio Recabarren, de Clotario Blest? ¿Acaso Salazar desprecia a la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional, a los Cordones Industriales, como experiencias *propias* del desarrollo político del movimiento popular en Chile?], e impuso, sobre sus experiencias específicas, las experiencias *generales* vividas por los rebeldes de Europa y otros países [¿Son experiencias *generales*, también, la de las revoluciones en China, Vietnam o Cuba, a las que también les ¿!cayó! encima la ideología marxista?]. Se produjo así la declinación de la reflexión autóctona y el auge de la *ideología crítica*. La crítica, por tanto, después de 1930, no se desarrolló integrada orgánicamente a la experiencia específica del pueblo, sino acoplada a una teoría general. Divorciada, hasta cierto

¹⁸⁷ Gabriel Salazar, “Desbandes y Emergencias en la época del Capitalismo Mundial”, en revista *Actual Marx*, Número 1, Santiago, 2003, Segundo Semestre, pág. 81-82.

punto, de la cultura popular viva, de su *ser social real*. Sobre todo, durante el apogeo de la acumulación de tipo fordista y del Marxismo de tipo estructuralista en Chile entre 1956 y 1973, especialmente”¹⁸⁸.

En conclusión, la organización política, si no es acompañada de un proceso de afianzamiento de la identidad y de la autonomía del pueblo, no sería más que un mero “acompañamiento”, pomposo, de la acción política *real* (esencialmente identitaria). Es decir, tendría un efecto *irrelevante*, una proyección meramente *discursiva*, quedando divorciada de los sujetos a los que “supuestamente” representa. Es más, si la política no es entendida como un proceso de afianzamiento cultural identitario de los sectores populares, podría llegar a transformarse, incluso, en un freno para el desarrollo político de los mismos. Según estas ideas, habría sido la práctica política *tradicional*, basada en la lucha de organizaciones políticas entre sí, una de las causantes de obstaculizar la fusión orgánica entre la acción política del movimiento popular y el afianzamiento de su propia identidad. Los partidos políticos, por tanto, reproduciendo lógicas de “alienación” del pueblo como “masa”¹⁸⁹ durante décadas¹⁹⁰, serían los responsables de coartar la posible evolución política del mismo. En este sentido, el nefasto papel que habrían jugado los partidos y organizaciones políticas de izquierda, sería una de las causas más importantes, entre otras, de la profunda derrota del 73¹⁹¹.

¹⁸⁸ Salazar, “Desbandes y Emergencias...”, *op cit*, pág. 86-87.

¹⁸⁹ Según esta idea, el *pueblo* habría sido *domesticado* por sus propios partidos políticos para ir detrás de sus dirigentes. De ahí que no se haya podido desarrollar a sí mismo como un sujeto social consciente; es decir, *real*, de transformación revolucionaria. Para una crítica marxista a esta concepción espontaneísta y populista de la acción política, revisar los artículos del sexto número de la Revista “Lucha de Clases”. O bien, estudiar la teoría del partido en Lenin, Trotsky, o en los demás exponentes del Marxismo clásico.

¹⁹⁰ La lógica del *partido-masa*, supuestamente “usual” en las organizaciones marxistas y de izquierda, sería una práctica en el fondo *despolitizante*, común en quienes no entienden la acción política como el desarrollo de la *identidad* y la *memoria* histórica del “pueblo”.

¹⁹¹ Salazar llega a este tipo de conclusiones (por ejemplo, en su artículo “Desbandes y Emergencias”) sin realizar un análisis *particular* del desarrollo histórico de la Revolución Chilena. Este historiador *no* toma en cuenta la evolución *específica* de la lucha de clases en aquel momento, la relación de fuerzas políticas presente en la realidad nacional e internacional durante dicho periodo, la situación social y económica de conjunto. Igualmente, *no* se preocupa del carácter de la estrategia política de la UP y de los distintos programas políticos en boga, del contenido de clase de los partidos de izquierda dirigentes. Finalmente, *tampoco* toma en cuenta el estado de la organización obrera y popular de aquellos años; la existencia de los Cordones Industriales, los Comandos Comunales, las JAP. Es decir, *reemplaza* el análisis histórico de las causas de la derrota del proceso revolucionario, ¡al más puro estilo mecánico-determinista!, por una “crítica” a los partidos políticos *en sí*. Es decir, como hemos dicho, por un enfoque *a-partidista* (burgués) del desarrollo político de los sectores populares en aquel periodo.

La política entendida como *identidad, memoria y cultura* popular, el rechazo de un análisis de clases para interpretar el fenómeno del poder; es decir, la utilización de una matriz *autonomista-foucaultiana* en el análisis historiográfico, y una concepción *a-partidista* de la acción política, son algunos de los rasgos claves que cruzan la teoría política de este autor. Rasgos que debemos retener, para pasar ahora a analizar otros aspectos de su producción.

1.3 Una concepción subjetivista, culturalista y espontaneísta de la identidad, la memoria y la cultura popular como bases de la acción política.

En lo sucesivo, al referirnos a como entiende Salazar los conceptos de *identidad, memoria, y cultura*, no lo haremos desde una perspectiva *general*, amplia; es decir, a como este autor los entiende en tanto fenómenos generales de la realidad social. Nos referiremos a estos tan solo desde la perspectiva que hace de aquellos conceptos, junto a otras definiciones, la base *fundamental* del desarrollo político de los sectores populares. Efectivamente, en Salazar, la identidad, la memoria y la cultura del pueblo, no solo están presentes como fenómenos *antropológicos, sociológicos*, sino que como categorías políticas (las cuales, como hemos visto, constituyen una parte esencial de sus concepciones).

Este autor, a partir de la matriz teórica mediante la cual entiende las categorías de *política* y de *poder*, es decir, mediante sus concepciones autonomistas y foucaultianas, *idealiza* (como veremos a continuación) los conceptos en que estas categorías deberían “hacerse carne”, adquirir *materialidad*. Es decir, idealiza los conceptos de *identidad, memoria y cultura* popular (entendidos, como dijimos más arriba, como los *fundamentos*, las *bases* de la acción política y del poder del pueblo). Lo que existe, de fondo, es una concepción *idealista-subjetivista, culturalista y espontaneísta*¹⁹² de sus categorías de *identidad, memoria y cultura* popular¹⁹³. Aquello, porque los conceptos de “identidad”, “memoria” y “cultura”, bases *orgánicas* de la política, de la autonomía y del poder del pueblo, estarían vaciados de materialidad histórica (tratados como *ideas*). O bien, porque serían

¹⁹² Ósea, una concepción *típicamente* populista de la acción y del poder político.

¹⁹³ Es importante mencionar, además, que estos conceptos *no* son de exclusiva propiedad del Autonomismo. De hecho, la Antropología marxista hace una lectura de aquellos a partir de un enfoque *opuesto*; es decir, a la luz del Materialismo histórico.

generalizados en lo cultural *en sí*; o, finalmente, reducidos (en palabras de Grez) a lo “estrictamente social”, a lo netamente espontáneo.

Contrariamente a lo que plantea Salazar, podemos afirmar que la identidad, la memoria y la cultura *política* de los sectores populares; por ejemplo, la identidad, la memoria y la cultura organizacional del artesanado durante el siglo XIX¹⁹⁴, fue en gran medida la *identidad* de sus propias instituciones *políticas*, los gremios artesanales. Así también, que la *memoria* de los dirigentes *políticos* del movimiento artesano-popular fue, en ellos condensada, la memoria de la experiencia y la acción colectiva de aquel sector social en su conjunto. Y que, finalmente, la *cultura* que manó de los programas *políticos* de las Sociedades de Socorro, fueron en gran medida la expresión *política*, colectiva, de más de cincuenta años de *experiencia social* de lucha y organización del mutualismo en Chile¹⁹⁵. ¿O acaso la “praxis”, la “experiencia” y la “autonomía” de la clase obrera a principios del siglo XX, como sujeto político¹⁹⁶, no es también la *praxis* de la mancomunal, la *experiencia* del sindicato y la *autonomía* e independencia, de clases, de la federación obrera?, ¿O acaso la praxis y el aprendizaje *políticos* de los primeros partidos obreros no es, también, la experiencia colectiva del movimiento obrero y de sus luchas? Efectivamente, podemos decir que la *identidad*, la *memoria* y la *praxis* política del movimiento obrero y popular, por ejemplo en los años 70 y 80 del siglo pasado, no se forjó tan solo sobre la base de sus estallidos y procesos de lucha espontánea, de su cultura callejera y de su rebeldía cotidiana. A la vez, y de manera central, como no reconoce Salazar, la *identidad*, la *memoria* y la *cultura* de los sectores populares en aquel periodo, se consolidaron a partir del desarrollo de *sus* organizaciones, *sus* partidos, *sus* programas y de *sus* estrategias *políticas*.

Precisamente, si la “identidad”, la “memoria” y la “cultura” del movimiento popular, no se entienden desde la perspectiva de como aquella *identidad*, *memoria* y *cultura* han tendido históricamente a “materializarse”; es decir, en como estas han alcanzado corporeidad y consistencia histórica en sus partidos y organizaciones; entonces, lo que nos queda de aquellos conceptos son, en primer lugar, meras “ideas”, abstracciones. Efectivamente,

¹⁹⁴ Así lo reconoce, entre otros, María Angélica Illanes en *La Revolución Solidaria*.

¹⁹⁵ Ver, al respecto, la obra de Sergio Grez, *De la regeneración del Pueblo...*, *op cit*, passim.

¹⁹⁶ ...el cual conquista su autonomía *total* con la conquista de su propio Estado.

teniendo en cuenta que aquellas categorías¹⁹⁷ son las que dotan de *profundidad*, según Salazar, el contenido histórico de la acción política como *praxis* social y de la *construcción* de poder como *autonomía*; entonces, sino no se comprende que la identidad y la memoria política de los sectores populares adquieren materialidad (*historicidad*), precisamente, en las organizaciones y partidos que Salazar desdeña, el mismo concepto de “política” estaría siendo tratado como una abstracción, como una *idea*. Lo anterior, ya que las organizaciones y partidos políticos del movimiento popular no constituyen una experiencia “ajena” al desarrollo de la experiencia social misma. Al contrario, aquellas organizaciones no son otra cosa que la *misma* experiencia social de la lucha y organización de los sectores populares, de su historia, *sintetizada* en *praxis* política, *cristalizada* en programa. Experiencia *histórica*, específica, de las distintas clases sociales y de sus particulares procesos históricos de lucha. Experiencia que ha sido, finalmente, *sistematiza* por la acción de intelectuales que han “puesto por escrito”, y colaborado, en la elaboración de las distintas estrategias e instituciones partidarias. Aquello, por ejemplo, tal y como ha puesto Salazar *por escrito* el programa y la estrategia política, académica, que constituye su propuesta de Ciencia popular. Programas y estrategias que no aspiran a ser una “verdad única”¹⁹⁸, sino que son parte integral de un proceso de re-elaboración programática y estratégica constante, que se despliega en diálogo con la realidad, en consonancia con los procesos históricos. *Estrategias, Programas, Partidos* de la clase obrera y de los sectores populares, que actúan en la realidad histórica en contra de las *Estrategias, Programas y Partidos* de sus clases enemigas, buscando la reforma del Estado (sentido reformista de la política de la clase obrera y el pueblo), o buscando la destrucción del mismo y la construcción de un Estado propio de carácter obrero y popular (sentido revolucionario de la política de la clase obrera y el pueblo). *Estrategias, Programas, Partidos* (reformistas, centristas o revolucionarios), que se enfrentan a *Estrategias, Programas y Partidos* (democrático burgueses, nacionalistas, humanistas, fascistas), que la perspectiva de Salazar tiende a despreciar en su análisis historiográfico (a-partidista y populista), vaciando con ello a la política y a sus objetivos de su contenido histórico de clases, de su propia historicidad.

¹⁹⁷ ...las de identidad, memoria y cultura.

¹⁹⁸ Como suele criticar, burda y groseramente, el Autonomismo y el Populismo en nuestro país.

Veamos ahora, para empezar, algunos ejemplos¹⁹⁹ del tratamiento abstracto, idealista, con que este autor examina algunos importantes procesos políticos. Aquel, a principios de los años 90²⁰⁰, se refiere al estado de desarrollo de la llamada “Ciencia popular” en los siguientes términos:

“La séptima etapa [haciendo alusión a la “Ciencia popular”], que se *inicia* con el *desencanto* y el *no estar ni ahí*, *continúa* con el desarrollo cultural, lento y progresivo, de las autonomías identitarias y proyectuales que se habían fraguado desde que se hizo (brutalmente) evidente la desocialización del Estado y la no solidaridad del Mercado [¿Acaso Salazar tiene alguna duda respecto al carácter *no-solidario* del mercado capitalista?]. Este desarrollo tiene, sin duda, muchas facetas. La que interesa aquí es, sobre todo, la tendencia de los grupos populares no sólo a dejar registro oral y escrito de sus testimonios individuales, sino a investigar y sistematizar sus recuerdos colectivos. Pues esa tendencia revela su conciencia de que, ahora, ellos están en la historia, que son sujetos y actores de ella y que son constructores de la realidad inmediata de sus vidas. Saben que su capacidad para construir su propia realidad pone de relieve, de un modo u otro, su poder social e histórico”²⁰¹.

Según Salazar, sería posible constatar, durante este momento, un mayor desarrollo de la conciencia *histórica* de los sectores populares. En sus propias palabras, un mayor *relieve* de su *poder social*. Igualmente, también a principios de la década pasada, este autor afirma la existencia de un mejor contexto histórico para el fortalecimiento de la identidad y la conciencia del pueblo. Con relación a esto último, dicho historiador plantea que:

“Una teoría puede envejecer y esclerotizarse, pero no la experiencia social, que ni agoniza, ni muere jamás. Y la memoria social, alimentada permanentemente por aquella, tampoco. La vida social va de la experiencia a la memoria y de la memoria a la experiencia en un vaivén interno y subjetivo que es la historicidad viva de la *identidad*. Y ésta, abandonada ahora por el Estado y la política, por el Mercado y la Economía, por la Teoría y los intelectuales, sigue viva y activa, a pesar de todo. Ahora dependiente, más que nunca, de sí misma. Lo que

¹⁹⁹ Existen varios otros de estos ejemplos en el conjunto de su reflexión historiográfica. En su artículo “Desbandes y Emergencias” (por mencionar alguno de sus trabajos) se pueden encontrar varios de aquellos, los que son ciertamente innumerables.

²⁰⁰ Esto, a poco tiempo del comienzo de la llamada “Transición Democrática” en Chile.

²⁰¹ Salazar, “La Historia como Ciencia Popular...”, *op cit*, pág. 178.

equivale a la centralización estratégica de la historicidad de los sujetos individuados o asociados [...] la *ciencia de los sujetos* y los *procesos autoeducativos* se han apoderado del *subsuelo* de la historia chilena. Se trata de la aparición –como escribiera alguna vez Karl Marx- del *viejo topo* de la historia popular, que, ciego y todo, horada con sabiduría propia, subterránea e invisiblemente, los nuevos caminos de esa historia”²⁰².

Salazar afirma todo esto, ¡precisamente!, en el marco de uno de los periodos de mayor desarticulación de la lucha y de la organización popular en la historia de Chile. Es decir, en el contexto de la más completa desarticulación y desmoralización de los sectores populares. Así, por lo menos, lo reconoce él mismo cuando, tan solo un par de años después (en 1994), nos dice lo siguiente:

“[...] el hombre de pueblo está hoy, evidentemente, viviendo una crisis histórica profunda. Sin empleo estable, sin partidos populistas, sin Estado Social-Benefactor, sin referentes revolucionarios en el plano mundial y sin una real Izquierda doméstica, su antiguo estatus histórico parece hoy desmantelado. Tanto, que ya no puede ser el *buen proveedor* de su familia, como antaño. La nueva modernización lo derribó de sus antiguos pedestales”²⁰³.

Este historiador, en los dos primeros fragmentos citados, entiende los procesos de fortalecimiento de la “identidad” y de la “cultura” popular como una verdadera *abstracción*. Como una *idea* que se fortalece (al más puro estilo hegeliano) en sí misma, aislada del mundo. En otras palabras, como una *idea* a-histórica, ajena a la evolución del más importante fenómeno político de aquellos momentos: la derrota de los sectores populares y de la lucha anti-dictatorial. Porque ¿Como pueden, los sectores populares, avanzar y poner de *relieve* la conciencia de su *poder social e histórico* cuando, entre otras cosas, sus partidos y organizaciones, sus estrategias políticas y sus procesos de lucha; es decir, cuando aquellos factores en que su propia *politización* ha tendido a expresarse históricamente, estaban siendo desmantelados por una profunda derrota? Ante esto, Salazar no nos dice nada. Es más, dos años más tarde, bajando “a tierra” aquellas *ideas*, contextualizándolas *históricamente*, tiende a afirmar lo contrario. Y es relevante, por lo

²⁰² Salazar, “Historiografía y Dictadura en Chile...”, *op cit*, pág. 143-144.

²⁰³ Salazar, “Modernización y reflexión histórico social...”, *op cit*, pág. 218.

demás, que al hacerlo se deba referir, ¡justamente!, a esas organizaciones y a esos partidos que en su análisis previo; cuando menciona unas supuestas mejores condiciones para la *centralización estratégica de la historicidad*, no tendió a considerar. Efectivamente, una vez que Salazar *materializa* su análisis acerca del desarrollo político de los sectores populares a principio de los 90, es que su llamada *centralización estratégica de la historicidad de los sujetos individuados o asociados* (ósea, su *idea* hegeliana-popular)²⁰⁴, se transforma en lo que históricamente fue; en sus propias palabras: *una crisis histórica profunda*. Crisis que Salazar tuvo delante de sus narices, y que confundió con lo contrario; es decir, con unas ¡mejores condiciones! para la afirmación de la identidad y la conciencia del pueblo.

Ahora bien, por otra parte, si la identidad, la memoria y la cultura de los sectores populares no son tratadas como meras “ideas”, estas se presentan de tal forma que son *reducidas*²⁰⁵ a la identidad, la memoria y la cultura popular *en general*, es decir, reducidas a una perspectiva *puramente* culturalista. Exactamente, con relación a esto último, este autor nos dice lo siguiente:

“Si la *cultura* no es otra cosa que un proceso de humanización puesto en marcha por los mismos hombres y las mismas mujeres en su interacción histórica, entonces los pobres y los excluidos, los marginales y perseguidos, van a controlar siempre, más y mejor, la *cultura social* de los pueblos. Pues la humanización no puede sino ser un proceso vivo, propio de *sujetos* que, para superar la negación que los aniquila, crean humanidad y se *cultivan* a sí mismos”²⁰⁶.

Salazar identifica en las manifestaciones *cotidianas* de la cultura popular²⁰⁷; es decir, en la *interacción histórica de pobres, excluidos, marginales y perseguidos*, el factor determinante de una *posible* “humanización” de la vida social. Este “factor” se

²⁰⁴ La cual habría significado el surgimiento de una identidad popular *pura, dependiente, más que nunca, de sí misma* (refiriéndose, ¡como si fuese una *virtud!*, a la crisis de las *viejas* ideologías de cuño marxista o izquierdista).

²⁰⁵ ... como elementos básicos del desarrollo político y de la acción histórica del pueblo.

²⁰⁶ Salazar, “La Historia como Ciencia Popular...”, *op cit*, pág. 166-167.

²⁰⁷ La cual, en sus propias palabras, *no es otra cosa que un proceso de humanización puesto en marcha por los mismos hombres en su interacción histórica*.

desarrollaría, por tanto, a partir de la consolidación y fortalecimiento de la cultura e identidad del pueblo. Aquello, porque la *humanización social* sería un atributo y a la vez un producto de la cultura popular *en sí misma*. En otra parte, este historiador nos plantea otra serie de ideas semejantes. Refiriéndose a la relación existente entre los sectores populares y dicho proceso de *humanización*, este nos dice que:

“La historicidad social de los pobres no gobierna el sistema de dominación. Ni su estructura política, ni su estamento militar, ni su madeja normativa. Pero controla grandes, enormes masas de sensibilidad subjetiva e ínter subjetiva, que, atiborradas y en aparente desorden, conserva y recicla en su ancha memoria social. Controla por eso, bajo tierra, los *sensitivos procesos de humanización*. [...] Pues es mucho más probable que la humanización sea una tarea *identitaria* que emprendan los sujetos sociales en su vida cotidiana y en sus espacios privados o comunitarios, a que sea una *obra* planificada y ejecutada por un sistema de dominación (como sistema en sí)”²⁰⁸.

Para Salazar, de acuerdo a lo anterior, la llamada “humanización social” sería un atributo *en sí* de la cultura de los *pobres*. De ahí que no sea necesario, para conquistarla²⁰⁹, la construcción de organizaciones y de partido revolucionarios, de organismos de doble poder de la clase obrera y del pueblo para organizar su soberanía. La conquista de una sociedad *plenamente humana* radicaría, por el contrario, en el desarrollo *hasta el final* de la cultura de los sectores populares. Esto, ya que los *excluidos* controlan *siempre, más y mejor, la cultura social de los pueblos*. Reafirmando estas ideas, cuando se refiere a los conceptos de *memoria e identidad social*, este historiador nos señala lo siguiente:

²⁰⁸ Salazar, “La Historia como Ciencia Popular...”, *op. cit.*, pág. 166.

²⁰⁹ Al contrario de lo que plantea Marx, quién *liga* el problema de la construcción de una sociedad comunista y sin clases; ósea, el objetivo de la construcción de una sociedad *plenamente* humana, a la *conquista* del poder político por el proletariado. Es decir, a la *única* herramienta capaz de enfrentar la resistencia de las clases dominantes y *aniquilarla*, el Estado Obrero. Y es que las concepciones de Salazar con respecto a la llamada *humanización social* tienen que ver (de manera evidente) con la influencia que ha tenido el pensamiento humanista-burgués en su obra. Dicha corriente, en sus más diversas variantes, maneja una lectura *idealista* similar a la que utiliza Salazar cuando trata el problema de la relación existente entre el *ser* social y la *conciencia*. En estas (el Humanismo “crítico” o el liberal, entre otras), dicha relación ha sido *suprimida* por definiciones *universales* y *abstractas* con respecto a la “esencia humana”. Una lectura materialista acerca de esta temática (la relación dialéctica entre el *ser* social y la *conciencia*), opuesta a la que maneja *en este caso* Salazar, se puede encontrar en *Tesis sobre Feuerbach*, de Marx.

“Los microprocesos identitarios de humanización de los pobres y excluidos constituyen un movimiento histórico perpetuo. Constante, insistente, monótono, pero infinito. Es el oleaje cultural de la identidad. Un oleaje que se mueve sobre un gran mar de fondo: la memoria social, que almacena todas y cada una de las luchas identitarias por la humanización de la vida. Todas sus sales, todos sus logros (mínimos para el sistema, insondables para la identidad), toda su sangre, sus rabias, sus alegrías, su solidaridad. Pues allí los recuerdos se transforman, pero no se olvidan. Duermen y *sueñan* (lo que se quiere ser pero que no puede ser, tampoco se olvida, y forma, como utopía, parte orgánica de la memoria), pero no son nunca presas de la amnesia. El sueño de los recuerdos populares no es un sueño célibe, sino uno conyugal: el recuerdo de los *hechos* de impotencia duermen creativamente junto al recuerdo de las *esperanzas* y *utopías* frustradas. Por esto, la memoria social no es sólo un archivo del tiempo pasado, pues, también, es un archivo permanente del futuro que se quedó en cada pasado, *sin morir*. Pues la vida no es sólo pasado”²¹⁰.

La *memoria* y la *identidad* popular, como atributos *generales* de lo social, se encontrarían por tanto en la base misma de la *Utopía*. Dicho de otra manera, estarían en la base del proyecto histórico de cambio de los sectores populares, la *humanización* de la sociedad en su conjunto. Desde esta perspectiva, como dijimos, no importaría tanto (para alcanzar dicho objetivo histórico) el avance o el retroceso de los distintos procesos políticos de lucha, la victoria o la derrota de la organización obrera y popular en tal o cual momento. Más importante que el desarrollo *histórico*, específico y concreto, de la organización y de la lucha política de la clase obrera y del pueblo²¹¹, la consolidación de la “memoria” y de la “identidad” entendidas como propiedades *en sí* de la cultura popular.

Lo que existe acá, entre otras cuestiones, es una disolución del concepto de política en las manifestaciones *generales* de la “identidad”, la “memoria” y la “cultura” del pueblo; es decir, una concepción *culturalista* de la misma. Desde esta definición, por tanto, podría ser

²¹⁰ Salazar, “La Historia como Ciencia Popular...”, *op. cit.*, pág. 167-168.

²¹¹ En este punto, Salazar simplemente *invierte* el análisis estructuralista que tanto crítica. Si este último realiza una interpretación unilateralmente *estructural* acerca de la evolución política de los sectores populares, Salazar hace una unilateralmente *subjetiva*. En ambos casos, semejantes *por oposición*, el análisis del devenir concreto de la lucha de clases descansa en *ideas*, en nociones *universales*. Unas, en *las estructuras*. Otras, en la “memoria”, la “identidad” y la “cultura” *en sí mismas*. Aquella operación, común en este historiador, se encuentra muy por detrás del método marxista clásico de interpretación histórica. Para Lenin, por ejemplo, el análisis político debía basarse siempre en el análisis *concreto* de una situación *concreta*.

entendida como “acción política” prácticamente cualquier manifestación de la realidad social. Esto, ya que toda manifestación de la realidad social; por ejemplo, la delincuencia *popular*, el alcoholismo *popular* o la drogadicción *popular*, son también “cultura” (por tanto, de ahí, *identidad*, *memoria* y, finalmente, *política* y *poder* “real” del pueblo). Un ejemplo de esta posible comprensión “amplia” del concepto de política, lo encontramos cuando Salazar, refiriéndose al estado del movimiento popular a principios de los años 90, nos dice que:

“La recordación popular, ni se detuvo, ni fue ingenua. Y esta vez la recordación trabajó, no para resistir la dictadura, sino para *moverse con autonomía* dentro de una democracia que no satisfacía a ningún chileno pobre. Y se registró y dialogó el modo de vivir en democracia *sin estar* de acuerdo con ella. Y se orientó la memoria social hacia las formas sociales y culturales que expresaban el *no estar ni ahí* con el nuevo sistema dominante. Pero que consideraba el *estar con* las identidades sociales que, bajo dictadura o bajo democracia, el pueblo había aprendido a darse a sí mismo (incluso aquellas identidades transitorias vinculadas al alcohol, la droga o la violencia delictual)”²¹².

La *disolución* del concepto de “política” en el aspecto *puramente* cultural demuestra, de fondo, la existencia de una interpretación idealista de la *cultura* como ámbito central del desarrollo político del pueblo. Efectivamente, Salazar desliga esta dimensión, la evolución cultural de los sectores populares, de las condiciones materiales e históricas de existencia de los mismos²¹³. Así, cuando afirma que *los pobres y los excluidos, los marginales y perseguidos*, controlarán *siempre, más y mejor, la cultura social de los pueblos*, no tiene en cuenta las condiciones materiales, *reales*, en que estos sectores se han desenvuelto. Es decir, no tiene en cuenta el hecho histórico de que han sido las clases sociales en el poder

²¹² Salazar, “La Historia como Ciencia Popular...”, *op cit.*, pág. 177-178.

²¹³ Como hemos mencionado, la Antropología marxista ha impulsado un amplio espectro de investigaciones alrededor de la cultura humana. En aquellas, el estudio del ámbito cultural se relaciona directamente con las condiciones materiales de existencia de la sociedad, así como también con el desarrollo histórico de la misma. Ya en el siglo XIX, Engels desplegó este tipo de enfoque en sus obras *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* y en *El origen de la Familia, el Estado y la Propiedad Privada*. Dichos trabajos (pioneros en la investigación antropológica), a pesar de haber sido refutados en varios aspectos, han sido plenamente confirmados en otros. De hecho, muchas de las hipótesis teóricas de Engels acerca de la evolución humana (basadas en la teoría de la evolución de Darwin), han sido avaladas en las últimas décadas. Los estudios más actuales de la Antropología Física, por ejemplo, establecen el papel fundamental de la evolución del trabajo y de la cultura material (entre otros factores) en el proceso de constitución biológica del *Homo sapiens sapiens*, la especie humana moderna.

las cuales, controlando el Estado, la enseñanza, los medios de comunicación y la producción intelectual, han coartado, hasta ahora, la evolución cultural de los mismos. Esto, hundiéndolos en la más completa opresión, miseria e ignorancia a través de la historia²¹⁴. Precisamente, aquellas condiciones históricas del desarrollo cultural de los sectores populares²¹⁵ parecieran ser, en el análisis de Salazar, nada más que un *dato*. De ahí que, por eso mismo, la *humanización social*; ósea, el horizonte de una sociedad *plenamente humana*, sea entendida por este historiador como un atributo de la cultura popular *en sí*. Independiente de la evolución histórica de la organización política de los sectores populares y del devenir específico de la lucha de clases. Nuevamente, los factores históricos que han fortalecido o debilitado los diferentes proyectos de cambio que el movimiento popular ha adoptado en uno u otro momento histórico; por ejemplo, las victorias o derrotas de los sectores populares en la lucha de clases, el estado de desarrollo de la organización de la clase obrera y el pueblo, las respuestas políticas de los sectores dominantes para enfrentar al movimiento popular en los distintos periodos, son *dejados de lado* por el enfoque de este historiador. Lo anterior, porque la conquista de aquellos proyectos radicaría no en la evolución *histórica* de la lucha de clases; ósea, en la evolución particular de los factores antes mencionados, sino en el desarrollo “hasta el final” de la cultura y de la identidad del pueblo. Esta última, entendida como *un movimiento histórico constante, insistente*,

²¹⁴ No conectar las condiciones materiales de opresión que afectan al conjunto de los sectores populares con su *necesario* correlato en el ámbito cultural; ósea, a como se han traducido dichas condiciones *en* la evolución *cultural* de aquellos, no significa otra cosa que *ensalzar* ideológicamente uno de los pilares de la sociedad de clases: la *división del trabajo*. Ciertamente, ha sido la existencia de aquella división social, entre otras razones, la que ha permitido el embrutecimiento intelectual de bastos sectores sociales. Y es que la existencia de un grupo social privilegiado *materialmente*, por un lado, y de otro privado de las condiciones de vida básicas, se encuentra en la base de las *diferentes* condiciones del desarrollo *intelectual* y *espiritual* de estos. Afirmar lo anterior, por lo demás, no significa “despreciar” las diversas manifestaciones culturales que los sectores populares hayan podido desplegar a través de la historia. Más bien, por el contrario, tiene que ver con un *rechazo* a las formas de dominación ideológica que han actuado, en el aspecto intelectual y artístico, *en contra* del *pleno* desarrollo cultural de los mismos. Un caso evidente de lo anterior lo podemos encontrar, entre otros, en el *aborto* de la rica tradición cultural clasista de los años 60 y 70 en nuestro país, y en la *imposición* (a sangre y fuego) de la cultura “popular” *basura* que promovieron la Dictadura y el Mercado durante la década siguiente. O bien, dicho de otra forma, en la represión y en el exilio de la “Nueva Canción Chilena”, por el incentivó de la *Teletón*, *La Cuarta* y la cultura del *Toples*.

²¹⁵ Condiciones que Salazar, en repetidas ocasiones, pareciera exaltar *ideológicamente*, convirtiéndose en un verdadero *apologista de la miseria*. Por el contrario, la actitud de la teoría y de la práctica marxista ante las condiciones de opresión cultural y de miseria espiritual de la clase obrera y del pueblo, ha sido la de buscar poner *todas* las herramientas y palancas del desarrollo cultural de la humanidad a *su* servicio. La experiencia de la Revolución Soviética durante sus primeros años: la actividad de Lunatcharski en el Comisariado de Cultura, y el auge de las vanguardias artísticas adictas al nuevo régimen revolucionario (el caso de Mayakovsky y el Futurismo, por ejemplo), han sido una muestra importante de lo anterior.

monótono, pero infinito, se presenta en Salazar con la forma de un núcleo inmutable de los procesos históricos (¿otra *idea* hegeliana-popular presente en sus reflexiones?). Es decir, como un *concepto* que reemplaza a la evolución *concreta* de la lucha política del movimiento popular a través de su historia (en pos de uno u otro proyecto de sociedad).

En síntesis, esta perspectiva *culturalista* conduce a Salazar a entender como práctica política, como dijimos, a casi cualquier manifestación cotidiana de la cultura de los sectores populares²¹⁶. Esta concepción implica además, como hemos visto, una lectura *idealista* del concepto de cultura²¹⁷. Según aquella, la cultura contendría *en sí* un “factor” de potencial humanización social, independiente de las condiciones históricas en que esta se desenvuelva. Es decir, independiente de la misma historia de los sectores populares, por fuera de ella.

Finalmente, si los conceptos de “identidad”, “memoria” y “cultura” popular no son tratados como meras “ideas”, y si tampoco son reducidos a la cultura y a la identidad “en general” (lo que es, en definitiva, otro tipo de abstracción, ahora en *segundo grado*), este historiador opta por otra “modalidad” para referirse a los mismos; esto es, entenderlos a partir de una definición estrechamente *espontaneísta*. Como dice Grez, en su crítica a Salazar, desdeñando el aspecto político y realizando una exaltación de la “barbarie”, de lo espontáneo y sensual, de lo irracional²¹⁸. Así, por ejemplo, cuando Salazar se refiere a la evolución de las jornadas nacionales de lucha anti-dictatorial a mediados de los 80, nos señala lo que sigue:

“La apuesta implicada en esa simple señal [refiriéndose a las jornadas de protestas anti-dictatoriales] consistía en que, estando la mayoría de los chilenos dispuestos a protestar, no

²¹⁶ Tal es el caso, como el mismo Grez señala, de la interpretación que realiza Salazar acerca la rebeldía peonal durante el siglo XIX en Chile.

²¹⁷ Despreciando en su análisis el papel de la construcción de un Estado obrero como palanca *fundamental* del desarrollo cultural de los sectores populares. Ciertamente, la tarea de poner *lo mejor* de la evolución cultural del hombre al servicio de estos, requiere (*necesariamente*) de la *destrucción* del poder de aquellos que han hecho de las Ciencias, las Letras y el Arte su propio *privilegio*. Justamente, ha sido en el marco del triunfo de una serie de procesos revolucionarios, que las conquistas que se han dado en este ámbito se han transformado en importantes avances al nivel del desarrollo cultural de los trabajadores y el pueblo. El ejemplo de la Revolución Cubana, con sus grandes logros en educación, es un caso evidente.

²¹⁸ Ver, con relación a esto, el artículo de Sergio Grez, “Escribir la historia...”, *op. cit.*

era necesaria la existencia de un expuesto aparato central de coordinación: orgánico, jerárquico y pensante, que comandara y liderara las protestas. Esta *ausencia* [refiriéndose a los partidos marxistas y de izquierda] permitía –y permitió– el despliegue espontáneo, creativo y voluntario de todos los sujetos y grupos que sentían como algo imperativo protestar, generando de este modo un amplio movimiento social aparentemente inorgánico pero histórica y políticamente convergente”²¹⁹.

Justamente en uno de los mayores problemas del ascenso popular de aquel periodo; en la debilidad de los partidos obreros y populares y en la ausencia de organizaciones revolucionarias, Salazar encuentra una *virtud*. Este historiador haya en uno de los factores históricos que explica (en gran medida) la canalización política de los sectores populares por la DC, un verdadero *handicap* histórico. “Handicap” que devendría, tan solo tres años después (como él mismo reconoce), en una derrota de magnitudes históricas²²⁰.

Aquellas concepciones acerca de la “identidad”, la “memoria” y la “cultura” popular; 1- la subjetivista-idealista, 2- la culturalista y 3- la espontaneísta, se encuentran presentes (utilizadas en el estudio del desarrollo político de los sectores populares) en el conjunto de la obra de este historiador. Así también, constituyen una parte central de los presupuestos teóricos de su definición de “Sujeto social” y de su propuesta política: la llamada *Ciencia popular*.

²¹⁹ Salazar, “Historiografía y Dictadura en Chile...”, *op. cit.*, pág. 121.

²²⁰ Al referirnos (más adelante) al balance historiográfico que realiza Salazar acerca de este proceso, y de otros, será posible referirnos a otros aspectos de su concepción espontaneísta de la acción política.

1.4 Sujeto social y “Ciencia popular”. O vaciando a la política de su contenido histórico de clases con *fantasías populistas* y/o *elucubraciones academicistas*.

La categoría de *Sujeto Social* forma parte del núcleo central de la perspectiva epistemológica de Gabriel Salazar y de la “Nueva Historia”. Justamente, ha sido a partir de la reflexión que ha hecho esta escuela alrededor de aquella definición, como también la que ha realizado acerca de la categoría de *experiencia social*, que esta corriente ha adquirido características que le son propias. La *centralidad de las estructuras*, en esta escuela historiográfica, daría paso a la *centralidad de los sujetos*. La investigación histórica, por tanto, debe entonces desentrañar, antes que los aspectos o las condiciones *estructurales* de los procesos históricos, los rasgos centrales de la *identidad* y de la *personalidad* de los sujetos sociales. Y es que esto último constituiría, de fondo, el entramado complejo de la realidad histórica. La oligarquía de viejo cuño aristocratizante, las viejas *castas* políticas civiles y militares, los sectores poblacionales, el campesinado; todos deben ser tratados desde la perspectiva del *sujeto*. El estudio de estos, y de las *redes* sociales, económicas y culturales en que se sostiene su acción recíproca, debe ocupar el lugar central de la perspectiva historiográfica. Precisamente, una vez que se ha comprendido la dinámica interna del comportamiento de estos sujetos; lo que se lograría estudiando la relación existente entre la identidad y la acción histórica de los mismos, su *historicidad*, sería posible preocuparse por decir algo sobre el papel de los factores *estructurales* en el proceso histórico. Es decir, decir algo acerca de las estructuras económicas, sociales y políticas en que aquellos sujetos se desenvuelven. De acuerdo a esto, refiriéndose a su perspectiva teórica *desde* los sujetos, Salazar nos dice lo siguiente:

“Si habíamos tomado, para el caso de los rotos, la epistemología del sujeto real y concreto, no podíamos sino tomar el mismo camino para el caso de sus opresores. A los hombres concretos, debíamos oponer hombres concretos. No sólo sistemas. Ni mucho menos, mitos”²²¹.

²²¹ Salazar, “Historia Popular...”, *op. cit.* pág. 22.

Para Salazar, como para otros historiadores de su escuela, es la llamada *identidad solidaria* (una característica de la identidad y la cultura de los sectores populares) el eje constitutivo de las relaciones sociales en el seno del bajo pueblo, el elemento articulador del *mundo popular* en su conjunto²²². De ahí que, por tanto, para comprender el desenvolvimiento histórico del *sujeto popular* sea necesario (entre otras cuestiones) enfocar la mirada de la investigación histórica en la misma. Refiriéndose a aquella *identidad solidaria*, Salazar la describe como:

“Un punto axial para la mirada teórica, pero también para la historicidad. En suma: un *criterio de verdad* común para actores e historiadores [...] constituido por las *relaciones*

²²² En este caso, al no partir de un análisis de clases acerca de los sectores populares, este historiador los termina entendiendo como una *unidad*. Esto último, sin tomar en cuenta las distintas condiciones materiales en que aquellos se desenvuelven. De ahí que, por tanto, Salazar no pueda dar cuenta (*en el ámbito de la acción política de estos sectores*) del distinto carácter social de los mismos; es decir, finalmente, de su diversidad histórica. Y es que dicha diversidad; por ejemplo, las distintas relaciones económicas y sociales que aquellos sectores establecen con un determinado modo de producción, no solo se encuentra en la base de una *posible* confluencia y *solidaridad* histórica entre estos. A la vez, dichas diferencias (dependiendo del curso que tome la lucha de clases en un periodo histórico determinado) podrían incluso llegar a favorecer un enconado *enfrentamiento* en el mismo seno de los sectores populares. Esto último, de acuerdo a como se vayan manifestando en el proceso histórico los intereses de clase de uno y otro sector del “pueblo”. Efectivamente, los sectores marginales, los estratos medios pauperizados y los estamentos más empobrecidos de la pequeña-burguesía y del campesinado, condicionados por su propio contexto histórico, podrían terminar transformándose (en un momento u otro) en *enemigos acérrimos* del movimiento popular en su conjunto, favoreciendo así intereses de un marcado, e inclusive *rabioso*, carácter anti-popular y reaccionario. Un ejemplo histórico de lo anterior, entre otros varios, lo podemos encontrar en el ascenso del Fascismo en la Alemania nazi. La vacilación de los partidos políticos obreros, y la carencia que tuvo el movimiento popular de una dirección política revolucionaria, terminaron entregando al *pueblo* en los brazos de Hitler. Una vez que la clase obrera había sido derrotada, el Nazismo *conquistó* (literalmente) el corazón de los sectores populares de ese y de otros países de Europa. Así también, otro ejemplo de lo anterior, lo encontramos en el amplio consenso que concitó el golpe militar en Chile entre los sectores medios. Finalmente, aunque ahora por el extremo opuesto, el Partido Bolchevique y la clase obrera rusa, después de octubre de 1917, se vieron en la necesidad de enfrentar (y *reprimir*) a vastos sectores del campesinado proclives a la restauración zarista. En definitiva, el concepto de *identidad solidaria* (como base constitutiva del llamado *Mundo popular*) constituye una categoría teórica de calidad *inferior* a las definiciones de *conciencia de clase en sí y para sí* del Marxismo clásico. La primera categoría (la *identidad solidaria*) conduce a una resolución *idealista* del problema de la necesaria unidad de los sectores populares. Esta entiende al movimiento popular como a una unidad que “subsiste” *por fuera* de los procesos históricos, como un verdadero *a-priori ideológico*. Por el contrario, las definiciones de *conciencia de clase en sí y para sí*, basadas en un análisis *materialista* de la lucha de clases, conducen a su *única* resolución efectiva: la *centralidad obrera*. Según esta última, partiendo de la constatación de la relación social existente entre los distintos sectores de la sociedad y el modo de producción capitalista moderno, como también a partir de la experiencia histórica de la lucha de clases moderna, son la burguesía y el proletariado las únicas clases que pueden (por su lugar respectivo en la estructura económica y social capitalista actual) unificar al conjunto de los sectores populares atrás suyo. En el primer caso, para *reventar*, *debilitar*, o bien para *canalizar*, cualquier proceso social que pudiera comenzar a cuestionar las bases de existencia del orden burgués. En el segundo, para unificar *atrás* del proletariado las filas del movimiento popular, condición necesaria para impulsar un cuestionamiento cada vez más radical de las bases de *existencia* del Capitalismo.

intra-populares de mayor significado estratégico [...] [por] el sentido, el calor y la fuerza inagotable de la *identidad solidaria* que surg[e] espontáneamente *entre* los torturados, que e[s] la misma que había sentido crepitar, afuera, *entre* los callamperos y trabajadores [...] [De ahí, entonces] ¿por qué no asumir esa identidad solidaria como el punto de apoyo, o núcleo sinérgico, de la investigación [historiográfica]?”²²³.

Lo que nos interesa discutir en este punto, por el momento, es como aplica o entiende este historiador su definición de Sujeto Social al ámbito específico de su acción política²²⁴. ¿Qué significa la definición de sujeto popular en un sentido *político*? ¿Cómo se aplica esta definición de sujeto *en tanto* proyecto histórico de transformación social? Además, ¿Cómo entiende Salazar, a partir de estas concepciones, el proyecto histórico de los *sujetos populares*?

Sobre lo anterior, refiriéndose a la unidad que debiera existir entre la investigación historiográfica de los sujetos populares y la articulación de una política de cambio determinada, este historiador nos dice que:

“El gran desarrollo de los estudios históricos, sociológicos, antropológicos, psicológicos y de trabajo social sobre los *sujetos populares* (hombres, mujeres y niños), sobre todo a partir de 1983-1984 (en coincidencia con el inicio de las jornadas nacionales de protesta popular), revela que ha existido una necesidad real de avanzar desde los sujetos hacia la reconstrucción de la política (popular)”²²⁵.

Más adelante, explicitando lo que significa para él la consolidación de una política *desde los sujetos*²²⁶, Salazar se refiere a su definición de sujeto popular *en tanto* “construcción de proyecto”²²⁷. Sobre aquello, este historiador nos plantea lo siguiente:

²²³ Salazar, “Historia Popular...”, *op. cit.*, pág. 19-20.

²²⁴ Otras consideraciones acerca de esta definición, así como también otras discusiones atingentes, se pueden revisar más atrás, en el primer acápite de este capítulo.

²²⁵ Salazar, *Violencia Política...*, *op. cit.*, pág. 22.

²²⁶ La cual, para este historiador, constituiría uno de los aspectos centrales de la *reconstrucción de la política popular*.

²²⁷ En otras palabras, se refiere a su concepción de sujeto social en tanto sujeto *político*.

“[...] la gran derrota de 1973, refrendada por la transición pactada en 1990, exige examinar la realidad social, cultural y política de la clase popular chilena de una manera algo más cercana al sentir verdadero de *la gente* [...] Esto implica preocuparse de los sujetos reales de carne y hueso, para reconstituir *en* ellos, desde *sus* relaciones sociales, desde su propia *memoria*, una práctica más *auténtica* de la política. Desde 1973 y luego desde 1992 los chilenos sentimos que la política debe ser reconstituída desde nosotros mismos [o, como él dice, desde *la gente*], desde los sujetos sociales y desde la misma vida cotidiana. La política de los alienados o marginados nace o renace en el momento preciso en que ellos inician por sí y en sí mismos la desalienación o la desmarginalización”²²⁸.

El sujeto popular, en cuanto individuo que siente sobre sí mismo el peso de la explotación y la opresión de los sectores sociales dominantes, sería entonces capaz de articular, sin la necesidad de *agentes externos* (ósea, sin la necesidad de partidos políticos), *su* propio proyecto político de transformación social, potenciar *su* propia evolución política. Este proyecto, en las nuevas condiciones históricas²²⁹ del presente, no debería desarrollarse sobre la base de la experiencia *tradicional*²³⁰ de la política de los sectores populares; es decir, sobre la base de la lucha económica reivindicativa y del fortalecimiento de las instituciones, organizaciones y partidos políticos del movimiento popular en su conjunto, de la acción de sus dirigentes y de la difusión de sus programas y estrategias políticas varias. Al contrario, en las nuevas condiciones económicas, políticas y sociales de hoy²³¹, el proyecto político del pueblo debiera ser construido a partir del fortalecimiento, como plantea este autor, de *su* propia cultura.

²²⁸ Salazar, *Violencia Política...*, *op. cit.*, pág. 20.

²²⁹ Ósea, entre fines del siglo pasado y los primeros años del actual.

²³⁰ ...Es decir, sobre la base de la experiencia *histórica, universal*, de la política popular desde hace más de dos siglos. Efectivamente, dicha experiencia, que cuenta a su haber con una rica tradición de organización de la clase trabajadora y el pueblo en el seno de los más diferentes partidos, se puede identificar históricamente con el proceso de desarrollo que ha experimentado la acción política de los sectores populares entre la irrupción del movimiento Jacobino y *Sans-cullotes* francés (durante los últimos años del siglo XVIII), hasta el impulso y fortalecimiento a nivel internacional (dos siglos más tarde) de los partidos y estrategias marxistas. Podemos afirmar que la historia de la lucha del movimiento obrero y popular se halla íntimamente ligada a los esfuerzos de estos sectores por construir sus propias organizaciones políticas. Salazar, al renegar de la importancia que han tenido los partidos políticos en la historia del movimiento popular, lo que hace es *desdeñar*, justamente, una de sus más *grandes* conquistas.

²³¹ Se refiere Salazar, aunque ¿en otros términos?, a ¿las condiciones históricas de la “post-modernidad”?

El desarrollo de una política popular *desde los sujetos* significaría, dicho de otra manera, la consolidación de los rasgos esenciales de la vida social de estos. O bien, desde otro ángulo, el fortalecimiento de la acción política de los sectores populares a partir del afianzamiento de la “identidad”, la “memoria” y la “cultura” de los mismos²³². Ahora bien, a lo largo de este capítulo, ya hemos visto vimos como estos conceptos (los de *identidad, memoria y cultura*, en tanto bases fundamentales de la política popular) eran tratados por Salazar y por una parte importante de la “Nueva Historia”. A veces como *ideas*, desligadas del marco histórico en que se desenvuelven. Por ejemplo, en el balance que este historiador realiza acerca del *fortalecimiento* de la identidad y de la cultura del movimiento popular a principio de los 90’s, ¡en el contexto de una de las más importantes de sus derrotas históricas! Otras, como la cultura, la memoria y la identidad popular *en general, en sí*. Por ejemplo, cuando este autor afirmaba que el impulso de un proceso de humanización social del pueblo radica, de manera fundamental, en la consolidación de las manifestaciones de su propia vida cotidiana; ósea, en el fortalecimiento de su cultura *en sí*, sin tener en cuenta el momento histórico particular (de avance o retroceso de la lucha de clases) en que los distintos sujetos populares se encuentren²³³. O bien, por último, entendiendo el fortalecimiento y la consolidación de la política y el poder popular, en tanto afianzamiento de la identidad, la memoria y la cultura del pueblo, como un proceso eminentemente *espontáneo*. Por ejemplo, finalmente, cuando aquel historiador evaluaba como un elemento “a favor”, *positivo para el despliegue de la identidad popular*, la extrema debilidad de los partidos marxistas y de izquierda durante el ascenso popular anti-dictatorial de los 80. Esto último, ¡precisamente!, cuando aquello fue una de los factores que permitió²³⁴ (entre otras

²³² De acuerdo a Salazar, como hemos planteado anteriormente, la transformación del “Sujeto popular” en sujeto *político*, como también el fortalecimiento de su propio proyecto de cambio, requeriría de la consolidación de la *identidad* y la *memoria* del movimiento popular en su conjunto.

²³³ Momento histórico que pudiera estar signado (como hemos mencionado en otra parte) por una profunda derrota política de los sectores populares, siendo esta el campo propicio para el avance de la desmoralización (y despolitización) de los mismos. Este es el caso, entre otros, de las derrotas del 73 y del 89, las cuales estuvieron acompañadas de un intenso proceso de alienación cultural del pueblo (así lo demuestra el despliegue de la cultura “popular” *basura* durante las décadas 80 y 90 en Chile). O que puede estar, por el contrario, influenciado por un proceso de avance de la lucha y organización de los trabajadores y el pueblo, promoviendo la ebullición de una cultura de clases vigorosa, revolucionaria (por ejemplo, la enorme influencia que tuvo la *Nueva Canción Chilena* en las manifestaciones culturales de los sectores populares durante los años 60 y 70).

²³⁴ ...junto a la inexistencia de organismos de doble poder como habían sido los Cordones industriales en los 70. Para leer un balance acerca del periodo de la Unidad Popular y de la Revolución Chilena, revisar las publicaciones referidas a este tema en la página de “Clase contra Clase” (www.clasecontraclase.cl).

cuestiones) que la Democracia Cristiana se pudiera montar en dicho proceso y que lo terminara finalmente encausando.

Podemos afirmar que la definición que realiza Salazar acerca de la llamada política *popular* “desde los sujetos”²³⁵, y la del objetivo principal de la misma; la *humanización social*²³⁶, así como el tratamiento que le da a los conceptos de “identidad”, “memoria” y “cultura” popular (en tanto bases de la acción política del pueblo), lo conducen a *idealizar* (“en clave” *popular*) su propia concepción de *sujeto*²³⁷. O bien, como hemos planteado más arriba, a reducir esta definición (la de *sujeto*) a generalizaciones *puramente* culturales (lo cultura *en general*) o bien *meramente* espontaneistas. En otras palabras, Salazar separa arbitrariamente (como constata Grez en su crítica a este historiador) el aspecto de la evolución política de los distintos sujetos sociales, por un lado, del estado del desarrollo socio-económico de aquellos, por otro. Este historiador interpreta, por tanto, las posibles proyecciones políticas del “sujeto popular” *privando* a estas de la conexión orgánica que existe entre aquellas y la estructura socio-económica en donde dicho sujeto se desenvuelve²³⁸.

Refiriéndose al problema de la existencia o no de un proyecto político en el seno del sector peonal durante el siglo XIX en Chile, Salazar nos dice (como ya hemos dejado dicho más arriba):

“Que importa (que los peones) no hayan desarrollado un discurso político general, unificado y coherente? ¿Qué importa que no hayan formado una organización para fines electorales y

²³⁵ Ósea, la definición de “política” que elabora este historiador *desde* las concepciones de “identidad”, “memoria” y “cultura” popular que ya hemos mencionado.

²³⁶ La cual, como se ha planteado al comienzo de este capítulo, se encontraría, a modo de un “potencial” *inviolable, permanente, y autónomo*, en el *corazón* de la identidad y la cultura de los sectores populares.

²³⁷ Lo que significa, en otras palabras, realizar la misma operación que efectúa el Estructuralismo con respecto al sujeto social, pero esta vez *invirtiéndola, al revés*. Como hemos dicho más arriba, si el Estructuralismo *aplata* al sujeto bajo el peso de las estructuras, anulándolo; Salazar *volatiliza* a este por encima de estas, “evaporándolo”. Ambas operaciones hacen del sujeto social una *abstracción*. La historia *desde debajo* de este historiador se transforma así, en este punto, en una historia *desde ninguna parte...* o bien, en una historia *ideal* a partir de una serie de *principios universales* respecto a la humanización del mundo. Dicho de otra forma, una aplicación, a escala “popular”, de la dialéctica hegeliana en la interpretación histórica.

²³⁸ Esto último, por otro lado, es una de las conclusiones lógicas de la aplicación de la premisa teórica que maneja Salazar para el estudio del sujeto social (*en tanto* sujeto político); esto es, el resultado de la llamada *disolución* de las estructuras en el sujeto.

parlamentarios? ¿Qué importa que no hayan puesto por escrito sus memorias, sus cabildeos marginales, sus desenfrenos regados de alcohol, la camaradería y el sexo? Su historicidad estuvo siempre allí, a todo lo largo del siglo XIX, estorbando en todo el territorio, sin dejar dormir tranquilo a ningún oligarca demasiado millonario. La historicidad de los rotos fue, durante ese siglo, un “poder” social y cultural, agazapado, presto a saltar no sólo sobre los tesoros mercantiles sino también sobre la yugular de la Cultura y el Estado”²³⁹.

Hablando acerca de lo mismo, pero desde una perspectiva diametralmente opuesta a la anterior, el historiador Grez Toso (desde un enfoque historiográfico más cercano al marxista²⁴⁰), nos plantea que:

“La resistencia popular a la proletarización y a la subordinación se expresan en esta obra [refiriéndose a *Labradores*] bajo las formas de “rebeldías primitivas” (como la huída, el nomadismo, el bandidaje, la “cangalla” minera, los desacatos individuales, etc) o mediante el desarrollo de la “empresarialidad” popular (en la agricultura, la minería, el comercio y las artesanías). Los sujetos populares de esta historia [sin embargo] son sujetos sin proyección política, y no por culpa del historiador que los rescató del olvido sino porque, objetivamente, los peones decimonónicos no poseían esa capacidad. En todo caso, lo que para otros podría ser carencia, para Salazar tiene contornos de virtud [...] cabe preguntarse [continúa Grez más adelante] si los proyectos individuales de vida, la camaradería y la rebeldía peonal (aún suponiendo que esta fue masiva, permanente y no matizada por actitudes y estrategias de acomodo y subordinación) constituyen por si solas expresiones políticas”²⁴¹.

En otra parte del mismo artículo, continuando con esta discusión, Grez afirma:

“No cabe duda que cada historiador tiene derecho a privilegiar los sujetos que desee, pero es evidente que los peones decimonónicos, no ofrecen la posibilidad de incorporar la política a su historia salvo como receptores (más o menos sumisos o rebeldes según las circunstancias) de las decisiones y de las acciones de las clases dirigentes. [...] La historia de los sectores populares con la política incluida exige privilegiar otros actores, sujetos con capacidad para

²³⁹ Cita de Salazar en Grez, “Escribir la Historia...”, *op. cit.*, pág. 84.

²⁴⁰ Para este enfoque, como hemos repetido, es necesario comprender la conexión existente entre un modo de producción determinado y una estructura social, política y cultural específica. Así también, comprender la dinámica particular del desarrollo político de los distintos sujetos sociales en el proceso histórico.

²⁴¹ Grez, “Escribir la Historia...”, *op. cit.*, pág. 84.

proyectarse más o menos conscientemente en el plano de la defensa de sus intereses y entrar organizadamente al juego de las relaciones de poder. O, en su defecto, seguir investigando el devenir de los vastos ramales del peonaje hasta su transformación en proletariado y con ello la reconfiguración de sus identidades y su proceso de politización e incorporación a las luchas políticas. [...] En el contexto del siglo XIX esta historia requiere de actores que por su inserción en ciertas actividades económicas (predominantemente urbanas y sedentarias), su acceso a algunos elementos de la cultura ilustrada y su praxis histórica vinculada a los conflictos políticos, estuvieron en condiciones de formarse como sujetos con clara vocación política. Durante esos siglos solo el artesanado y algunos gremios de obreros calificados urbanos tuvieron esas características²⁴².

Pues bien, es desde un enfoque que *desvincula* al sujeto social²⁴³ de su relación orgánica con la economía y la sociedad, y que atribuye a cualquiera de estos (independientemente de su situación concreta) la posibilidad de impulsar un proyecto histórico de transformación social (gracias al fortalecimiento de la identidad y de la cultura de los mismos), que dicho sujeto no puede más que *proyectarse*, en la cabeza de Salazar, de manera *irreal, fantástica*. Privado de su conexión orgánica con la estructura económica y social, aquel sujeto es privado, en realidad, de su proyección política *real*, histórica. Así, el proyecto político del *sujeto popular*, más que responder a las condiciones históricas en que aquel actúa y se desenvuelve, adquiere entonces el carácter de un *espacio inviolable* que subsiste en el *alma* (o *praxis*) de los sectores populares²⁴⁴. De ahí que, precisamente, el *proyecto político* de este sujeto (*esencia*) no pueda más que evolucionar en un sentido *irreal*, tomando la forma, en la pluma de Salazar, de *fantasías* populistas o de elucubraciones *academicistas* con respecto a la transformación y *humanización* del mundo²⁴⁵.

²⁴² *Ibid.*

²⁴³ ...en tanto sujeto político.

²⁴⁴ O bien, mejor dicho, que subsiste en la “voluntad pura” de estos.

²⁴⁵ Por el contrario, para el Materialismo histórico, la consolidación de un proyecto político de transformación revolucionaria (y *no* uno de cambio social *en general*), requiere del desarrollo político de un determinado sector social. De una clase que por su lugar estratégico en la producción, por su relación con la propiedad privada y por su propia experiencia histórica, entre otras cosas, pueda cuestionar (como caudillo de la nación oprimida), las bases en que se sustenta un determinado sistema de dominación social (por ejemplo, durante los siglos XVIII y XIX, la burguesía; o bien, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta hoy, la clase obrera). Este enfoque se basa, como ya hemos planteado, en la constatación de la relación que existe entre el sujeto *social* del cambio revolucionario (la clase obrera) y el contexto económico y social en que este sujeto se desenvuelve. Desde ahí, por tanto, con las necesidades *reales* de su proyección *política*; es decir, con su *necesaria* evolución en partido político, en organismos de poder y en la conquista de su propia dictadura de

A nuestro juicio, son las que hemos denominado como *fantasías populistas* las que menos se sostienen en el pensamiento de este autor. Estas se manifiestan, en su obra, como un verdadero *culto a la espontaneidad*²⁴⁶. Según esto último, más que las condiciones políticas y sociales (estructurales) en que se desenvuelven los sectores populares, sería el accionar *explosivo* y *espontáneo* de estos, su *rebeldía*, el factor decisivo al momento de la transformación histórica. De ahí que, por ejemplo, en su interpretación historiográfica acerca del periodo de las protestas populares durante los años 80, Salazar realice una verdadera exaltación ideológica alrededor del accionar masivo y espontáneo de las mismas. En dicho análisis, Salazar hace hincapié, sobre todo, en el supuesto carácter *autónomo* de la movilización popular con respecto a los distintos partidos políticos del momento²⁴⁷. Para este historiador (como veremos más adelante), la debilidad de estos partidos, y el alto grado de espontaneidad que demostró la protesta popular²⁴⁸ durante aquellos años, se tradujo en una importante consolidación de la *identidad* y la *cultura* de los sectores populares²⁴⁹. En definitiva, el carácter “espontáneo” de la resistencia anti-dictatorial habría fortalecido al movimiento popular en su totalidad, permitiendo que el pueblo llegase muy cerca de la conquista de sus más sentidos objetivos²⁵⁰.

clase. Efectivamente, para el Marxismo clásico, la transformación del sujeto *social* de la revolución en sujeto *político* depende *necesariamente* de esto último.

²⁴⁶ El cual, a todo esto, constituye uno de los aspectos más relevantes (y atrayentes *discursivamente*) del programa de las organizaciones populistas en nuestro país. El ejemplo más evidente de esto último lo podemos encontrar, aunque no únicamente, en el accionar político de los llamados “Grupos de Acción Popular” (GAP), una de las organizaciones populistas más reconocidas en Chile.

²⁴⁷ Como si *no* hubiera existido o actuado en el seno de los sectores populares, durante aquel periodo, el FPMR, el MIR, el PC, el “Movimiento Democrático Popular”, el “Lautaro”, etc. Así también, como si *no* hubieran jugado un importante rol los partidos democráticos burgueses al interior del movimiento popular chileno (por aquellos años, el Partido Socialista y la Democracia Cristiana, entre otros).

²⁴⁸ Dicho grado de espontaneidad, sin embargo, aún debe ser debidamente constatado por el análisis historiográfico. ¿Acaso las jornadas nacionales de protesta en contra de la Dictadura no fueron *impulsadas* y *preparadas*, también, por los sectores políticos de izquierda? ¿Acaso las experiencias de acción directa en las “poblaciones” no fueron *planificadas*, en algunos de sus aspectos, por los distintos partidos políticos opositores a Pinochet? ¿Es que el Partido Comunista no tuvo un rol muy *importante* en la resistencia en contra del régimen dictatorial? ¿Es que el FPMR (apéndice armado del PC), a su vez, no logró despertar un amplio apoyo en bastos sectores poblacionales, *influyendo* así (políticamente) a amplios sectores del movimiento popular durante los 80’s?

²⁴⁹ Ósea, según Salazar, la consolidación de los reductos *inviolables* y *autónomos* de la “humanización social”.

²⁵⁰ Con relación a esto, basta con revisar los artículos en que Salazar se refiere a los años 80 en Chile, como también al periodo de la llamada “transición democrática” posterior, para encontrar una gran cantidad de ejemplos de su *culto ideológico al espontaneísmo*.

Podemos afirmar, sin embargo, que este “culto a la espontaneidad popular” no ha sido mayormente desarrollado. Al contrario, ha sido abordado por Salazar más como un discurso *ideológico*²⁵¹ (populista), como un *estilo* literario, que como una reflexión teórica *seria*. De hecho, es este mismo historiador quién tiende a encontrar los *límites* a este culto político al espontaneismo. Es así que, ante la evidente derrota de las jornadas de protesta hacia comienzo de los años 90, es el mismo Salazar quién nos plantea:

“La memoria y la cultura sociales del *bajo pueblo*, sin embargo, no se han desarrollado ni sistematizado como *ciencia*. No han potenciado históricamente lo que deberían haber potenciado. Por esto, sus “reventones” no han logrado imponer la lógica de la humanización sobre la lógica del poder formal y la dominación”²⁵².

Salazar reconoce, aunque no siempre de manera tan clara²⁵³, la necesidad que tendría el movimiento popular de superar los estrechos marcos del espontaneismo. De acuerdo a sus concepciones, aquella *superación* significaría el nacimiento y la consolidación de un proyecto político-historiográfica determinado: la *Ciencia popular*. Esta última, además de ser su propuesta política central, es definida por este historiador como la “Ciencia de la identidad y la memoria de los sectores populares”. Es justamente allí, en la *Ciencia popular*, en donde la propuesta política de Salazar adquiere una mayor consistencia epistemológica y teórica. Y es allí, también, en que sus ideas política-historiográficas pasan de ser *fantasías populistas* (voluntaristas) a *elucubraciones academicistas* (bien elaboradas).

Como su nombre lo indica, el concepto de “pueblo” tiene en esta propuesta una importancia teórica e historiográfica central. Ahora bien, reconociendo el sentido netamente *ideológico* del término “clase popular”; es decir, del significado netamente discursivo (estrictamente poco científico) de la categoría de *pueblo*, Gabriel Salazar nos recuerda que:

²⁵¹ ...anti-partidista y anti-marxista.

²⁵² Salazar, “La Historia como Ciencia Popular”, *op. cit.*, pág. 170.

²⁵³ De hecho, en varias ocasiones, este “reconocimiento” convive junto a posiciones *puramente* espontaneistas. Esto tiene que ver, de fondo, con el carácter *ecléctico* de la producción teórica de este historiador, la cual nunca ha llegado a constituir una unidad totalmente coherente.

“No es necesario casi recordar que, en el libro [refiriéndose a la obra *Violencia política popular*], la *clase popular* está desagregada en función de los múltiples y desiguales actores sociales que salieron a la calle para desarrollar distintas formas de VPP –violencia política popular- contra el sistema de dominación entre 1947 y 1987”²⁵⁴.

Es a partir de esto último, precisamente, que la definición misma de “Ciencia popular” sea altamente problemática, presentando serias deficiencias. Esto, entre otras cosas, porque es sobre aquella categoría difusa, la de *pueblo*²⁵⁵, que Salazar articula su propuesta historiográfica-política de *Ciencia popular*. Esta última es definida por este historiador en los siguientes términos:

“La Ciencia popular no es una praxis académica, ni individual, ni profesional, ni *curricular*. Tampoco es institucional, En rigor, es un proceso histórico cultural y un movimiento social. [...] El trabajo *científico* o cultural, aquí, no se reduce a la investigación necesaria para rescatar, publicar y difundir un hecho pasado o un recuerdo, puesto que –como se dijo-, tanto o más importante que la investigación es lo que se hace con ella y para qué y cuánto sirve. Es memoria e investigación *para la acción*. Tanto importa la verdad de *la experiencia* (memoria de los hechos vividos) como la *reversión* de esa memoria en el mismo proceso histórico real. Los criterios de verdad de la Ciencia popular están regidos por la necesidad superior de *actuar* en función de humanizar la vida [¿ósea, una ciencia de la voluntad *pura*?]. Aquí, la verdad pragmática (construcción de realidad circundante) prima sobre la verdad objetiva (de estática re-presentación exacta), por un imperativo categórico mas trascendente puesto por la historicidad esencial de la vida. Esta estructuración epistemológica [¿neo-kantiana?] diferencia radicalmente la historiografía popular de la académica. Se comprende que la Ciencia popular es una acción de sujetos y actores históricos reales, en tanto unidos por una memoria *común* y por la necesidad de la acción *colectiva*. No cabe aquí la idea ni la necesidad de una profesionalización científica personal o individual, pese a que es vitalmente necesario ser riguroso, con arreglo a métodos y concepciones teóricas, *como si* se tratara de una ciencia formal. Aquí se necesita del concurso presencial y del modelo de acción que la

²⁵⁴ Salazar, *Violencia Política...*, *op. cit.*, pág. 18.

²⁵⁵ La cual es ocupada (debido a su carácter “amplio”) como un concepto estratégico, central, no solo por Salazar y las corrientes populistas de izquierda, sino que además por el discurso democrático burgués, por las corrientes religiosas con discurso “social”, por las organizaciones nacionalistas y fascistas, etc. En el caso del Marxismo clásico, este también utiliza aquellos conceptos, pero subordinándolos siempre a definiciones y a categorías de clase previas.

ciencia forma (los historiadores de la *nueva historia*, por ejemplo), pero como proceso coadyudante, solidario o complementario, no hegemónico, ni sustitutivo. Son dos ramales cognitivos distintos, así como dos formas diferentes de praxis social e histórica. Donde, sin embargo, tanto la historiografía popular como la *nueva historia* convergen y forman parte de un *mismo* movimiento cultural, social e histórico”²⁵⁶.

En otra parte, refiriéndose a los rasgos que debería adoptar la *Ciencia popular* en su quehacer cotidiano, Salazar nos menciona los siguientes:

“La Ciencia popular investiga y promueve la acción desde abajo hacia arriba y desde dentro hacia fuera. Como tal, más que ciencia del pasado o de alguno de los hitos polares del tiempo, es la ciencia de la historicidad; es decir: de la acción y el movimiento emanado desde el interior de la identidad social. Como tal, cada sujeto popular e incluso cada ciudadano puede y debe ser su propio historiador, su propio científico social y su propio político. Como ser humano y sujeto cognoscente, en lo que se refiere a la vida y la soberanía, ese sujeto *no tiene que delegar nada*, ni tiene que ser sustituido ni usurpado por ningún tipo de *representante* [¿se ha convertido nuestro “sujeto popular”, nuevamente, en una idea hegeliana *pura*, desligada de las condiciones *materiales* en que se desarrolla?]. Tomada esa decisión, puede y debe constituirse en el eje protagónico de toda investigación histórico-social, de toda planificación política y de toda construcción teórica”²⁵⁷.

Deteniéndonos un poco en lo anterior, la forma en que cada individuo, *independiente* de su condición social, pudiera llegar a ser *su* propio historiador, *su* propio científico y *su* propio representante político, *en* los marcos del Capitalismo; es decir, *en* los marcos de un sistema social basado en la explotación y opresión de los sectores populares en su conjunto (haciendo entonces “innecesaria” la Revolución social y la conquista de un Estado como palanca de la transformación revolucionaria), Salazar no lo aclara. Aquel historiador, refiriéndose a aquella supuesta *democratización radical del conocimiento* (en los marcos de la sociedad de clases actual), no toma en cuenta las condiciones *materiales* de existencia de los sectores populares mismos. Es decir, no toma en cuenta el alto grado de explotación y

²⁵⁶ Salazar, “La Historia como Ciencia Popular...”, *op. cit.*, pág. 186.

²⁵⁷ Salazar, “La Historia como Ciencia Popular”, *op. cit.*, pág. 194.

de opresión en que estos se desenvuelven. Finalmente, Salazar tampoco toma en cuenta²⁵⁸ (en su propuesta epistemológica *radical*²⁵⁹) la existencia de uno de los pilares fundamentales en que se ha sustentado la sociedad de clases desde su surgimiento hasta hoy; la división social del trabajo²⁶⁰.

Por otro lado, sería en la aplicación cotidiana de los métodos de la *Ciencia popular* a la realidad histórica; ósea, a partir de su *praxis*, que esta adquiriría la capacidad de intervenir en los procesos históricos y transformarlos. Sobre aquello, Salazar nos señala que:

“La metodología, en la Ciencia popular, es una tarea a realizar por cada grupo. El método, por definición, en este caso, es esencialmente *construible*, según responsabilidad de cada cual; según cada experiencia y cada realidad. Por eso, en su punto de arranque, los métodos de la Ciencia popular parten de todos los puntos cardinales de su diversidad, pero con una orientación común. Como un masivo peregrinaje hacia un lugar sagrado. Por donde el problema metodológico esencial a resolver es cómo trazar el derrotero *específico* que cada cual, desde su particularizado arranque, debe recorrer para converger hacia un mismo punto total. Porque se trata de una metodología para que los *sujetos históricos* hagan la historia que necesitan hacer, no para develar, fuera de la historia, lo que es este o aquel *objeto*”²⁶¹.

²⁵⁸ Tal y como Freire, y los demás teóricos de la llamada *Educación popular*, tampoco lo hacen.

²⁵⁹ Podemos afirmar que dicha *democratización radical* del conocimiento, la cual debería ser impulsada por el afianzamiento de la llamada *Educación popular*, constituye una de las tantas *elucubraciones académicas* sobre las que se sostiene su ya reconocida propuesta de *Ciencia popular*.

²⁶⁰ Ciertamente, una democratización *radical* del avance de las Ciencias y el Arte es completamente *inconcebible* en los marcos de una sociedad dividida en clases. Y es que la división del trabajo, y producto de aquella la división entre trabajo manual e intelectual, resguardada por el Estado y por el poder político de las clases dominantes, es la base fundamental de la existencia de la sociedad burguesa. Entre otras cosas, Salazar no toma en cuenta el hecho de que hasta hoy no haya sido posible superar *íntegramente*, ni siquiera en los países en que ha existido un gran desarrollo de la conciencia revolucionaria, las condiciones de miseria espiritual a que han sido condenados los sectores populares a través de la historia. Esto último, precisamente, porque el Capitalismo se mantuvo en pie como sistema dominante a nivel mundial. Se puede decir, por último, que no es descartable que varios de los postulados de Freire (el principal teórico de la *Educación popular*) si puedan ser aplicables, pero *después* de que el Capitalismo haya sido superado; es decir, *destruido*. La Insurrección y la Revolución social a nivel internacional constituyen (por tanto) el antecedente *necesario* de la socialización del conocimiento y de la cultura en todos sus niveles. Los importantes avances de los Estados obreros en materia cultural, a pesar de los procesos de degeneración burocrática que los han afectado, son una muestra importante de lo anterior.

²⁶¹ Salazar, “La Historia Como Ciencia Popular”, *op. cit.*, pág. 197.

Aclarando más lo anterior, refiriéndose al papel que debería tener la “discusión metodológica” (propia de la *Ciencia popular*) en la transformación social, este mismo historiador afirma:

“Los viejos discursos liderales y vanguardistas de las clases políticas civil y militar deben ser desechados y reemplazados por un *discurso metodológico* elaborado y practicado por el propio pueblo [¿Salazar pretende reemplazar los métodos y la experiencia de la Revolución obrera en los últimos 150 años, las conclusiones más importante de la lucha de clases en su historia por... una ¿“discusión metodológica”!?. Un discurso capaz de imponer tanto la verdad socialmente construida como la construcción social de la realidad (circundante y nacional)]”²⁶².

De acuerdo a esto, según Salazar, la acción de los diversos partidos de la clase obrera y de sus estrategias, el papel de las organizaciones del movimiento popular y de sus dirigentes; es decir, las manifestaciones *históricas* en que se ha expresado la politización de los sectores populares cuando estos han querido *hacer su propia historia, construirla*, deben ser reemplazadas (de un plumazo) por la *discusión académico-metodológica* de la *Ciencia popular* y de su *praxis*. Según este historiador, dicho “reemplazo”²⁶³ (otra de las *elucubraciones académicas* en que se sostiene su propuesta política) supondría una verdadera superación de los *viejos discursos políticos* (o bien, dicho de otra manera, una “superación” del desarrollo *histórico* de *la política* en la lucha de clases moderna). Más adelante, profundizando esta misma idea, ahora (ni más ni menos) con relación al problema del poder, Salazar nos señala que:

“La necesidad metodológica se vuelca, en este caso, hacia el problema de cómo *descubrir lo común en lo diverso*, sistematizar el estado caótico de los particularismos, cómo desarrollar y proyectar *lo común* hacia los planos macroscópicos de la sociedad y, sobre todo, cómo construir un consenso cognitivo entre todos a efecto de construir la capacidad y el poder que permitan *producir* la realidad que se requiere [detengamos un poco en esto: un *consenso* “entre todos”; ósea, acaso ¿entre el capital *nacional* y los sectores populares?, ¿entre la

²⁶² Salazar, “La Historia Como Ciencia Popular...”, *op. cit.*, pág. 195-196.

²⁶³ Reemplazo que, a todo esto, no tiene más realidad que en la cabeza de Salazar y en la de otros exponentes de la “Nueva Historia”.

pobladora y, ¿porque no? (en tanto sujeto *cognoscente*), ¿el pequeño (y mediano) empresario?]. En este caso, la necesidad metodológica se vuelca [¿?¿!]-como dijo la pobladora citada más arriba- hacia la *cuestión del poder*²⁶⁴.

El problema del poder; es decir, la “cuestión” que han resuelto (en un sentido o en otro) los distintos procesos revolucionarios a través de la historia, las distintas experiencias de doble poder que se han venido levantando desde hace más de un siglo²⁶⁵, son “substituidos” por Salazar por las distintas... ¡*metodologías del consenso cognitivo!*. Más claramente, los métodos de la insurrección proletaria y la guerra civil, las formas de doble poder obrero y popular; ósea, los “métodos” que han ocupado todos aquellos procesos de lucha obrera y popular que han amenazado *seriamente* la existencia del Capitalismo en su historia²⁶⁶, son “reemplazados”, ¡superados! (¡risas!), por un mero “problema epistemológico”... por una discusión “de método”. Aún más, la más importante, la más fundamental lección de la lucha de clases, su más grande enseñanza: la necesidad de la independencia política de los explotados y la conquista de su propio poder, la Dictadura del proletariado, es olvidada (olímpicamente) en pos del *consenso cognitivo* “entre todos”. En palabras más simples, dejada de lado (y declarada como “añeja”) en pro del *consenso* entre explotados y explotadores, entre oprimidos y opresores. Precisamente, es esto último, la *conciliación de clases*, lo que *realmente* define, bajo la palabrería *popular-combativa* a la que Salazar es adicto, el contenido político de la propuesta de la llamada *Ciencia popular*, esto es, la renuncia a la Revolución Social y la adopción de un programa *liberal-popular* de humanización social...*del Capitalismo*²⁶⁷.

²⁶⁴ Salazar, “La Historia Como Ciencia Popular...”, *op. cit.* pág. 195-196.

²⁶⁵ Por ejemplo, la experiencia de los Soviets durante la Revolución Rusa de 1917, la de los Cordones industriales en Chile a principios de los 70, la de los Shuras durante la Revolución iraní del 79, etc.

²⁶⁶ Decimos seriamente; ósea, que hayan tendido a amenazar los pilares de existencia del poder y del régimen burgués: el control del estado y la propiedad privada. Esto último, a diferencia de quienes pretenden, por ejemplo, construir *contrapoder* fabricando huertos *comunitarios* o levantando instancias *populares* de educación, creyendo “enfrentar” las bases del Capitalismo a partir de aquella “autonomía”...*de la miseria*.

²⁶⁷ Uno de los ejemplos más claros de la utilización de un lenguaje “radical” y de un supuesto posicionamiento político “anti-sistémico”, lo encontramos (tal vez de manera más evidente que en Gabriel Salazar) en el historiador Leonardo León. Este último, que en sus clases en la Universidad tiende a “impactar” al estudiantado por su “radicalismo”, se caracteriza probablemente por desarrollar una práctica política más “concertacionista” e institucional de lo que muchas veces aparenta. Aquel historiador, como también Illanes, Candina o Artaza, constituye uno de los ejemplos más evidentes, en la arena académica, del verdadero “efecto óptico” con que se presentan las posiciones políticas populistas. En el discurso, *combativas*, en la práctica (aunque en su “rincón izquierdo”), totalmente *adaptadas* al régimen democrático. Dichos intelectuales, de

Precisamente, refiriéndose acerca del proceso de *humanización universal*, proceso en el cual debería decantar el proceso de evolución y desarrollo de la *Ciencia popular*, este autor nos plantea:

“La extensión del modelo propio, sin embargo, implica avanzar sobre los otros. Implica plantearse y resolver el problema de la diversidad, la heterogeneidad y la integración de la oposición. Implica, sobre todo, entender que la *identidad popular* no está universalmente repartida en la sociedad nacional o mundial. Resolver este problema obliga a readecuar la metodología *en un sentido dialéctico*. [¿dialéctico?] (...) La extensión del poder y del modelo propio obliga –si tiende a ser exitoso- a convertir la metodología de la identidad parcial en la metodología de la comunidad integrada. Es evidente que, para esto, el movimiento popular requiere realizar un segundo gran esfuerzo metodológico, porque ahora se enfrenta a la necesidad de sistematizar nada más y nada menos [repetamos aquello: ¡nada más y nada menos!...] que la memoria de la más bien heterogénea comunidad nacional. El paso a la dialéctica histórica (de incorporación del otro) implica relativizar el peso de las identidades populares y aumentar el peso de los proyectos de *humanización global*. Estos últimos constituyen el único modo de avanzar en la dirección de una adecuada totalidad histórica”²⁶⁸.

Nuevamente, la experiencia *histórica* de la política obrera y popular en la lucha de clases moderna; por ejemplo, la toma de fábrica y el control obrero de la producción, la puesta en pie de organismos de doble poder basados en la democracia directa, la organización de partidos políticos obreros, es sustituida (eso sí, tan solo con la pluma) por la *praxis metodológica* de la *identidad* y la *memoria*. O bien, por la *fraternidad* y el *consenso cognoscitivo* inherentes al desarrollo de la *Ciencia popular* y de su proyecto final: la *humanización* del mundo. En otras palabras, Salazar pretende reemplazar, superar, los métodos de la Revolución social, del Terror revolucionario y de la Dictadura obrera, los cuales han sido impulsados a través de la historia por las mismas clases explotadas en su lucha por el poder²⁶⁹, por la metodología *humanizante* de la *identidad solidaria*.

hecho, puede decirse que se ubican (con suerte) en la “extrema izquierda” del arco político de la democracia burguesa.

²⁶⁸ Salazar, “La Historia Como Ciencia Popular...”, *op cit*, pág. 206.

²⁶⁹ Una justificación teórica y estratégica del papel de la violencia proletaria en la lucha de clases ha sido desarrollada (teórica y políticamente) por varios de los más importantes pensadores marxistas. Entre otros, además de Marx y Engels, quienes fueron los primeros en plantear la *necesidad* de la Insurrección armada y la

En síntesis, Salazar (como también otros exponentes de la “Nueva Historia”), al desvincular al sujeto social de su relación orgánica con las condiciones económicas y sociales en que se desenvuelve²⁷⁰, lo que hace es apartarlo, *intelectualmente*, de sus proyecciones políticas *reales*²⁷¹. Dicho de otra manera, este historiador desliga el nacimiento y la evolución del llamado *proyecto popular*, entre otras cosas, de las condiciones *concretas* en que los sectores populares se desenvuelven, realizando así una lectura *idealista* del sujeto social *en tanto* sujeto político. De ahí que Salazar, y la “Nueva Historia”, no puedan sino acabar en una propuesta política-historiográfica (la *Ciencia popular*) basada no en la experiencia *real* de la lucha revolucionaria en los últimos siglos, sino que en una serie de *ideas* voluntaristas (ingeniosas en su estilo, pero estériles históricamente) acerca de la transformación del mundo. Dichas *ideas*, académicas y liberales²⁷² en el fondo, van tomando cuerpo hasta constituir un programa político de corte autonomista, basado (como hemos dicho) en un conjunto de *fantasías populistas* (voluntaristas) y de *elucubraciones academicistas* (bien elaboradas).

toma del poder por el proletariado, desarrollada por Lenin y Trotsky al calor de la Revolución Rusa. La teoría y la política marxista ha sido capaz, no solo de dar una respuesta a las necesidades políticas de la clase obrera y de los sectores populares en los momentos más decisivos de la lucha de clases, sino que además de sintetizar y de superar lo mejor de la experiencia política de la burguesía revolucionaria de los siglos precedentes. La fundación de la “Comisión Extraordinaria de Todas las Rusias para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje” (Checa), así como su gran eficacia en la desarticulación y aplastamiento de la reacción burguesa, es un buen ejemplo de esto último. Cabría preguntarle a Salazar, como también al resto de los intelectuales agrupados alrededor de “Nueva Historia” (y a las distintas organizaciones políticas de izquierda permeables a su discurso), como es que esperan que los sectores populares podrán asegurar sus más mínimos avances frente a las distintas formas de represión y reacción burguesa... ¿con fraternidad?

²⁷⁰ Ósea, al “diluir las estructuras sociales en el sujeto”.

²⁷¹ Según esta concepción *anti-determinista* del sujeto social, los sectores populares en su conjunto; es decir, la clase obrera, el movimiento poblacional y estudiantil, los sectores marginales, estarían dotados *todos por igual*, sin distinciones “estructurales”, de la *historicidad* necesaria para realizar *por sí mismos* (y en sí mismos) la transformación revolucionaria. Aquella concepción “amplia” acerca del sujeto revolucionario, basada en la sustitución de la *determinación* sociológica de *las estructuras* por la *determinación* (igualmente mecánica) de la *voluntad en sí* del sujeto social, lo que hace es (en realidad) abonar el terreno para la inclusión, dentro del espectro de *lo popular*, de los llamados sectores “progresistas” de las clases dominantes. Pues, ¿Que impide que una concepción como está, basada en la voluntad *pura* de los sujetos sociales, *incluya* dentro del “Mundo popular”, por ejemplo, a la pequeña y mediana burguesía o a los sectores “democráticos” de los partidos patronales? ¿No es acaso dicha *inclusión* lo que caracteriza al programa político de las principales organizaciones populistas en Chile (al GAP y al FPMR, entre otros), como también lo que identifica a las concepciones políticas de Salazar, León, Illanes y las de otros exponentes de la “Nueva Historia”? ¿El discurso y la práctica de estos últimos, acaso, no es en realidad más *críticamente-liberal* y “Concertacionista” que otra cosa?

²⁷² Las cuales, sin embargo, se expresan bajo un forma *engañoso*; esto es, bajo el manto de una fraseología “radical” que apela constantemente al cambio social y a la lucha de los sectores populares. Según Salazar, aquellas concepciones *académicas* y *liberal-populares* engarzarían, supuestamente, con algunos de los postulados políticos más importantes de Marx, aunque re-interpretados a la luz de las condiciones actuales de la realidad contemporánea.

Para finalizar, podemos decir que la llamada *Ciencia popular* constituye una de las caras²⁷³ más representativas de la propuesta política de Salazar. Si una de ellas se caracteriza por su *culto a la espontaneidad*, la llamada *Ciencia popular* (“la ciencia de la identidad, la memoria y la cultura del pueblo”) cae de bruces en el más puro academicismo, en la *utopía* intelectual. Dejando de lado su enfoque espontaneísta tradicional, y evitando caer en la *reducción* de la política a la identidad y a la memoria *en general*, a la cultura *en sí* (lo cual constituye, como vimos más arriba, otra operación común de varias de las elaboraciones política-historiográficas de la “Nueva Historia”), Salazar opta entonces por la *abstracción*. Como dijimos, por una concepción *a-histórica* de la transformación revolucionaria, basada en una serie de *ideas* (descritas por Salazar como “metodologías”) no relacionadas con la evolución histórica de la lucha de clases, desligadas del contexto social y económico en que los sectores populares se desenvuelven. Son aquellas *ideas*, verdaderas *elucubraciones académicas*, las que se funden para dar nacimiento a la *Ciencia popular*, una especie de *idea* de mayor envergadura. Esta última, una elucubración más *compleja*, vendría a reemplazar, aunque no de manera explícita, más de 150 años de pensamiento y de práctica revolucionaria. De acuerdo a esta *idea*, los partidos revolucionarios serían reemplazados, en la cabeza de Salazar, por la *Academia universitaria* (...y por unos cuantos talleres *populares* de educación). La organización y confrontación de las estrategias políticas serían superadas, en las reflexiones de este autor, por la *discusión metodológica y epistemológica* de la ciencia historiográfica. Así también, la perspectiva de la Revolución internacional, para lo que Marx pensó necesario fundar la I Internacional, el primer partido político mundial de la clase obrera, es entendida, por este *superador del Marxismo “ortodoxo”* (¡risas!), como la *imposición* (para darle un perfil de combate) del *consenso cognoscitivo* entre explotadores y explotados. Finalmente, como hemos planteado, los métodos del terror revolucionario y del odio de clases, entre otras importantes conquistas de la lucha revolucionaria, son completamente olvidados y dejados de lado, todo en pos de la *humanización social*, la *solidaridad* y el *amor*²⁷⁴.

²⁷³ Las cuales, sin embargo, constituyen la expresión de una misma concepción autonomista de la acción política.

²⁷⁴ Por el contrario, Walter Benjamín (en su XII tesis sobre el concepto de historia), comprende la importancia que el odio y la venganza de clases tienen para la lucha revolucionaria. Este intelectual marxista afirma allí: “La clase que lucha, que está sometida, es el sujeto mismo del conocimiento histórico. En Marx aparece como la última que ha sido esclavizada, como la clase *vengadora* que lleva hasta el final la obra de liberación en

1.5 Volviendo a Rousseau y al Liberalismo radical...Después de tres siglos.

Salazar, cuando se refiere a la crisis del Marxismo, convierte las experiencias del estalinismo y la burocratización de los Estados obreros, así como las importantes derrotas de la lucha de clases durante el siglo pasado, en una especie de refutación *total* de este como estrategia revolucionaria. Haciendo una crítica unilateral a la hegemonía política del reformismo y el estalinismo, y a la acción voluntarista de las estrategias guerrilleras y a sus resultados prácticos; las graves derrotas del siglo XX, rehuye del balance y de la *necesaria* defensa de los triunfos y conquistas parciales de la política obrera durante el pasado. Sin embargo, estas importantes victorias (que aunque *parciales*, constituyen aún las más *grandes* victorias que han obtenido los sectores populares en su historia) han sido, al igual que el fenómeno de los regimenes burocráticos, una importante *lección* de la experiencia política obrera y popular hasta hoy. Sin tener en cuenta esto último, algunas de las más importantes conquistas de la lucha de clases moderna; entre otras, las revoluciones obreras triunfantes, la expropiación económica de la burguesía y los primeros pasos en la construcción de un Estado obrero, son declaradas por Salazar (aunque nunca, obviamente, de manera *tan* explícita) como *caducas* o *añejas*. Y es que las *grandes* transformaciones de la economía y la política mundial en los últimos años, las *importantes* derrotas de las décadas pasadas a nivel internacional y nacional, las características *locales* del sistema productivo y de la sociedad chilena, o bien la experiencia histórica *particular* de los sectores populares en nuestro país, harían *necesaria* una completa *revisión* y *reformulación* de la política popular²⁷⁵.

nombre de las generaciones vencidas. Esta conciencia, que por breve tiempo cobra vigencia en el espartaquismo, le ha resultado desde siempre chabacana a la socialdemocracia. En el curso de tres decenios ha conseguido apagar casi el nombre de un Blanqui, cuyo timbre metálico había conmovido al siglo precedente. Se ha complacido, en cambio, en asignar a la clase obrera el papel de redentora de generaciones futuras. Con ello ha cortado el nervio de su mejor fuerza. La clase desaprendió en esta escuela tanto el *odio* como la voluntad de sacrificio. Puesto que ambos se alimentan de la imagen de los antecesores esclavizados y no del ideal de los descendientes liberados". Pues bien, las concepciones políticas de Salazar, sintetizadas en su llamada "Ciencia popular", no solo son inferiores a las del Marxismo clásico, sino que también se encuentran muy por detrás de la ideología política de la burguesía revolucionaria. En otras palabras, Salazar también "olvida" a Robespierre, Saint-Just y a la tradición política Jacobina, en pos...nuevamente... de la *humanización social*, la *solidaridad* y el *amor*.

²⁷⁵ Para abordar estas discusiones; el carácter y la magnitud de las importantes transformaciones de la economía y la política mundial en el último tiempo, las consecuencias políticas de la caída de la URSS y de los países "socialistas", así como el impacto que han tenido las fenomenales derrotas de la lucha de clases en las últimas décadas, recomendamos revisar los últimos números de la revista *Estrategia Internacional*. Para

Ahora bien, paradójicamente, esta necesaria reformulación de la “política popular”, hace suya una gran parte de los postulados del post-modernismo acerca del carácter de la realidad contemporánea²⁷⁶, desembocando en el viejo, *viejísimo*, programa político liberal²⁷⁷. Y es dicho programa, el cual hace de la lucha por la *Ciudadanía*, los *Derechos humanos* y la *Democracia* su eje político principal, el que toma Salazar (aunque no únicamente) como una supuesta “renovación” de la política popular hoy. *Desligando* la lucha por la *Democracia* y la *Ciudadanía* del enfrentamiento de las bases de existencia de la sociedad burguesa: la propiedad privada de los medios de producción y el Estado burgués (uno de los rasgos *clásicos* de la política liberal), este historiador reproduce, aunque bajo el vestuario “combativo” del Autonomismo, las ideas fundamentales del Liberalismo... trescientos años después. Todo aquello desemboca, finalmente, en una *estrategia* política *liberal-popular* basada en la lucha por la profundización “radical” del sistema democrático, aunque (eso sí), a la *moda* “popular” del siglo XXI. No es casual que Salazar plantee en algunos artículos (aludiendo a Rousseau):

“Si logra coronar este movimiento reconstruyendo el sistema social global [refiriéndose al posible desarrollo exitoso de la *Ciencia popular*], podrá entonces sustituir la *planificación estratégica* (mecánica, estadística y abstracta) de la gobernabilidad, por los nuevos *contratos sociales* que puedan surgir del consenso y de la voluntad del pueblo”²⁷⁸.

un análisis marxista acerca de la repercusión de estos procesos en la arena nacional, así como de las particularidades actuales del modo de producción capitalista y de la estructura de clases en Chile, invitamos a revisar las publicaciones de “Clase Contra Clase” y de la organización de estudiantes marxistas “Las Armas de la Crítica”. En relación a esto último, se encuentra en elaboración una serie de artículos de Sociología del trabajo en Chile, a cargo de Nicolás Miranda.

²⁷⁶ Entre otras cuestiones, Salazar asume (de contrabando) varias de las ideas que hablan acerca de una fragmentación sociológica *terminal* de la clase obrera y de sus capacidades políticas. Así también, varios de los postulados post-modernos acerca de la llamada *caída de los grandes relatos* y de una *descentralización creciente* de la historia. En este sentido, sería interesante un estudio más acabado de las influencias que ha tenido la nueva *escolástica* post-moderna en las elaboraciones de este historiador.

²⁷⁷ Acerca de la corriente liberal-popular en Chile, ver la obra de Grez Toso *De la regeneración del Pueblo a la huelga general*, citada anteriormente. Así mismo, acerca de las concepciones políticas *liberal-populares* de Salazar, ver el artículo “Genética de la corriente de la Nueva Historia...”, de Alejandro Montecinos, también citado previamente.

²⁷⁸ Salazar, “La Historia Como Ciencia Popular...”, *op. cit.*, pág. 195.

En realidad, como hemos dicho, a lo que apunta Salazar y gran parte de la “Nueva Historia”²⁷⁹, es a la construcción de un proyecto de “humanización” y democratización “ciudadana”... *dentro* de los marcos del Capitalismo. Así queda claro, por ejemplo, cuando este historiador (junto a otros intelectuales, en el III Manifiesto de historiadores), nos diga que:

“el movimiento popular va a tener que incluir, dentro de sus ejercicios innovadores, una política de re-educación y reestructuración profundas de las Fuerzas Armadas, en el sentido de instalar en ellas, de una vez por todas, una verdadera identidad ciudadana [...] El movimiento popular debe aprender a “administrar recursos” (a la manera propuesta por Fermín Vivaceta y Luis Emilio Recabarren), controlar los procesos productivos y comerciales en lo local y lo regional. En lo nacional, podría y debería (por ejemplo) controlar el capital financiero que hoy administran las AFPs y los capitalistas extranjeros [...] construir poder ciudadano (popular) y desarrollar una política popular capaz de re-construir el Estado, el Mercado y la Sociedad”²⁸⁰.

No buscar la abolición del mercado y del capital financiero, sino que “hacerlo más participativo”. No buscar la destrucción de las Fuerzas Armadas burguesas, reemplazándolas por un régimen de milicias y por un ejército obrero y popular, sino que “dotarlas de espíritu ciudadano”. En definitiva, no buscar la destrucción del Capitalismo como régimen de explotación, conquistando un Estado obrero y popular y luchando por la extensión de la revolución a nivel internacional, sino que darle una cara más “humana”.

Por otro lado, este historiador asume otra de las características *clásicas* de la política liberal-democrática: la disolución de la clase obrera como sujeto protagónico de la lucha de clases. En una entrevista realizada a Salazar hace un tiempo, refiriéndose a la debilidad “estructural” del movimiento obrero y a su incapacidad para desarrollar un proyecto político propio, este historiador afirma:

²⁷⁹ Por ejemplo, los historiadores Leonardo León, María Angélica Illanes, Pablo Artaza y Azún Candina, entre otros.

²⁸⁰ Salazar, Pinto, Grez, y otros historiadores, “La dictadura militar y el juicio de la historia. III Manifiesto de Historiadores”, en <http://mercadonegro.wordpress.com/2007/05/03/la-dictadura-militar-y-el-juicio-de-la-historia-tercer-manifiesto-de-historiadores/>.

“Yo me baso en la casuística que me ha tocado conocer muy de cerca, que es la de los trabajadores de los frigoríficos, las fruterías, las recolectoras y sobre todo los packings. Tras entrevistarlos, conocer sus contratos de trabajo, las formas laborales, etc., hemos llegado a la siguiente conclusión: el trabajo que ellas realizan en sí tiene tan poco contenido valórico y tan poca proyección de futuro, que para ellas no es fuente de identidad. Y no siendo fuente de identidad no tiene sentido luchar por esa identidad. [...] Por eso mismo, mientras más grande es la absorción por ese tipo de trabajo, más negados se sienten y más buscan la salida positiva a sus vidas. [...] Entonces su identidad no está ahí, está donde viven. La identidad de poblador es más importante que la de trabajador hoy en día. [...] Amistad, solidaridad, asociatividad: eso es lo que valoran, esa forma de integrarse a la sociedad y luchar desde ahí, no desde el trabajo. El trabajo aparece ahora como una categoría secundaria. [...]”²⁸¹.

Más adelante, hablando acerca de la debilidad actual de las estructuras sindicales en Chile, Salazar plantea:

“En verdad fue arruinada [la estructura sindical] por el gobierno de Pinochet, al desindustrializar el país, al destruir las estructuras sindicales antiguas, al instalar malls en vez de fábricas. Todo esto, junto a las modificaciones a los planes laborales, permitió que en Chile predomine la microempresa y no la gran empresa. Existe imposibilidad de formar sindicatos; los únicos grandes sindicatos dependen de grandes estructuras que no han sido desmanteladas, como el cobre, el profesorado y los trabajadores de la salud. Pero la CUT ya no pesa nada [...] Yo dudo que se recupere porque la economía tiende a fortalecer los grandes circuitos comerciales y no a reconstruir la industria pesada”²⁸².

Según este historiador, por tanto, las transformaciones estructurales que impusiera el neoliberalismo en Chile habrían debilitado de tal manera a la clase obrera, que hoy “La identidad de poblador [sería] más importante que la de trabajador”... “El trabajo aparece ahora como una categoría secundaria”²⁸³. Sin embargo, ¿Cómo se explican las importantes huelgas obreras del último tiempo; por ejemplo, la victoria sindical de los forestales y la de los conductores de Subus, las que derrotaron la resistencia de importantes empresas

²⁸¹ Beatriz García-Huidobro, entrevista a Gabriel Salazar, en la página electrónica del *Sitio del patrimonio cultural chileno*, http://www.nuestro.cl/notas/perfiles/gabriel_salazar1.htm.

²⁸² Ídem.

²⁸³ Más arriba hicimos mención a algunos artículos que pudieran servir para esta discusión.

transnacionales, sino es a partir de un proceso de recomposición de la lucha obrera en Chile? ¿Cómo es posible que las experiencias de lucha de clases más importantes del último tiempo: las sucesivas huelgas mineras en El Teniente, la toma parcial de empresa que llevaron a cabo los trabajadores salmoneros de “Aqua Chile” hace un año y la de los obreros de embotelladora Andina hace un tiempo, o la huelga nacional que hoy impulsan los trabajadores de CODELCO, se hallan dado en el seno de sectores estratégicos de la economía, si no es a partir de un proceso de recomposición sindical en curso? Así también ¿Acaso la enorme simpatía popular que gatilló en Curanilahue la muerte de Rodrigo Cisternas alrededor de los sindicatos forestales, con columnas obreras encabezando la marcha fúnebre, no es una muestra de la potencialidad de la identidad obrera como sector protagónico de los sectores populares? ¿Acaso la huelga y las aún embrionarias amenazas de toma fábrica, como método principal de la lucha de clases, como también los combativos cortes de ruta y los métodos de enfrentamiento obrero en contra de la policía (corte de ruta y utilización de cargadores frontales en Arauco, paralización y quema de buses rompe-huelgas en El Teniente, apiedramiento de micros en Santiago), no amenazan con hacer palidecer las más “radicales” formas de enfrentamiento del “joven encapuchado” y las de la tradicional, aunque legítima, barricada poblacional? Finalmente, la fundación de la Confederación de Trabajadores mineros del cobre, la organización popular más importante del momento, ¡levantada precisamente por el sector más fragmentado de la clase obrera, los trabajadores sub-contratistas!, ¿no es una respuesta política y un camino ante aquella supuesta fragmentación sociológica “terminal” que arguye Salazar, y muchos otros, para hablar en contra de una política de centralidad obrera en Chile?

Para este historiador, más importante que la posibilidad de un fortalecimiento de la lucha y de la organización obrera (la cual Salazar descarta) es que:

“De hecho se ha producido una reagrupación espontánea en la sociedad, naturalmente, en los sectores más marginales. En esta situación de desprotección por parte del Estado, se buscan los unos a los otros, entonces se van formando asociaciones y grupos que pueden ser minúsculos, que pueden ser tipo tribus urbanas, y dentro de ellas reaparecen los lazos de asociatividad y solidaridad que se han perdido en otros ámbitos. De una u otra forma la nueva tendencia en las sociedades llamadas neoliberales es la asociatividad espontánea que crea

situaciones en donde reaparece la solidaridad y amistad que son básicas en la formación de valores. [...] Por ejemplo, entre las trabajadoras del sexo, entre los que trabajan en el comercio pirata, entre las barras bravas, se dan solidaridades. Estas solidaridades existen y son valóricas, sin embargo no son aceptadas por la sociedad y son rechazadas”²⁸⁴.

Serían los “grupos marginales”, las distintas “tribus urbanas” (hip-hop’s, punks, barras bravas) y las más diversas formas de “empoderamiento social”; principalmente la llamada “Educación popular”²⁸⁵, lo que constituiría las bases de un proyecto político “de nuevo tipo”, “solidario” y “plenamente humano”. Aquel “proyecto”, más que aspirar al enfrentamiento de los sectores sociales en el poder y a la destrucción de la propiedad privada patronal y de su Estado, a la expropiación de las riquezas y de los medios de producción para pasarlos a manos de los trabajadores, sería:

“[...] lo que está masculándose en distintos sectores en todas partes del mundo. Por eso es que se habla mucho en Chile -se habla solamente- de sociedad civil, ciudadanía, participación, empoderamiento de los sectores más bajos, y estos son temas mundiales. Cómo se va a traducir en un nuevo modelo, es algo que puede rescatarse de modelos del pasado y readaptarlos. El tema complicado es la táctica política, pues la movilización civil no depende de partidos políticos ni de tácticas sino de cultura y educación”²⁸⁶.

En síntesis, la construcción de un proyecto de cambio “autónomo” y “libertario”, “independiente” de los partidos políticos de izquierda y del Estado, basado en la recomposición del “tejido social” y de los “lazos asociativos” del pueblo; ósea, la generación de un “contrapoder ciudadano”, se demuestra así como lo que *realmente* es: una versión “novedosa” del *caduco* programa liberal-democrático, adaptada eso sí a los requerimientos del Chile actual. En otras palabras, una verdadera *involución* (en registro autonomista) del desarrollo político de los sectores populares en trescientos años, un giro

²⁸⁴ Ídem.

²⁸⁵ Las organizaciones que hacen de la llamada “Educación popular” uno de los principales métodos de la transformación revolucionaria, se caracterizan por *rehuir* de una estrategia política de independencia de clases y de la lucha por la construcción de un Estado obrero. Una discusión con la *Educación popular* y con sus principales teóricos será prontamente abordada por “Clase Contra Clase” y “Las Armas de la Crítica”.

²⁸⁶ Beatriz García-Huidobro, entrevista a Gabriel Salazar, ..., *op. cit.*

estratégico (o mejor dicho *caída*) desde Marx...a Rousseau²⁸⁷. Y es que el recorrido político que realiza Salazar desde el Marxismo al Liberalismo, tomando la *vía express* de las posiciones autonomistas, no es más que la *¿evolución? lógica* de sus principales propuestas políticas; entre ellas, la *Ciencia popular*²⁸⁸.

Finalmente, no es menor el hecho de que varios de los posicionamientos políticos de este historiador, en los últimos años, hayan dejado más que patente su *adaptación* a los estrechos marcos de la democracia neoliberal (su voto a Bachelet, por ejemplo). En realidad, los guiños de Salazar a los sectores progresistas...de la Concertación, tienen que ver con el profundo contenido de *conciliación de clases* que expresa el conjunto de su reflexión política.

²⁸⁷ A modo de anécdota: en el curso de “Historia de la Historiografía”, dictado por Gabriel Salazar y Pablo Artaza en la carrera de historia de la Universidad de Chile durante el año 2006, y en el que quién escribe fue alumno, se elaboró un inventario de aquellas “palabras” que podrían servir (por su contenido político) para el fortalecimiento del proyecto político del sujeto popular. Demás esta decir que las *palabras* “Revolución”, “Insurrección” o “Partido”, las cuales han sido *realidades* contundentes de la lucha de clases en los últimos siglos, no fueron tomadas en cuenta (anotándose, de mala gana, tan solo cuando quién escribe se refirió a ellas). Por otra parte, todos aquellos conceptos propios del *Liberalismo* y del discurso ciudadano del *Reformismo light* de los últimos años: *democracia participativa*, *empoderamiento ciudadano* y *capital social*, entre otros, fueron entusiastamente expuestos como ejes centrales de la discusión (la cual servirá de material para una próxima publicación a cargo de Salazar, de la que quién escribe por supuesto se restó). Las conclusiones de aquella discusión pueden ser leídas en los balances escritos que dicho curso realizó a su término.

²⁸⁸ Involución a Rousseau, en lo político, que es *acompañada* de una involución a Kant y a Hegel, de la cual no nos referiremos en este trabajo, en los campos de la epistemología y la teoría de la historia.

2. Elementos para un debate historiográfico.

En la siguiente sección se abordan una serie de interpretaciones históricas pertenecientes a Salazar, a nuestro entender erróneas. Creemos que estas son producto de la utilización, como elementos *centrales* de la reflexión historiográfica, de algunas categorías propias de su acervo teórico (sobre todo aquellas que expresan sus concepciones *autonomistas* y *populistas* de la acción política y del sujeto). La siguiente polémica, más que pretender apuntar el dedo adonde “se equivocó” Salazar o la “Nueva Historia”, intentará demostrar la *insuficiencia* que tiene la aplicación del llamado “paradigma de lo local”, así como de algunas categorías histórico-interpretativas como las de “popular” y “bajo pueblo”, para la investigación y el análisis historiográfico. Sin pretender decir que dichos conceptos no tengan *ningún* valor para las ciencias históricas, adonde se apunta es a afirmar la *superioridad* de la batería conceptual del Marxismo clásico para el estudio de la Historia de Chile durante los últimos siglos. Fundamentalmente, la superioridad del *análisis de clases* y la mayor relevancia interpretativa, sobre todo en relación de los fenómenos históricos de más largo aliento, de los *factores internacionales y nacionales*²⁸⁹ por sobre los netamente locales. Es decir, a afirmar la superioridad del *Materialismo histórico* como *núcleo duro* de la reflexión historiográfica²⁹⁰, posible sin embargo de ser *enriquecido* con aportes específicos que hayan sido elaborados en el seno de otras tradiciones teóricas.

2.1 El “Paradigma de lo local” y los conceptos de “popular” y “bajo pueblo” en Salazar y en algunos exponentes de la “Nueva Historia”.

La importancia que Salazar y otros historiadores de la “Nueva Historia” otorgan al llamado “Paradigma de lo local” y a los conceptos de “popular” o “bajo pueblo”, es de lo más relevante. Para aquellos, estas nociones jugarían un papel clave en la generación de

²⁸⁹ Nos referimos *fundamentalmente* a los *grandes* procesos de la economía, la política y la lucha de clases moderna: las crisis, guerras y revoluciones. Estas últimas, sobre todo a partir de las primeras décadas del siglo XIX, se han constituido en verdaderas *directrices* del desarrollo histórico contemporáneo.

²⁹⁰ Es importante dejar sentado que lo anterior, una discusión de *enfoque historiográfico*; es decir, un debate acerca del *aparato teórico* de la interpretación histórica, no debe y no puede *reemplazar* la investigación historiográfica propiamente tal, la contrastación empírica del hecho histórico y el estudio de fuentes. En otras palabras, ni las categorías de *pueblo* o *clase*, o las perspectivas de una u otra tradición teórica, pueden reemplazar la investigación específica del proceso histórico.

“nuevos paradigmas” del quehacer historiográfico. Nuevos paradigmas que habrían de superar, entre otras cosas, el “añejo” análisis marxista de clases, haciendo posible la elaboración de una visión “más dialéctica” del devenir de los procesos históricos.

Sería la perspectiva de *lo local*, y no el enfoque estructuralista o marxista, lo que podría dar cuenta del sentido más *profundo* de los fenómenos históricos. En otras palabras, el llamado “Paradigma de lo local” permitiría dejar atrás y superar las viejas interpretaciones “estructurales” del pasado. Son Salazar y Benítez²⁹¹, al igual que Illanes²⁹² (entre otros), quienes proponen la necesidad de tal enfoque para la investigación historiográfica. Según aquellos, los fenómenos históricos (antes que desde una perspectiva *macro*: nacional, estatal o de clases) deberían ser investigados a partir de las condiciones *locales* de su desarrollo. Y esto porque lo local, a fin de cuentas, sería el espacio en el que los procesos históricos se articulan y adquieren *sentido*. En definitiva, sería en *lo local*²⁹³ en donde estos procesos adquieren *profundidad* histórica, y por tanto *realidad, magnitud y densidad* propia, *historicidad*. La comprensión de las formas económicas, sociales, políticas y culturales locales *desde abajo* sería clave, entonces, en la comprensión del proceso histórico y su dinámica. Es dando prioridad a “lo local” que sería posible dar cuenta de los procesos históricos en su *génesis* misma. Solo posteriormente, habiendo investigado los procesos históricos *desde abajo*; es decir, desde su *nacimiento*, el investigador podría intentar una panorámica más “general”, “macro”, de los fenómenos históricos en estudio. Y es que en el “Paradigma de lo local” (como plantea Salazar) lo que ha sido estudiado desde el “margen” por la historiografía *tradicional*, se convierte en el “centro”. Existiría, dicen Salazar y Benítez, un *traslado epistemológico* del objeto de estudio, un ejercicio histórico que plantearía *nuevos métodos, nuevas problemáticas y nuevas formas de escribir (y hacer) historia*. Como lo plantea también Illanes, la localización de los conceptos; su aterrizamiento en la diferencia, su historicidad. En síntesis, lo *local* sería el espacio histórico *concreto, real*, en donde adquieren *sentido* las distintas formas de la *identidad* y la

²⁹¹ Gabriel Salazar y Jorge Benítez. *Autonomía, espacio y gestión. “El municipio cercenado. (La lucha por la autonomía de la asociación municipal en Chile, 1914-1973)”*. Ediciones LOM, Santiago, 1998.

²⁹² Aquellos autores, refiriéndose al problema de *¿Como y con que objetivos desarrollar un trabajo de investigación histórica?*, se preguntan acerca de cual es y de cómo abordar el “objeto de estudio” de la historiografía.

²⁹³ ...a partir de la imbricación y entrelazamiento de *micro* procesos históricos.

memoria de los sectores populares. El espacio a partir de donde, por lo mismo, nacen y se desarrollan los distintos *proyectos* sociales e históricos del *bajo pueblo*, y a partir del cual se articula el más diverso espectro de *sujetos históricos* con una conciencia y afirmación socio-cultural propia. Sería en los espacios locales, por tanto, en donde *tomarían forma* y se fortalecerían las distintas expresiones de la *vida civil* y del *empoderamiento ciudadano*.

En cuanto al programa de investigación inherente al “Paradigma de lo local”, este empalmaría con el estudio de aquellas formas institucionales que no han sido tomadas en cuenta por las corrientes historiográficas tradicionales; por ejemplo, los Municipios y Comunas. La importancia de estas instituciones tendría que ver con que aquellas, relacionándose con la vida cotidiana de los distintos sectores sociales, habrían tendido a *reflejar* (aunque de forma contradictoria) los intereses y aspiraciones de estos. Es más, estos sectores habrían tendido a *empoderarse* de las mismas, desarrollando formas de *autonomía* y *soberanía popular* propias. Dichas instituciones, de hecho, se habrían caracterizado por tener un carácter “mixto”; es decir, por haber sido instituciones *bi-faciales*, ubicadas *entre* el Estado y las masas populares. A la vez, aquellas (el Cabildo en un primer momento, antes de la estructuración del Estado portaliano, las Comunas y Municipios después) habrían sido una especie de *materialización histórica* de la tensión existente entre el Estado y las distintas formas de “poder popular” a través de la historia. Estudiando la historia municipal y comunal sería posible, por tanto, un acercamiento más acabado a las distintas formas de *poder local* con que el “bajo pueblo” habría *realizado* su propia soberanía (aunque no sin contradicciones), llegando a cuestionar así el proyecto hegemónico de las elites. Así mismo, la aplicación del “Paradigma de lo local” en la investigación historiográfica implicaría, entre otros ámbitos, el estudio de las formas en que los sectores populares se habrían *apropiado* del espacio público, incidiendo de esta manera en la configuración de los distintos hábitats sociales. Según Salazar, sería en estas formas de *autonomía* popular (omitidas por la historiografía *oficial*); el *empoderamiento* de las instituciones de poder municipal y comunal y la *apropiación* y *configuración* del espacio social por parte del *bajo pueblo*, en donde se habría expresado históricamente el *poder ciudadano* de los sectores populares. El espacio social, entonces, a partir de donde los sectores populares habrían adquirido *identidad* y *memoria* propia, *dimensión histórica*.

Por otro lado, sería el concepto de *popular*, en tanto característica *identitaria* de los sujetos sociales constitutivos del *bajo pueblo*, otra de las categorías centrales de la propuesta historiográfica de Salazar y de la “Nueva Historia”. Para este historiador, habría sido la realidad actual (caracterizada por un agudo *declive* de las grandes estructuras²⁹⁴ y de los sujetos sociales “clásicos”) la que habría dejado “en el aire” (literalmente) una perspectiva estructural o de clases acerca de los procesos históricos. Según esta visión, sería necesario encontrar un *nuevo* punto de vista desde donde estudiar el pasado. Justamente, serían los conceptos de “popular” y “bajo pueblo” (así como otros parecidos) los que podrían aportar con aquella nueva *posición epistemológica*. Ya en el prólogo de su libro *La historia desde abajo y desde dentro*²⁹⁵, Salazar nos plantea lo siguiente:

“Durante las décadas de 1970 y 1980 se produjo el desplome de las grandes estructuras políticas, empresariales e ideológicas que habían caracterizado el llamado período fordista de la historia mundial (1945-1980, aproximadamente). Con su caída, se produjo el eclipse de las “planificaciones centrales” que habían sido propias del Estado social-demócrata, populista, desarrollista y socialista, y con ellas, se desencadenó también el desperfilamiento de las ciencias sociales, que habían sido convocadas a trabajar desde la perspectiva de las grandes estructuras, las planificaciones centrales y los grandes cambios de la sociedad. [...] La masa ciudadana se quedó, en menos de una generación, sin referentes estructurales para construir sus identidades sociales, culturales y, aún, políticas. Se proclamó el quiebre de los “grandes relatos”, que antes habían dado identidad y sentido histórico a esa masa. Otros hablamos del “crepúsculo de las ideologías” [sería bueno preguntarle a Salazar que diferencia de fondo existe entre *crepúsculo* y *quiebre*, ya que ambos conceptos aluden al colapso de una visión *totalizadora* de la historia, a una *descentralización* de los procesos históricos]. [...] Fue tras la constatación de ese cambio profundo que se precipitó lo que se llamó el “retorno de los sujetos”, o el “regreso de los actores sociales”. Sujetos sin estructuras sobre sí, o al margen de ellas. Actores sin ideologías directrices, o solo con el resto de ellas. Sujetos y actores llenos de preguntas [...] Sin más certezas que sus experiencias recientes. Sin otro recurso a mano que su memoria. Sin otra fuerza o poder que sus grupos conocidos y sus redes locales”²⁹⁶.

²⁹⁴ Para una polémica con los postulados de la sociedad *post-industrial*, el *fin* el trabajo, la primacía del trabajo *inmaterial* y otras variantes de lo mismo, revisar los números de la revista *Estrategia Internacional* en www.ft.org.ar.

²⁹⁵ Salazar, *La historia desde abajo...op.cit.*

²⁹⁶ Salazar, *La Historia desde abajo... op. cit.*, Prólogo.

En definitiva, hablar de clases sociales “a la manera tradicional” (hablar de clase obrera, campesinado, pequeño burguesía o burguesía imperialista), en un momento histórico de aguda *fragmentación* sociológica y de surgimiento de *nuevas* ordenaciones sociales (¡tal y como plantea el discurso de la filosofía post-moderna!), sería para las ciencias históricas una especie “callejón sin salida”, una verdadera “trampa epistemológica”. Según Salazar, como hemos dicho, sería dando *prioridad* teórica a los conceptos de “popular” y “bajo pueblo” (junto a otros como los de *ciudadanía*, *sociedad civil*, etc), que sería posible la reconstrucción de un pensamiento *crítico* en el seno de la disciplinas históricas.

Lo importante a retener hasta acá es constatar que tanto para Salazar, como para varios exponentes de la “Nueva Historia”, el llamado “Paradigma de lo local” y el concepto de “pueblo” tendrían hoy²⁹⁷ una importancia fundamental a la hora de la interpretación historiográfica.

2.2 Industrialización *popular* como proyecto histórico alternativo (Siglo XIX).

La tesis central que maneja Salazar en su artículo “La Guerrilla de los Mercaderes”²⁹⁸, es la existencia de un modelo económico, político y socio-cultural *alternativo*, promovido por un proceso de industrialización *desde abajo*. En pocas palabras, una industrialización de carácter *popular*, *autónoma* de las elites nacionales y extranjeras. La constatación que hace este historiador del efectivo fortalecimiento de la industria artesanal²⁹⁹ durante aquel periodo, le permite dilucidar algunos de los factores que incidieron en la evolución histórica de nuestro país durante aquellos años. Sin embargo, en aquel artículo existen algunas problemáticas que no están resueltas. ¿Porqué, y a qué causas históricas *profundas* responde el hecho de que las elites no optaran por un modelo de industrialización capitalista moderno? ¿Por qué, es más, esta burguesía mercantil-financiera jugó un papel derechamente *des-industrializante*, aliada de las casas comerciales extranjeras? Por otro lado ¿Por qué el proyecto de la economía popular, su proyecto industrialista artesanal, *no* se

²⁹⁷ ...como hemos dicho: el momento de la *caída* de las grandes estructuras económicas, sociales y políticas del pasado.

²⁹⁸ Salazar, “La Guerrilla de los mercaderes...”, *op. cit.*

²⁹⁹ El que fue real, teniendo incluso incidencia en las relaciones comerciales entre Chile y algunos países vecinos.

desarrolló? ¿Cuáles fueron sus *límites* estructurales? Finalmente, ¿Podía desarrollarse, a partir del fortalecimiento de la industria artesanal y popular, un proyecto de sociedad *alternativo*?

Aquellas preguntas, claves para el análisis del mismo proceso, Salazar no las responde. Esto se debe, pensamos, a que este historiador no lleva el análisis de clases de dicho fenómeno *hasta el final*. No hacerlo significa³⁰⁰ (entre otras cosas) que aquel *diluye* el carácter de clase del proceso de desarrollo económico que constata (*fundamentalmente artesanal*), definiéndolo a partir de una categoría más difusa (la de industrialización *popular*). Con esto, Salazar impone así un límite a su propia reflexión historiográfica. Por otro lado, creemos que el hecho de que este historiador no responda dichas preguntas, tiene que ver con que aquel despliega en su análisis una perspectiva eminentemente *local*, y no internacional como lo requería en esta ocasión la interpretación historiográfica. Lo anterior, como veremos a continuación, no tiene una importancia menor. Es más, la definición de industrialización *popular*, junto a una perspectiva eminentemente *local* de la misma, conducen a Salazar a una completa *distorsión* de la dinámica y la proyección histórica del proceso económico y social que él mismo investiga.

Según este historiador, la economía *popular* habría sido capaz de impulsar (de seguir desarrollándose) un modelo de desarrollo económico y social “alternativo”, *reemplazando* (¡en las primeras décadas del siglo XIX!) el papel y la influencia del gran capital mercantil financiero³⁰¹. Dicho de otra manera, los sectores populares; sobre la base de un proceso de desarrollo económico *fundamentalmente* artesanal y *pre-capitalista*, habrían sido capaces de avanzar en la consolidación de un modelo económico-popular *diferente* al que imponían por aquellos años las elites. Ósea, a ver en la llamada Industrialización *popular* la posibilidad de una “Revolución Industrial” *alternativa*, entendiendo a esta última como una de las bases para la generación de una sociedad *opuesta* a la tradicional. Podemos ver, en este caso, como una *correcta* descripción de un fenómeno histórico real, el desarrollo

³⁰⁰ Aún cuando este historiador consiga, en *otros* ámbitos, relacionar la evolución del modo de producción colonial imperante con el desarrollo histórico de los distintos sujetos sociales del momento.

³⁰¹ En esa dirección se desplaza Salazar en el artículo al que hemos hecho mención, dándolo a entender más que afirmándolo categóricamente.

económico de la producción artesanal y de los sectores marginales en aquel periodo, es interpretada sobre la base de una dinámica histórica *imposible*. De acuerdo a esta última, la poderosa influencia del capital mercantil extranjero en nuestro país (vía elites criollas), sostenida por el impulso del más importante desarrollo tecnológico y productivo hasta ese momento conocido (la Revolución industrial europea), podría haber llegado a ser *reemplazada, anulada*, por el desarrollo *local y autónomo* de la *débil* (aunque coyunturalmente “pujante”) economía “popular” *pre-capitalista* chilena. Igualmente, producto de su definición y de su enfoque *localista*, Salazar no solo parece *confundir* el carácter del fenómeno industrialista, sus posibilidades *reales* de desarrollo. A la vez, este llega incluso a *deformar* la proyección histórica de los sujetos sociales actuantes en dicho proceso, a interpretar el papel que jugó cada uno de estos de una manera *unilateral y a-histórica*. En el caso de la burguesía mercantil-financiera chilena, Salazar no indaga en las causas *estructurales*, y en los condicionantes históricos *de clase*, que determinaron la actitud claudicante de estas ante el capital foráneo. Esto último, aunque cierto, no es sino el efecto de unas causas históricas que este historiador no devela. Así mismo, cuando Salazar se refiere a los sectores populares de principios del siglo XIX en Chile, este parece *identificar* en aquellos al sujeto social de un proyecto de sociedad opuesto al de las elites, pero sin preocuparse de las importantes *limitaciones* históricas que presentó la acción de los mismos.

Enfocando la cuestión desde otro punto de vista, pensamos que es a partir de una perspectiva ante todo *internacional*³⁰², teniendo en cuenta el estado de desarrollo del Capitalismo mundial (y sin *negar* los factores nacionales o locales), que deben ser estudiadas las *posibles* proyecciones históricas del proceso de industrialización ya mencionado. Así también, que la actitud des-industrializante de las elites mercantil-financieras, como también la acción histórica de los sectores populares durante aquellos

³⁰² Es decir, una perspectiva mundial del estado del Capitalismo industrial. Este último, un fenómeno *particular* de la historia universal, se ha desarrollado sobre la base de la confluencia de condiciones históricamente *específicas*. Por ejemplo, en Inglaterra, a partir del desarrollo de una industria expansiva; el mercado mundial del algodón y de los textiles a fines del siglo XVIII, y el del carbón y los FFCC durante la primera mitad del siglo XIX; del fortalecimiento de las bases legales heredadas de la revolución inglesa del siglo XVII, la cual consolidó el régimen de la propiedad privada capitalista en el campo; de la existencia de una industria campesina capitalista que hizo posible la urbanización masiva de ciudades; del fortalecimiento de una burguesía hegemónica y del importante avance tecnológico; de la situación política de Europa al final de las guerras napoleónicas, etc.

años, deben ser investigadas a la luz de un *análisis de clases*, reconociendo los límites estructurales que imponía la situación en su conjunto.

En el caso del papel económico y social jugado por las elites chilenas durante este periodo, creemos que es importante tener en cuenta que durante las primeras décadas del siglo XIX, el estado de desarrollo del Capitalismo industrial a nivel mundial era aún incipiente³⁰³. Aquello, incluso en el corazón de la Revolución Industrial; Inglaterra. De hecho, podemos decir que hasta las primeras décadas del siglo XIX, y no en todos los países, la industrialización en Europa era un fenómeno asentado tan solo en la industria textil. Es recién a partir de la década de 1840 (mediante el desarrollo de los FFCC y la industria pesada) que el proceso de industrialización habría de extenderse a las demás ramas de la economía. Pues bien, en este contexto internacional; porqué no existía en Chile una industria expansiva a desarrollar a nivel internacional como fue la del algodón, y porqué (entre otras razones) no existía tampoco la institucionalidad legal que facilitara el impulso de un proceso de industrialización capitalista pleno (como Salazar lo constata más profundamente en su propia categoría de modo de producción colonial³⁰⁴) ¿era posible que la burguesía mercantil-financiera chilena *deviniera* en industrial, y que impulsara así un proceso de industrialización capitalista moderna?. Pensamos que es precisamente desde allí, desde la perspectiva de la realidad internacional, y no desde el aspecto *puramente* local, que puede y debe entenderse el programa de desincentivo industrial que adoptaron, *localmente*, las elites nacionales. Igualmente, es sobre la base de la comprensión de las condiciones *específicas* del desarrollo del modo de producción colonial imperante en Chile, y de la relación específica que mantuvo este con el sistema capitalista mundial en formación, que se deben investigar las causas *históricas* de la efectiva claudicación de este sector social ante el capital foráneo. Estás últimas, aliadas del capital extranjero ¿acaso no actuaron, como también el conjunto de la burguesía latino-americana de esos momentos, impelidas de la *posiblemente* única alternativa histórica *real* que se presentaba delante suyo; esto es, la transformación de Chile en una semi-colonia capitalista?

³⁰³ En nuestro país la consolidación del modo de producción capitalista moderno (semi-colonial) sería posterior aún, ya bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.

³⁰⁴ Revisar la obra de Salazar *Historia de la acumulación capitalista en Chile*.

Por otro lado, con relación al aborto de la denominada Industrialización *popular*, es necesario referirnos también a los límites *estructurales* que debilitaron o impidieron su desarrollo. Efectivamente, la causa de su fracaso final no tiene tan solo que ver con el papel que desempeñó la llamada “guerrilla de los mercaderes”, sino que también con las características *internas* del mismo proceso “industrializador”. Una de estas características, entre otras, se refiere a la imposibilidad que mostró la llamada Industrialización *popular* para sostener una *igual* o *superior* expansión económica a la que impulsaban por esos años las grandes potencias industriales. Esto último es importante ya que la economía *popular*, al no poder alcanzar un desarrollo de esas características, estuvo en una posición cada vez más precaria ante la arremetida del poderoso capital mercantil-financiero³⁰⁵, estando imposibilitada para sostenerse en el tiempo³⁰⁶. Con respecto a esto, podemos decir que esto fue así, fundamentalmente, porque el fortalecimiento de la industria *popular* chilena (entre otras razones estructurales) se dio a partir del afianzamiento de la pequeña propiedad y del desarrollo de tecnologías nativas, siendo estas las bases del proceso económico de conjunto. Por el contrario, la expansión del capital mercantil financiero extranjero en nuestro país (con la complacencia de las elites criollas) fue impulsada sobre la base de un proceso de industrialización capitalista moderna, la cual requirió del desarrollo de la *gran* propiedad industrial y de la implementación de las más avanzadas tecnologías productivas del momento, así como también de la constitución de clases sociales plenamente diferenciadas: la burguesía industrial y el proletariado (las que no existieron en Chile, sino embrionariamente, hasta la segunda mitad del siglo XIX). Se puede afirmar que, desde su génesis misma, la llamada Industrialización *popular* (*imposibilitada* de competir o de detener el avance del capital extranjero) tuviese sus días contados. Paradójicamente, el periodo de su máximo desarrollo se constituyó en la antesala de su total desarticulación, de la mano de las casas comerciales extranjeras y de la burguesía mercantil-financiera criolla. Por último, podemos decir que el proceso de Industrialización *popular* presentó una serie de limitantes estructurales *internas*, las cuales (de seguir desarrollándose durante la segunda mitad del siglo XIX) habrían terminado por coartarla *desde adentro*, por abortarla. Y es que

³⁰⁵ El cual se fortalecía a nivel mundial, favorecido por el desarrollo industrial de las *principales* potencias capitalistas.

³⁰⁶ ...*primando* entonces, a mediano y largo plazo, los intereses económicos, sociales y políticos del gran capital mercantil-financiero extranjero y de sus socios; las elites criollas.

los sectores populares más pujantes, favorecidos por la expansión de la Industria *popular*, habrían comenzado a operar (tarde o temprano) bajo criterios de *competencia* capitalista moderna³⁰⁷, debilitando en gran medida las lógicas de solidaridad y reciprocidad propias de la llamada Economía *popular*³⁰⁸. A largo plazo, debilitado el proceso de Industrialización *popular* “desde adentro”, habría acabado por primar *necesariamente* el proceso de expansión del capital extranjero, promovido en esos momentos a nivel internacional por las principales (y *agresivas*) potencias capitalistas³⁰⁹.

Finalmente, al tratar el problema de si la Industrialización *popular* podía o no haber decantado en la generación de un proyecto histórico de sociedad *opuesto* al de las elites, y de porqué dicho proyecto se vio finalmente frustrado, es importante tener en cuenta lo siguiente. La *incapacidad* de sus sectores protagónicos, sobre todo por su heterogeneidad social (la composición de clase *empresarial-obrera* del artesanado), para levantar un proyecto histórico *alternativo* al de la burguesía mercantil³¹⁰. Efectivamente, aquella heterogeneidad social; es decir, el *dualismo* obrero-empresarial de los sectores más pujantes de la economía *popular*, los hizo *oscilar* constantemente entre la defensa y el cuestionamiento de la propiedad privada, entre la alianza con los sectores populares en su conjunto y la búsqueda de un *entendimiento* con los sectores progresistas de la burguesía

³⁰⁷ ...demostrando con ello que la única forma de impulsar un proyecto de sociedad verdaderamente *autónomo* (de las clases dominantes), a diferencia de lo que nos dicen Salazar y otros intelectuales; por ejemplo, en el llamado III Manifiesto de historiadores, no pasa por la *regulación* o *humanización* del Mercado, sino que por su *destrucción*. En otras palabras, por la *superación* de este a partir de un nuevo régimen político basado en la propiedad *social* de los medios de producción y en la *planificación* centralizada de la economía.

³⁰⁸ Si es que, *efectivamente*, hubieran primado en el seno de la economía artesanal aquellas lógicas de reciprocidad y solidaridad popular (lo que es ya *altamente* cuestionable), debiendo ser aún *verificadas* por la investigación historiográfica. ¿Acaso las necesidades de la acumulación primitiva pre-capitalista no generaron en algunos sitios, en los albores del Capitalismo industrial, tasas de explotación y opresión mayores a las actuales? ¿Acaso la economía artesanal no contiene, en *germen*, las formas fundamentales de la competencia comercial, primera forma con que se ha presentado el Capitalismo en su historia?

³⁰⁹ La apertura del mercado japonés y chino por parte de cañoneros norteamericanos (durante la primera mitad del siglo XIX) es un ejemplo *evidente*, entre otros, de la fortaleza con que los intereses del capital comercial y financiero se extendían por el Mundo. ¿Podía la industria *popular* chilena de aquellos años, esencialmente artesanal y pre-capitalista, haber opuesto una resistencia *duradera* a la furibunda expansión internacional de la burguesía europea, armada británica de por medio?

³¹⁰ Existe una analogía histórica de clases, interesante a tener en cuenta, entre el desarrollo político del artesanado chileno en aquel periodo, con el del movimiento artesanal en Francia, medio siglo antes. Estos sectores sociales, las bases del *Sans-culotismo*, tampoco pudieron oponer (tal y como el Pipiolismo en Chile, que tenía una base social en algún sentido similar) un modelo de sociedad y de desarrollo económico alternativo al que levantó el gran capital mercantil y financiero.

nacional³¹¹, *incapacitándolos* así, en su misma *génesis histórica*, para poder enfrentar *hasta el final* el proyecto histórico de las elites. La *inexistencia* de un sector social que por su lugar en la estructura productiva y por su relación con los medios de producción haya podido enfrentar, y *destruir*, las bases en que se sustenta el poder de las clases dominantes (como es el caso de la clase obrera hoy), fue un impedimento para el asentamiento de las condiciones políticas y sociales *necesarias* para la constitución de un proyecto histórico *alternativo* al de la poderosa burguesía mercantil nacional y extranjera.

2.3 Balance historiográfico de los procesos de lucha y organización obrera y popular durante los años 70 y 80.

Es en la interpretación del proceso revolucionario de comienzos de los años 70 en Chile, y en la valoración del periodo de las “protestas” durante la década siguiente, en donde la carencia de un análisis de clases provoca en Salazar las más importantes distorsiones de la realidad histórica. De acuerdo a este, el ascenso popular de los años 80 se habría caracterizado por ser:

“[...] sin duda, la más masiva, atrevida y larga rebelión de la Sociedad Civil contra el Estado que se había producido en Chile. Y sin duda, la que tuvo, por eso mismo, el más alto índice de violación de los derechos humanos perpetrado por el Estado en contra de esa Sociedad Civil. Históricamente, el ciclo de protestas ciudadanas (1983 a 1987) constituyó no sólo un hito especialmente dramático, sino también una *ruptura* del tejido cívico chileno, del rango de un holocausto o de un Auschwitz. [...] de hecho, equivalía, *cívica y políticamente* (no militarmente), a un jaque mate”³¹².

Según este autor, la lucha anti-dictatorial de aquellos años, un periodo de *intensa* construcción de la identidad y la memoria histórica de los sectores populares, contrastaría agudamente con el proceso revolucionario de los 70. Este último, según este historiador, habría sido un momento en que el proyecto revolucionario parecía:

³¹¹ Los cuales, a pesar de levantar una serie de reformas de orden democrático, eran renuentes a una alianza con el conjunto de las masas populares, siendo en realidad primos de sangre de la más rancia aristocracia terrateniente criolla.

³¹² Salazar, “Historiografía y Dictadura...”, *op. cit.*, pág. 120.

“no haber estado internalizado en el ser social, cultural e histórico de esos sujetos, sino en los aparatos estructurales que los disciplinaban y dirigían. Como si esos sujetos, algo menos que sujetos, hubieran sido instrumentos de tales aparatos. Algo así como alfiles y peones “todo terreno”, movidos por la ciencia y el proyecto de los “reyes” que dirigían el ajedrez de la historia”³¹³.

Para Salazar, el pensamiento y la práctica revolucionaria de los 70 se habría caracterizado por presentar serios problemas, los cuales habrían terminado por facilitar el “mortal contraataque neoliberal” de las décadas siguientes. Según este historiador, las *estructuras revolucionarias* que primaron en aquellos años, léase partidos y estrategias marxistas sin distinción, habrían *reemplazado* a los sectores sociales mismos; es decir, habrían *substituido* al “verdadero” *sujeto de la revolución*: el pueblo. Es más, dichas estructuras (partidos) habrían *instrumentalizado* al movimiento popular en su conjunto, coartando su desarrollo social y constriñendo su evolución política. Esto último, entre otras cosas, habría sido la consecuencia práctica de la aplicación de una perspectiva teórica *extranjera* (el Marxismo *europeo*). Aquella sería responsable, en última instancia, de pretender *trasplantar* desde el “viejo” mundo una estructura de pensamiento y organización *ajena* a la propia *experiencia social* de los pueblos de América. Según Salazar, por tanto, no habría existido durante los años 70 (desde la década del 30 hasta el gobierno de la UP) un verdadero pensamiento *crítico* y *revolucionario*, sintetizado a partir de la historia y el desarrollo socio-cultural *particular* de dichos “pueblos”. Y es que las estrategias y partidos *extranjeros* (marxistas y de izquierda) habrían impedido la articulación de un proyecto popular *originario*, coherente con la realidad propia de nuestro país y de Latinoamérica. Esto habría truncado el desarrollo de la *identidad* y de la *conciencia* de los sujetos revolucionarios, debilitándolos. Lo que habría sucedido durante este periodo en nuestro país, por tanto, habría sido no solo la *imposición* de una teoría *general* “europeizante”, la cual se habría “instalado” *sobre* la conciencia social y la identidad histórica de los sectores populares, sino que (más aún) una verdadera *des-historización* de los mismos. En otras palabras, el reemplazo de la *experiencia social* del movimiento popular y de su *historicidad* por la *doctrina*. Pues bien, las implicancias *estratégicas* de esto último habría traído las más

³¹³ Salazar, “Desbandes y Emergencia...”, *op. cit.*, pág. 82.

nefastas consecuencias para el fortalecimiento del movimiento popular y de sus organizaciones, favoreciendo así el desarrollo del trágico desenlace del 73.

En este caso, la inexistencia de un análisis de clases no solo conduce a Salazar a una caracterización y a una valoración errada de los procesos históricos en estudio (como veíamos en el caso de la llamada Industrialización *popular*), sino que (más aún, como plantearemos a continuación) lo lleva a una verdadera, y grosera, *mixtificación* ideológica de la realidad. En su interpretación de los distintos periodos, este historiador parte por realizar una *exaltación* de los métodos que tomó el enfrentamiento anti-dictatorial durante los años 80, viendo en estos una *superación* de los que el movimiento obrero y la Izquierda habían puesto en pie una década antes. Al mismo tiempo, criticando el papel de las estrategias y de los partidos obreros durante este periodo, Salazar pasa de contrabando algunos elementos³¹⁴ de su propio *programa* político, intentando “encontrar” un asidero histórico³¹⁵ a sus concepciones *autonomistas* y *populistas* de la acción “revolucionaria”. Efectivamente, realizando una alabanza de la lucha poblacional durante los 80, dicho historiador desliza en sus reflexiones su ya tradicional *culto* a la espontaneidad popular y a la lucha por la *profundización* de la Democracia³¹⁶. Ahora bien, es precisamente en la contrastación de sus planteamientos con la realidad histórica, que el análisis que hace acerca de dichos procesos se demuestra como insostenible³¹⁷. Quedando así de manifiesto, entre otras cosas, los graves problemas que conlleva la utilización del concepto de “popular” y del llamado “Paradigma de lo local” como claves de la interpretación historiográfica.

En lo que sigue, en contraposición a la interpretación que realiza Salazar con respecto a aquellos periodos, realizaremos una sucinta comparación histórica entre el ascenso revolucionario de los 70 y el de la protestas populares en contra de la Dictadura. Asumiremos para esto la perspectiva del análisis de la lucha de clases en ambos periodos, a

³¹⁴ ... presentándolos como una “incisiva” y “novedosa” interpretación historiográfica.

³¹⁵ ...en la *supuesta* mayor radicalidad y espontaneidad de los sectores populares durante este periodo.

³¹⁶ O bien, dicho de otra manera, sus ya *tradicionales* concepciones políticas de conciliación de clases y de humanización social (del Capitalismo).

³¹⁷ Podemos decir que el balance que realiza Salazar acerca de los procesos de lucha de clases durante este periodo, sintetizado en su artículo “Desbandes y Emergencias”, se cuenta entre lo *peor* de su elaboración historiográfica.

la luz de la evolución histórica de los mismos. Así también, un enfoque que comprenda los aspectos locales y nacionales del desarrollo de ambos procesos, pero *integrándolos* en el marco de las grandes tendencias de la economía, la política y lucha de clases a nivel internacional. Lo que se plantea aquí, lo recalcamos, no es un rechazo *total* de los enfoques propios de la *historia desde abajo*, los cuales pueden ser útiles en determinados aspectos de la investigación histórica, sino que su *subordinación* a las perspectivas y a los puntos de vista característicos del Materialismo histórico.

Una de las primeras cuestiones que resalta al estudiar los procesos de lucha y organización obrera y popular durante los años 70 y 80 en Chile, es la gran *diferencia* que existe en la gestación, evolución y en el cierre de ambos. Efectivamente, los primeros años de la década del 70 fueron testigos de un ascenso revolucionario de gran magnitud. Este llegó a atacar (“por todos los frentes”) a los principales pilares de existencia del orden capitalista. El estallido de innumerables tomas de fábricas y de terreno, al calor del nacimiento y extensión de los Cordones industriales, significaron una “amenaza de muerte” para el derecho “sacrosanto” de la propiedad privada burguesa. La clase obrera y los sectores populares avanzaron en el sentido de un cuestionamiento radical del orden y de la legalidad; la administración obrera de la producción, el control del abastecimiento popular mediante la constitución de las “Juntas de Abastecimiento Popular” (JAP’s), la creación de órganos de poder popular como los Comandos comunales, y la voluntad creciente de las masas por rebasar los estrechos marcos de la institucionalidad burguesa, son una muestra *evidente* de aquello. Por el contrario, el proceso de las protestas populares en contra de la Dictadura, sobre todo después de la derrota de la huelga general del año 83, se remitió centralmente (pese a su magnitud³¹⁸) a la lucha poblacional y a las acciones de lucha callejera. Podemos decir que estas; por ejemplo, las jornadas nacionales de movilización y protesta, aún cuando hayan impulsado un basto fenómeno de organización y de lucha de los sectores populares, y aún cuando hayan constituido un *gran problema* para la continuidad del régimen dictatorial, no significaron una verdadera amenaza para la existencia del

³¹⁸ Que no dejó de ser enorme y que aglutinó a vastos sectores de las clases medias y de la sociedad civil atrás suyo.

régimen burgués y de sus instituciones³¹⁹. Con relación a esto, que más *decidor* el hecho de que en los 70 la burguesía necesitara arremeter “a sangre y fuego” en contra de las masas populares para derrotarlas³²⁰. En cambio, durante los años 80, esta fue capaz de contener el ciclo de protestas anti-dictatoriales *en* los márgenes de la institucionalidad de Pinochet, encausándolas *hacia* la lucha por la Democracia (pactada). Paradójicamente, uno de los golpes militares más furiosamente anti-obreros y anti-marxistas en Latinoamérica (totalmente *necesario* para derrotar a la clase obrera y a sus organizaciones), fue “compensado” históricamente, algunos años después, con el avance de la “transición democrática” más *ordenada* y “ejemplar” que se hubiera visto en el Continente. En otras palabras, lo que *ningún* partido político pudo hacer en el contexto del proceso revolucionario de los años 70; esto es, canalizar la lucha obrera y popular hacia los marcos del régimen burgués imperante³²¹, lo hizo a fines de los 80, sin grandes traumatismos históricos para el régimen capitalista, uno de aquellos partidos que habían incitado a la realización del golpe; la Democracia Cristiana.

Se puede decir, entonces, que la gestación, dinámica y resultados de ambos procesos no solo presentan importantes diferencias, sino que además son históricamente *divergentes*³²². Como dijimos antes, pensamos que los conceptos de *popular* (y sus términos afines), como también el llamado “Paradigma de lo local”, se quedan *cortos* al momento de explicar el contenido histórico *profundo* de dicha divergencia. Además, que es desde un análisis de clases y de un examen de la situación internacional, que se pueden interpretar más *fielmente* las causas y el carácter histórico *disímil* de ambos periodos³²³. Según este último enfoque, en contraposición a Salazar y gran parte de la “Nueva Historia”, podemos afirmar lo

³¹⁹ De hecho, las protestas populares de los 80 ni siquiera pudieron tirar abajo a la Dictadura (como sí había sucedido en otros países de América Latina), la que posteriormente resultaría triunfante ante las mismas.

³²⁰ Dándose cuenta de la amenaza histórica que experimentaba su poder, la burguesía fue capaz de tener una *correcta* lectura histórica de su situación como clase dominante, de sus *necesidades*, y del *peligro* que les acechaba: *matar o morir, dictadura militar o dictadura del proletariado*.

³²¹ Efectivamente, dicho proceso revolucionario fue *in-canalizable* hasta para los principales partidos de izquierda. Y es que la clase obrera, y los sectores populares, habían comenzado ya a enfrentar la estrategia frentepopulista de conciliación de clases de la “Unidad Popular” y de su vertiente *ultraizquierdista*; el MIR.

³²² Como lo plantea también Salazar, pero desde un enfoque diametralmente opuesto; es decir, haciendo una apología del espontaneísmo y del carácter poblacional de las protestas anti-dictatoriales durante los años 80.

³²³ Se debe aclarar, nuevamente, que esta es una discusión de *enfoque teórico*, acerca del *aparato* de la interpretación histórica, y que esta no debe y no puede sustituir a la investigación historiográfica propiamente tal. Como dijimos, que las categorías teóricas no pueden reemplazar la investigación concreta del proceso histórico.

siguiente.

Que si bien ambos procesos son expresión de un importante ascenso *popular*, se diferencian a causa de que a comienzos de los años 70 fue la clase obrera la que *conquistó* la hegemonía del movimiento popular en su conjunto. En los años 80, por el contrario, esta última (muy debilitada por la masacre del 73 y por la represión dictatorial) fue finalmente derrotada, *diluida* como sujeto social en “la población”³²⁴. La *centralidad obrera*, en el primer caso, y su anulación, en el segundo, es una de las causas históricas más importantes para dar cuenta de las importantes diferencias que se pueden encontrar entre uno y otro proceso. El papel de la clase obrera en uno y otro explica, por tanto, que durante los años 70 se haya desarrollado en Chile uno de los procesos revolucionarios más avanzados en Latinoamérica y el Mundo. Así mismo, que a fines de los 80 nuestro país fuera testigo del proceso de transición pactada a la democracia más “ejemplar” (ósea, más *controlada*) de todas las que se dieron en la región. La centralidad de la clase obrera, en un caso, y el peso protagónico del “poblador”, en el otro, es uno de los factores que explica el diverso contenido histórico de aquellos periodos. La diversa *textura* de los mismos, y sus dinámicas políticas y sociales *opuestas*.

El periodo de comienzos de los 70, de acuerdo a su contenido histórico de clases, se puede definir como una *Revolución obrera clásica*; el de los años 80, como un *ascenso popular democrático-burgués de masas*. En este último, ni siquiera el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR)³²⁵, la vertiente *radical-armada* del proceso, llegaría a superar los estrechos marcos de la lucha política del periodo: la lucha por la “Democracia”. Podemos afirmar que el proceso obrero y popular de principios de los 70, porque logró desarrollar lo más avanzado de la organización obrera y popular, los Cordones industriales, constituyó

³²⁴ Esto se dio así, fundamentalmente, a partir del fracaso de la convocatoria a paro general en el año 1983.

³²⁵ Esta organización, así como posteriormente el “Lautaro”, no cuestionó en ningún momento la política democrática de colaboración de clases que levantó el PC (y otros sectores) durante aquel periodo. Al contrario, fue la expresión *en armas* de la misma. Un ejemplo histórico de dicha estrategia reformista *armada*, y de sus consecuencias, lo podemos encontrar en el caso del FSLN en la Revolución Nicaragüense. Un caso actual, entre otros, en el de las FARC y el ELN en Colombia. Igualmente, aunque ya llevando al extremo la *adaptación* al régimen burgués, en el caso del EZLN y del *mediático* Sub-Comandante Marcos. En Chile, algo similar podemos encontrar en el caso del FPMR actual y del GAP. Para leer un balance de la Revolución Nicaragüense y una polémica con el resto de las organizaciones de izquierda mencionadas, revisar los artículos afines en las siguientes páginas: www.ft.org.ar / www.clasecontraclase.cl / www.armasdelacritica.cl.

una amenaza *mortal* para la existencia misma del orden capitalista. Por su lugar estratégico en la producción, por ser una clase nacional e internacional, la clase obrera (organizada en los Cordones industriales), pudo imprimirle su sello al ascenso popular de los 70, dotándolo de una *dinámica revolucionaria clásica*. Durante los 80, por el contrario, y porque la clase obrera fue “quitada de escena” (con la complicidad de sus direcciones políticas), la burguesía fue capaz de *desviar* la lucha del movimiento popular a la *periferia*: a los sectores sociales marginales y a las “poblaciones”³²⁶. Desde esa manera, resguardados los centros *neurálgicos* del poder burgués, las protestas no pudieron derrotar a la Dictadura, sino que tan solo la dejaron “en jaque”. Y es que el poblador, en su condición de *consumidor* y no de *productor* (peleando por sus más mínimas reivindicaciones: la vivienda, el alimento, la asistencia) no pudo, no podía y difícilmente podrá nunca, constituir una amenaza *fundamental* en contra del régimen burgués. De ahí que, debido al rol protagónico que tuvieron el poblador y la lucha poblacional durante estos años, el ascenso popular no pudiera evolucionar más allá de los límites que impuso el “estallido periódico”, manteniéndose dentro de los márgenes que impuso la llamada “Transición democrática”.

Analizando el proceso de gestación y desarrollo de las protestas anti-dictatoriales durante los años 80, desde la perspectiva de la evolución de la lucha de clases, podemos afirmar las siguientes cuestiones. Primero, que entre los años 77 y 83 se asistió a una lenta y tortuosa *recomposición* del movimiento popular en nuestro país. En el marco del período más feroz de la Dictadura, las huelgas mineras de “El Teniente” y Chuquicamata, sumadas a la que estalló en siderúrgica Huachipato, constituyen los “elementos visibles” de un importante proceso de recomposición y rearticulación de la lucha y la organización de los trabajadores y el pueblo en nuestro país. Posteriormente, la crisis económica mundial del 81, que golpeó fuertemente a la economía nacional, fue un elemento *catalizador* que alentó a la clase obrera y a los sectores populares a pasar de una fase *defensiva*, ubicada entre los años 77 y comienzos de los 80, a una de enfrentamiento más *ofensivo* en contra del régimen dictatorial y sus planes. Fue en el marco de esta situación, que la Confederación de

³²⁶ Permitiendo que el sistema productivo se mantuviese intacto y que los órganos del poder burgués siguiesen reproduciéndose, sin mayores dificultades para su dominio.

Trabajadores del Cobre (CTC) realizó en 1983 un llamado público para la realización de una jornada de “expresión pública de descontento”. Se puede decir que esta protesta (mayo de 1983) abrió un *nuevo* ciclo de lucha y de organización popular en el país. Esta se caracterizó, prontamente, por *trasladar*³²⁷ el eje del proceso *desde* el sindicato y la huelga *hacia* la organización poblacional y al enfrentamiento armado en los sectores periféricos. Es justamente en este momento cuando se da inicio a la fase *clásica* de la lucha anti-dictatorial en Chile: el periodo de “las protestas”. A partir de aquel, serán el poblador, *más* que el trabajador, y la población, *más* que el sindicato, los principales protagonistas de esta etapa.

Ahora bien, aún cuando para dar cuenta de la dinámica histórica de estos procesos el análisis de la dinámica de la lucha de clases es fundamental, este *no basta* para poder explicar las características divergentes de ambos. La evolución particular de estos debe ser explicada, *además*, desde otra vertiente fundamental: *la situación mundial e internacional*. Efectivamente, la Revolución obrera de los 70 en nuestro país fue parte de un ascenso revolucionario mundial que se venía desarrollando desde los años 60. Así también, el ascenso popular de los 80 en Chile fue parte integral de un ascenso de masas anti-dictatorial en el resto de Suramérica. Finalmente, tanto la realización del golpe militar como la gestación de la llamada “Transición democrática”, tuvieron que ver con las políticas que el Imperialismo diseñó para asegurar sus intereses no solo en Chile, sino que también en el resto de su “patio trasero”.

Afirmamos que antes que con las características *locales* de la realidad nacional (aunque sin *negar* su importancia), el devenir de estos procesos tiene relación con las grandes tendencias económicas, políticas y sociales del momento (por ejemplo: la crisis mundial de los 80, el desgaste de los regímenes dictatoriales en la región, los estallidos populares en todo el Continente), las cuales cruzaron no solo a Chile, sino que también a toda Latinoamérica y al Mundo. Al nivel de los factores que *condicionaron* el desarrollo histórico de estos periodos, en un sentido histórico u otro, podemos concluir que lo local es

³²⁷ ...como dijimos, sobre todo después del fracaso de la convocatoria a huelga general realizada durante aquel año.

secundario, lo nacional e internacional *primario*.

En síntesis, pensamos que por haber jugado la clase obrera un papel clave en el proceso revolucionario de los 70, y por el contexto internacional que influenció el desarrollo particular-nacional, y local, de la Revolución chilena, esta llegó a desarrollar una *historicidad* más profunda que la alcanzada por el periodo de protestas anti-dictatoriales de la década siguiente. Y es que, durante aquellos años, los trabajadores pudieron desarrollar los gérmenes de un nuevo poder obrero y popular, los Cordones industriales. Similares a otras experiencias que el movimiento obrero había desarrollado alrededor del mundo; los Comités interfábriles de los 70 en Argentina, los Comités de Fábrica del mayo francés del 68, los “Shuras” de la Revolución iraní, los Soviets de la Revolución rusa, los Cordones industriales *enlazaron* con una potente tradición histórica de más de 150 años de lucha y de organización proletaria. Fue esta tradición, presente en la mayoría de los procesos revolucionarios del siglo XX, y que empalma en Chile con la experiencia de la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional (AOAN³²⁸), la que pudieron *sintetizar* y *desarrollar* los Cordones industriales. Estos últimos, *acaudillando* al resto de las organizaciones del movimiento obrero y popular, fueron capaces de imprimirle a la Revolución chilena un creciente sello de *independencia de clase* y de *auto-organización*³²⁹. Igualmente (junto al nacimiento y extensión de los Cordones industriales), el *importante* papel y el peso que llegaron a tener los partidos y organizaciones marxistas durante aquel periodo, se conecta con una serie de profundos procesos de politización obrera y popular que se remontan a los orígenes mismos de la lucha de clases moderna: la tendencia histórica a la autoorganización de las masas y a la construcción de sus propias organizaciones políticas³³⁰. En otras palabras, los *sujetos populares de cambio*, siendo la clase obrera el actor protagónico, fueron *más* conscientes y dueños de su destino; es decir, dotados de una historicidad más *plena* que durante el periodo de los años 80, cuando el poblador ocupó el rol central del

³²⁸ Ver el folleto “La Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional. ¿Unidad de los explotados o unidad de la izquierda?”, de Nicolás Miranda.

³²⁹ Dando los primeros pasos en ese sentido, siendo abortados en su desarrollo por el golpe militar del 73, que los aniquiló, y por la inexistencia de un Partido revolucionario que los impulsara como estrategia de poder. Esto último, tal y como hiciera el Partido bolchevique (dirigido por Lenin y Trotsky) a partir de la consigna *Todo el poder a los Soviets*, durante la Revolución rusa.

³³⁰ En este sentido, sería interesante preguntarle a Salazar si tiene conocimiento de *alguna* sola revolución social en que la estrategia y la práctica marxista (en sus distintas variantes) no hayan tenido una relevancia política de primer orden.

proceso. Al punto de prever el golpe militar y plantear una política alternativa³³¹, la clase obrera y sus organizaciones, *mejor* que cualquier historiador del momento, pudo afirmar que en aquellos momentos la alternativa histórica era, sin intermedios, *o la Dictadura del proletariado o la Dictadura militar*. Durante los 80, por el *contrario*, porque el rol protagónico lo tuvieron los sectores poblaciones (cohibidos en su condición de trabajadores), y porqué el panorama internacional era más adverso, bastó con el papel dirigente de la Democracia Cristiana (DC) y con la campaña del “NO”, así como con la candidatura presidencial de Aylwin, para dar por *cerrado* el proceso en su conjunto, dirigiéndolo *hacia* los marcos de la transición pactada. Durante este periodo, debido a que la clase obrera actuó *diluida*, y puesto que (por eso mismo) no se desarrollaron instancias de autoorganización y doble poder, la burguesía *no* necesitó de un golpe de Estado para terminar con el ascenso popular, bastándole tan solo con un *mal* “disfraz democrático”. Y es que el poblador, y los sectores populares en su conjunto, *privados* de la dirección del proletariado como sujeto social protagónico, no solo fue *incapaz* para enfrentar *hasta el final* a la Dictadura. Además, fue incapaz incluso para reconocer, como ya dijimos, lo que el plebiscito del “Si o el No” y la candidatura de Aylwin significaban; esto es, la *preservación* de la obra dictatorial y la instauración de un régimen democrático *a lo Pinochet*.

Como conclusión final, podemos reafirmar lo que decíamos al comienzo, que los conceptos de “popular” y el llamado “Paradigma de lo local”, son insuficientes para explicar las distintas dinámicas y el diverso *cauce histórico* de los procesos de lucha de clases durante los años 70 y 80. Al carecer de un análisis histórico de clases para estos periodos, Salazar distorsiona (como vimos) la caracterización y la dinámica de desarrollo de los mismos. Imbuido de sus concepciones autonomistas y populistas, así como por su programa político liberal-popular, este historiador encuentra en las principales *debilidades* del movimiento popular al calor de la lucha anti-dictatorial (la ausencia de la clase obrera y de sus organizaciones, la debilidad de los partidos políticos marxistas, la inexistencia de un partido obrero revolucionario) sus mayores fortalezas. A su vez, en algunos de los aspectos más

³³¹ Leer, por ejemplo, la “Carta de la Coordinadora provincial de los Cordones al Presidente Salvador Allende”.

favorables para el avance del proceso revolucionario durante los 70; la centralidad obrera, la construcción de organismos de doble poder y el peso de la ideología y la práctica marxista³³², Salazar identifica sus más importantes falencias.

2.4 La superioridad de las categorías marxistas como elementos de análisis e interpretación historiográfica.

La errónea valoración historiográfica del desarrollo pre-capitalista de principios del siglo XIX en Chile, el balance equivocado de los procesos de lucha y organización popular durante los años 70 y 80, el análisis incorrecto, como mencionábamos en otra sección, del estado de la identidad de los sectores populares a principios de los 90 (confundiendo una importante crisis histórica de los mismos con un supuesto fortalecimiento de su conciencia) y además las tendenciosas afirmaciones de este historiador con respecto al estado actual del Capitalismo (pasando, de contrabando, una serie de ideas post-modernas como la del fin de la clase obrera como sujeto social de la Revolución), se pueden atribuir a las deficiencias de sus concepciones teóricas populistas y autonomistas. Es decir, a las deficiencias de los

³³² La acción de los partidos y de la práctica marxista, si bien podemos decir que alienta *en general* el desarrollo de la subjetividad obrera y de la lucha de clases, *no niega* el hecho de que las diversas estrategias políticas que existen en su seno actúen de *diferentes maneras* (y en distintas direcciones) respecto de un mismo proceso histórico. Unas, las *reformistas*, impulsando políticas de conciliación de clases y de alianzas con sectores *progesistas* de la burguesía nacional. Otras, *revolucionarias* y *centristas*, buscando fortalecer la independencia de clases y la autoorganización obrera, o bien oscilando entre el apoyo y el combate de la burguesía “democrática” y de sus organizaciones. El fortalecimiento y la acción de una u otra, y de los distintos partidos que las representen, tendrá resultados políticos muchas veces *contrapuestos*. En otras palabras, el carácter *de clase* de la teoría y de la política marxista no niega la *necesidad* del enfrentamiento político que se desarrolla en su seno. Lo anterior, a fin de cuentas, no es sino la expresión *política* de la tensión *social* existente entre diversos sectores dentro de la clase obrera misma; por ejemplo, entre la *aristocracia obrera*, más proclive a un entendimiento con los partidos e instituciones burguesas, los *sectores obreros tradicionales*, bases sociales de una organización y una práctica política clasista, los *sectores desocupados*, etc. Esto último, más que indicar una fragmentación *sociológica*, o el *fin* de la clase obrera como sujeto social de la Revolución, no es sino la expresión socio-política de la gran complejidad *histórica* con que se ha presentado el modo de producción capitalista moderno *desde sus orígenes*. Igualmente, las distintas expresiones *políticas* de los programas y estrategias burguesas: *democráticas, nacionalistas, populistas, humanistas, fascistas*, se relacionan también con la gran diversidad *social* existente en el seno de la clase dominante: *burguesías imperialistas, semi-coloniales, sectores mercantil y financieros, industriales*, etc. Pues bien, en el caso del proceso revolucionario chileno, la fortaleza de la práctica y de las estrategias marxistas no solo alentó *en general* el fortalecimiento de la subjetividad obrera y el desarrollo de la lucha de clases. Por otra parte, además, el avance de los partidos y estrategias *reformistas*, principalmente la UP y el MIR, y la *inexistencia* de un Partido revolucionario que los combatiera, le terminó jugando *finalmente* en contra al propio movimiento obrero. Fue la política de estos sectores, precisamente, la que alentó la confianza de la clase obrera y el pueblo en sus enemigos de clase; esto es, entre muchos otros, en los partidos políticos *democráticos* como la DC y en los militares *constitucionalistas*, facilitando así la posterior derrota del proceso revolucionario.

conceptos de “pueblo” y de “primacía de lo local” (entre otros) como elementos *centrales* del análisis historiográfico. Estos últimos³³³, pensamos, son de una calidad *inferior* a los característicos de la batería conceptual y al enfoque del Marxismo clásico (el análisis de los distintos modos de producción y de la lucha de clases, el estudio de la conexión histórica que existe entre una base económico-social específica y una súper-estructura política, cultural e ideología determinada, etc).

Cuando Salazar, y otros autores afines a su escuela, sobredimensionan el alcance interpretativo del concepto “pueblo”, lo que hacen es *vaciar* y *sobre-generalizar* aún más esta definición, la cual se caracteriza precisamente por tener un contenido tan *vagamente* amplio³³⁴. Pues bien, al utilizar este concepto como elemento central del análisis historiográfico, estos historiadores tienden a veces a integrar dentro de aquel (sobre todo en el campo de la historia política) a distintas clases y sectores sociales sin distinción; trabajadores, sectores medios pauperizados, campesinos, pequeños propietarios³³⁵. Con ello, inevitablemente, le hacen perder a cada uno de estos su propia *especificidad histórica*³³⁶, su *materiudad*. En dichos casos (que a veces son muy recurrentes) lo que nos queda de dicha definición (la de *pueblo*) no es más que una *masa histórica sin forma*³³⁷. Masa *amorfá* en la que, a lo más, podemos intentar reconocer “sujetos” (o bien, mejor dicho, la *sombra* de estos), pero no *estructuras*, cuando son justamente éstas últimas las que confieren a dichos sujetos su corporeidad *histórica*, su fisonomía *particular*. En otras

³³³ ...además (como hemos dicho) de servir como conceptos-base de una estrategia política determinada.

³³⁴ Ciertamente, la definición de “pueblo” se caracteriza, a fin de cuentas, por tener un significado altamente *impreciso* y *abstracto*.

³³⁵ ...y, ¿porque no?, al lumpen-proletariado, del cual algunos sectores probablemente se venderán fácilmente para romper huelgas y para reprimir manifestaciones mañana, a los traficantes que no dudarán un segundo en utilizar todos los métodos a su disposición para defender su propio espacio dentro de la economía *popular*, a los jóvenes neo-nazis que hoy recorren sus poblaciones apaleando inmigrantes y vagabundos, etc.

³³⁶ La cual se origina, precisamente, a partir de la relación histórica particular que se establece entre el *ser social* de cada uno de estos grupos; es decir, entre la constitución de estos como una determinada clase social o como un segmento específico de aquella, y las distintas formas de la *conciencia social* de los mismos (por ejemplo, entre otras cosas, la ideología de *clase* que cada uno de dichos grupos asuma como propia).

³³⁷ Y es que la carencia de un análisis de clases conduce a Salazar, en este caso (como en varios otros), a realizar la misma operación que tanto reclama al Estructuralismo; esto es, la *anulación* del sujeto social como sujeto histórico... como hemos dicho, no *aplastándolo* bajo el peso de las estructuras, sino que *volatilizándolo* por encima de estas. Por el contrario, cuando aquel observa al sujeto social en su relación con el marco económico y social del cual es parte: es decir, cuando despliega en sus interpretaciones un análisis de clases *de hecho* (lo cual se da, efectivamente, en varios de sus trabajos acerca de la historia social y económica de Chile durante el siglo XIX), este historiador alcanza un nivel de lucidez interpretativa pocas veces vista en el desarrollo de la historiografía chilena.

palabras, descubrir sujetos-*ideas* (*universales*), y no sujetos-*sociales*, deviniendo el concepto de “pueblo” en la metáfora de un sujeto-*mítico*, y no en la referencia a un sujeto-*histórico, concreto*.

Reafirmando lo que ya hemos planteado, podemos decir que son sobre todo los grandes procesos económicos y políticos mundiales, los que con un peso determinante en la segunda mitad del siglo XIX, fundamental en el siglo XX y más que fundamental, avasallador, en las últimas décadas, han *condicionado* las grandes directrices del desarrollo histórico contemporáneo. Que, por tanto, el desarrollo histórico regional y local de la realidad social debe ser estudiado en *diálogo* con esos grandes procesos, los que influyen en un sentido u otro la dirección de estos. Si bien lo *local* adquiere una particularidad propia, y por tanto una dinámica concreta que es necesario estudiar en su *especificidad histórica*³³⁸, esta no hace sino que expresar las *diversas* caras, *locales*, de un proceso histórico más amplio (por ejemplo: la evolución de la economía mundial y nacional, el desarrollo de procesos políticos continentales y de movimientos ideológicos globales, etc). En resumen, la perspectiva del “Paradigma de lo local” tiende a separar arbitraria y artificialmente, y por tanto *ideológicamente* (como un *discurso* mistificador de la realidad histórica), el ámbito local de los planos nacional e internacional de un proceso histórico determinado. Lo anterior, sin comprender que estos planos, de carácter más general, constituyen un factor histórico tan *concreto* y *real* como lo es la realidad local, *sobrevalorizando* así lo local por sobre cualquier otra dimensión de la realidad histórica. Con esto, desligando las tendencias económicas, políticas y sociales locales de las que tienen un carácter más *general* o macro, lo que hace Salazar, más que *captar el proceso histórico en su movimiento*, es aplicar una *cuña*, un *quiebre*, entre las diversas dimensiones de un proceso histórico dado, distorsionando así el análisis de la dinámica de este.

Es justamente en los casos en que la utilización del concepto *pueblo* y del llamado “Paradigma de lo local” *coinciden*, ocupados como *claves* del análisis historiográfico,

³³⁸ A modo de ejemplo, es cierto que no fue lo mismo el proceso de proletarianización del peonaje en la región de Coquimbo, a mediados del siglo XIX, que el del agrícola en la zona austral, algunas décadas después. Aún así, más allá de aquella *obviedad*, estos dos casos *si* fueron parte de un *mismo* proceso histórico de carácter nacional e internacional: la proletarianización de la masa peonal y la transición capitalista en Chile, la evolución del Capitalismo moderno a nivel mundial, etc.

cuando se produce no solo una importante *distorsión* del carácter de los procesos históricos, sino que también una *errónea* interpretación de los fenómenos locales mismos. Por ejemplo, en el caso del interés de Salazar e Illanes por la historia comunal en Chile, obviando un análisis del carácter de clases del Municipio³³⁹, lo que hacen estos autores, *cegados por lo local*, es “embellecer” las instituciones del dominio de una clase específica (la burguesía). Aquellas, verdaderas instituciones de poder *local* (burgués), si bien pueden ser “permeables” a ciertos intereses de los sectores populares en su conjunto (como también lo son el Estado, los Partidos y sus Instituciones), han sido siempre órganos del poder político de la clase dominante. La *fractura* artificial de lo particular (local) y lo general, la *sobre-dimensión* del aspecto local por sobre otros aspectos de la realidad histórica, como también la no comprensión o *distorsión* del carácter de clase de ciertas instituciones, embelleciéndolas³⁴⁰, son productos del abandono (a veces más marcado y a veces menos) del Materialismo histórico como núcleo *duro* de la interpretación historiográfica, así como también de una visión localista-populista de los distintos procesos históricos.

³³⁹ Como si las estructuras de gobierno comunal en Chile no hubieran tenido que ver con las formas de dominación del Estado a lo largo de los siglos, como si las estructuras de poder locales: las Municipalidades, por ejemplo, no hubieran sido garantes (*en lo local*) de la aplicación de los planes de la Dictadura, o bien correas de transmisión de la legalidad del régimen democrático burgués hoy.

³⁴⁰ Lo cual, por lo demás, es del todo *coherente* con el programa liberal-popular que levantan Salazar y gran parte de su escuela historiográfica.

VI. Conclusiones

1. El nacimiento, la consolidación y la evolución de “Nueva Historia”.

Tanto por su reflexión teórica y epistemológica, como por su investigación historiográfica, Gabriel Salazar puede ser considerado como el fundador y *principal* exponente de la “Nueva Historia Social”. Aquel ha tenido el mérito de desarrollar, de manera constante y sistemática, el *núcleo duro* del pensamiento y de la producción de esta escuela.

La obra de este historiador, y de “Nueva Historia” en su conjunto, ha evolucionado desde su nacimiento en el sentido de una sistematización *creciente* de su acervo teórico y metodológico. De *corriente*, durante los 80, podemos decir que se ha constituido, durante la segunda mitad de la década de los 90, en *escuela* historiográfica.

Podemos identificar tres momentos en el desarrollo de esta escuela. El primero, que va desde los últimos años de la década del 70 hasta mediados de los 80; es decir, el momento de su gestación. El segundo, que se extiende entre la fundación de “Nueva Historia” en el año 85 hasta el comienzo de la llamada “Transición democrática”. Y el tercero, entre los primeros años de la década de los 90, momento en el cual ubicamos la transformación de la “Nueva Historia” en escuela historiográfica, hasta la actualidad.

En cuanto al primer momento de desarrollo de “Nueva Historia”, este se caracterizó por la elaboración de una *primera* reflexión teórica en torno al quehacer de la historia como disciplina. El trabajo del grupo de historiadores que editó la revista *Nueva Historia* en Inglaterra, como también el que impulsaron en nuestro país la ONG “Educación y Comunicación” (“ECO”) y el “Encuentro de Historiadores Jóvenes”³⁴¹, constituyó un primer avance en ese sentido. Es sobre todo el grupo de Inglaterra, de carácter marcadamente académico y sin actividad política propia, quién asentó las *bases teóricas* del quehacer futuro de esta corriente. En Chile, por otra parte, la actividad de “ECO” y del

³⁴¹ Mario Garcés y María Angélica Illanes (como explicamos en otra sección) fueron los principales impulsores de aquellas instancias.

“Encuentro” tendió a centrarse (sobre todo durante los primeros años 80) alrededor de los métodos y el ejercicio de la llamada “Educación popular”, la cual llegaría a constituir una de las prácticas más *características* de esta corriente al momento de su fundación. Justamente, será a partir del impulso de esta (posteriormente) que Salazar dará cuerpo a su propia propuesta político-historiográfica; la “Ciencia popular”³⁴².

Se puede afirmar que este primer momento de discusión y elaboración historiográfica estuvo signada, de manera muy importante, por el contexto político y social de la Dictadura. De ahí que los problemas del retorno a la Democracia, el enfrentamiento al régimen dictatorial y las condiciones del ejercicio de las ciencias históricas durante estos años en Chile, *influyeran* en las formas particulares que adoptó la actividad de esta corriente durante este periodo. Por otro lado, este primer momento de desarrollo de la “Nueva Historia” estuvo influenciado en nuestro país por un panorama intelectual y político crítico del rol de la UP y de los partidos de izquierda durante los 70. Dicho panorama, que se caracterizó por un fuerte cuestionamiento al Marxismo clásico como teoría y práctica política, *influyó* de manera decisiva en la reflexión que comenzaron a hacer los grupos fundadores de esta corriente a partir de este periodo. A la vez, esta crítica creciente del pensamiento marxista, la cual fueron adoptando en forma progresiva los fundadores de “Nueva Historia”, se vio *atravesada* por un contexto internacional de signo conservador. Efectivamente, la primera ofensiva neoliberal de Reagan y Thatcher, el retroceso de la URSS en el contexto político internacional, y la derrota final del ascenso revolucionario mundial en los 60 y 70 (la derrota de la Revolución polaca en 1981), abonó el terreno (a nivel internacional) para un ataque *en toda la línea* en contra de los pilares del Marxismo clásico. Fue en este marco, además, una situación en que la intelectualidad y los sectores obreros y populares comenzaron a dudar de la *posibilidad* misma de la Revolución social, en el que se produjo (algunos años después) la irrupción del llamado Post-modernismo. La aparición de aquel constituyó un verdadero telón de fondo ideológico sobre el cual tomó fuerza, como hemos dicho, no solo la intensa crítica en contra de la *ortodoxia* marxista, sino que también el rechazo del Estructuralismo francés y de la casi totalidad de los

³⁴² Efectivamente, la llamada “Educación popular” (como hemos dicho anteriormente) ha sido una de las bases más importantes para la elaboración de varias de las ideas políticas de esta corriente.

llamados “meta-relatos”. Es aquel ambiente intelectual, precisamente, el que terminó por *filtrarse*, en *clave popular*, por *todos los poros* del naciente cuerpo teórico y metodológico de la “Nueva Historia”. Finalmente, el reconocimiento de la crisis del pensamiento y de la práctica marxista por importantes intelectuales de la talla de Althusser (a fines de la década del 70), y la aparición de las corrientes académicas post-marxistas (síntomas de un profundo proceso de autocritica y “renovación” en el seno del movimiento intelectual) constituyeron otras de las importantes influencias que se dejaron sentir sobre “Nueva Historia” al momento de su nacimiento.

En este marco, la obra de E.P. Thompson, quien realizó una importante crítica en contra del Marxismo estructuralista francés, como también una mayor difusión de sus postulados teóricos y categorías básicas; los conceptos de *experiencia*, *praxis* y *sujeto social*, provocaron un profundo *impacto* en el grupo de historiadores chilenos exiliados en Inglaterra (Salazar, León, etc). A través de ellos, en gran medida, aquellas concepciones e ideas marcarían el desarrollo de los grupos fundacionales de “Nueva Historia” en Chile; los grupos “ECO” y el “Encuentro”. Ahora bien, podemos decir que los grupos fundacionales de “Nueva Historia” no solo harían suya una gran parte de los postulados de Thompson, sino que además, como hemos dicho, fueron enormemente *permeables* al debate intelectual anti-marxista que impregnó la arena internacional por aquellos años. La crítica general del acervo de la teoría política marxista (su teoría del Partido y la Revolución), como también un rechazo de gran parte del núcleo duro del Materialismo histórico (identificando vulgarmente a aquel con la tradición mecánico-economicista de herencia estalinista) fue *adoptada* a rajatabla por estos historiadores. Al mismo tiempo, en ellos se fue manifestando una influencia creciente de las corrientes *post-marxistas* en boga (sobre todo en sus elaboraciones acerca del Poder y el Estado). Igualmente, una influencia del pensamiento *neo-kantiano* y *neo-hegeliano* (especialmente en el terreno de la Teoría de la historia y la Epistemología), como también un influjo de las “novedosas” corrientes de pensamiento *post-modernas* (principalmente aquellas que hablaron de una supuesta fragmentación y descentralización terminal de las clases sociales, de la “crítica” a la modernidad, etc).

Durante estos años, la actividad de los grupos precursores de “Nueva Historia”; la

“Asociación de Historiadores” en Inglaterra, y los grupos “ECO” y el “Encuentro de Historiadores jóvenes” en Chile, tuvo un carácter marcadamente *fundacional*. Esto último, tanto desde el punto de vista epistemológico y teórico como también desde el metodológico. La edición de la revista *Nueva Historia* en Inglaterra y la creación de una serie de talleres e instancias de educación popular en nuestro país, junto a la actividad historiográfica particular de algunos historiadores como Salazar, León, Pinto e Illanes, entre otros, constituyeron algunos de los frutos más importantes de la actividad de “Nueva Historia” al momento de su *gestación*.

Ya desde sus inicios, “Nueva Historia” se planteó como una *alternativa* historiográfica al acerbo “estructuralista” y “dogmático” de la historiografía marxista chilena. Así también, como una *superación* de la escuela positivista, ensayista y de la llamada “Teoría de la dependencia y el desarrollo”. La primacía de la investigación social y económica *desde los sujetos*, y no *desde las estructuras*, el estudio de la *praxis* social, económica y política de los diversos sectores populares, *rehuyendo* de la “tradicional” dicotomía entre estructura económico-social y superestructura ideológica, caracteriza las investigaciones de esta escuela desde sus comienzos. Esta propuesta historiográfica, a su vez, fue sostenida a partir de un fuerte debate epistemológico. En aquel los principales exponentes de “Nueva Historia” se encargaron de afirmar algunas de las categorías centrales de su concepción historiográfica. Las nociones de *sujeto*, *historicidad* e *identidad y memoria popular*, fueron algunas de las definiciones *básicas* a partir de donde estos historiadores pudieron configurar un modelo teórico inicial, el cual les permitió avanzar en el sentido de una producción e investigación historiográfica propiamente tal.

Justamente, desde aquel marco teórico, estos historiadores se dedicaron a desarrollar un rico y variado espectro de investigaciones históricas. Aquellas, junto a la elaboración teórica a que nos hemos referido, sentaron las bases definitivas del *nacimiento* de “Nueva Historia” como corriente. Con relación a esto, el debate historiográfico que impulsaron varios de los fundadores de “Nueva Historia” en torno al proceso de industrialización y modernización capitalista en Chile durante el siglo XIX, así como el estudio de la historia social de nuestro país durante aquel momento, le permitió a estos polemizar con la

interpretación que habían hecho de aquel periodo tanto la escuela historiográfica conservadora como la marxista, *refutándolas* en varios aspectos y *afirmándose* ante las mismas. Este campo de investigación, así también, le permitió a estos historiadores desplegar uno de los elementos metodológicos *claves* de su propuesta de investigación; esto es, la exhaustiva comprobación empírica de la interpretación de los fenómenos en estudio³⁴³. Al mismo tiempo, el estudio de la constitución histórica del Estado en Chile y del papel particular que le tocó jugar a las elites nacionales, al capital extranjero y al movimiento popular en la historia de este periodo, analizando el comportamiento particular de cada uno de aquellos sectores (entendidos *desde* la óptica del *sujeto*), le sirvió a dichos historiadores para comenzar a asentar, durante la primera mitad de la década 80, algunos aspectos de sus *futuras* concepciones políticas.

Es en la obra de Salazar en donde el proceso de gestación y consolidación de las bases teórico-metodológicas de “Nueva Historia” adquiere una mayor *nitidez*. Precisamente, ya desde comienzos de los 80, en su obra han ido evolucionando los rasgos *esenciales* de la labor historiográfica de esta corriente. En cuanto al campo teórico, su debate con la escuela marxista y con la “Teoría de la dependencia y el desarrollo” han sido esenciales. La discusión que dio este intelectual en contra del supuesto enfoque estructuralista de ambas escuelas³⁴⁴, le permitió a aquel afirmar su propia propuesta teórica de interpretación histórica. Por otro lado, en el campo propiamente historiográfico, la publicación de *Labradores, Peones y Proletarios* (como tesis doctoral) ha sido considerada una de las publicaciones *maestras* en cuanto al estudio de los nuevos *objetos-sujetos* de la realidad histórica. Así mismo, como una verdadera materialización de la aplicación de los *nuevos enfoques* y de las *nuevas metodologías* de su propuesta historiográfica. Igualmente, es en la obra de Salazar durante esta época en donde se expresa otra de las características específicas de la “Nueva Historia” al momento de su gestación³⁴⁵; esto es, la influencia *cruzada* de varias tradiciones de pensamiento. A la influencia de Thompson, de la “Historia Social” inglesa y de la tradición marxista clásica, presentes en la obra de Salazar, se debe

³⁴³ Por ejemplo, en el caso de la investigación del fenómeno de la proletarianización del peonaje chileno durante el siglo XIX.

³⁴⁴ Una (la escuela marxista) en el campo historiográfico, y la otra (la teoría de la dependencia y el desarrollo) en el de las Ciencias Sociales.

³⁴⁵ Característica que se ha mantenido desde aquellos momentos hasta la actualidad.

sumar la influencia de las corrientes post-marxistas, así como también (más tardíamente) la de Foucault y el Autonomismo. Finalmente, aunque de una manera más tangencial, la influencia de las corrientes de pensamiento neo-kantianas y post-modernas.

Con algunos años de anterioridad al periodo al que nos estamos refiriendo, tuvo lugar otro proceso que tuvo *importantes* repercusiones para “Nueva Historia” al momento de su constitución. Este proceso fue el de la crisis final y la *desaparición* de la escuela de pensamiento marxista en Chile. Esta crisis terminó finalmente *alentando* la consolidación, en el campo historiográfico, de todas aquellas tendencias críticas del llamado Marxismo estructuralista (entre ellas, la “Nueva Historia”). Con relación a esta crisis, podemos decir que obedeció tanto a factores *externos*: la represión dictatorial que afectó al conjunto de la intelectualidad marxista en nuestro país, la situación política nacional e internacional extremadamente hostil al Marxismo, como también a factores *internos*: las propias debilidades teóricas y metodológicas de su quehacer como escuela historiográfica³⁴⁶; una interpretación muchas veces economicista y unilateral de los procesos históricos, su poca rigurosidad en la contrastación empírica de sus postulados, una tendencia a reemplazar el análisis historiográfico por juicios netamente ideológicos, etc. Estos factores, que se hallaron en la base de la crisis que experimentó esta escuela, en el adverso escenario de la segunda mitad de los 70 y durante los 80, terminaron *pesando más* que los grandes aportes que esta había realizado para el desarrollo del pensamiento historiográfico en Chile: haber sido la artífice de una verdadera *revolución epistemológica*, al establecer una relación directa entre la producción de conocimiento y una práctica de cambio revolucionario de la sociedad, haber fundado la historia social, desarrollando una sistemática investigación historiográfica de la clase obrera, del artesanado y de otros sujetos sociales, haber sido la primera escuela en proponer una versión de la historia de Chile alternativa a la oficial, etc. Se puede afirmar, por último, que la desaparición de esta escuela dejó el *campo libre* para la consolidación y el avance de la naciente “Nueva Historia Social”. Esta última vino a ocupar, en gran medida, el espacio que dejó vacío la escuela marxista con su desaparición.

³⁴⁶ Provocadas, en gran medida, por la nefasta influencia que tuvo el pensamiento marxista de filiación estalinista en la producción de esta corriente, sobre todo en aquellos historiadores con militancia reformista como fue el caso de Necochea (militante del PC).

Sería en 1985, con la *fusión* de la labor teórica e historiográfica que había impulsado el grupo de historiadores chilenos exiliados en Inglaterra, y la que habían llevado adelante “ECO” y el “Encuentro de Historiadores Jóvenes” en Chile, que comenzará un *segundo* momento en la evolución de la “Nueva Historia”. En efecto, la fusión de estos grupos historiográficos dará *nacimiento* a la llamada “generación de 1985”, el cual puede ser considerado como el grupo *fundador* de esta corriente.

Refiriéndonos al desarrollo de “Nueva Historia” a partir de este momento, podemos decir que el desarrollo de esta se da a partir de dos ejes. Uno, sobre la base de una mayor *difusión, discusión y generalización* de las bases epistemológicas, teóricas y metodológicas que habían comenzado a ser elaboradas en el momento anterior. En este debate, que se expresó por estos años en la realización de una serie de seminarios, cursos y publicaciones, tendieron a primar las ideas y reflexiones del grupo de historiadores que habían estado exiliados en Inglaterra. Y el otro, a partir de la práctica de la llamada *Educación popular* (desarrollada anteriormente por “ECO”), basada en la realización de talleres populares de discusión y debate historiográfico, y en los cuales se buscaba potenciar la *identidad* y la *memoria* de los sectores populares. Estas dos vertientes del desarrollo de “Nueva Historia” durante estos momentos; una, primordialmente *académica* (el acervo teórico y metodológico del grupo de Inglaterra), y la otra basada en la práctica de la *Educación popular* (el trabajo de “ECO” y del “Encuentro de Historiadores jóvenes”), permitieron la *consolidación* de algunos de los rasgos más *característicos* del quehacer historiográfico de esta corriente durante este periodo.

A partir de este momento, la evolución de “Nueva Historia” estuvo *signada*, de manera fundamental, por el importante ascenso popular anti-dictatorial que se dio en Chile a mediados de los años 80. Efectivamente, la *centralidad* social y política de la *lucha poblacional*³⁴⁷, fue un importante aliciente para el *asentamiento* definitivo de algunas de sus categorías teóricas básicas. Para los historiadores de esta corriente, los conceptos de *sujeto, identidad y memoria*, así como el de *Educación popular*, parecieron *materializarse* en las veintidós jornadas nacionales de protesta en contra de la Dictadura. Estas jornadas,

³⁴⁷ ...una vez anulada la centralidad y el protagonismo de la clase obrera en el proceso.

según estos, no hacían sino *verificar* la emergencia un *nuevo* sujeto social, el “sujeto popular”. Este último, a diferencia de aquellos que habían existido en el pasado, habría estado dotado de una *mayor* espontaneidad y de una *mejor* efectividad en el campo de su acción revolucionaria. La *no* existencia de grandes partidos políticos obreros y la ausencia de una ideología que *constriniera* el desarrollo de la *identidad* y la *memoria* de los sectores populares, habrían posibilitado la emergencia de una poderosa vocación de poder en el seno de estos. Fue a partir de estas reflexiones; es decir, sobre la base de la interpretación que dichos historiadores elaboraron con respecto al ascenso popular de los 80, desde donde se configuraron algunos de los aspectos fundamentales de la proyección *política* de “Nueva Historia” durante este periodo³⁴⁸.

La importancia que esta corriente dio por estos años a la práctica de la “Educación popular” y al debate teórico, como también al impulso de una intensa actividad política al calor de las protestas (una verdadera *militancia social* en contra de la Dictadura), ha dado pie (años después) para identificar en este periodo de desarrollo de la “Nueva Historia” una especie de etapa- *modelo*. Un periodo que es mirado muchas veces con nostalgia y que busca ser *reeditado*. Algo así como un arquetipo *ideal* (perdido en parte) de su *proyecto* como corriente historiográfica.

Los últimos años 80 y los primeros de la década siguiente, en el marco del avance de la llamada “Transición democrática”, marcan el *fin* de esta segunda etapa de desarrollo de la “Nueva Historia”. La nueva situación nacional, que se caracteriza por la institucionalización *democrática* de la obra de la Dictadura, por la alianza estratégica entre los antiguos comandantes en jefe y la Concertación, y por la coptación del conjunto de la intelectualidad *progresista* a los marcos del nuevo régimen democrático (“a lo Pinochet”), significaron un *nuevo* momento, más *adverso*, para la evolución de esta corriente. La difícil situación política, social y financiera por la que atravesó “Nueva Historia” desde este momento hasta (por lo menos) mediados de los años 90, le significó a esta un importante *replanteamiento* de su labor historiográfica.

³⁴⁸ Así también, a partir de donde varios de estos historiadores extrajeron algunas de las *ideas-fuerza* para la elaboración de sus propias concepciones políticas. En el caso de Salazar, para la elaboración de su propuesta más importante: la *Ciencia popular*.

Fue el balance realizado por esta corriente ante la difícil situación de principios de los 90, cuando la evidente derrota del ascenso popular puso *en aprietos* la continuidad de su desarrollo, *amenazando* su propia existencia, lo que dará a “Nueva Historia” sus características más actuales. Este balance, de hecho, llevará a la “generación del 85” (como también a las nuevas camadas de historiadores afines) a *completar* el proceso de sistematización teórica e historiográfica que habían comenzado durante la década pasada. A partir de lo anterior, y de su *adaptación* a las nuevas condiciones sociales y políticas, “Nueva Historia” tomará las características que la *identifican* hasta hoy.

Es en estos momentos (como hemos dicho, muy desfavorables para esta corriente), cuando varios de los historiadores de “Nueva Historia” (Salazar, Illanes y Pinto, etc) comenzaron a dar en sus publicaciones un mayor realce a los conceptos de *Ciudadanía* y *Democracia Participativa*, entre otros. Este nuevo enfoque, más *digerible* por las capas medias, estaba destinado a buscar un *nuevo* auditorio, una vez *derrotado* el movimiento poblacional y una vez *abortadas* las experiencias de “Educación popular” de los 80. Efectivamente, durante estos años (a pesar de que se mantuvieran las bases del desarrollo teórico y metodológico de las etapas anteriores) el *perfil* de esta corriente historiográfica, así como el *tono* de su propuesta política, experimentaron importantes *transformaciones*. En cuanto al “perfil” de su labor historiográfica, esta corriente abandonó (en los *hechos*) su trabajo activo en los sectores poblacionales, *integrándose* “críticamente” a las instituciones educacionales y al régimen universitario. De ahora en adelante, en la práctica, *más* que la difusión y el desarrollo de la “Educación popular” (acorralada), será la *generación* de un polo *crítico* en las Universidades, como también en el resto de la *Academia*, lo que caracterizará su *praxis* política como corriente³⁴⁹. Esto se tradujo (desde aquel momento hasta hoy) en un proceso de progresiva *academización* que se comenzó a desarrollar en el mismo seno de dicha corriente historiográfica. Al mismo tiempo, *ausentes* ya de la escena política los sectores poblacionales, “Nueva Historia” debió adoptar (como dijimos) un nuevo *tono* al nivel de su discurso, *adaptándolo* a la nueva situación nacional de aquellos años. Efectivamente, un mayor realce del discurso

³⁴⁹ Y es que la búsqueda de financiamiento, una vez cortadas las llaves de la “solidaridad” internacional, se hizo entonces esencial para la existencia misma de “Nueva Historia”.

ciudadano y democrático, más *amigable* para los sectores universitarios de los años 90 y para la intelectualidad, y más susceptible de *digerir* por los estratos medios y para los sectores *progresistas* de la Concertación, son un “botón de muestra” del nuevo lenguaje con que esta corriente revistió su labor historiográfica y política a partir de este periodo.

Se puede afirmar que la *huída* de la “Nueva Historia” *de la población a la Universidad*, adaptándose a esta última, constituye una primera y contundente *derrota* de su *praxis* político-historiográfica. Tan solo cinco años después de su fundación, esta corriente debió *enclaustrarse* (quizás para no salir jamás) en la Academia. Dicha derrota, y la *subordinación* de sus sectores hegemónicos (por ejemplo de Salazar y sus seguidores) a los estrechos marcos de la democracia pinochetista-concertacionista imperante, fue (a partir de aquellos años) cada vez más *evidente*. Así también, aquella derrota significó un importante *impasse* para la continuidad de “Nueva Historia” como corriente historiográfica, así como también una *desmoralización* y una *fragmentación* creciente de sus filas. Justamente, durante la primera mitad de los años 90 se produjo una importante atomización de “Nueva Historia” como grupo historiográfico, primando el quehacer intelectual y político *particular* de cada exponente de la misma. No sería sino hasta mediados de aquella década que comenzaría un proceso de *recomposición* y *rearticulación* de su trabajo *colectivo*. Durante este momento (como dijimos, una etapa de fragmentación de su labor historiográfica) “Nueva Historia” comenzó a experimentar, además del proceso de academización ya mencionado, una evolución política *en tijeras*. Por un lado, la elaboración de un *discurso* socio-político que se dedicó a apelar constantemente a los sectores populares y a la necesidad del cambio social. Por otro, una *práctica* política-académica remitida a las aulas y a los sectores *críticos* de la intelectualidad “progresista” (*adaptada* al régimen democrático). Se puede afirmar que es *sobre todo* desde aquel momento, producto del proceso de academización ya mencionado (y de su desarrollo político “en tijeras”), que las consecuencias del abandono de la concepción marxista del *intelectual orgánico* comenzaron a hacerse *sentir* (con fuerza) en el quehacer cotidiano de esta corriente historiográfica. Y es que (a partir de estos años) se impuso a los *discursos* acerca del cambio social, de forma cada vez más clara y evidente, las *necesidades* del financiamiento *institucional* y de la *Academia*.

Paralelamente a lo anterior; ósea, en medio del *impasse* que significó para “Nueva Historia” el comienzo de la llamada “Transición democrática” (y en gran medida gracias a la labor historiográfica *individual* de sus principales representantes), esta corriente experimentó un nuevo e importante impulso de su producción científica. Producto de esto, el proceso de sistematización teórica e historiográfica que había comenzado a ser elaborado en la etapa anterior, evolucionó hasta alcanzar un *mayor* grado de desarrollo. Desde este momento, los principales exponentes de “Nueva Historia” pudieron posicionarse de *igual a igual* frente a la tradición de las escuelas historiográficas previas. Precisamente, la publicación de las obras *Historia contemporánea de Chile* y *La Historia desde abajo y desde dentro*³⁵⁰, indican la *transformación* de “Nueva Historia” de corriente *en* escuela historiográfica.

Dentro de este tercer momento en el desarrollo de “Nueva Historia”, caracterizado por el nacimiento de esta como *escuela*, la segunda mitad de los años 90 marcan un *nuevo* cambio con respecto a la evolución de la misma. A partir de aquel periodo hasta hoy, un contexto social y político más *favorable* para su práctica historiográfica, así como también una *recomposición* de su labor colectiva y un mayor *reconocimiento* político y académico de esta última por parte de la institucionalidad, constituyen algunos de los factores que terminaron moldeando la *fisonomía* particular con que esta escuela se presenta en nuestros días. Ahora bien, este nuevo momento (más favorable), más que una ruptura con el anterior (que se extiende entre los años 90 y 95), se presenta como una *continuidad* del mismo. Y es que a pesar del distinto *clima* en que se desarrolló esta corriente en ambos periodos; muy desfavorable en el primero, y crecientemente *más amigable* en el segundo, es posible constatar una *continuidad* fundamental entre ambos. Esta continuidad se da, principalmente, en los ámbitos del *espacio* objetivo en que esta mantuvo el desarrollo de su práctica historiográfica; la Academia, así como también en el aspecto del contenido de su *discurso* político; su programa ciudadano de transformación democrática (en registro “popular”). Es más, durante esta nueva etapa, más *favorable* que la anterior, se *profundizan* varios de los rasgos que esta escuela había adoptado como propios a comienzos de aquella

³⁵⁰ Aún cuando esta última obra fue publicada algunos años después, la ubicamos acá porque gran parte de los artículos en que se basa fueron elaborados durante este periodo.

década. Uno de estos, el cual parece ir fortaleciéndose³⁵¹ cada vez más a partir de este momento, es (como hemos dicho) su academización progresiva³⁵², dando por resultado una adaptación *creciente* de “Nueva Historia” a los márgenes de la institucionalidad universitaria. Efectivamente, sobre todo en los últimos años, un mayor *reconocimiento* de esta por parte de la Academia y de sectores pro-gubernamentales, así como también el mayor prestigio académico y social obtenido por algunos de sus intelectuales, ha decantado en una creciente *adaptación* de la propuesta política de “Nueva Historia” a los marcos del *statu quo* de la democracia neoliberal imperante³⁵³. El reconocimiento de la labor de Salazar por el *oficialismo* concertacionista en el último tiempo, sobre todo a partir de su voto a Bachelet³⁵⁴, pareciera ser una muestra importante de esto último. Así también, una profundización de su giro *ciudadano* y del programa político *liberal-popular* que la identifica, además de una preeminencia cada vez mayor del aparato teórico *autonomista* y *foucaultiano* en su elaboración historiográfica, son algunas de las características que “Nueva Historia” ha venido fortaleciendo (en forma ininterrumpida) desde comienzos de la década pasada hasta la actualidad.

Sin embargo, no obstante el mayor grado de academización y de adaptación de “Nueva Historia” a los marcos de la democracia patronal imperante hoy en Chile³⁵⁵, el trabajo de aquella en el ámbito de la “Educación popular” no ha sido del todo estéril. Ahora bien, más que producto de la proyección *orgánica* de su práctica política, la influencia que ha tenido esta escuela se ha debido a la adopción que han hecho ciertas organizaciones de *algunos* aspectos de su elaboración teórica. Dichas organizaciones (sobre todo las de carácter *autonomista* y *populista*), más que asimilar el conjunto de la reflexión y de la obra

³⁵¹ Sin descartar que hoy, cuando parece evolucionar un clima social y político más favorable para la actividad de los sectores populares, esta escuela podría querer jugar un papel más activo con relación a estos.

³⁵² Al mismo tiempo, sobre todo en las generaciones más adolescentes (y “románticas”), este proceso se ha visto acompañado de un creciente sentimiento de *melancolía* por la experiencia pasada de esta escuela, más ligada al movimiento poblacional.

³⁵³ La que parece estar cada vez más constreñida dentro de los estrechos marcos de su palabrería liberal-popular acerca de la *humanización social*, la *ciudadanía* y la *democracia radical*.

³⁵⁴ Demostrando *gráficamente* en donde quedan sus propuestas políticas y su verborrea autonomista y *popular*; es decir, en los espacios *a izquierda* del régimen democrático neoliberal imperante.

³⁵⁵ Adaptación que se da tanto al nivel de su elaboración teórica e historiográfica, como en el de la práctica política de sus principales exponentes, pero que queda (¡aún más!) de manifiesto en sus generaciones más jóvenes. La actuación pro-decanato de Azún Candina, en la última toma de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, así como la labor historiográfica de Pablo Artaza, hasta ahora casi asépticamente intelectual y académica, son un ejemplo de lo anterior.

historiográfica de “Nueva Historia”, han tomado más que nada su discurso ideológico³⁵⁶, utilizándolo (sobre todo el de Salazar) como un *paraguas político* para sus propias concepciones. Entre estas corrientes podemos identificar a algunas como la “SurDa” (que impulsa una práctica política *autonomista* adaptada a los sectores *progresistas* de la Concertación), la Universidad Social Eduardo Galeano (que pretende *reemplazar* la lucha de clases y la experiencia revolucionaria del proletariado por los métodos de la “Educación popular”), el “GAP” (que pese a su lenguaje populista *combativo* termina coqueteando con los sectores *democráticos* de la burguesía nacional; por ejemplo, tomando como referencia internacional al nacionalista burgués Chávez o al Sub-Comandante Marcos), el “FEL” (que adopta una ideología y un discurso populista y autonomista, *bañado* de una *pequeña dosis* de Anarco-comunismo) y otras. En todas ellas se puede detectar la influencia, no única pero importante, de la obra de Salazar y de la “Nueva Historia”, caracterizándose además por ser *adversarias* de la ideología marxista, de la centralidad obrera y de una práctica partidaria de carácter leninista; ósea, en pocas palabras, *adversarias* de la perspectiva de una política trotskysta de combate en nuestro país.

³⁵⁶ Sin tomar en cuenta los verdaderos e importantes aportes de esta corriente al conocimiento histórico.

2. Elementos para un balance crítico de la obra de Gabriel Salazar.

El balance de la producción teórica e historiográfica de Gabriel Salazar es *contradictorio*. Contiene aportes de mucho valor, en el aspecto historiográfico, y deficiencias centrales, sobre todo en lo que se refiere a su marco epistemológico y a su propuesta política. Aquellas deficiencias, que en general son de corte autonomista (en lo teórico) y populistas (en lo político), se trasladan muchas veces al campo de su interpretación historiográfica, viéndose acompañadas en ciertos momentos de algunas nociones pertenecientes a otras tradiciones de pensamiento (provenientes de corrientes teóricas neo-kantianas, neo-hegelianas, o incluso post-modernas). Lo anterior da por resultado la elaboración de obras que muchas veces deben ser leídas, como mínimo, a *dos bandas*. Por un lado, un certero análisis de la realidad económica y social y de sus proyecciones, desplegando (como veremos a continuación) un método de análisis materialista histórico *de hecho*. Por otro, sobre todo en el campo de la historia política³⁵⁷ (dejándose muchas veces llevar por sus concepciones teóricas autonomistas), un tratamiento que tiende a ser impreciso, unilateral e incorrecto.

La explicación de lo anterior, pensamos, la encontramos en la existencia de un *quiebre teórico* (nunca resuelto)³⁵⁸ dentro del pensamiento y de la obra de este historiador. Efectivamente, en cuanto al análisis de la realidad económica y social, Salazar desarrolla un enfoque y una interpretación historiográfica *pronunciadamente* materialista. En los casos más evidentes de lo anterior, que es precisamente cuando Salazar realiza sus más importantes contribuciones al conocimiento historiográfico, su método de análisis e interpretación es *de hecho* o *tendencialmente* marxista. Las categorías de *modo de producción y acumulación capitalista*, entre otras (en cuanto al análisis económico), y el tratamiento de los distintos sujetos sociales en estudio *desde la perspectiva de una clase social*, se hacen patentes en varias de las obras de sus obras (a nuestro entender, las mejores). Es más, creemos que la utilización del Materialismo histórico, muchas veces de

³⁵⁷ Aquello se da, especialmente, en las ocasiones en que este autor estudia una serie de procesos políticos acaecidos durante el siglo XX. Se puede decir que la utilización que hace este historiador del aparato teórico autonomista es más recurrente en tanto más contemporáneos son los fenómenos que este investigue.

³⁵⁸ Lo cual, por lo demás, es una característica que atraviesa al conjunto de la elaboración teórica e historiográfica de la “Nueva Historia”.

manera muy lúcida, le ha permitido a este historiador una comprensión profunda de varios de los más importantes fenómenos económicos, sociales y políticos de la historia nacional (sobre todo aquellos que tienen que ver con la realidad económica y social del siglo XIX). Ejemplo de lo anterior es la perspectiva de sus obras *Historia de la acumulación capitalista*, *Dialéctica de la modernización mercantil* y *La Guerrilla de los mercaderes*. En aquellas, Salazar da cuenta de las características específicas del modo de producción colonial chileno del siglo XIX y de sus particularidades. Así también, de los procesos de transición entre una formación económica y social (colonial) a otra, signada por el proceso de modernización capitalista en nuestro país y por la industrialización parcial impulsada por el capital foráneo. Igualmente, en el ámbito de la historia económica y social, el tratamiento que este historiador da en estos trabajos a los distintos sujetos sociales del periodo; por ejemplo (entre otros) al artesanado, al peonaje y a los sectores obreros, es el de un *análisis de clases*. Esta aplicación del método materialista histórico, pensamos, se puede encontrar incluso en su libro *Labradores, Peones y Proletarios*, una de las obras *fundacionales* de “Nueva Historia”. La investigación que se hace en esta acerca de los procesos de desarrollo y afianzamiento de las distintas expresiones de la cultura popular (uno de sus temas principales), se conecta directamente con el análisis del despliegue de la evolución económica y social de los distintos sectores populares, así como también con el desarrollo del proceso de transición capitalista en curso. En otras palabras, Salazar establece en este libro una *relación orgánica* entre los ámbitos de la identidad popular (en tanto manifestación cultural) y el desarrollo de los diversos procesos económicos y sociales que se desplegaron por *su base*. Así, por ejemplo, el análisis de la gestación, desarrollo y decadencia de algunos de los más importantes procesos económico-sociales del momento: el fortalecimiento de la industria campesina y su posterior colapso (la llamada campesinización y descampesinización), como también el desarrollo y la crisis de los procesos de empresariedad artesano-popular, se encuentran en esta obra en estrecha *relación* con el devenir del fortalecimiento y con la crisis de la cultura y de la identidad de los sectores populares en su conjunto. Más relevante aún, el tratamiento que se hace de los *labradores*, los *peones*, y los *proletarios*, como si fueran una *clase*, se efectúa a partir de la relación que existió entre estos *con* las transformaciones del modo de producción colonial imperante y con el afianzamiento del Capitalismo moderno en Chile.

A su vez, al mismo tiempo (no solo en “Labradores”, sino que en el conjunto de su producción historiográfica), el método de análisis que utiliza Salazar en el ámbito de la historia política no solo deja de tener un carácter materialista. Aún más, este historiador asume en este terreno una perspectiva fundamentalmente *idealista*, *desligando* al sujeto social, y a la evolución política del mismo, de su conexión orgánica con la estructura económica y social de la cual es parte. Aquello conduce a Salazar, por tanto, a una interpretación *subjetivista* y *espontaneísta* del sujeto social *en tanto sujeto político*. Es precisamente esto último, el *abandono* que hace este historiador del método materialista en determinadas áreas del análisis historiográfico; en este caso, el abandono del análisis de clases en el estudio de la evolución política de los sectores populares, lo que se transforma en el campo propicio para que Salazar desarrolle una verdadera *involución* teórica. Su definición de poder (foucaultiana), en este sentido, no es sino un *primer paso* hacia un desbarraque teórico de proporciones. En lo epistemológico, al acervo autonomista y foucaultiano de su concepción de la política, se suma un *desbande* teórico a Kant (en cuanto a algunos aspectos de su teoría del conocimiento) y a Hegel (en relación a ciertas ideas de su teoría de la historia). Ahora bien, es en el campo de su propuesta política y en el de su concepción acerca de la *praxis* historiográfica, donde se hace más evidente aquella *involución*, ya no tan solo teórica... sino que temporal: la regresión de este historiador, casi tres siglos después (tomando el atajo que le proporcionan sus concepciones autonomistas y populistas), a la tradición política del Liberalismo popular. Como hemos dicho, una verdadera *caída* estratégica de Marx... a Rousseau.

Resumiendo, la obra de Gabriel Salazar puede ser diseccionada, *en general*, de varias maneras. Es decir, leída *en coordenadas*. Primero, de manera *horizontal*. Existe, como dijimos más arriba, a veces de manera muy marcada y en otras no tanto, una *ruptura* teórica, un *quiebre* al interior de la obra de este historiador. En el ámbito de la historia económica y social, Salazar tiende a utilizar un método y una interpretación que es muy cercana o *de hecho* marxista. En lo político, por el contrario, este historiador despliega en su análisis una interpretación de corte generalmente subjetivista e idealista. Desde esto último, como dijimos, se cuelan *hacia* el conjunto de su reflexión teórica e historiográfica las más variadas tradiciones teóricas (el Autonomismo, la microfísica del poder, la

tradición de los Anales, algunas concepciones neo-kantianas, etc). Lo anterior se explica, como ya hemos dicho, porque este historiador tiende a investigar el aspecto económico y social *a partir* de ciertas categorías que lo *impulsan* en el sentido de una interpretación materialista y dialéctica de la historia. Las categorías de *modo de producción y acumulación capitalista*, entre otras, le *empujan* a entender al sujeto social *como si fuera una clase*. Esta batería conceptual, además de la exhaustiva contrastación empírica de sus afirmaciones en base a fuentes de archivo, estadísticas, etc, lo *conducen* (como dijimos) en la dirección de una reflexión cercana a la *propiamente* marxista. En lo político, por el contrario, el *no partir de un análisis de clases del poder y el Estado*, sino que desde una matriz autonomista y foucaltiana, además de la mayor dificultad de la contrastación de sus afirmaciones con fuentes primarias (por ejemplo, en el caso de la rebeldía peonal durante el siglo XIX), *impulsa* a Salazar a desarrollar una interpretación histórica de corte *subjetivista y culturalista*. Así también, por otro lado, es posible *diseccionar* la obra de este historiador a partir de una división *vertical*. Efectivamente, sus investigaciones acerca de la realidad nacional durante el siglo XIX *tienden* a ser más cercanas al primer enfoque interpretativo (cercanas o *de hecho* marxistas). Por el contrario, la investigación historiográfica que realiza Salazar acerca de algunos periodos de la realidad nacional durante el siglo XX, se *acercan* más a su segundo enfoque (autonomista, populista y foucaltiano). Finalmente, podemos analizar la obra de este historiador en un sentido *cronológico*. Y es que la preocupación historiográfica de este autor se ha venido desplazando progresivamente, a lo largo de su producción teórica e investigativa, desde el campo de los estudios económicos y sociales, en un primer momento, al de la evolución política y al de la reflexión epistemológica (sobre todo en el último período).

En conclusión, podemos afirmar que el Materialismo histórico, el Autonomismo y la llamada Microfísica del poder, la tradición historiográfica de los Anales, así como el acervo político del Populismo, el Humanismo social y la tradición liberal-radical de los siglos pasados, son todas influencias detectables en la obra de Salazar. Cada una de ellas se presenta, como ya hemos dicho, *en coordenadas*. Es decir, dependiendo del campo de investigación historiográfica (historia social, económica, política o cultural), del periodo histórico estudiado (siglos XIX o XX principalmente) y de la cronología de la actividad

profesional del propio historiador (el año de publicación de una determinada obra). Esta serie de influencias aparecerán en la obra de Salazar de forma más o menos marcada, más o menos velada. A juicio del que escribe, el *mejor* Salazar es aquel que pudo desarrollar su propia interpretación acerca de la transición capitalista en Chile durante el siglo XIX. Es decir, el Salazar que superó, a partir de una visión materialista y ricamente dialéctica, la interpretación que habían hecho con respecto a aquel proceso las escuelas historiográficas precedentes. A su vez, el *peor* Salazar, es el de su reflexión epistemológica y el de la *Ciencia popular*. Es decir, el que involuciona, vía Negri y otros teóricos autonomistas, a Kant, Hegel y a Rousseau.

3. Una comparación necesaria: La “Nueva Historia” y la escuela historiográfica marxista.

En sus comienzos, la “Nueva Historia” se planteó a sí misma como una superación del estrecho marco estructuralista y del reduccionismo de clase de la escuela historiográfica marxista chilena. Además, ambas corrientes se plantearon, a su manera, el objetivo de transformarse en una ciencia orgánica de la transformación revolucionaria; de la clase obrera como sujeto social de la revolución, la marxista, y del *sujeto popular*, la segunda. Por todo aquello, es importante elaborar una sucinta comparación entre los objetivos que se planteó una y otra escuela, comparándolas entre sí a partir de sus logros y deficiencias.

Podemos decir que la escuela historiográfica marxista es la fundadora de la historia social en Chile. Su preocupación por la historia de la clase obrera, y la investigación que comenzó a realizar con respecto a otros sujetos sociales; por ejemplo, con relación al artesanado y la mujer, constituyó un punto de partida de la investigación historiográfica en ese terreno. Ahora bien, dicha investigación se realizó, muchas veces, sobre la base de una perspectiva *estructuralista* y *mecánico-economicista* estrecha. Además, a partir de una mirada *obrerista* que tendió a dejar de lado la investigación de otros sectores sociales importantes (entre otros, al campesinado). Ejemplo de esto último fue, entre otras cosas, su escasa comprensión de los procesos de campesinización y peonización que se dieron durante el siglo XIX en nuestro país, su tendencia a confundir a los sectores peonales y al proto-proletariado con la clase obrera moderna, su débil interpretación acerca de las implicancias sociales que tuvo el desarrollo y posterior colapso de la industria artesanal campesina y urbana, etc. Con respecto a la “Nueva Historia Social”, podemos decir que aquella toma esta herencia, la preocupación por el estudio de los sectores populares, y que la *profundiza* en el sentido del programa de investigación de la *historia desde abajo*. Sus importantes aportes en la comprensión del campesinado, del artesanado y del peonaje, significaron una relevante ampliación, y muchas veces una *superación*, de la historia social que había desarrollado la historiografía marxista previamente. De ahí, por tanto, que podamos afirmar que exista un claro aporte historiográfico de la “Nueva Historia” en este campo. Ahora bien, tal y como la escuela marxista desarrolló un importante *vicio*

estructuralista, la “Nueva Historia” lo ha desarrollado en el sentido de un *vicio subjetivista* (apreciable, sobre todo, en el campo de la historiografía socio-política).

La historiografía marxista fue también, en gran medida, la fundadora de la historia económica en nuestro país. La aplicación de las categorías de *modo de producción*, *transición capitalista* y *lucha de clases*, le permitió a esta escuela una importante superación del desarrollo historiográfico previo. Ahora bien, también en este campo se manifestó un *vicio* estructuralista y económico mecanicista en el enfoque (sobre todo en R. Necochea), además de una generalización desmedida de la interpretación histórica (sobre todo en L. Vitale). En este terreno, como en el anterior, “Nueva Historia” toma el acerbo historiográfico y teórico de la escuela marxista previa, logrando importantes avances. De hecho, esta llega a *superar* varios aspectos de la reflexión histórico-económica que habían desarrollado la escuela historiográfica marxista y la llamada teoría de la dependencia y el desarrollo. Efectivamente, una aplicación *de hecho*³⁵⁹ del enfoque materialista histórico y una rica comprensión de la dialéctica histórica, aunque parcial y a veces limitada al aspecto económico y social, constituyen un importante aporte historiográfico de la “Nueva Historia”. Una muestra de aquello fue, por ejemplo, el análisis que hicieron Gabriel Salazar y la “Nueva Historia” con respecto a la transición económica entre un modo de producción colonial a otro semi-colonial moderno, superando en esto la perspectiva marxista anterior, la cual tendió a empalmar en este punto (paradójicamente) con la perspectiva liberal, sobre todo en el caso de L. Vitale y su definición de “Capitalismo atrasado” (la que, de hecho, presenta importantes puntos de contacto con la que tiene A. Pinto al respecto).

Por otro lado, el balance que puede hacerse con relación a la labor historiográfica de ambas escuelas en el campo de la historia política, es menos claro. A los importantes aportes de la escuela marxista con respecto a la investigación de la historia de la clase obrera y de la lucha de clases; es decir, al papel del factor subjetivo en la historia (rehuyendo, en este ámbito, de una interpretación mecánico economicista del proceso

³⁵⁹ Ver, por ejemplo (como ya hemos mencionado en otras partes de este trabajo), la obra de Gabriel Salazar *Historia de la acumulación capitalista en Chile*.

histórico), se suman una serie de importantes *deficiencias* interpretativas al momento del análisis historiográfico (por ejemplo, en el caso de su mirada con respecto al régimen político de Balmaceda, al papel de las elites dirigentes durante el siglo XIX, etc). Lo mismo, en el caso de “Nueva Historia”. A sus aportes en el terreno de la comprensión de algunos fenómenos políticos que se desarrollaron durante el siglo XIX (las guerras civiles de la década del 50, el sentido histórico de la obra de Portales y las implicancias políticas de la modernización capitalista), se suman las deficiencias propias del enfoque *subjetivista*, y *autonomista*, con que tiende a abordar la dimensión política de los procesos históricos, sobre todo los del siglo XX³⁶⁰.

De manera general, podemos afirmar que la reflexión y producción historiográfica de “Nueva Historia” en los campos de la historia económica y social, es en gran medida *heredera* de la tradición marxista anterior. Así también, que en una serie de aspectos de su labor investigativa en estas áreas, “Nueva Historia” ha logrado una importante *superación* de aquella. Ahora bien, es necesario sopesar el hecho de que la escuela historiográfica marxista desarrolló su labor con varias décadas de anticipación a la “Nueva Historia”. Lo que esta última corriente comenzaría a hacer a mediados de los 80; la investigación económico-social de la realidad nacional durante los siglos XIX y XX, el estudio de los sectores populares y la búsqueda de una ligazón entre la producción de conocimiento científico y la transformación revolucionaria de la realidad, ya lo estaba haciendo la historiografía marxista en Chile desde los últimos años de la década del 40. Por aquellos años, casi cuarenta años antes del nacimiento de la “Nueva Historia”, la historiografía chilena no conocía más que los distintos ramales de la escuela historiográfica positivista conservadora. No solo el estado del conocimiento historiográfico, por tanto, era mucho menos desarrollado, sino que también el conjunto de la reflexión social estaba dando sus primeros pasos en nuestro país. El estado de desarrollo de la Sociología, de la Antropología y de la Arqueología y de las demás disciplinas del pensamiento socio-cultural e histórico, estaba recién en sus primeros momentos.

³⁶⁰ El caso de su interpretación de los procesos de lucha de clases durante los años 70 y 80, como tratamos en una sección más arriba, es un caso evidente.

Igualmente, refiriéndonos a la superación que en varios aspectos pudo realizar “Nueva Historia” con relación a la escuela marxista, es necesario hacer notar el punto de que esta superación ha sido, *en general*, desde una aplicación y una concepción *bastarda* del Materialismo histórico (es decir, *no reconocida* y de manera vergonzante). Es en donde la “Nueva Historia” ha adoptado enfoques y perspectivas propias del Marxismo, a veces aplicándolos mejor y más creativamente que los propios marxistas³⁶¹, cuando esta escuela ha podido superar a estos. Por el contrario, en donde “Nueva Historia” se ha dejado llevar³⁶² por tradiciones teóricas y políticas ajenas a la tradición del Marxismo clásica (por ejemplo, por las corrientes teóricas autonomistas y populistas) esta escuela ha estado lejos de alcanzar la lucidez y los logros de la escuela marxista chilena.

Es importante mencionar, además, el hecho de que ambas corrientes llegan a elaborar una versión propia de la historia de Chile, alternativa a la conservadora. *Interpretación marxista de la historia de Chile*, de Luis Vitale, e *Historia contemporánea de Chile*, de Gabriel Salazar y Julio Pinto, son un ejemplo de aquel esfuerzo de sistematización teórica e historiográfica. Se puede constatar, una vez más, que es la escuela marxista quien tiene el mérito de haber sido la primera en una elaboración y sistematización de esta envergadura.

Ahora bien, es en el campo de la proyección política de ambas escuelas en el cual “Nueva Historia”, desde su nacimiento hasta hoy, no ha llegado a ser sino un *pálido* reflejo de la escuela marxista anterior. Esta última escuela pudo fusionarse, de manera orgánica, con la evolución de la lucha de clases durante décadas. La “Nueva Historia”, en cambio, se ha visto reducida a una existencia *fundamentalmente* académica. Fue la historiografía marxista la que provocó (hasta ahora insuperada) una verdadera *revolución epistemológica* en el campo de las ciencias históricas. Rompió, en su concepción del conocimiento, las barreras de la Academia y se fusionó con la realidad, para transformarla. Efectivamente, la actividad de los historiadores-militantes marxistas estuvo

³⁶¹ La comprensión de la historia económica, social y política del siglo XIX en Chile, es uno de los mejores ejemplos de cómo “Nueva Historia” superó en varios aspectos la interpretación marxista anterior, pero sin abandonar algunas de las categorías y presupuestos centrales del Materialismo histórico.

³⁶² ...en general, *no de manera absoluta*.

lejos de esta constreñida al ámbito meramente académico. La práctica política de Jobet (militante del PS, y de filiación política trotskysta-centrista), de Necochea (militante del PC, de tendencia stalinista) y de Luis Vitale³⁶³ (militante trotskysta), entre otros, contrasta con la *verdaderamente escuálida*³⁶⁴ proyección política que ha tenido la “Nueva Historia” desde el momento de su fundación.

Podemos afirmar que la escuela marxista³⁶⁵, *gracias a su teoría general del partido y de la revolución*, pudo *proyectarse políticamente* enlazando su práctica académica a los diferentes partidos y organizaciones de los sectores populares, integrándose así a los procesos de lucha obrera y popular más importantes de su tiempo. La “Nueva Historia”, por el contrario, incapaz de proyectarse políticamente en la realidad durante los 80, *debido a su rechazo de la concepción marxista del partido y a la centralidad obrera*³⁶⁶, terminó por *recluirse y huír*, derrotada, a la Academia universitaria³⁶⁷. La escuela marxista, en cambio, pudo enfrentar las más importantes adversidades durante su historia. Esto último, no solo en el aspecto de su labor historiográfica, que mantuvo de manera constante durante décadas, sino que además en el aspecto del impulso de su propuesta política (la que se hizo carne en su conexión orgánica con los partidos políticos de la clase obrera y el pueblo). Es por esto que podemos decir que la *praxis* de la escuela marxista, porque tenía por la base la concepción del historiador-*militante*, es decir, la concepción del intelectual orgánico del proletariado, desarrolló una *historicidad* y una *vocación* de transformación revolucionaria más plena que la alcanzada por la “Nueva Historia”. Esta última, en cambio, precisamente por su concepción *a-partidista* de la acción política, se ha visto

³⁶³ Quién, además de ser uno de los historiadores más relevantes de la historiografía nacional y de América latina, fue un importante dirigente sindical obrero, fundador de la CUT junto a Clotario Blest, y fundador además del Partido Obrero Revolucionario (POR), de carácter trotskysta-centrista, y del MIR (liderado por los sectores guevaristas-castristas dirigidos por Miguel Enríquez).

³⁶⁴ Sin desmerecer, sino tan solo calibrar *en su justa proporción histórica*, la práctica política de algunos de los principales exponentes de “Nueva Historia”. Efectivamente, algunos de estos, como Salazar, enfrentaron en carne propia la represión dictatorial, estando este último detenido en varios de los campos de concentración del régimen. En aquellos, este historiador pudo desarrollar un valorable trabajo de resistencia junto a otros presos políticos del gobierno.

³⁶⁵ En sus distintas corrientes ideológico-políticas y teóricas.

³⁶⁶ ...e influida, además (como ya hemos constatado), por la teoría política del Autonomismo y el Populismo, así como también por un programa político *liberal-popular* de conciliación de clases y por varias de las ideas del post-modernismo acerca del carácter de la realidad contemporánea.

³⁶⁷ Y es que la *falta de financiamiento*, debido a sus concepciones a-partidistas y anti-marxistas de la acción política, terminó afectando tan *gravemente* a esta escuela, que esta debió girar en 180 grados (a principio de los 90) en un viaje sin retorno *de la población a la Universidad*.

reducida a un *confinamiento académico* constante del que parece nunca haber salido. De hecho, su *inserción poblacional* tan solo puede ser identificada, y de manera superficial, a lo largo de unos pocos años³⁶⁸. Su *repliegue* a la Universidad, que fue *total*, no hizo más que demostrar que esta corriente, durante los años de su práctica política *en la población*, no pudo afianzar una verdadera *ligazón orgánica* con los sectores populares (tal y como ella se lo proponía).

En síntesis, en cuanto a la acción política que desarrollaron ambas escuelas historiográficas, podemos afirmar que la noción marxista del intelectual-militante y la del Marxismo clásico como ciencia orgánica de la Revolución social, se han demostrado muy *superiores* a las concepciones políticas autonomistas y populistas de la “Nueva Historia”. Y es que la llamada *Ciencia popular*, la cual ha tenido un carácter *esencialmente* académico, no ha rebasado nunca los límites de una “interesante” y “original” elucubración teórica. Es más, la influencia que han ejercido los planteamientos de la *Ciencia popular* en algunas organizaciones políticas autonomistas o populistas hoy, ha sido *a distancia*, indirecta. A diferencia, nuevamente, de la tradición política marxista, la que pudo fusionarse con las más importantes organizaciones sindicales y políticas de su tiempo (por ejemplo, los estatutos de la CUT del 53), llegando a constituirse también en un importante foco del desarrollo cultural de la subjetividad obrera y popular del periodo.

Finalmente, podemos decir que el aporte de la escuela historiográfica de la “Nueva Historia Social” ha sido, en esencia, *estrictamente académico*. En todo lo demás, no es sino una *sombra* de la verdadera revolución epistemológica que significó y asentó, hace más de cincuenta años, el surgimiento de la escuela historiográfica marxista en nuestro país.

³⁶⁸ Efectivamente, la actividad constante de la “Nueva Historia” como corriente y escuela historiográfica en el ámbito poblacional, mediante el impulso sistemático de la Educación popular, solo se puede detectar entre mediados de los 80 y comienzos de la década siguiente. Lo anterior, sin tener en cuenta la actividad *particular* de algunos de sus exponentes (por ejemplo, el trabajo de Mario Garcés mediante el impulso de E.C.O).

4. El desarrollo actual de la “Nueva Historia” y algunas proyecciones.

Desde su nacimiento hasta hoy, “Nueva Historia Social” parece³⁶⁹ estar *a la ofensiva*. Sus importantes aportes en el campo de la historiografía, que son variados, le han significado una importante *consolidación* frente a otras tradiciones del pensamiento histórico. Sin embargo, sobre todo en los últimos años, es detectable una progresiva *osificación* al nivel de la *energía vital* de esta escuela. Y es que una constante *academización*³⁷⁰ de su práctica cotidiana, una mayor *vulgarización* de su crítica hacia algunas categorías claves del Marxismo clásico³⁷¹, y una *fetichización* de su propio quehacer historiográfico (una obsesión creciente³⁷², por ejemplo, por la búsqueda de “nuevos” sujetos sociales, sin la debida ligazón de esto último con una problemática historiográfica más de fondo), parecen ser algunas muestras de aquello. Por otro lado, una mayor *integración* de esta escuela a los marcos del *statu quo* universitario y de la oficialidad institucional³⁷³, así como un posible *estancamiento* de su accionar político, podrían comenzar a corroer (subterráneamente o no tanto) la fortaleza que ha demostrado esta corriente hasta ahora. En definitiva, a modificar la *curva de desarrollo*, hasta ahora ascendente³⁷⁴, de la “Nueva Historia” en nuestro país.

Al parecer, los importantes aportes de “Nueva Historia” al quehacer historiográfico nacional, los cuales han tenido un carácter esencialmente académico, han ido de la mano (creemos) de importantes *fallas estructurales*. Estas no solo se manifiestan en el campo del cuerpo epistemológico y teórico de sus concepciones (algunas de las cuales hemos mencionado a lo largo de este trabajo). Se hacen presentes, *además*, en las herramientas o recursos que pudiera tener esta escuela, o no, para enfrentar una crítica generalizada de su

³⁶⁹ Sería interesante, sin embargo, estudiar más a fondo las repercusiones que tuvo para esta escuela, al nivel de su *consistencia interna*, la importante crisis que experimentó a principios de los años 90's.

³⁷⁰ Detectable (sobre todo) en los principales *cuadros* de dicha escuela; es decir, al nivel de los más importantes exponentes de esta, así como también en el seno de sus historiadores más jóvenes, los cuales constituyen (por así decirlo) la *segunda o tercera generación* de la misma.

³⁷¹ La cual se da, principalmente, al interior de los nuevos sectores que simpatizan con la “Nueva Historia”. Nos referimos a los jóvenes profesores de historia, a los estudiantes egresados y a los que cursan tercero o cuarto año de carrera, los cuales tienden a tomar varios de los planteamientos de esta escuela como propios.

³⁷² Apreciable en una cantidad de tesis de licenciatura durante el último tiempo, las cuales por sus enfoques, metodologías y problemáticas, podrían adscribirse al *círculo de influencias* de la “Nueva Historia”.

³⁷³ Como hemos dicho, especialmente, al nivel de los principales exponentes de aquella escuela historiográfica, y en los historiadores de la segunda y la tercera generación de la misma.

³⁷⁴ A pesar de algunos momentos difíciles para esta; por ejemplo, el de principios los años 90's.

propio quehacer académico y político. Efectivamente, las categorías propias del Autonomismo y del Populismo, su tendencia a la difusión de un programa político liberal-popular (la llamada “Ciencia popular”), y un retorno a Kant y a Hegel al nivel de la teoría del conocimiento y de la historia, características que ya hemos mencionado, no solo constituyen una verdadera *involución* teórica y política (por ejemplo, en relación de la escuela historiográfica marxista). A la vez, le hacen *estructuralmente* más débil, a futuro, en tanto aquellas nociones puedan ir siendo develadas y criticadas *sistemáticamente*. Lo anterior, por ejemplo, desde una tradición intelectual para la cual dichas posiciones no son novedosas, sino que *huelen a naftalina*. No es menor el hecho de que la obra y el pensamiento de Marx y Engels hayan saldado cuentas no solo con Kant, sino que con el conjunto de la filosofía *idealista* clásica alemana. Y que sentara además las bases de una estrategia política que significó una importante superación del programa *liberal-democrático* de la burguesía revolucionaria de los siglos pasados. Mal que mal, Lenin y Trotsky hicieron lo mismo, ya a principios del siglo XX, en su discusión en contra de la social-democracia y de las posiciones economicistas (*¿culturalistas* en el caso de Salazar y la “Nueva Historia”?) de los *populistas* rusos³⁷⁵.

De hecho, uno de las más importantes *puntos de falla* de la “Nueva Historia” es que nunca terminó de realizar (*¿por incapacidad?*) una crítica consecuente y sistemática, hasta el final, de algunas de las principales categorías del Marxismo clásico (las nociones de “clase social” o “modo de producción” siguen estando relativamente *intactas*, y no han sido sometidas a una crítica *seria* por parte de ninguno de los historiadores de aquella escuela). Incluso, como hemos dicho, varias de las obras fundacionales de “Nueva Historia” tienen un *aliento* marxista. Es paradójico, pero lo *mejor* del desarrollo de esta, sin desmerecer tampoco su obra, pareciera sostenerse en elementos de un cuerpo teórico e interpretativo ajeno (el Marxismo clásico). Lo más *original* de la misma, entre otras cosas su propuesta académica-política de la *Ciencia popular*, y algunas de sus concepciones epistemológicas,

³⁷⁵ Igualmente, con relación a la discusión historiográfica que se puede y *se debe* hacer con “Nueva Historia”, no es menor el hecho de que en nuestro país, hace algo menos de un siglo, el movimiento obrero pusiera en pie sus primeras organizaciones clasistas. Y que comenzara a *superar*, por esa vía, la tradición política del *Liberalismo popular*. Así mismo, que su principal dirigente (Luis Emilio Recabarren) haya integrado las filas del Partido mundial de la Dictadura del proletariado; la III Internacional, fundada por Lenin y Trotsky al calor de la Revolución de Octubre.

parecen ser lo más *flácido* de aquella (aunque lo más atrayente, también, *discursivamente*).

Sin embargo, la evolución que tome el desarrollo de la “Nueva Historia”, y la hegemonía de Gabriel Salazar³⁷⁶ dentro de la misma, no depende tan solo de cómo esta enfrente sus debilidades *internas*. Más importante que eso, dependerá de la evolución de la situación de la economía, la política y de la lucha de clases nacional y mundial lo que *debilitará* o *fortalecerá* (en última instancia) a esta corriente. Esta por verse, aún, si “Nueva Historia” podrá ser capaz de soportar un escenario nacional e internacional radicalmente distinto al de las décadas pasadas. Los 80 y los 90, años de derrota de la lucha de clases, del movimiento obrero y de la revolución, permitieron no solo un avance de la ideología neo-liberal, sino también el contrabando *hacia izquierda* (en este caso hacia historiadores como Salazar) de una gran variedad de postulados pos-modernos como el llamado *fin* de la clase obrera y la supuesta *caída* de las “grandes” ideologías y de los partidos. Pues bien, dependerá de si la realidad mundial y nacional plantee, o no, una recomposición de la clase obrera y de sus procesos de lucha, haciendo más posible el estallido de procesos revolucionarios *clásicos*, que la “Nueva Historia Social” se fortalezca como escuela o que se debilite. En el primer caso, deberá poder buscar las formas de revitalizar su discurso y su práctica. En el segundo, deberá soportar el enfrentamiento, en forma creciente, ¿porque no?.. de otras “Nuevas Historias”... ¿de una Nueva Historia Conservadora?, o bien, mejor que eso, que no podrá ser *más de lo mismo*... ¿de una Nueva Historia Marxista?

³⁷⁶ La que hasta ahora parece firme, pero que pudiera comenzar a ser cuestionada en el marco de un posible proceso de politización en el seno de su propia escuela historiográfica. No es menor el hecho de que en el último tiempo, al calor de una incipiente crítica a su obra, se venga dando una mayor discusión teórica y política dentro de dicha corriente. Un proceso de politización como aquel podría *desgajar* algunos sectores dentro de la “Nueva Historia”, con posiciones más críticas y más proclives a una concepción marxista de la acción política. ¿No podrán algunos intelectuales, por ejemplo Grez Toso, que en su obra y posiciones políticas viene *oscilando* entre el acompañamiento a la “Nueva Historia” y una crítica a esta, tener que ver con ese proceso? ¿No podrán algunos intelectuales como aquel, o el apoyo que pueda ofrecer aún algún historiador como Luis Vitale, u otro, colaborar en la formación de nuevas camadas de historiadores-*militantes* marxistas en la actualidad?

VII. Anexos

Presentamos a continuación dos artículos de debate político con Gabriel Salazar y la “Nueva Historia”. Estos fueron elaborados para el periódico mensual de “Clase contra Clase”, en el contexto de las correcciones (y ampliación) que se realizaron de esta tesis entre los meses de Marzo y Agosto del 2007.

1-Gabriel Salazar. Contrapunto entre su programa político liberal-popular y las recientes luchas obreras en Chile. Una aproximación preliminar.

16 de Julio, 2007. Periódico de “Clase contra Clase”, número 107³⁷⁷.

Gabriel Salazar es uno de los historiadores más importantes del último tiempo. En muchos aspectos, sus investigaciones han significado importantes aportes al conocimiento historiográfico³⁷⁸. A la vez, este historiador (liderando la corriente historiográfica de la “Nueva Historia Social”) ha sido tomado como referente ideológico por una serie de organizaciones populistas de izquierda en Chile³⁷⁹. Aquellas tienen en común con el discurso político de este historiador, entre otras cosas, la búsqueda y la construcción de un proyecto político “autonomista” y “libertario”, “independiente” de los partidos políticos de izquierda y del Estado. Esto, a partir del desarrollo de una supuesta *praxis* “autónoma” de las instituciones, basaba en “lazos asociativos de solidaridad” y mediante la construcción de un “contrapoder” que tenga por base el fortalecimiento de “nuevos sujetos populares”.

Sin pretender discutir con dichas posiciones en esta nota³⁸⁰, y sin pretender tampoco dar una discusión política particular en contra de aquellas organizaciones de izquierda que

³⁷⁷ Ver esta nota en: <http://www.clasecontraclase.cl/periodico.php?nro=107>.

³⁷⁸ Por ejemplo, en el campo de la historia económica y social de Chile durante el siglo XIX.

³⁷⁹ Entre otras, tomado como referente por el “GAP” (Grupos de Acción Popular), así como también por algunos colectivos estudiantiles como “Kiltro” y “Alzando la clase” (en la Universidad de Chile y en el ex-Pedagógico). De igual forma, tomado por algunas organizaciones de índole autonomista como el “FEL” (Frente de Estudiantes Libertarios) y la “SurDa”.

³⁸⁰ En la revista universitaria de “Armas de la Crítica” se pueden encontrar algunos artículos (de carácter preliminar) con estas y otras discusiones.

hemos mencionado³⁸¹, lo que nos interesa en este artículo es fijar y debatir algunas de las ideas políticas centrales de este historiador; por ejemplo, entre otras, la supuesta debilidad actual de la clase obrera y de su incapacidad “sociológica” para tomar un papel protagónico en la lucha de los sectores populares. Esto último, sobre todo a partir de los últimos hechos de la lucha de clases en Chile.

En una entrevista realizada a Gabriel Salazar hace un tiempo, refiriéndose acerca de la debilidad “estructural” del movimiento obrero y de su incapacidad para desarrollar un proyecto político propio, este historiador nos dice lo siguiente:

“Yo me baso en la casuística que me ha tocado conocer muy de cerca, que es la de los trabajadores de los frigoríficos, las fruterías, las recolectoras y sobre todo los packings. Tras entrevistarlos, conocer sus contratos de trabajo, las formas laborales, etc., hemos llegado a la siguiente conclusión: el trabajo que ellas realizan en sí tiene tan poco contenido valórico y tan poca proyección de futuro, que para ellas no es fuente de identidad. Y no siendo fuente de identidad no tiene sentido luchar por esa identidad. [...] Por eso mismo, mientras más grande es la absorción por ese tipo de trabajo, más negados se sienten y más buscan la salida positiva a sus vidas. [...] Entonces su identidad no está ahí, está donde viven. La identidad de poblador es más importante que la de trabajador hoy en día. [...] Amistad, solidaridad, asociatividad: eso es lo que valoran, esa forma de integrarse a la sociedad y luchar desde ahí, no desde el trabajo. El trabajo aparece ahora como una categoría secundaria. [...]”³⁸².

Más adelante, hablando acerca de la debilidad actual de las estructuras sindicales en Chile, Salazar afirma:

“En verdad fue[ron] arruinada[s] por el gobierno de Pinochet, al desindustrializar el país, al destruir las estructuras sindicales antiguas, al instalar malls en vez de fábricas. Todo esto, junto a las modificaciones a los planes laborales, permitió que en Chile predomine la microempresa y no la gran empresa. Existe imposibilidad de formar sindicatos; los únicos grandes sindicatos dependen de grandes estructuras que no han sido desmanteladas, como el

³⁸¹ Una polémica con las organizaciones populistas y autonomistas en Chile puede ser revisada en la página electrónica de “Clase contra Clase”.

³⁸² Ver esta entrevista en: http://www.nuestro.cl/notas/perfiles/gabriel_salazar1.htm.

cobre, el profesorado y los trabajadores de la salud. Pero la CUT ya no pesa nada [...] Yo dudo que se recupere porque la economía tiende a fortalecer los grandes circuitos comerciales y no a reconstruir la industria pesada”³⁸³.

Para Salazar y para la “Nueva Historia Social”, por tanto, las transformaciones estructurales que impusiera la Dictadura y el neo-liberalismo habrían debilitado de tal manera a las estructuras sindicales, habrían fragmentado tanto a la clase obrera, que hoy “La identidad de poblador [sería] más importante que la de trabajador”... “El trabajo aparece ahora como una categoría secundaria”.

Ahora bien, ¿Cómo se explican las importantes huelgas obreras del último tiempo; por ejemplo, la relevante victoria sindical de los trabajadores forestales y la de los trabajadores micreros de Subus, las cuales enfrentaron y derrotaron la resistencia de importantes empresas transnacionales, sino es a partir de un proceso de recomposición de la lucha obrera en Chile? ¿Cómo es posible que las experiencias de lucha de clases más importantes del último tiempo: las sucesivas huelgas mineras en El Teniente, la toma parcial de empresa que llevaron a cabo los trabajadores salmoneros de “Aqua Chile” hace algo más de un año y la de los obreros de embotelladora Andina hace un mes, o la huelga nacional que impulsan hoy los trabajadores de CODELCO, se hayan producido en el seno de los sectores más concentrados de la clase obrera, si no es a partir de un proceso de recomposición sindical en curso? Así también ¿Acaso la enorme simpatía popular que gatilló en Curanilahue la muerte del trabajador Rodrigo Cisternas alrededor de los sindicatos forestales, con columnas obreras encabezando la marcha fúnebre, no es una muestra importante de la enorme potencialidad de la identidad obrera como sector protagónico de los sectores populares? ¿Acaso la huelga y las aún embrionarias amenazas de toma fábrica, como método principal de la lucha obrera, como también los combativos cortes de ruta y los métodos de enfrentamiento directo en contra de las fuerzas policiales (corte de ruta y utilización de cargadores frontales en Arauco, paralización y quema de buses rompe-huelgas en El Teniente, apiedramiento de micros en Santiago), no amenazan con hacer palidecer las más “radicales” formas de enfrentamiento del “joven encapuchado” o la de la

³⁸³ Ídem.

tradicional, aunque legítima, barricada poblacional? Finalmente, ¿la fundación de la Confederación de Trabajadores mineros del cobre, la organización popular más importante del momento, ¿levantada precisamente por el sector más fragmentado de la clase obrera, los trabajadores sub-contratistas!, no es justamente una respuesta política y un camino ante aquella supuesta fragmentación sociológica “terminal” que arguye Salazar, y muchos otros, para plantear la caducidad de una política de centralidad obrera en Chile?

Para Salazar, por el contrario, más importante que la posibilidad de un fortalecimiento de la lucha y de la organización obrera en Chile (la cual descarta) es que:

“De hecho se ha producido una reagrupación espontánea en la sociedad, naturalmente, en los sectores más marginales. En esta situación de desprotección por parte del Estado, se buscan los unos a los otros, entonces se van formando asociaciones y grupos que pueden ser minúsculos, que pueden ser tipo tribus urbanas, y dentro de ellas reaparecen los lazos de asociatividad y solidaridad que se han perdido en otros ámbitos. De una u otra forma la nueva tendencia en las sociedades llamadas neoliberales es la asociatividad espontánea que crea situaciones en donde reaparece la solidaridad y amistad que son básicas en la formación de valores. [...] Por ejemplo, entre las trabajadoras del sexo, entre los que trabajan en el comercio pirata, entre las barras bravas, se dan solidaridades. Estas solidaridades existen y son valóricas, sin embargo no son aceptadas por la sociedad y son rechazadas”³⁸⁴.

Serían los “grupos marginales”, las distintas “tribus urbanas” (hip-hop’s, punks, etc) y las más diversas formas de “empoderamiento social”; entre ellas, sobre todo, la llamada “Educación popular”, lo que constituiría las bases de un proyecto político “de nuevo tipo”, “solidario” y “autónomo”, “plenamente humano”. Aquel “proyecto”, más que aspirar al enfrentamiento de los sectores sociales en el poder y a la destrucción de la propiedad privada patronal y de su Estado, a la expropiación de las riquezas y de los medios de producción para pasarlos a manos de los trabajadores y el pueblo, sería:

“[...] lo que está mascullándose en distintos sectores en todas partes del mundo. Por eso es que se habla mucho en Chile -se habla solamente- de sociedad civil, ciudadanía,

³⁸⁴ Ídem.

participación, empoderamiento de los sectores más bajos, y estos son temas mundiales. Cómo se va a traducir en un nuevo modelo, es algo que puede rescatarse de modelos del pasado y readaptarlos. El tema complicado es la táctica política, pues la movilización civil no depende de partidos políticos ni de tácticas sino de cultura y educación”³⁸⁵.

Podemos decir que a lo que apunta Salazar y varios otros historiadores de la corriente de la “Nueva Historia”³⁸⁶, es a la construcción de un proyecto de democratización “ciudadana” y de “humanización social”... en los marcos del Capitalismo. Así queda claro, por ejemplo, cuando Salazar (junto a otros intelectuales, en el llamado III Manifiesto de historiadores), plantea que:

“el movimiento popular va a tener que incluir, dentro de sus ejercicios innovadores, una política de re-educación y reestructuración profundas de las Fuerzas Armadas, en el sentido de instalar en ellas, de una vez por todas, una verdadera identidad ciudadana [...] El movimiento popular debe aprender a “administrar recursos” (a la manera propuesta por Fermín Vivaceta y Luis Emilio Recabarren), controlar los procesos productivos y comerciales en lo local y lo regional. En lo nacional, podría y debería (por ejemplo) controlar el capital financiero que hoy administran las AFP’s y los capitalistas extranjeros [...] construir poder ciudadano (popular) y desarrollar una política popular capaz de re-construir el Estado, el Mercado y la Sociedad”³⁸⁷.

No buscar la abolición del mercado y del capital financiero, sino que “hacerlo más participativo”. No buscar la destrucción de las Fuerzas Armadas burguesas, reemplazándolas por un régimen de milicias y por un ejército obrero y popular, sino que “dotarlas de espíritu ciudadano”. En definitiva, no buscar la superación del Capitalismo como régimen de explotación, conquistando un Estado obrero y popular y luchando por la extensión de la revolución a nivel internacional, sino que dotarlo de una cara “más humana”.

³⁸⁵ Ídem.

³⁸⁶ Por ejemplo, los historiadores María Angélica Illanes, Leonardo León, Pablo Artaza y Azún Candina, entre otros.

³⁸⁷ Revisar estos y otros planteamientos de la misma índole en el llamado “III Manifiesto de Historiadores”.

2-¿ Cuestión obrera o cuestión ciudadana?

20 de Agosto, 2007. Periódico de “Clase contra Clase”, número 108³⁸⁸.

Desde las páginas de este periódico hemos venido planteando, desde hace algunos meses, la emergencia a nivel nacional de una nueva cuestión obrera. Esta ya se ha instalado como parte de la discusión política nacional y de la lucha de clases, después de décadas de retroceso de la organización y de la lucha del proletariado en Chile. A pesar de ser todavía un proceso inicial, una serie de importantes luchas de la clase obrera (en los sectores estratégicos de la producción) comienzan a inquietar al gobierno y a los distintos partidos y organizaciones patronales. Las importantes victorias sindicales de los trabajadores contratistas forestales y de Subus, así como la combativa huelga de los contratistas de CODELCO y la toma de la empresa “Pacific Nut Company” por parte de trabajadores agrícolas, son parte de esto último. Y es que el movimiento obrero comienza a retomar sus métodos tradicionales y más combativos de lucha: la paralización de la producción y la toma de fábrica, los métodos de acción directa y de auto-defensa, demostrando con ello (aún de manera incipiente) su potencialidad estratégica como caudillo de los sectores oprimidos.

En una nota anterior polemizamos (de manera preliminar) con algunas posiciones del historiador Gabriel Salazar, quién desde los 80s se ha encargado de “explicar” la inutilidad de una estrategia política de centralidad obrera hoy. En otras palabras, de cuestionar el papel de la clase obrera como sujeto social protagónico de la lucha de clases. En dicho artículo, contra aquellos planteamientos, intentamos mostrar como las últimas luchas obreras, y el nacimiento de importantes organizaciones sindicales como la “Confederación de Trabajadores Contratistas del Cobre”, comienzan a apuntar en una dirección totalmente opuesta a la planteada por Salazar: es decir, a un proceso de recomposición de la lucha y de la organización obrera en Chile. Así también, quisimos mostrar como algunas de sus propuestas políticas, presentadas con un lenguaje “combativo” y “radical”, no hacen sino que marcar el paso de las viejas “recetas” de adaptación a los estrechos marcos del régimen democrático.

³⁸⁸ Ver esta nota en: <http://www.clasecontraclase.cl/periodico.php?nro=108>.

A continuación, entregaremos otros elementos para continuar con la discusión de los planteamientos políticos de este historiador, los cuales han venido influenciado a un importante sector de las organizaciones de izquierda en Chile.

En primer lugar, podemos decir que en Salazar existe un reemplazo del problema de la centralidad obrera, la cual comienza a plantearse incipientemente en nuestro país, por lo que podríamos denominar como la “Cuestión ciudadana”. Esta última, lejos de tener que ver con el concepto de ciudadanía existente en Marx³⁸⁹, empalma directamente con la definición liberal de la misma. Efectivamente, Salazar entiende por “Ciudadanía” una conquista que los sectores populares deberían obtener “antes”³⁹⁰ de la superación efectiva del Capitalismo; ósea, en los marcos de este (reformándolo). En una entrevista realizada hace algunos meses, ante la pregunta de ¿De qué forma se podría ejercer directa y realmente la participación ciudadana?, este historiador responde:

“[...] En los barrios tenemos pequeñas polis, como las redes de raperos que operan en un territorio que marcan con sus rayados. Están también las barras bravas, las redes de mujeres que se conocieron en las ollas comunes y que vuelven a juntarse. Existen muchos pueblos pequeños unidos porque tienen el mismo tipo de producción o comparten tradiciones. Redes asociativas y comunales existen en todas partes. Lo que ocurre es que nunca se reconoce que en esas organizaciones hay gérmenes de poder ciudadano ¡autónomo!”³⁹¹.

Más adelante, explicando las condiciones de ejercicio del poder ciudadano, Salazar afirma:

“Hay una profunda transformación en la sociedad civil con la instalación del modelo neoliberal y la multiplicación de los empleos precarios. Se ha producido lo que se denomina 'el retorno del sujeto a su autonomía' y, por tanto, a la autonomía del ciudadano para proponer y tomar decisiones. Esto ha dado lugar al desarrollo de un

³⁸⁹ Cuya realización supone en Marx la *previa* expropiación económica de las clases poseedoras y la conquista de un Estado obrero.

³⁹⁰ ...mediante las distintas formas de *empoderamiento* de los espacios cívicos.

³⁹¹ Arnaldo Pérez Guerra, Leopoldo Pulgar Ibarra, Antonio J. Salgado, “Los de abajo entran en la historia”, Entrevista a Gabriel Salazar, en Punto Final.

nuevo tipo de movimiento social, pluriclasista, localista, étnico [...] lo 'político' empieza [...] cuando el individuo-masa se auto transforma en ciudadano consciente de la situación existente y es capaz no sólo de protestar sino también de proponer [...] Este sistema deja el 'pedir' como principal y casi única actitud ciudadana. Formar un ciudadano protagónico es un proceso lento de auto-educación. Sin embargo, creo que las condiciones están dadas: nadie cree mucho en el Estado ni en los partidos políticos. La gente, en cambio, le cree a su propia memoria y a su experiencia. Eso es un principio de autoeducación”³⁹².

El concepto de ciudadanía presente en Salazar dice relación, por tanto, con el desarrollo de todas aquellas formas de poder (esencialmente local) que potenciarían la participación activa de los sectores populares en la vida “cívica”. Sería la actividad política de los sectores poblacionales y marginales; las tribus urbanas (hip-hop’s, barras bravas, punks), la de los jóvenes que impulsan los métodos de la “Educación popular” y la de los colectivos de izquierda horizontales (entre otros) en quienes se manifestaría (hoy por hoy) el germen de aquella “ciudadanía”. Ahora bien, la “conquista” de esta ciudadanía aparece en Salazar “desligada” del enfrentamiento de las bases de existencia del Capitalismo: la propiedad privada de los medios de producción y el Estado burgués, asumiendo entonces (aunque bajo el vestuario combativo del Autonomismo) uno de los rasgos “clásicos” del Liberalismo democrático... trescientos años después. Todo aquello desemboca, como hemos dicho en otras partes, en una estrategia política “policlasista” (liberal-popular) basada en la lucha por la profundización “radical” del sistema democrático, aunque (eso sí), a la “moda” popular” del siglo XXI. Esto último queda de manifiesto cuando este historiador se refiere a los objetivos que debería buscar dicho proceso de “empoderamiento y poder ciudadano”. Con relación a esto, Salazar dice lo siguiente:

“[...] lo más importante, es entender que podemos partir con poder identitario, poder cultural, pero hay que transformarlo en poder comercial local, poder productivo, y apoderarnos de los procesos de desarrollo social, económico, local, regional. Es un camino distinto del tradicional [...] la violencia puede ser necesaria, pero debe ser

³⁹² Ídem.

administrada adecuadamente para llamar la atención, para cooptar a las autoridades y a la oligarquía a responder [...]”³⁹³.

Finalmente, refiriéndose a la lucha secundaria del año pasado, y haciendo mención a las perspectivas de la lucha de los trabajadores y el pueblo boliviano, Salazar afirma:

“Creo que la articulación asamblea-vocero se potenciará. Su discurso comprometerá al conjunto del país. Estos muchachos deberán prepararse para legislar. Esto es nuevo y la tarea nuestra, en la universidad o donde estemos, es ayudar a potenciar esa actitud'. [...] Lo importante es que los actores sociales bolivianos aprendan a disciplinarse para elaborar una Constitución Política que, junto con un eficiente respeto de la justicia social, sea también moderna. Esto no es fácil. Levantar un nuevo Estado requiere un largo proceso de autoeducación”³⁹⁴.

Buscar la construcción de un poder ciudadano económico, social y político, sin la necesidad de la expropiación de los medios de producción para pasarlos a las manos de los trabajadores y con un carácter policlasista. Apelar a la “cooptación” de las autoridades y de la oligarquía, sin enfrentarlas hasta el final. Hablar de la elaboración de una Constitución Política “justa” (y también moderna), sin plantear la necesidad de la conquista de un gobierno obrero y popular, son algunos de los resultados en que se traduce la política del llamado “empoderamiento ciudadano”, una forma “distinta” de profundización de la Democracia para ricos imperante en nuestro país.

³⁹³ Ignacio Carrasco y Marianne González, Entrevista a Gabriel Salazar, Revista Talión, Número VI, 2007.

³⁹⁴ La cita comprende fragmentos de las dos entrevistas ya citadas.

VIII. Bibliografía

1. Libros

- Bensaid, Daniel, *Marx Intempestivo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2003.
- Barria, Jorge, *El sindicalismo: fuerza social chilena*, Universidad de Chile, Santiago, 1978.
- Foucault, Michael, *La arqueología del saber*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.
- Gaudichaud, Franck, *Poder Popular y Cordones Industriales, Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973*, Ediciones LOM, Santiago, 2004.
- Garcés, Mario y de la Maza, Gonzalo, *La explosión de las mayorías, Protesta nacional, 1983-1984*. ECO, Santiago, 1985.
- Garcés, Mario y Milos, Pedro, *FOCH, CTCH, CUT: las centrales unitarias del sindicalismo chileno*, ECO, Santiago, 1988.
- Grez, Sergio, *De la "regeneración del Pueblo" a la Huelga General. Génesis y Evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, DIBAM – RIL Editores, Santiago, 1998.
- Grez, Sergio, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores, 1804-1902*, DIBAM, Centro Barros Arana, Santiago, 1996.
- Guillardaut, Patrick y Mouterde, Pierre, *Los Movimiento Sociales en Chile 1973-1993*, Santiago, 1998.
- Hobsbawm, Eric, *Sobre la historia*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002.
- Hobsbawm, Eric, *Rebeldes primitivos, Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ediciones Ariel, Barcelona, 1983.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Editorial Crítica, Buenos Aires, 2003.
- Illanes, María Angélica, *Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*, Ediciones LOM, Santiago, 2004.
- Illanes, María Angélica, *La Revolución Solidaria*, Editorial Prisma. Santiago, 1990.
- Jobet, Julio César. *Ensayo crítico de desarrollo económico y social de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago. 1955.
- Jobet, Julio César, *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del Socialismo chileno*, Editorial Latinoamericana, Santiago, 1955.
- Kossic, Karl, *Dialectica de lo Concreto*, Editorial Grijalbo, México, 1967.
- Miranda, Nicolás, *Historia Marxista del Partido Comunista" (1922-1973)*. Ediciones Clase Contra Clase.
- Miranda, Nicolás, *Historia del trotskysmo en Chile*, Ediciones Clase Contra Clase.
- Moulian, Luis, *Gabriel Salazar: 6 asedias a la historia. La historia desde abajo*, Santiago, 1999.
- Moulian, Tomás y Garretón, M. *La unidad popular y el conflicto político en Chile*, FLACSO. Santiago, 1983.
- Pinto, Anibal, *Chile: Un caso desarrollo económico frustrado*, Editorial Universitaria. Santiago, 1959.

- Pinto, Julio, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Universidad de Santiago, Santiago, 1998.
- Powaski, Ronald, *La Guerra Fría de Reagan 1981 – 1989*, Editorial Crítica, 2000.
- Rector, J.L, *El caso de Chile*.
- Ramírez Necochea, Hernán, *Historia del movimiento obrero, siglo XIX, antecedentes*. Editorial Austral, Santiago, 1956.
- Romero, Luis Alberto, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile. 1840-1895*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997.
- Salazar, Gabriel, y Pinto, Julio, *Historia contemporánea de Chile*, tomo II. Editorial LOM, Santiago, 2000.
- Salazar, Gabriel, y Pinto, Julio, *Historia contemporánea de Chile*, tomo II. Editorial LOM, Santiago, 2000.
- Salazar, Gabriel, y Pinto, Julio, *Historia contemporánea de Chile*, tomo III. Editorial LOM, Santiago, 2000.
- Salazar, Gabriel, y Pinto, Julio, *Historia contemporánea de Chile*, tomo IV. Editorial LOM, Santiago, 2000.
- Salazar, Gabriel, y Pinto, Julio, *Historia contemporánea de Chile*, tomo V. Editorial LOM, Santiago, 2000.
- Salazar, Gabriel, *Historia de la acumulación capitalista en Chile (apuntes de clases)*, LOM Ediciones, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, *La violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*, Ediciones LOM, Santiago, 2006.
- Salazar, Gabriel, *La Historia desde Abajo y desde Dentro*, Ediciones LOM, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, *Labradores, Peones y Proletarios. Formación y Crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, SUR Ediciones, Santiago 1985 (Ediciones LOM, Santiago, 2000).
- Salazar, Gabriel y Benítez, Jorge, *Autonomía, espacio y gestión. “El municipio cercenado. (La lucha por la autonomía de la asociación municipal en Chile, 1914-1973)”*, Ediciones LOM, Santiago, 1998.
- Segall, Marcelo, *Desarrollo del Capitalismo en Chile. Cinco Ensayos dialécticos*, Editorial del Pacífico. Santiago, 1953.
- Silva, Miguel, *Los Cordones Industriales y el Socialismo desde Abajo*, Lazor, Santiago, 1997.
- Silva, Miguel, *Los partidos, los sindicatos y Clotario Blest: la CUT del 53*, Editorial Mosquito Comunicaciones. Santiago, 2000.
- Thompson, E.P, *Miseria de la Teoría*, Editorial Crítica, Barcelona, 1981
- Thompson, E.P, *Obra esencial*, Editorial Crítica, Barcelona, 2002
- Vitale, Luis, *Historia del movimiento obrero*, Editorial POR, Santiago, 1962.
- Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la Historia de Chile*, Ediciones LOM, 1998, Santiago.
- Winn, Peter, *Tejedores de la Revolución*, Ediciones LOM, Santiago, 2004.

2. Artículos

- Bastias, Manuel, “Historiografía, hermenéutica y positivismo”, Tesina de Licenciatura en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2004.
- Benjamin, Walter, “Tesis sobre el concepto de historiado”, en *Discursos interrumpidos*, I. Taurus, Madrid, 1973.
- Grez, Sergio, “Escribir la Historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, Siglo XIX)”, en Revista *Armas de la Crítica*, Editorial Armas de la Crítica, Número 8, Santiago, 2006.
- Grez, Sergio, “Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)”, en *Historia*, N 33, PUC, Santiago, 2000.
- Grez, Sergio, “1890-1907: de una huelga general a otra. Continuidades y rupturas del movimiento popular en Chile”, en Pablo Artaza Barrios, *A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique*, Centro Barros Arana, Universidad Arturo Prat y LOM ediciones, Santiago, 1998.
- Grez, Sergio, “La trayectoria histórica del mutualismo en Chile, 1853-1900”, en *Mapocho número 35*, DIBAM, Santiago, 1994.
- Grez, Sergio, “El movimiento popular urbano en Chile entre el cambio de siglo y la época del centenario. Avances, vacíos y perspectivas historiográficas”, en *Contribuciones científicas y tecnológicas*, número 109, USACH, Santiago, 1995.
- Grez, Sergio, “El proyecto popular en el siglo XIX”, en Manuel Loyola y Sergio Grez (compiladores), *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX* Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, 2002.
- Grez, Sergio, “Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate”, en *Cuadernos de Historia*, número 24, Santiago, 2002.
- Goicovic, Igor y Corvalán, Nicolás. “Crisis económica y respuesta social: el movimiento urbano artesanal. Chile, 1873 – 1878”, en Revista *Última Década*, CIDPA, Viña del Mar, 1993.
- Hunt, Lynn, "Historia, Cultura y Texto", en *Boletín de historiadores* N°2, Santiago, 1997.
- Illanes, María Angélica, “La historiografía popular: una epistemología de la mujer. Chile, década de 1890”, en *Solar*, Santiago, 1994.
- Illanes, María Angélica, “Azote, Salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama, 1817-1850”, en *Proposiciones*, Número 19, SUR Ediciones, Santiago, 1990.
- Illanes, María Angélica, “Disciplinamiento de la mano de obra minera en una formación social en transición. Chile 1840-1865” en *Nueva Historia*, Número 11, Londres, 1984.
- Illanes, María Angélica, “En torno a la noción de proyecto político popular”, en Manuel Loyola y Sergio Grez (compiladores), *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, 2002.
- Illanes, María Angélica, “El proyecto comunal en Chile. (Fragmentos) 1810-1891”, en Revista *Historia*, número 27, PUC, Santiago, 1993.

- Jobet, Julio Cesar, “Notas sobre la historiografía chilena” en Revista *Atenea*, Concepción, 1948.
- Moulian, Luis, “Marx y la historiografía chilena”, en *Encuentro XXI*, número 8, Santiago, 1997.
- Montecinos, Alejandro, “Genética de la corriente de la Nueva Historia Social y de su ala liberal-popular, 1973-1985. (Primeras aproximaciones)”, en Revista *Armas de la Crítica*, Número 8, Editorial Armas de la Crítica, Santiago, 2006.
- Ossandón, Carlos, “Para una comprensión de la cultura popular”, en *Andés*, número 3, Santiago, 1985.
- Ortega, Luis, “Acerca de los orígenes de la industrialización en chilena, 1860-1879”, en *Nueva Historia*, número 1, Londres, 1981.
- Vallejos, Julio, “Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista”, en *Historia*, Número 32, PUC, Santiago, 1999.
- Powaski, Ronald, “La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética. 1917-1991”, en *La Guerra Fría de Reagan, 1981 – 1989*.
- Roger, Chartier, “Intelectual History or Sociocultural History?. The French Trajectories”, en Lynn Hunt, “Historia, Cultura y Texto”, *Boletín de historiadores*, núm.2, traducción de Julio Pinto, Santiago, 1997.
- Rojas, Jorge, “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, en *Revista de Economía y Trabajo*, número 10, PET, Santiago, 2000.
- Romero, Luis Alberto, “Los sectores populares urbanos como sujeto históricos”, *Proposiciones*, Numero 19, SUR Ediciones, Santiago, 1990.
- Rosas, Pedro, “Historia y memoria entre dos siglos. O el oficio del Amauta bajo fuego”. Ponencia presentada en las Jornadas Inter-Universitarias: "El Chile de la Unidad Popular: a 30 años". Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “El Movimiento Teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile: 1950 1975”, en Revista *Nueva Historia*, número 4, Londres, 1982.
- Salazar, Gabriel, 2003. “Desbandes y Emergencias en la época del Capitalismo mundial”, en revista *Actuel Marx*, Segundo Semestre, Número 1, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “Empresariado popular e industrialización: La guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885), en Revista “Proposiciones”, Número 20, Ediciones SUR, Santiago, 1991.
- Salazar, Gabriel, “Dialéctica de la modernización mercantil: Intercambio desigual, coacción, claudicación (Chile como West Coast, 1817-1843)”, en Revista *Cuadernos de Historia*, número 14. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 1994
- Salazar, Gabriel, “Historiografía y Dictadura en Chile”, en *La Historia desde abajo y desde dentro*, Colección Teoría, Facultad de Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “La Historia Como Ciencia Popular: Despertando a los *Weupifès*”, en *La Historia desde abajo y desde dentro*. Colección Teoría, Facultad de Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “Historia Popular, Chile, Siglo XIX: Una experiencia teórica y metodológica”, en *La historia desde abajo y desde dentro*, Colección Teoría, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003.

- Salazar, Gabriel, “Modernización y reflexión histórico social en Chile hoy”, en *La Historia desde abajo y desde dentro*. Colección Teoría, Facultad de Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “Historiografía Chilena, 1955-1985: Balance y Perspectivas (Actas de un Seminario)” en *Historia desde Abajo y desde Dentro*. Colección Teoría, Facultad de Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “Descentralización administrativa versus sinergia social comunitaria: ¿Qué papel para la ciencia histórica?” en *Historia desde Abajo y desde Dentro*. Colección Teoría, Facultad de Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “Chile, Historia y *Bajo pueblo*”: De la irracionalidad y la violencia”. *Historia desde Abajo y desde Dentro*. Colección Teoría, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- Salazar, Gabriel, “Proyecto histórico social y discurso político nacional. Chile, siglo XIX”, en Manuel Loyola y Sergio Grez (compiladores), *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, 2002.
- Valderrama, Miguel, “Renovación socialista y renovación historiográfica”. Documento Número 5, Comité Editorial , Programa de Estudios Desarrollo y Sociedad, Santiago, 2001.

3. Referencias Internet

- Beatriz García-Huidobro, Entrevista a Gabriel Salazar, en www.nuestro.cl.
- Cárdenas, Elisa, Entrevista a Gabriel Salazar, en www.critica.cl.
- Carrasco, Ignacio y González, Marianne, Entrevista a Salazar, Revista Talión, Número VI, 2007. (Versión en Internet)
- Gutiérrez, “La historia contemporánea chilena y el papel de los intelectuales”, Entrevista a Gabriel Salazar, en Revista Electrónica *Pensamiento Crítico*.
- Pérez, Arnaldo, Pulgar, Leopoldo, Salgado, Antonio, Entrevista a Gabriel Salazar, “Los de abajo entran en la historia”, en Punto Final (Versión en Internet).
- “III Manifiesto de Historiadores. La Dictadura Militar y el juicio de la historia”, en www.rebellion.org.
- Miranda, Nicolás, “Los cordones industriales, la revolución chilena y el frente-Populismo”. Un comentario al libro de Miguel Silva "Los cordones industriales y el Socialismo desde abajo", en sección folletos de historia, www.clasecontraclase.cl. Ediciones Clase Contra Clase.
- Mujica, Sol Aldana, "Cronología comentada de los cordones industriales", en sección folletos de historia, www.clasecontraclase.cl, Ediciones Clase Contra Clase.
- Archivo Chile, www.archivochile.com
- Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky”, (CEIP), www.ceip.org.ar.
- “Clase Contra Clase”, www.clasecontraclase.cl.
- Fracción Trotskysta – Cuarta Internacional, www.ft.org.ar.
- Instituto de Pensamiento Socialista (IPS), www.ips.org.ar.
- “Las Armas de la Crítica”, www.armasdelacritica.cl.

Santiago
2007
Versión Corregida (Marzo-Septiembre)

Correos:
casilla2009@hotmail.com
ccc@clasecontraclase.cl

**-El presente material fue defendido en examen de grado ante una comisión
compuesta por los historiadores Osvaldo Silva, Sergio Grez y Alejandra Araya-**